

OBRAS

DE CAYO SALUSTIO CRISPO,

Y LAS QUATRO ELEGANTISIMAS ORACIONES

DE MARCO TULIO CICERON

CONTRA CATILINA.

SALUSTIO,

TRADUCIDO EN CASTELLANO

POR EL CABALLERO MANUEL SUETRO.

VAN AÑADIDAS

LAS QUATRO ELEGANTISIMAS Y GRAVISIMAS ORACIONES

QUE PRONUNCIÓ CICERON

CONTRA CATILINA:

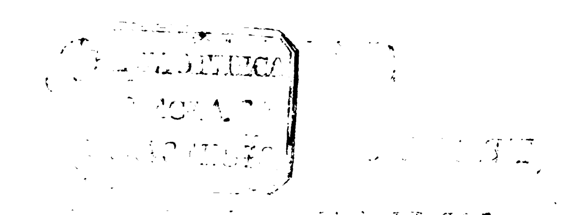
TRADUCIDAS IGUALMENTE A NUESTRO IDIOMA

POR EL CELEBRE SEGOVIANO ANDRES LAGUNA,

MEDICO DEL SUMO PONTIFICE JULIO III.

TERCERA EDICION.

CON LICENCIA.
EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL,
AÑO DE 1796.



PRÓLOGO DEL EDITOR.

La distinguida estimacion que las naciones cultas han hecho en todos tiempos de las obras de Cayo Salustio Crispo, y los repetidos elógios con que las han celebrado, son una prueba nada equívoca de quan justamente le señaló su siglo el primer lugar entre los Historiadores Romanos.

A la pureza y genuina propiedad de la diccion, y á la elegancia, concision, claridad y nervio en el estilo se agregan en él el método, la gravedad de las sentencias, la erudicion, y finalmente las precisas qualidades que hacen perfecto á un Historiador.

Tan preciosas prendas hacian consiguiente su traduccion por las naciones amantes de las ciencias y de la literatura. En la nuestra, Manuel Sueyro, que floreció á principios del siglo XVII, varon de grande y exquisita erudicion, versado en las antigüedades, tanto sagradas como profanas, y en diversas lenguas y ciencias, con particularidad en la Historia y Matemáticas, traduxo con elegancia

y propiedad en nuestro idioma, á instancias de algunos amigos, la guerra de los Romanos contra Yugurta, y la conjuracion de Catilina; acreditando el acierto que tuvo en esta ocupacion el aprecio con que fue admitida su obra del público, y los elogios que mereció á varios hombres doctos de su tiempo. Dióla á luz en Amberes el año de 1615 en 8.º marquilla, dedicándosela al Excelentísimo Señor Don Juan Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado, queriendo en esto dar una muestra de agradecimiento á los grandes favores y proteccion que le dispensaba una persona de tan alta clase, y contentar asimismo el amor y aplicacion que tenia á las letras.

Este celebrado Escritor nació en la misma Ciudad, de padres ilustres Hispano-Portugueses, y él mismo fue Señor de Voorde, Caballero del Hábito de Christo, Fidalgo de Portugal, y estuvo empleado en nuestro Palacio. Dexó escritas varias obras, que fueron bien recibidas de sus contemporáneos, y se mantienen siempre en buen concepto en la república literaria. Todas las imprimió en Amberes, y de ellas hace la enumeracion

nues-

nuestro docto Don Nicolas Antonio en su Biblioteca Española. Falleció en Bruselas el año 1639.

En la segunda reimpresion añadimos, traducidas igualmente á nuestro idioma por la conexîon que tienen con la obra del Salustio, las quatro elegantísimas y gravísimas oraciones que contra Lucio Catilina escribió el Príncipe de la Oratoria Romana, cuyo nombre basta por sí solo para darlas la mas alta recomendacion, y no dexar duda del primor con que estan escritas, así como todas las producciones que dexó este vasto y docto ingenio para instruccion y admiracion de la posteridad. Esta traduccion se la debemos á Andres Laguna, Médico del Emperador Carlos V, y del Pontífice Julio III uno de los mas célebres Escritores de España, honor de Segovia su patria, y muy apreciado de los extrangeros por los muchos y excelentes tratados que compuso sobre varias materias, en los que hizo resplandecer la ciencia que fue adquiriendo desde su juventud, auxîliado de la inteligencia que tuvo de diferentes lenguas, con especialidad de la Griega y Latina, en que fue versadisimo.

 Lle-

Llegó á extenderse su fama de modo que, segun refiere Colmenares en la Historia de Segovia, la Universidad de Colonia le pidió orase en público para consuelo de las muchas calamidades que aquella República y todas las Potencias de Europa padecian con las guerras entre Cárlos V y Francisco I de Francia; y en tan señalada ocasion acreditó notablemente su capacidad, y la general distinguida opinion que de él se tenia en aquella célebre oracion mixta que á imitacion de Terencio, bien que con mas propiedad, intituló: *Europa, que á sí misma se atormenta.* Hizo y publicó en Amberes, adonde se retiró despues de la muerte de aquel Pontífice, la traduccion de estas quatro oraciones el año de 1557, edad feliz de nuestra literatura: sirviéndole este trabajo para recreo del ánimo en la convalecencia de una penosa enfermedad, como él mismo lo refiere en la dedicatoria que hizo de ella al Señor Don Francisco de Eraso, Secretario del Consejo de Estado de la Magestad del Señor Felipe II. La propiedad y elegancia con que estan vertidas á nuestro idioma, ademas de hacerlas dignas de la atencion de los sabios,

y

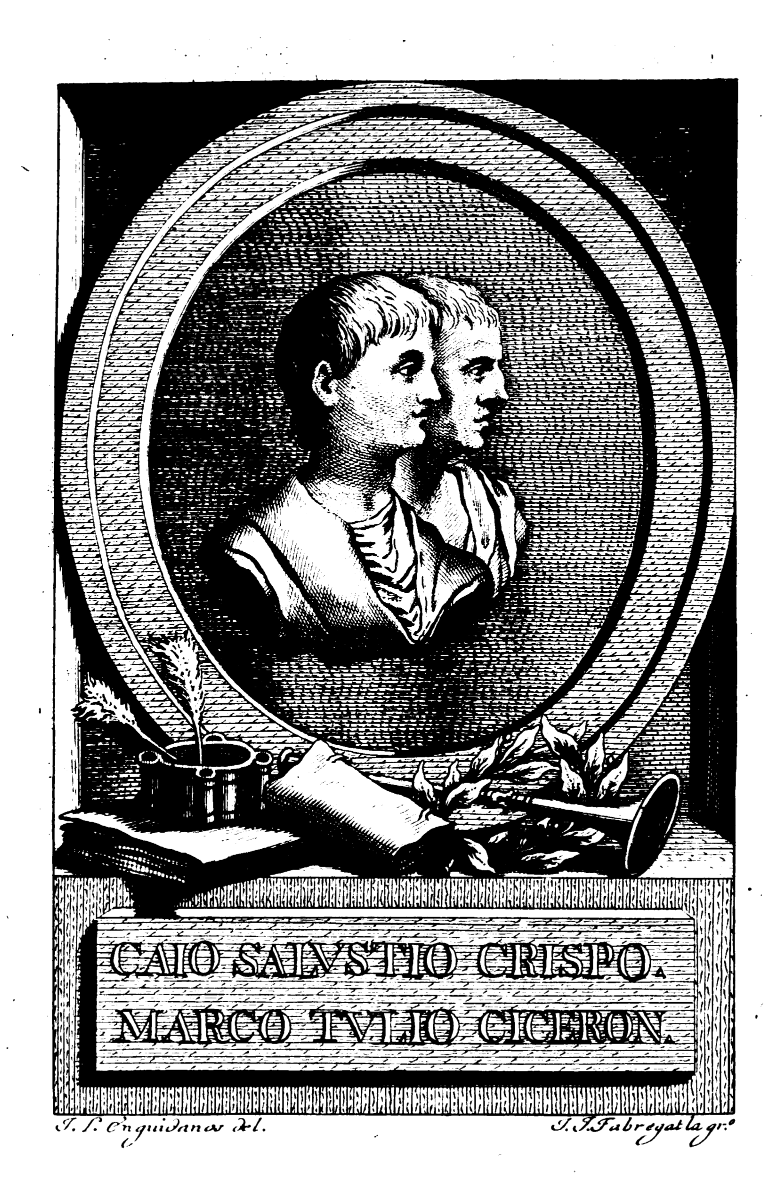
y ser una nueva prueba de su talento, nos han dexado la pena de que no le emplease en continuar la traduccion de las obras del mismo autor.

Estimulado de tan poderosos motivos he emprendido hacer la reimpresion de esta apreciable obra, de cuya utilidad carecia la Nacion por haberse hecho bastante rara; y oxalá que conforme á sus vivos deseos pudiera lograr asimismo generalmente de la excelente traduccion moderna que ha hecho del mismo Autor Latino el Serenísimo Señor Infante de España Don Gabriel de Borbon, para que ademas de servirla de enseñanza y de modelo, conservase en ella eternamente una de las muchas pruebas que confirman el antiguo conocimiento que tiene de su instruccion, laboriosidad, aplicacion á las artes y ciencias, y de la benignidad con que protege á los que se distinguen en ellas.

En quanto á la hermosura, correccion de la impresion y grabado de la lámina del frontispicio, que representa los bustos de Salustio y Ciceron, se ha puesto el posible esmero, llevando la mira de servir dignamen-

te

te al público, y de que todo corresponda á la bondad intrínseca de la obra; y será de la mayor satisfaccion para el Editor conseguir el fin de agradarle que se ha propuesto.



J. L. Enguidanos del.   J. J. Fabregat la gr.o

LA VIDA

DE CAYO SALUSTIO CRISPO.

Cayo Salustio Crispo fue natural de Amiterno, lugar de los Sabinos, y nació en el mismo año en que destruyó Syla á Athenas: fue noble, y hombre de grandísimo ingenio, que empleó desde su niñez en los estudios de Roma, donde se crió y ocupó despues en servicio de la República, entregándose tambien á los vicios, que tanto atormentaban aquella gran Ciudad. Tuvo por maestro á Atteyo Pretextato, é imitó los escritos de Marco Caton: compuso la historia de la guerra de Yugurta, la conjuracion de Catilina, y otros libros de los sucesos de los Romanos, como de Mario y Syla, y de Pompeyo contra el Rey Mitrídates, en que se vió su diligencia, y la gravedad de su estilo, que alaban, entre otros muchos, Anieno, Rufo, Gelio, Cornelio Tácito, y Fabio Quintiliano, que le compara á Tucídides: y la estimacion que de él hicieron se comprueba con el testimonio que de la verdad de su historia da San Agustin; á que añade el Petrarca, que pa-

para referir mas puntualmente la guerra de Yugurta fue á ver á Africa los lugares. Fueron sus amigos muchos varones insignes, como Cornelio Nepos, Mesala, y Nigidio Figulo, y Julio Cesar, que le honró con la Pretura; y Salustio por adularle se atrevió á ofender la fama del gran Pompeyo, cuyo Liberto Leneo compuso contra él algunas sátiras, en que escribió todos sus defectos y maldades, que no eran pocas, pues vendió la casa en que moraba su padre por redimir las penas de sus adulterios; y por andar solicitando á las matronas ilustres le excluyeron del Senado los Censores: fue grandísimo enemigo de Marco Tulio; y por saber sus designios y secretos se casó con Terencia, á quien habia repudiado Ciceron: vivió sesenta y dos años; y fue tan celebrada su eloqüencia en Roma, que se recitaban por toda ella en su loor éstos versos:

Hic erit, ut perhibent doctorum corda virorum,
Crispus Romana primus in historia.

GUERRA

DE YUGURTA.

Quéjanse sin razon de su naturaleza los hombres, como si con ser flaca y breve fuese mas gobernada por la fortuna que por la virtud; pues si la considerasen de otra manera, hallarian que no hay cosa de mayor excelencia y perfeccion, y que falta mas á la naturaleza la industria de los hombres, que la fuerza ó el tiempo; porque siendo el ánimo el que rige y guia la vida de los mortales, mientras busca la gloria por el camino de la virtud, le acompañan el valor, las fuerzas y la fama, y no ha menester á la fortuna, que no puede dar ni quitar á nadie la bondad, industria y otras virtudes; pero si, dexándose llevar de sus malos deseos, se sujeta á la pereza, y entrega algun dia á vicios perniciosos, despues que por su floxedad pierde el poder, tiempo é ingenio, entonces acusa por flaca á la naturaleza, porque cada uno atribuye á otras causas sus defectos propios; mas si tuviesen los hombres tanto cuidado de las cosas que importan como de las que no les tocan, ni han de aprovechar, antes les cau-

Trata primero de la naturaleza del hombre.

Refiriendo las causas del ocio, y los daños que acarrea.

A san

san grandes peligros, tendrian tan sujeta á la fortuna, como viven sujetos á ella, y llegarian á tanta grandeza, que siendo mortales alcanzarian una fama inmortal.

Y luego discurre de los exercicios del alma y cuerpo.

Porque como estamos compuestos de cuerpo y alma, asi siguen todas nuestras acciones las unas la naturaleza del cuerpo, y las otras las del alma; de modo, que la hermosura, las grandes riquezas, las fuerzas corporales, y otras cosas como estas, se pierden en pocos dias; pero las obras gloriosas del ingenio son como el alma, eternas; y finalmente los bienes del cuerpo y de la fortuna tienen el fin como el principio, y todas las cosas nacidas perecen y van envejeciendo despues que crecieron, mas el ánimo no se corrompe, porque es inmortal, y como gobierna el género humano, lo comprehende todo sin ser comprehendido; y por eso nos debe parecer mayor la maldad de algunos, que solo viven en el ocio y en sus excesos, dexando por su negligencia entorpecer el ingenio, que es el mayor bien que poseen los mortales, particularmente quando tiene tantos y tan diversos exercicios el ánimo, con que se adquieren las honras mayores; de que segun juzgo, no merecen ser deseados en este tiempo los gobiernos, magistrados, y todos los cargos de la República, pues no se estima la virtud; ni los que indignamente alcanzaron la autoridad quedan con

Acusa la malicia de aquel tiempo.

ella

ella mas seguros ú honrados. Pues aunque se pueda gobernar por fuerza la patria y los deudos, y castigar los delitos, no conviene hacerlo siempre, y menos quando las mudanzas de todas las cosas son indicios de muertes, destierros y otros males; porque es grandísimo disparate trabajar en vano, y no buscar con cansarse mas que odios; sino es que alguno tenga un tan ruin y dañoso deseo, que procure entregar en manos de pocos su honra y libertad.

Alaba la historia.

Pero de todos los trabajos del ingenio ninguno trae mayor fruto que la memoria de las cosas pasadas; de cuya virtud, ya que trataron muchos, no tendré que decir, para que tambien no me juzguen por tan vano, que quiero con alabarle ensalzar mas mi estudio; y creo que habrá algunos, que como me resolví en apartarme de los negocios de la República, dirán que nació de la ociosidad este trabajo mio tan grande y tan provechoso, particularmente aquellos que tienen por la mayor industria usar de cumplimientos con el Pueblo, y ganar su favor con convites; que si considerasen los tiempos en que alcancé las dignidades, y las personas que no las pudieron alcanzar, y despues qué suerte de gente ha entrado en el Senado, entenderian sin duda que mas me obligó á mudar de parecer la razon que la pereza; y que de mi ociosidad sacará mayor pro-

Y da la razon por qué dexó sus cargos.

ve-

vecho la República, que de los trabajos de otros; porque muchas veces he oido que Quinto Máxîmo y Publio Scipion, y otros hombres insignes solian decir, que quando ponian los ojos en las imágenes de nuestros mayores, les incitaban sumamente el ánimo á la virtud; no porque tuviese en sí tanta fuerza aquella cera y figura, sino porque con la memoria de sus hechos se encendian estos varones ilustres, que no podian tener sosiego hasta haber igualado con sus hazañas la fama y gloria de los otros: mas ahora al contrario, no compite nadie con sus antepasados en bondad ni industria, sino en riquezas y gastos; y tambien los que no tienen calidad, y que solian por su virtud ser preferidos á los nobles, procuran los puestos y honras, mas por trazas y negociaciones, que por buenos medios; como si la Pretura [1], el Consulado [2], y otros oficios semejantes fuesen de suyo honrosos y grandes, y no se estimasen

con

1 El cargo del Pretor, que era el segundo en la República Romana; y diósele este nombre, segun dice Varron, porque despues de Consul præerat populo. Hubo en diversos tiempos varios Pretores en Roma; pero precedia á todos el de la Ciudad, cuyo oficio era diputar los jueces, dar la forma del juicio, y solicitar la execucion.

2 La dignidad de Consul, el cargo mas principal entre los Romanos: introdúxose despues que Junio Bruto echó de Roma á los Reyes.

conforme al valor de los que los exercen. Pero he pasado mas adelante y mas libremente con el disgusto que recibo de las costumbres de la Ciudad. Ahora vuelvo á mi propósito.

He de escribir la guerra que el Pueblo Romano traxo con Yugurta, Rey de los Numidas [1], asi porque fue grande y atroz andando tan dudosa la victoria, como porque entonces se comenzó á resistir á la soberbia de los nobles, y confundió esta contienda todas las cosas divinas y humanas, y llegó á tanto el furor, que no se acabaron las diferencias de los Ciudadanos, sino con la guerra y destruccion de Italia; mas antes que declare el principio de estas cosas repetiré algunas, para que con ellas se entiendan y conozcan mas facilmente las demas.

En la segunda guerra contra los Cartagineses, en que el Capitan de los enemigos Anibal habia quebrantado la grandeza del nombre Romano y las fuerzas de Italia, Masanisa [2], Rey de Numidia

1 O Nomadas, que quiere decir en Griego *pastores*; porque aquellos pueblos andaban siempre en los campos tras sus ganados, y la mayor parte de ellos moraba en chozas.

2 Juan Leon, á quien cita Ortelio, dice que esta region se llama Biledulgerid; y Luis del Marmol Carvajal pone él mismo nombre mas distintamente, y de esta manera: Beled el Gerid, que es la tierra de los dátiles.

dia, á quien recibió por amigo Publio Scipion (el que por su virtud tuvo despues el nombre de Africano), hizo muchas y muy señaladas hazañas, con que despues de vencidos los Cartagineses, y preso el Rey Siphax, que poseia en Africa un Reyno grande y poderoso, le hizo donacion el Pueblo Romano de todas las villas y tierras que habia tomado, y asi conservamos siempre con mucha honra la amistad de Masanisa, que acabó de la misma manera su vida é imperio, dexándole todo á su hijo Micipsa, porque ya habian muerto sus hermanos Mastanabal y Gulusa.

Muerte de Masanisa.

Hereda su Reyno Micipsa.

Padre de Adherbal y Hiempsal.

Y tio de Yugurta.

Este Micipsa engendró á Adherbal y Hiempsal; y crió en su casa, tratándole del mismo modo que á sus hijos, á Yugurta, hijo de su hermano Mastanabal, que quedó desheredado de Masanisa por no ser legítimo, el qual en llegando á los años de la juventud tuvo muy buen talle y grandes fuerzas; pero como tenia aun mejor ingenio, no se dexó corromper de los vicios ni de la odiosidad; antes conforme á la costumbre de aquella nacion, iba de ordinario á caballo tirando el dardo, y corriendo con sus iguales; y aunque se aventajaba á todos, era bien quisto de todos, y tambien empleaba lo mas del tiempo en cazar, siendo el primero, ú de los primeros que herian al leon ó á las otras fieras; y con ser el que mas hacia, era el que menos hablaba de sí mismo; y si

Cuyas costumbres declara.

si bien Micipsa se holgaba al principio con esto, pareciéndole que la virtud de Yugurta sería para mayor gloria de su Reyno, todavía viendo que el mozo crecia cada dia, y que él era viejo, y sus hijos niños, se turbó bravamente, revolviendo en su ánimo varias cosas: atemorizábale el natural de los hombres inclinado á reynar, y aparejado á satisfacer su codicia, y demas de esto la oportunidad que le daba su edad y la de sus hijos, y que muchas veces la esperanza de la presa hacia olvidar la razon á los que eran mas amigos de ella, á que se añadia la aficion que los Numidas tenian á Yugurta, y asi temia que si le hiciese matar, causaria alguna sedicion ó guerra. Hallándose metido en estas dificultades, despues que vió que ni por fuerza ni por maña podia oprimir á un hombre tan favorecido del Pueblo, determinó de exponerle á los peligros, y tentar de esta manera á la fortuna, sabiendo que Yugurta era arriscado y deseoso de la gloria militar; y asi enviando alguna caballería é infantería al socorro de los Romanos, que hacian guerra á Numancia [1], le hizo Capitan de los Numidas que

1 De esta Ciudad dice Ambrosio de Morales en el libro 7. de la Crónica general de España lo siguiente: estaba puesta en el fin Septentrional de los Celtíberos en los pueblos llamados entonces Arevacos, poco mas de una legua

que iban á España, esperando que facilmente le matarian, ó por mostrar su ánimo, ó por ser tan valerosos los enemigos, aunque sucedió muy al reves de lo que él imaginaba.

Porque Yugurta, como era dotado de un ingenio pronto y vivo, luego que conoció el natural de Publio Scipion, que entonces era General de los Romanos, y las costumbres de los enemigos, con gran trabajo y cuidado, obedeciendo con notable modestia, y ofreciéndose muchas veces á los peligros, vino á ganar en pocos dias tanta reputacion, que le amaban sumamente los nuestros, y no le temian menos los Numantinos; y era realmente (lo que es tan dificultoso) atrevido en la batalla, y prudente en el consejo; trayendo una cosa consigo, en la providencia el temor, y la otra en el atrevimiento la temeridad; y asi le encomendaba Scipion las empresas mas peligrosas, teniéndole entre su amigos, y favoreciéndole mas cada dia, pues nunca se servia en vano de su asistencia ó consejo. Juntábase con esto la grandeza de su ánimo y sagacidad con que habia grangeado la amistad de muchos Romanos.

An-

gua mas arriba de donde ahora está la Ciudad de Soria, á la puente que llaman de Garay, junto al rio Duero, y pocas leguas abaxo de su nacimiento en un collado pequeño, y no muy levantado.

Andaban en aquel tiempo en nuestro exército muchos hombres, asi nobles como de poca calidad, que anteponian las riquezas á la virtud y honra, gente revoltosa, y que tenia poder en Roma, y mas opinion con los confederados de la que merecian; estos encendian mas el ánimo ya encendido de Yugurta, diciéndole, que si muriese Micipsa gozaria él solo del Reyno de Numidia, pues era hombre de tanto valor, y se vendian todas las cosas en Roma; pero despues que Publio Scipion, habiendo arrasado á Numancia, determinó de volverse á su casa, y tornar á enviar los socorros, llevó al Pretorio [1] á Yugurta, habiéndole en una plática que hizo á todo el exército alabado y honrado tambien con ricos dones, y allí le aconsejó en secreto, que mas procurase en general que en particular la amistad del Pueblo Romano, y no se pusiese á usar de liberalidades con algunos, porque se compraba con peligro de pocos lo que era de muchos; y si quisiese perseverar en sus virtudes, la misma gloria y el Reyno se le ofrecerian, pero si se diese demasiada priesa, se perderia su dinero, y él juntamente; despues que le dixo esto, le despidió, dándole cartas para Micipsa, en que le escribia lo siguiente:

Aconseja Scipion á Yugurta el modo con que debia gobernarse.

El

1 La casa ó tienda del General.

Escribiendo por él á Micipsa.

El valor de tu Yugurta se ha señalado mucho en la guerra de Numancia, de que sé muy bien que te holgarás, y de la aficion que le tenemos por sus merecimientos, y asi procuraremos que halle la misma en el Senado y Pueblo Romano; y por la amistad que contigo profeso, te doy el parabien de que tengas un hombre digno de tí, y de tu abuelo Masanisa. Quando vió el Rey que las cartas del General certificaban lo que habia divulgado la fama, movido asi de la virtud, como de la fortuna del hombre, inclinó su corazon, y comenzó á obligar con beneficios á Yugurta, y luego le adoptó, nombrándole en su testamento por heredero, como á sus hijos; y de allí á pocos años viéndose ya consumido de la enfermedad y vejez, delante de sus amigos y parientes, y de Adherbal y Hiempsal sus hijos, dixo, segun refieren, estas palabras á Yugurta:

El qual le nombró por su heredero.

Y le hizo esta plática.

Viéndote, ó Yugurta, despues de la muerte de tu padre, niño, y sin esperanzas ni riquezas, te recibí en mi Reyno, pareciéndome que por los beneficios que te hacia no me tendrias menos amor que mis hijos; y no me engañé en esta opinion, porque sin tratar de otras grandes é ilustres hazañas, últimamente volviendo de Numancia me honraste á mí y á mi Reyno con tu gloria; y con tu virtud aseguraste de todo punto la amis-

amistad que habia entre nosotros y los Romanos, tornando á ilustrar en España el nombre de nuestro linage; y alcanzaste finalmente la cosa mas dificultosa que hay entre los mortales, venciendo la envidia con tu fama. Ahora que la naturaleza pretende limitar el curso de mi vida, te amonesto y ruego por esta mi diestra, y por la fe del Reyno, que ames á estos que son tus deudos mas cercanos, y que por mis beneficios te llaman hermano, y que no quieras mas juntarte con los extraños que conservar á tu sangre; porque no defienden al Reyno los exércitos ni tesoros, sino los amigos, que no se pueden forzar por armas, ni ganar por dineros, pues se adquieren con buena correspondencia y fidelidad: ¿y quién es mas amigo del hermano, que el hermano mismo? ¿ó quién hallará lealtad en un extraño, habiendo sido enemigo de los suyos? Yo os entrego á vosotros un Reyno seguro si fuéredes buenos, pero instable si fuéredes malos; porque con la concordia crecen las cosas pequeñas, y con la discordia se acaban las mayores; y tú eres, ó Yugurta, el que has de poner orden, para que no suceda algo en contrario; porque en qualquier contienda que se ofrece, aunque reciba agravio el que es mas poderoso, se juzga que por serlo hace agravio á los demas; pero vosotros, Adherbal y Hiempsal, respetad á un varon de tanta virtud, é imitadle,

procurando que no parezca que he adoptado á mejores hijos que aquellos que he engendrado. Yugurta aunque sabia que todas estas palabras del Rey eran fingidas, le respondió entonces benignamente, y de allí á pocos dias murió Micipsa.

Y de allí á poco murió.

Despues que, conforme á la costumbre de los Reyes, le hicieron las obsequias con gran magnificencia, se juntaron para tratar de todos los negocios; pero Hiempsal, que era el mas mozo, y naturalmente feroz, y que ya antes solia menospreciar á Yugurta, como de menor calidad, pues no la tenia de parte de su madre, se sentó al lado derecho de Adherbal, para que Yugurta no quedase en medio de los tres, que esto tienen por honra los Numidas; y aun despues importunándole su hermano, apenas pudo acabar con él que se pasase al otro lado; y allí discurriendo de muchas cosas tocantes á la administracion del Reyno, entre otras propuso Yugurta que convenia revocar todas las órdenes y decretos que se habian hecho en los últimos cinco años; porque en aquel tiempo habia ya con la vejez perdido parte de su juicio Micipsa; á que le respondió Hiempsal que era muy contento, porque en aquellos tres postreros años habia él llegado á ser Rey por medio de la adopcion: palabras que penetraron mas de lo que ninguno pensó el pecho de Yugurta; y asi desde aquella hora fati-

Las palabras que hubo entre los dos hijos de Micipsa y Yugurta.

tigado de la ira y del temor, maquinaba y andaba preparando y trazando los medios para oprimir á Hiempsal; mas como estas cosas pidiesen tiempo, y no se aplacase su ánimo feroz, se resolvió á salir de qualquier manera con su intento.

Habian acordado en la primera junta, que como queda dicho hicieron los Reyes, que por excusar diferencias dividiesen los tesoros y límites del Reyno de cada uno; y asi señalaron los dias para entrambas estas cosas en que habia de preceder la distribucion del dinero, y entre tanto se fue cada qual por su parte á los lugares que estaban mas cerca de aquellos en que se guardaban los tesoros: acaso alojaba Hiempsal en la Villa de Thirmida en casa de un Lictor, que era el que iba mas cerca de la persona Real, y siempre habia sido muy amigo y favorecido de Yugurta; el qual viendo que la fortuna le ofrecia tal ministro, le hizo grandes promesas, para que como si fuera á visitar su casa mandase hacer llaves falsas de todas las puertas, porque las verdaderas se llevaban á Hiempsal, y que quando fuese hora él vendria con una buena tropa. Cumplió luego el Numida lo que se le habia encargado, y segun estaba ya instruido, metió de noche en la casa los soldados de Yugurta; los quales despues que entraron en ella fueron luego

Llevaban los Lictores Romanos un manoxo de varas con una hacha, y á veces sin ella.

go buscando cada uno por diferente parte al Rey, degollando á los que dormian, ó les salian al encuentro. Escudriñaban los lugares secretos, entrando por fuerza en los que estaban cerrados, y asi lo confundian todo con el ruido y las voces, hasta que hallaron á Hiempsal, que se escondia en la choza de una criada, donde se habia huido al principio con el miedo, y por no tener noticia del lugar; y los Numidas conforme á la orden que se les habia dado, traxeron su cabeza á Yugurta.

Muerte de Hiempsal.

Pero la fama de una maldad tan grande corrió luego por toda Africa, y causó notable temor en los que solian estar sujetos á Micipsa. Dividieronse en dos bandos los Numidas; y aunque la mayor parte seguia á Adherbal, favorecian al otro los mejores soldados, y asi juntó Yugurta el mayor exército que pudo, y rindiéndosele las ciudades unas por fuerza, y otras por voluntad, procuraba ocupar toda la Numidia: y Adherbal, aunque habia enviado embaxadores á Roma que declarasen al Senado la muerte de su hermano y su estado, confiándose en la mucha gente que tenia, se apercibia para la batalla; mas despues que vino á darla fue vencido, y huyó á la Provincia [1], y de allí á Roma.

Que dió principio á la guerra.

En que fue vencido Adherbal.

Y huyó á Roma.

En-

1 Asi llamaban los Romanos á qualquier Reyno que adquirian ó ganaban en la guerra.

Entonces Yugurta habiendo alcanzado su deseo, y apoderádose de toda la Numidia, como no le faltaba tiempo para ponderar su maldad, comenzó á temer al Pueblo Romano, no teniendo otra esperanza contra su ira que la avaricia de los nobles, y su dinero; y asi de allí á pocos dias envió embaxadores á Roma con mucha plata y oro, ordenándoles que primero contentasen con dádivas á sus amigos viejos, y despues procurasen otros nuevos; y finalmente, que no tardasen en grangear á qualquiera que pudiesen obligar con liberalidades; de modo que habiendo llegado á Roma, y conforme á la instruccion enviado grandes presentes á los que eran huéspedes de su Rey, y obligados á hospedarle, y á otros que en aquel tiempo podian mas en el Senado; hubo luego una tan extraña mudanza, que en lugar del odio que le habian cobrado, apoyaban y ayudaban todos los nobles á Yugurta; é inducidos parte con la esperanza, y parte con el premio, iban á rogar á todos los Senadores que no diesen alguna sentencia cruel contra Yugurta: y asi despues que estuvieron bien asegurados los embaxadores, señalaron á entrambas las partes dia en que diesen sus razones en el Senado; y entonces dicen que habló Adherbal de esta manera:

Mas luego envió allá sus embaxadores Yugurta.

Padres Conscriptos: Micipsa mi padre me en-

La oracion que

que hizo Adherbal en el Senado.

encargó á la hora de su muerte que solo pensase tener el gobierno de Numidia, y que tocaba á vosotros el derecho y el imperio; y que tambien procurase, asi en paz como en guerra, hacer los mayores servicios al Pueblo Romano, y que de vosotros hiciese la misma cuenta que de mis propios parientes y aliados; porque cumpliéndolo asi, hallaria en vosotros amistad, riquezas, exércitos, y la defensa de mi Reyno; y siguiendo yo estas órdenes de mi padre, vino Yugurta, el peor hombre de todos los que sustenta la tierra, y menospreciador de vuestro Imperio, á quitarme el Reyno y los bienes, aunque soy nieto de Masanisa, y por razon de mi origen, confederado y amigo del Pueblo Romano. Bien quisiera, Padres Conscriptos, que ya que habia de llegar á esta miseria, pudiera por mis servicios, y no por los de mis mayores, pediros socorro, y que por esta causa me le debiera dar el Pueblo Romano, y que no tuviera necesidad de él, ó que, si la tuviera, me valiera de esto como de cosa debida; pero como los que viven bien, viven poco seguros, y no podia yo saber la intencion de Yugurta, me retiré debaxo de vuestro amparo, para daros molestia antes de haberos servido, que esto es lo que mas me hace sentir mi desgracia: á los otros Reyes habeis recibido por amigos despues que los ven-

cis-

cisteis, ó ellos procuraron vuestra amistad en sus peligros; pero mis antepasados se confederaron con el Pueblo Romano en el tiempo que hacia la guerra á los Cartagineses, y quando merecia ser mas estimada su fidelidad que su asistencia; y asi no permitais, Padres Conscriptos, que yo, que soy de esta sangre, y nieto de Masanisa, os pida socorro en vano; porque si no tuviera otra causa mas para alcanzarle que mi miserable estado (pues no ha mucho que era Rey, y por mi linage, fama y riquezas poderoso, y ahora consumido de trabajos, y pobre, aguardo el favor ageno) todavía tocaba á la magestad del Pueblo Romano prohibir las injurias, y no sufrir que el Reyno de alguno creciese con maldades. Mas á mí me echaron de las tierras que dió el Pueblo Romano á mis antecesores, de donde vosotros, acompañados de mi padre y abuelo, desterrasteis á Syphax y á los Cartagineses. Vuestros beneficios, Padres Conscriptos, son los que me han quitado; vosotros sois á quienes en mis agravios han menospreciado, ¡ó miserable de mí! ¿En esto habian de venir á parar, ó Micipsa, padre mio, tus beneficios, que aquel á quien igualaste á tus hijos, y diste parte en tu Reyno, sea el que mas procura verter tu sangre? ¿no gozará, pues, algun dia de sosiego nuestro linage? ¿andará siempre revuelto

en sangre y guerras, y desterrado? Mientras florecieron los Cartagineses, padeciamos muy justamente sus crueldades; teniamos los enemigos cerca, y á vosotros, que érades nuestros amigos, lejos, y consistia toda nuestra esperanza en las armas; mas despues que se echó aquella peste de Africa, gozábamos con alegria de la paz, ya que no teníamos ningun enemigo, si acaso no queríades vosotros que le tuviésemos; pero ahora de repente Yugurta con una audacia intolerable, y gloriándose de su alevosía y soberbia, despues de haber muerto á mi hermano, que era su deudo, usurpó su Reyno, como si fuera la presa ganada por su maldad; y quando vió que no me podia coger con el mismo engaño, y que de ninguna cosa me temia yo menos que de su violencia, ó de la guerra, viviendo debaxo de vuestro Imperio, me privó de mi patria y de mi casa, trayéndome á tal pobreza y tantas calamidades como veis, y que en qualquiera parte estoy mas seguro que en mi Reyno propio. Yo me persuadia, Padres Conscriptos, por haberlo oido decir á mi padre, que los que habian de conservar vuestra amistad habian de pasar mucho trabajo, mas que con ella se aseguraban de todo punto contra todos; lo que pudo hacer nuestra casa fué lo que hizo, sirviendoos en todas vuestras guerras; ahora está en vuestra mano hacer que vivamos con paz y quietud.

tud. Padres Conscriptos, dos hijos dexó mi padre, y pensó que por sus beneficios sería Yugurta como hermano nuestro; pero este mató al uno de ellos, é yo que soy el otro, apenas escapé de sus crueles manos: ¿qué haré, ó á quién llegaré primero, pues soy tan desgraciado? Ya acabaron todos los que solian amparar mi linage. Mi padre, como era fuerza, cumplió con su deuda natural; mi pariente quitó la vida contra toda razon á mi hermano, y por diversas maneras destruyó á los deudos, amigos, aliados, y á todos los mios, poniendo algunos en cruz, echando otros á las fieras, y á pocos que dexó vivos los tiene metidos en las mazmorras, donde con tristeza y llanto pasan su vida peor que la muerte. Si todas las cosas que he perdido, si todos los amigos, que ahora con diferente nombre me persiguen, me quedasen todavía, sucediéndome algun mal de improviso, á ninguno imploraria, Padres Conscriptos, sino á vosotros, á quienes por la grandeza del Imperio, conviene guardar la justicia, y reprimir las injurias: ahora que me hallo desterrado de mi patria, solo, y desposeido de toda mi honra y dignidad, ¿á quién acudiré, ó á quién invocaré? ¿á las naciones y Reyes que nos aborrecen, porque conservamos vuestra amistad? ¿ó á qué parte podré ir do no se hallen muchos rastros

de las ruinas causadas por mis mayores? ¿tendria por ventura compasion de vosotros alguno que hubiese sido en otro tiempo enemigo vuestro? Finalmente, nos ordenó Masanisa, Padres Conscriptos, que no respetásemos á nadie sino al Pueblo Romano, y que no hiciésemos liga ni tratos con otros; porque en vuestra amistad hallaríamos todo el socorro que nos fuese necesario; y si se mudase la fortuna de esta República, que pereciésemos juntamente mostrando nuestro valor; pero ahora, por la benignidad de los Dioses, se aumenta y florece vuestro Imperio, y todos le sirven y obedecen, para que mas facilmente podais impedir los ultrajes que se hacen á vuestros confederados: solo temo que la amistad que algunos tienen en secreto con Yugurta, no los haga apartar de la razon; porque oigo que andan haciendo grandes diligencias, solicitando é importunando á cada uno de vosotros en particular, que no resolvais nada contra el ausente, sin conocimiento de la causa, porque son fingidas mis palabras, y no me han obligado á que huyese, pues podia quedar en mi Reyno: oxalá vea yo á aquel que con su gran maldad me ha puesto en aqueste estado fingir estas cosas, y que algun dia teneis vosotros ó los Dioses inmortales cuidado de las cosas humanas; para que el que ahora triunfa y se

jac-

jacta de sus maldades, sea atormentado de todos los males, y pague las justas penas de la ingratitud que ha usado con mi padre, de la muerte de mi hermano, y de mis miserias: y tú, ó hermano mio, á quien únicamente amaba, aunque contra toda razon te quitaron la vida antes de tiempo, pienso que te debes holgar, mas que quejar de tu muerte, pues no perdiste con la vida el Reyno, antes escapaste del destierro, de la huida, de la pobreza, y de todas estas desgracias que me afligen; pero yo miserable, que me hallo rodeado de tantas, y echado del Reyno de mi padre, estoy hecho un espectáculo de la fortuna humana, dudoso en lo que he de hacer: ¿procuraré la venganza de tus injurias, viéndome sin socorro alguno, ó miraré por mi Reyno, si tiene otro el poder de darme la vida y muerte? Pluguiese á los Dioses que con un fin honroso le pusiese á mis desdichas, para que no despreciasen mi vida, si cansado de males sufriere las afrentas. Pero ahora que aborrezco la vida, y no se me concede la muerte sin deshonra, os ruego, Padres Conscriptos, por amor de vuestros hijos y padres, y de vosotros mismos, y por la magestad del Pueblo Romano, que remedieis mi adversidad con resistir al agravio, no permitiendo que el Reyno de Numidia, que es vuestro, se destruya con tal maldad y

con

con el derramamiento de nuestra sangre.

Respuesta de los embaxadores de Yugurta.

Despues que acabó de hablar el Rey, los embaxadores de Yugurta, confiados mas en sus cohechos que en la razon, respondieron en pocas palabras: *Que los Númidas habian muerto á Hiempsal por su crueldad, y que Adherbal, habiendo movido la guerra sin causa, ahora que habia sido vencido en ella, se quejaba, porque habian resistido á sus injurias: que Yugurta pedia al Senado que le tuviesen por el mismo que habian visto en Numancia, y no antepusiesen las palabras de su enemigo á sus servicios*; y con esto salieron los unos y los otros de la Curia, pues habia de tratar luego de este negocio el Senado: los que favorecian á los embaxadores, y la mayor parte de los Senadores que habian sobornado, no hacian caudal de las palabras de Adherbal, celebrando el valor de Yugurta, y con gran aficion y en voces altas defendian el crimen y la maldad agena, como su honra propia; pero algunos, que al contrario preferian el derecho y la razon á las riquezas, decian que era justo dar socorro á Adherbal, y vengar rigurosamente la muerte de Hiempsal; y el que mas insistia en esto era Emilio Scauro, hombre noble, pronto é inquieto, deseoso del gobierno y de las riquezas y honras, aunque disimulaba con grande astucia sus vicios; y como

El lugar do se juntaban los Senadores.

Tenia ganada Yugurta la mayor parte del Senado.

vió

vió la desvergüenza y poco recato con que procedia el Rey en sus negociaciones, temiendo, como sucede en semejantes casos, que una infamia como esta le causaria odio, reprimió sus ordinarios deseos.

Pudieron todavía mas en el Senado los que posponian la verdad al favor y dinero, y así se decretó que fuesen diez diputados á dividir el Reyno que habia sido de Micipsa entre Yugurta y Adherbal. El principal de estos era Lucio Opimio, hombre ilustre, y que tenia entonces mucha autoridad en el Senado, porque siendo Consul, despues de muerto Cayo Gracco y Marco Fulvio Flacco, executó con brava resolucion contra la plebe la victoria que alcanzaron los nobles; y aunque Yugurta le habia tenido en Roma por uno de sus amigos, le recibió todavía con grandes cumplimientos, y prometiéndole muchas cosas, hizo tanto, que vino á estimar mas el provecho del Rey que su reputacion y fe, y finalmente sus mayores bienes; y acometiendo por el mismo camino á los otros diputados, venció á la mayor parte, y pocos antepusieron la fe al dinero, y en la division que hicieron señalaron á Yugurta la parte de Numidia que confina con la Mauritania [1], mas fertil

Pero no pudo salir con su intento.

Pues fue Opimio á dividir el Reyno.

1 Dividíase antiguamente en Tingitana, y Cesariense,

til y poblada, dexando á Adherbal la otra de mayor apariencia que bondad, mas adornada con edificios y puertos.

Parece que la historia requiere que haga aquí una breve descripcion de Africa [1], y de las gentes que tuvieron con nosotros guerra ó amistad; bien que no podré referir con certidumbre las naciones y lugares que por el calor y su aspereza, y los desiertos que hay, son menos freqüentados. Muchos, repartiendo el orbe de la tierra, dicen que es Africa la tercera parte de él, aunque algunos solo le dividen en Europa y Asia, atribuyendo á Europa la Africa, que tiene por límites al Occidente á nuestro mar, y el Océano, y al Oriente aquel valle que llaman los naturales Catabathmon [2]. El mar es terrible y peli-

se, que la Tingitana comprehende ahora, segun Marmol, los Reynos de Fez y Marruecos, y la Cesariense el de Tremecén.

1 Descripcion de Africa, que llaman los naturales Ifiriquia, y derivan este nombre de un Rey de Arabia Feliz llamado Ifiriqui; aunque otros autores Africanos le deducen de Faracha, que en Arábigo significa cosa dividida ó suelta, por separarla el mar Mediterráneo de Europa, y el Estrecho de Arabia, de Asia; Pero lo mas cierto es que tuvo origen el mismo nombre de Apher, hijo de Madian y nieto de Abraham.

2 Catabathmon significa lo mismo que en Latin *descensus*, ó descendimiento; y de lo que escribe en este lugar,

ligroso, por los pocos puertos, la campiña fertil y buena para el ganado; pero crecen mal los árboles, y faltan las aguas del cielo y de la tierra: los hombres son sanos, sueltos y sufridores del trabajo, la mayor parte llega á la vejez quando no perecen por hierro ó por el rigor de las fieras; porque raras veces muere alguno de enfermedad; y tambien hay muchos animales venenosos.

Referiré brevemente las naciones que en Africa habitaron al principio, y las que despues se les allegaron, y de la manera que se mezclaron unas con otras, siguiendo en esto lo que nos interpretaron de los libros escritos en len- [illegible] gua

[illegible]

gar, y mas adelante Salustio, confiriéndolo con lo que dicen Juan Leon y Luis del Marmol, se infiere que se incluye en los desiertos de Barca; y para mayor claridad referiré aquí las mismas palabras de Marmol: desde los términos Orientales de la Provincia de Mesrata, que llamaron los antiguos Cyrenaica; comienza un desierto muy grande, que comunmente llamamos Barca; los Alarabes de Africa le llaman Ceyrat Barca, que quiere decir el camino de la tempestad, por el qual se atraviesa para ir de Berbería á Egipto. Extiéndese este desierto desde el Cabo que los modernos llaman de Arrasiltin, que Ptolomeo llama Península grande, hasta Glauco Promontorio en los confines de Alexandría la vieja, por espacio de quatrocientas y cincuenta leguas, y hácia mediodia tiene de travesía mas de sesenta leguas.

gua Púnica [1], que segun decian, eran del Rey Hiempsal, y lo que tienen por cosa averiguada los naturales; y aunque discrepe de la comun fama, podrán dar crédito á aquellos autores. Los primeros que ocuparon esta region fueron los Getulos [2] y Libyos, [3] gente rústica y agreste, que se sustentaban de las fieras que cazaban y de las yerbas que produce la tierra para los animales. Estos no tenian costumbres ni leyes, ni vivian sujetos á nadie; pero corriendo y mudándose de una parte á otra, se alojaban en el lugar donde los cogia la noche. Mas despues que Hércules murió en España, segun la opinion de los Africanos, con la muerte del Capitan, y con los muchos pretensores que habia para el gobierno, se deshizo luego el exército que estaba compuesto de naciones varias; y siendo de este número los Medos [4], Persas y Armenios pasaron en sus

1 Que se hablaba en Cartago.

2 Que dieron nombre á la region, que se dixo antiguamente Getulia, que confinando con la Numidia, se comprehende ahora en las tierras, que como he dicho, llaman los Africanos Beled el Gerid.

3 Tambien dexaron estos su nombre á entrambas las Libyas.

4 Nacion antigua é ilustre de Asia, cuyo Imperio se transfirió á los Persas ó Persianos, que pues su nombre es tan conocido como el de los Armenios, no tengo que añadir aquí.

sus naves á Africa, y se apoderaron de los lugares cercanos á nuestro mar, aunque los Persas quedaron mas hácia el Océano, y de los cascos de sus naves, que volvian hácia arriba, se servian como de chozas, porque no hallaban materiales en los campos, ni tenian medio para comprarlos ó hacer algun trueco con los Españoles; porque el ser tan grande la mar y tan diferente el lenguage impedia los comercios. Estos fueron poco á poco emparentando con los Getulos, y porque tantas veces habian mudado de lugares, y tentado las tierras, se llamaron á sí mismos Numidas; y aun hoy en dia, las casas de los labradores, que ellos llaman mapalias, como son largas, y se van estrechando por los lados hasta formar el techo, representan la parte inferior de la nave. Con los Medos y Armenios se agregaron los Libyos, por habitar mas hácia el medio dia, y los Getulos mas cerca del sol, y mas sujetos á sus calores. Estos tuvieron presto ciudades, porque estando separados de España por el estrecho, trataban unos con otros, y los Libyos fueron corrompiendo poco á poco su nombre, llamándose en su lenguage bárbaro Mauros * en lugar de Medos; mas los Persas se aumentaron en poco tiempo, y con nombre de Numidas, apartándose por su muchedumbre, de sus padres, poseyeron la region que está junto á Cartago, y se

* Moros.

llama Numidia; y despues, confiándose los unos en los otros, sujetaron con las armas ó el temor de ellas á sus comarcanos, con que creció su fama y gloria, señalándose mas en esto los que estan mas cerca de nuestro mar, porque los Libyos no son tan belicosos como los Getulos. Finalmente la mayor parte de la Africa inferior fue ocupada por los Numidas, y todos los vencidos vinieron á recibir el nombre de los vencedores. Despues los Phenices [1], por ser mayor el número de la gente que su territorio, y parte de ellos con deseo de reynar, solicitando al vulgo y otros aficionados á cosas nuevas fundaron en la costa de Africa á Hippo [2], Adrumeto [3] y Leptis [4] y

otras

1 Pueblo de Suria, que tuvo en aquellos tiempos gran poder por la mar.

2 Que llaman ahora los Christianos Bona. Los Arabes la llaman Beled el Vgneb.

3 Segun Mercator se llama ahora Mahometa, ó Hamameta, como escribe Marmol. Pero quizá estuvo Adrumeto en el propio lugar, ó como dice Marmol, será la que llamamos Africa, y llamaron los Moros Mehedia en la Provincia de Tunez.

4 Hubo conforme á la opinion de Ptolomeo y Plinio dos Ciudades de este nombre en la Africa propia; la mayor quiere Mercator que sea Lepide, que segun Marmol, es de la Provincia de Trípoli de Berbería; y si damos crédito á Cornelio Sceppero, será la menor Africa, que es contra el parecer de Marmol.

otras Ciudades, que floreciendo mucho en pocos dias, sirvieron unas de defensa á los pueblos de su origen, y otras de gloria; que de Cartago tengo por mas acertado no decir cosa, que decir poco; porque el tiempo me obliga á pasar á otras partes, y asi desde Catabathmon, que divide á Egipto [1] de Africa; la primera Ciudad situada á la orilla de aquel mar es Cyrene [2], Colonia de los Thereos, y luego las dos Syrtes, [3] y en medio de ellas Leptis, despues las Aras [4] de los Philenos, que este lugar tuvieron por término de su Imperio hácia la parte de Egipto los Cartagineses, y de este modo van siguiendo las otras Ciudades de los Penos; y los demas lugares hasta la Mauritania poseen los Numidas, porque los Mauros son los que se hallan mas cerca de España, y segun he entendido los Getulos, que confinan con la Numidia, viven parte en chozas, y otros aun con menos policía corren de una parte

1 Los Arabes llaman esta region Mezra, los Hebreos Mezrain, y los naturales de la tierra el Quivet.

2 Ciudad muy nombrada en otro tiempo, y que dió nombre á la Provincia Cirenaica, que segun Juan Leon y Luis del Marmol es ahora la de Mesrata en el Reyno de Tunez, y del estado de la Ciudad de Trípoli.

3 Dos golfos peligrosos en aquella costa de Africa.

4 Este pueblo se llama, segun Marmol, Nain, y es de la Provincia de Trípoli.

te á otra; y mas adelante están los Ethiopes [1], y luego las tierras abrasadas por los calores; y asi en la guerra de Yugurta los Magistrados que ponia el Pueblo Romano gobernaban muchas de las Ciudades de los Penos, y los confines que tenian últimamente los Cartagineses, y mucha parte de los Getulos y los Numidas hasta el rio Melucha [2] obedecian á Yugurta; pero todos los Mauros estaban debaxo del dominio del Rey Boccho, que no conocia del Pueblo Romano mas que el nombre, y tampoco nosotros en guerra ni en paz habiamos tenido noticia de él. De Africa y

1 Ptolomeo divide la Ethiopia en dos; y llama á la una Ethiopia sobre Egipto, que segun Ortelio es el Reyno de los Abisinos, que llaman el Habexa; y la otra interior, que comprehende las tierras de los Negros; Marmol la divide en alta y baxa, y dice que la alta es aquella parte de la tierra, donde son los Reynos de los Abisinos, y que en ella se comprehenden tambien todas las Provincias que caen sobre el mar de Arabia y el mar Roxo, y la Ethiopia de sobre Egipto. La baxa es la tierra de los Negros, que llaman los Moros Beled ala Abid.

2 Alude mucho al nombre de este rio otro que llama Mulucan Luis del Marmol, y nace en la sierra del Atlante mayor, nueve leguas de Garciluin, Ciudad de la Provincia de Cuz, y va á meterse en la mar junto á la Ciudad de Cazaza; llama Ptolomeo la boca de este rio, Melocat.

y de sus moradores habemos dicho lo que era necesario para lo que tratamos.

Despues que, quedando repartido el Reyno, salieron los diputados de Africa, y vió Yugurta que en lugar del temor que habia concebido, alcanzó premio por su maldad, teniendo por cierto lo que le habian dicho sus amigos en Numancia, de que se vendian todas las cosas en Roma, é incitado asimismo por las promesas de aquellos cuya codicia habia satisfecho, comenzó á aspirar al Reyno de Adherbal, como hombre gallardo y belicoso, pero el á quien queria acometer era quieto, nada guerrero, blando de condicion, y como tal, sujeto á recibir agravios, pues no se hacia temer tanto quanto temia.

Pero tornó á intentar cosas nuevas Yugurta.

Y asi de repente entró por sus tierras con un grande exército cautivando mucha gente, tomando el ganado y otras presas; y poniendo fuego á los edificios, hacia con la caballería grandes daños por diferentes partes, y luego se retiró con todo el campo á su Reyno, pareciéndole que Adherbal, irritado de esta afrenta, se vengaria de ella con mano armada, y que asi tendria ocasion para la guerra; pero Adherbal como no se tenia por tan buen soldado, y estaba mas confiado en la amistad del Pueblo Romano que en los Numidas, envió embaxadores que se quejasen á Yugurta de estos agravios, y aunque traxeron una

Y menospreciando á Ad-

Adherbal y sus embaxadores.

una respuesta afrentosa, se resolvió á sufrir antes todas las cosas, que mover la guerra, por el ruin suceso que habia tenido en ella; y con todo esto no se aplacó la codicia de Yugurta, como el que ya contaba por suyo todo aquel Reyno; y asi no con correrías, segun solia, sino con un poderoso exército que habia juntado, empezó á hacer la guerra, y pretender claramente el imperio de toda la Numidia, arruinando las villas por donde pasaba, talando los campos, y sacando presas con que animaba los suyos, y atemorizaba los enemigos.

Le movió guerra.

Resiste con todas sus fuerzas Adherbal.

De modo que viendo Adherbal que las cosas habian llegado á términos que habia de dexar el Reyno, ó conservarle por las armas, fue forzado á levantar gente, con que salió á encontrar á Yugurta, y no lejos de la mar, junto á la Villa de Cirtha [1], se aquartelaron entrambos los exércitos; y porque ya anochecia no se dió aquel dia la batalla, mas habiendo pasado mucha parte de la noche, y durando todavía la obscuridad, los soldados de Yugurta, dada la señal, acometieron los quarteles del enemigo, poniendo en huida, ó degollando á los que estaban soñolientos ó tomaban las armas. Adherbal con algunos de á caballo se huyó á Cirtha;

1 Constantina, que llaman los Moros Cuzutina. Es cabeza de la Provincia de Numidia nueva, que los modernos llaman de Constantina.

tha; y si no fueran los del Pueblo, que hicieron retirar de las murallas á los Numidas que seguian el alcance, se hubiera en un mismo dia, comenzado y acabado la guerra entre los dos Reyes.

Fue desbaratado Adherbal, y retiróse á Cirtha.

Cercó Yugurta la Villa, apretándola con torres, galerías y diversas máquinas, para prevenir los embaxadores, que sabia que antes de la batalla habia enviado Adherbal á Roma; pero despues que el Senado tuvo aviso de la guerra, envió tres mancebos á Africa, que en nombre del Senado y Pueblo Romano declarasen á entrambos los Reyes, que era su voluntad y orden que dexasen las armas; remitiendo sus diferencias á la razon, y no á la guerra; porque asi competia á la honra de los Romanos y de ellos.

Do le puso cerco Yugurta.

Resuelve el Senado que se conserve la paz entre los Reyes.

Llegaron con mucha brevedad los embaxadores á Africa, usando mas de ella por haber entendido, mientras se aparejaban para el viage en Roma, que se habia dado la batalla, y estaba sitiada Cirtha, aunque no se decia todo como pasaba: habiendo oido su embaxada Yugurta, respondió: *que no habia cosa que mas desease ni estimase que la autoridad del Senado; y que desde su mocedad habia procurado tener buena opinion con los buenos; y que por su virtud, y no por malicia alcanzó el favor de Publio Scipion, hombre tan ilustre, y por el mismo respeto le adoptó Micipsa para la sucesion del Reyno, y no porque le fal-*

Y asi se notificó á Yugurta.

Que dió luego sus disculpas.

faltasen hijos; y que quanto mayores hazañas habia hecho, tanto menos sufria su ánimo las injurias; que Adherbal habia intentado de matarle á traicion, y por estar advertido de ella, habia estorbado su maldad; que el Pueblo Romano no haria lo que pedian la razon y la justicia, si le privase del derecho de las gentes. Finalmente, que él enviaria presto embaxadores sobre estas cosas á Roma; con que se despidieron, y Adherbal no tuvo lugar para llamarlos.

Con que se volvieron los embaxadores.

Despues que entendió Yugurta que habian salido de Africa, y que por el sitio del lugar no podia ganar por fuerza á Cirtha, la cercó por todas partes con trincheras y fosos, y levantando torres puso gente en ellas, acometiendo demas de esto de dia y de noche la Villa por armas ó por engaños, con ofrecer á veces premios á los defensores, y amenazarlos á veces; y exhortaba y animaba á los suyos, atendiendo con gran cuidado á todo.

Y él apretó mas á Cirtha.

Adherbal, viendo sus cosas reducidas al extremo peligro, y su enemigo mas obstinado, y que no habia esperanza alguna de socorro, ni podia, faltándole las provisiones, alargar la guerra, escogió á dos de los que con él se habian retirado á Cirtha, que eran hombres muy diligentes, y prometiéndoles muchas cosas, y representándoles su miseria, les persuadió que pasando de noche por el

Adherbal despacha otra vez á Roma.

el campo de los enemigos, procurasen llegar á la mar, que estaba cerca; y de allí á Roma; los Numidas cumplieron en pocos dias su orden, y las cartas de Adherbal fueron leidas en el Senado, que contenian lo siguiente:

No tengo yo la culpa de importunaros tantas veces, Padres Conscriptos, mas fuérzame á ello la violencia de Yugurta, que con tan vehemente deseo procura mi muerte, que no se acuerda de vosotros ni de los Dioses inmortales; porque mas apetece mi sangre que todas las cosas, y asi ha ya cinco meses que me tiene cercado, aunque soy confederado y amigo del Pueblo Romano, y no me ayudan los beneficios de mi padre Micipsa, ni vuestras órdenes; pues no sé si me aprietan mas las armas que la hambre. El estado en que me veo no permite que escriba mas de Yugurta, porque ya tengo experiencia de que se da poco crédito á los desgraciados; si bien entiendo que no se acaban en mí solo sus deseos, y que no pretende con mi Reyno vuestra amistad, porque todos conocen qual de estas dos cosas estima mas; pues primero mató á mi hermano Hiempsal, y despues me echó del Reyno de mi padre. No digo que os tocan las afrentas que padecí, sino que ahora ocupa con las armas el Reyno de Numidia, que es vuestro, y me tiene sitiado, habiéndome vosotros escogido por Rey de los Numidas, y los peligros

Y escribió esta carta al Senado.

en que me hallo muestran el caudal que hace de vuestros embaxadores, y asi ¿qué cosa puede haber ya que le mueva sino vuestras fuerzas? Bien quisiera que lo que os escribo, y todo lo de que me he quejado en el Senado, fuera fingido, y que no acreditase mi miseria mis palabras; pero pues he nacido para que declarase en mí sus maldades Yugurta, no pido que me libreis de la muerte y de los trabajos, sino del poder de mi enemigo, y de los tormentos que me hará padecer; proveed en vuestro Reyno de Numidia lo que os pareciere; pero sacadme de sus crueles manos; que esto os ruego por la magestad del Imperio, y en fe de la amistad, si aun se conserva en vosotros alguna memoria de mi abuelo Masanisa.

Que envió á Africa á Emilio Scauro y otros hombres ilustres.

Despues que se leyeron estas cartas, propusieron algunos que se enviase un exército á Africa en socorro de Adherbal, y entretanto viesen lo que se habia de hacer con Yugurta por no haber obedecido á los embaxadores; pero aquellos mismos que solian favorecerle hicieron grandes diligencias para que no saliese este decreto; de suerte, que como sucede en la mayor parte de los negocios, pudo mas la pasion de algunos que el bien comun. Con todo eso enviaron á Africa personas de mucha edad y nobleza, que habian tenido grandes cargos, y entre ellos á Marco Emilio Scauro, de quien há poco que traté, varon

 Con-

Consular, y que en aquel tiempo era Príncipe del Senado [1]; y por el odio que concibieron contra Yugurta, y tambien por pedírselo asi los Numidas, se embarcaron dentro de tres dias, y de allí á poco aportaron á Utica [2], y escribieron á Yugurta, que luego viniese á la Provincia, porque el Senado los habia enviado para que se viesen con él. Quando recibió el aviso de que estos varones ilustres, cuya autoridad sabia que era grande en Roma, venian á romper su designio, se turbó mucho, quedando al principio suspenso entre el temor y deseo; temia la ira del Senado si no obedeciese á los embaxadores, mas no sabia apartarse de la maldad, porque le cegaba la codicia; y asi con ella se dexó vencer del peor consejo, y acometiendo por todas partes á Cirtha, procuraba ganarla, esperando que separándose para la defensa los enemigos, hallaria por fuerza ó por engaño algun camino para la victoria; pero sucediéndole esto al reves, y no pudiendo salir con su intento, que era coger á Adherbal antes de ir á hablar á los embaxadores, y pareciéndole que con

1 El primero del Senado.

2 Huberto Foglieta dice que es Biserta; pero Marmol y otros, que es aquel puerto yermo llamado modernamente puerto Farina por los Christianos, y por los Moros Gar el melha. Fue de las mejores Ciudades de Africa.

Fue á la Provincia Yugurta, y aun habló con Scauro.

No levantó el cerco.

con la dilacion irritaria mas á Scauro, á quien temia mas que á todos, vino á la Provincia con algunos de á caballo; y aunque de parte del Senado se le hicieron grandes amenazas para que levantase el cerco, despues de haberle dicho en vano muchas palabras los embaxadores, se partieron sin efectuar cosa alguna.

Y Adherbal.

Teniéndose aviso de esto en Cirtha, los Italianos, que con su valor la habian defendido, confiándose en la grandeza del Pueblo Romano de que no los ofenderian quando la rindiesen, persuadieron á Adherbal que se entregase á sí y á la Villa, como le prometiese la vida Yugurta, porque de lo demas tendria cuidado el Senado; pero él, aunque le parecian todas las otras cosas mas seguras que la fe de Yugurta, con todo eso, ya que estaba en la mano de los Italianos el obligarle á esto si lo contradixese, se rindió siguiendo su parecer, y luego le mandó matar con gran crueldad Yugurta, y despues de él á todos los mancebos de Numidia y los mercaderes, sin ninguna distincion, asi como los encontraba armados.

Persuadido de los Italianos rindió la Villa, y fue muerto por Yugurta.

Quando llegaron estas nuevas á Roma, y se comenzó á tratar de ellas en el Senado, los mismos que siempre le habian amparado, á veces con el favor, y á veces con sus largas, debatiendo y altercando sobre el caso, mitigaban el odio; y si Ca-

Cayo Memmio, que habia sido nombrado por Tribuno de la plebe [1], hombre terrible y enemigo de la autoridad de los nobles, no hubiera representado al Pueblo Romano, que algunos de los poderosos procuraban que no fuese castigada la maldad de Yugurta, sin duda se fuera perdiendo el enojo en las dilaciones de las consultas; que tanto podian el favor y el dinero del Rey: mas el Senado, temiendo al Pueblo, que estaba informado del crimen, señaló en virtud de la ley Sempronia [2] las Provincias de Numidia é Italia á los que en la primera eleccion saliesen por Cónsules, en la qual fueron nombrados Publio Scipion Nasica, y Lucio Bestia Calpurnio, á quien tocó la Numidia, y á Scipion Italia, y luego hicieron alistar la gente que se habia de embarcar para Africa, declarando el dinero, y las otras co-

Valor de Cayo Memmio.

1 Hubo diversos Tribunos en Roma, como los Militares, el que llamaban *Tribunus Celerum*, y otros; pero estos de la plebe fueron nombrados por las discordias de los nobles con los plebeyos; tenian autoridad para impedir las resoluciones de los otros Magistrados, y oponerse á sus decretos.

2 Las Provincias del Pueblo Romano se gobernaban algunas por los Procónsules, otras por los Pretores, pero las mas importantes por los mismos Cónsules; y así en el Consulado de Sempronio Gracco se hizo una ley, de que las Provincias de Italia y Numidia no se encargasen sino á los Cónsules.

cosas que habian de llevar para la guerra.

Envió Yugurta su hijo á Roma.

Yugurta habiendo recibido diferente aviso del que esperaba; pues tenia por cierto que no habia cosa que no se vendiese en Roma, envió por embaxadores al Senado á su hijo, y con él otros dos privados suyos, dándoles la misma orden que á los que fueron quando mató á Hiempsal, para que acometiesen con dinero á todo el mundo; y despues que estuvieron cerca de Roma, convocó Calpurnio al Senado, para saber si sería bien recibir á los embaxadores de Yugurta, y decretóse que dentro de diez dias saliesen de Italia, en caso que no viniesen á entregar al Reyno y al mismo Yugurta. El Consul hizo notificar á los Numidas el decreto del Senado; y asi sin hacer cosa alguna se volvieron á su tierra.

Mas no les dexaron entrar en la Ciudad.

Entretanto Calpurnio, estando ya apercibido el exército, tomó por camaradas algunos hombres nobles y poderosos, esperando que con la autoridad de estos podria encubrir sus faltas, y uno de ellos fue Scauro, de cuyo natural y costumbres he tratado ya, porque tenia este Consul muchas y buenas partes, que todas corrompia la avaricia. Sufria qualquier trabajo con un ingenio muy pronto; y no era poco atentado ni poco experto en la guerra, pues no se turbaba de ningun engaño ó peligro. Pasaron las legiones por Italia á Rhegio, y de allí á Sicilia, y de Sicilia á Africa,

Natural del Consul Calpurnio.

ca; y Calpurnio habiendo al principio hecho provision de bastimentos, entró con gran resolucion por la Numidia, cautivando mucha gente, y ganando algunas ciudades por fuerza; mas despues que Yugurta le empezó por sus embaxadores á tentar con el dinero, y representar la dificultad de la guerra que movia, se dexó vencer facilmente de la avaricia su corazon debil, tomando por asistente y consejero en todas sus cosas á Scauro, el qual, aunque en otro tiempo estando corrompidos muchos de su bando, persiguió bravamente al Rey, se dexó entonces apartar con la fuerza del oro de la justicia y razon, aprobando las maldades. Al principio solo procuraba Yugurta dilatar la guerra, pareciéndole que entretanto negociaria algo en Roma por dádivas ó por favor; pero como entendió que Scauro tenia parte en el negocio, determinó de hacer con ellos en persona todo el concierto con grandísima esperanza de alcanzar la paz, y entretanto le envió el Consul por rehenes á la Villa de Vacca al Qüestor Sextio [1]; sí bien decia, que iba á recibir el trigo que Calpurnio habia ordena-

A quien venció el dinero de Yugurta.

Y tambien Scauro.

1 Cada Consul, quando iba al gobierno de alguna Provincia llevaba consigo un Qüestor, cuyo oficio era recibir los tributos, dar las pagas á los soldados, y tener cuenta con las rentas y los gastos.

nado públicamente á los embaxadores que le enviasen; porque aguardando á que se rindiese Yugurta, hacian treguas.

Conciértanse con Yugurta.

Y asi el Rey, conforme á lo que tenia resuelto, vino al campo, y habiendo delante de todo el Consejo dicho algunas cosas del odio en que le habian puesto, y que le recibiesen, pues se rendia, trató con Calpurnio y Scauro otros secretos; y el dia siguiente, como si hubieran pedido parecer á todos por la ley Satyra [1], le recibieron; pero segun lo que se le habia mandado por el Consejo, entregó al Qüestor treinta elefantes, y muchos caballos y ganado, con no poca cantidad de plata; y Calpurnio se partió á Roma para la eleccion de los magistrados, y gozó la Numidia, y nuestro exército de la paz.

Tomóse muy mal el acuerdo en Roma.

Despues que divulgó la fama las cosas que se habian hecho en Africa, y el modo con que las guiaron, hablaban en todos los lugares y corrillos del Consul, cobrándole notable odio la plebe, y estando afligidos y dudosos los Padres en si habian de consentir una tan gran maldad, ó revocar el decreto del Consul; y ninguna cosa los impedia mas para hacer lo que era

1 Por la qual se resolvian juntamente muchas cosas, como hágase acuerdo con Yugurta, recíbanle pues se rinde, entregue los elefantes, &c.

era justo, que la autoridad de Scauro, que habia sido en esto el autor y compañero de Calpurnio. Pero Cayo Memmio, que (como queda dicho) era hombre muy libre, y enemigo de la nobleza y de su poder, entre las dilaciones y dudas del Senado, juntaba el pueblo, exhortándole á la venganza, y amonestándole para que no desamparase la República y su libertad. Contaba muchas cosas, que con gran crueldad y soberbia habia hecho el Senado, procurando por todas maneras irritar los ánimos de la plebe; y porque en aquel tiempo era muy celebrada y estimada en Roma la eloqüencia de Memmio, me pareció bien escribir una de las muchas oraciones que hizo, refiriendo particularmente aquella que despues de vuelto Calpurnio recitó con estas palabras:

Muchas cosas son, Quirites [1], *las que me mueven á dexar vuestros negocios; si no me obligase mas que todas ellas el amor de la República, pues veo el poder que tiene la nobleza, y vuestro sufrimiento, y que como no se guarda la justicia, pasan los peligros solo los buenos, sin go-*

Y hizo esta plática Cayo Memmio.

1 Rómulo dió este nombre á los Romanos, quando habiendo cesado la guerra de los Sabinos, se juntaron con ellos, y tomó este nombre de Cures, Metrópoli de los Sabinos, y patria de Tacio, su Capitan.

gozar de las honras, y no querria deciros los oprobios que en estos quince años padecisteis por la arrogancia de algunos, y quan infamemente perecieron sin venganza muchos que os defendian, y como por vuestra floxedad y descuido habeis perdido el ánimo: ¿mas por qué no volveis á cobrarle contra vuestros enemigos, que habeis de tener sujetos, y temeis aquellos que de razon os debieran temer? y aunque corren las cosas de la manera que digo, no me sufre el corazon que dexe de oponerme á la violencia de los nobles, y sin duda haré experiencia de la libertad que heredé de mi padre; pero si el intentar esto ha de ser en vano, ó con fruto, en vuestras manos consiste, ó Quirites; y no os aconsejo, como hicieron muchas veces vuestros antepasados, que tomeis las armas contra las injurias, pues no es necesario usar de fuerza, ni separarse [1], *antes se han de perder ellos en sus mismas maldades. Despues de muerto Tiberio Gracco, que decian que aspiraba al Reyno, fueron puestos á qüestion de tormento muchos del pueblo, y despues de la muerte de Cayo Gracco y Marco Fulvio, fueron muchos de los vuestros degollados*

1 En esta misma plática dice Salustio como se apartaba la plebe de los nobles, retirándose al monte Aventino.

dos en la cárcel; y entrambas estas desgracias habeis sufrido no conforme á las leyes, sino á su gusto de ellos. Mas pongamos que el restituir su derecho á la plebe sea pretender el Reyno, y que hicieron justamente lo que no podian castigar sino con la sangre de los Ciudadanos; los años pasados sentíades sin quejaros; que robasen el erario, y que los Reyes y pueblos libres pagasen tributo á algunos de los nobles, y que estos gozasen de las mayores honras y riquezas; mas aun no quedaron satisfechos con haber cometido sin castigo tantas maldades, pues vinieron á entregar á los enemigos vuestras leyes, y la magestad del Pueblo Romano, y todas las cosas divinas y humanas, y no se corren ni arrepienten de ello, pero pasean delante de vosotros con notable ostentacion, haciéndola de los Sacerdocios y Consulados, como si fuera parte de su triunfo, y como si los tuvieran para honrarse con ellos, y no para hacer sus robos. Los esclavos comprados por dinero no sufren las órdenes injustas de sus señores; y vosotros, ó Quirites, que nacisteis para mandar, ¿llevais con paciencia la servidumbre? ¿y qué gente es esta que ocupó la República? Los hombres mas estragados, y que derramaron mas sangre por su avaricia insaciable; los mas perniciosos, que venden la fe, el honor, la reputacion y religion;

y

y finalmente todas las cosas que se permiten y vedan; alegando para su defensa, parte el haber muerto los Tribunos de la plebe, y los mas de ellos el haberos atormentado y executado injustamente, y asi quedan mas seguros los que mayores maldades cometieron; porque los asegura contra el temor vuestra negligencia, y el estar ellos tan conformes, pues desean, aborrecen, y temen todos unas mismas cosas; pero esto entre los buenos se llama amistad, y entre los malos parcialidad; que si tuviésedes vosotros de vuestra libertad tanto cuidado como ellos le tienen de usurpar el gobierno, creed que no destruirian como ahora la República, y que gozarian de vuestros beneficios los mejores, y no los mas desalmados. Vuestros antecesores, para alcanzar justicia y establecer su autoridad, apartándose del Senado, ocuparon dos veces con armas el monte Aventino; y vosotros, que recibisteis de ellos la libertad, ¿por qué no habeis de emplear por ella todas vuestras fuerzas? Y con tanto mayor resolucion, quanto es mayor deshonra perder las cosas adquiridas, que no haber adquirido alguna. No faltará quien diga, ¿pues qué es lo que propones ahora? que se tome venganza de aquellos que entregaron alevosamente al enemigo la República, no por vuestras manos, ni por fuerza, porque sería mayor afren-

ta

ta vuestra si tal hiciésedes, que de ellos si tal les sucediese; sino con informaciones, y con lo que depondrá el mismo Yugurta, que si está rendido, sin duda cumplirá vuestras órdenes, y si las menospreciare, juzgareis quál es la paz y entrega, que le dexa sin castigo, enriqueciendo mas á algunos poderosos con vituperio y daño de la República; si acaso no estais cansados de su gobierno, y os agradan mas aquellos tiempos que este, quando eran pocos los que disponian de los Reynos, Provincias, leyes, privilegios, decretos, guerra y paz; y de todas las cosas divinas y humanas, y quando vosotros nunca vencidos de vuestros enemigos, y señores de todas las naciones, os contentábades de quedar con la vida; porque ¿quál de vosotros osaba acusar la servidumbre? Yo, como soy de parecer que qualquier hombre queda afrentado sin la pena, solo en haber procedido mal, sufriera facilmente que á estos ruines Ciudadanos, porque son tales, los perdonárades, si la misericordia no hubiera de traer la ruina de la República; pues tienen tan poca consideracion, que por no haber sido castigados, les parece poco el haber hecho mal; de modo que si no les quitais los medios para que no continúen, os pondrán en perpetuo cuidado; pues ó habreis de servir, ó conservar con las armas vuestra libertad: porque ¿cómo podemos es-

esperar que nos guarden fe ó amistad? Ellos quieren mandar, y vosotros ser libres; ellos procuran injuriaros, y vosotros estorbárselo; y finalmente, tratan á vuestros confederados como á vuestros enemigos, y á los enemigos como á confederados. ¿Puede haber paz ó buena correspondencia entre hombres de tan diferentes opiniones? y por eso os amonesto y exhorto, que no dexeis de castigar tal maldad. No han robado el erario, ni tomado por fuerza dinero á los confederados; que si bien son cosas graves, por ser tan ordinarias, ya no se estiman; pero pusieron la autoridad del Senado en manos del mas cruel enemigo nuestro, y con la misma alevosía le entregaron vuestro Imperio, y asi en Roma como en el exército vendieron la República; que si no se tomare informacion de estas cosas, y si no se diere el castigo á los culpados, ¿qué nos queda sino el vivir sujetos á aquellos que esto hicieron? porque es ser Rey el hacer qualquier cosa sin pena. Y no os persuado, Quirites, que deseeis que se hayan gobernado antes mal que bien vuestros Ciudadanos, sino que con perdonar á los malos, no destruyais á los buenos; y tambien conviene mucho mas á la República olvidarse de los servicios, que de los delitos; porque los hombres de bien, si no se hace caudal de ellos, solo andan mas descuidados; pero los

ma-

malos, se hacen peores; y donde no suceden las injurias, no es necesario el remedio.

Diciendo diversas veces Cayo Memmio estas y semejantes razones al Pueblo Romano, le vino á persuadir que se enviase Lucio Casio, que entonces era Pretor, á Yugurta; y que, dándole seguridad en nombre de la República, le traxesen á Roma, para que mas facilmente con la declaracion del Rey se manifestasen los delitos de Scauro, y de los demas que querian acusar por los cohechos que habian recibido.

Va á Numidia Lucio Casio.

Mientras se trataba esto en Roma, los que habia dexado Calpurnio en Numidia para el gobierno del exército, siguiendo las costumbres de su General, hicieron muchas y muy atroces maldades; porque hubo quien dexándose corromper del oro, entregó los elefantes á Yugurta, y otros le vendieron la gente que se pasó á nuestra parte, y algunos saquearon los pueblos que tenian paz con los Romanos: tanto podia con ellos la avaricia, que como una contagion habia inficionado sus ánimos. Pero el Pretor Casio, en conformidad de la orden que le dió Cayo Memmio, quedando asombrados los nobles, partió para Africa; y hallando á Yugurta temeroso y desconfiado de sus cosas, como el que conocia sus culpas, le persuadió que ya que se habia rendido al Pueblo Romano, no quisiese antes ex-

Donde no se cometian pocas maldades por los Romanos.

perimentar sus fuerzas que su misericordia, dándole tambien en particular su palabra, que no estimaba Yugurta menos que la que le daba por la República: tan grande era en aquel tiempo la fama de Casio; y asi Yugurta contra la honra real en el trage mas miserable que pudo, vino á Roma; y aunque era muy animoso, y le aseguraban todos los que con su poder y maldad le habian hecho acometer las cosas que habemos referido, ganó todavía con grandes dones á Cayo Bebio, Tribuno de la Plebe, para que con su atrevimiento le defendiese contra la justicia, y qualquier afrenta; y Cayo Memmio, habiendo convocado al pueblo, que estaba muy indignado contra el Rey, pues decian algunos que le prendiesen, y otros que si no descubriese los cómplices se debia hacer justicia del enemigo; teniendo mayor respeto á su dignidad que á la ira, aplacaba este furor, y ablandaba los ánimos; afirmando juntamente que no habia de permitir que se violase la fe dada; y despues que callaron todos, y salió en público Yugurta *comenzó á referir las maldades que habia hecho en Roma y en Numidia, y los delitos contra su padre y hermanos; y que si bien el Pueblo Romano sabia los que le habian dado favor para esto, queria para mayor claridad oirlo de él; que si dixese la verdad podia tener gran confianza en la fe*

Yugurta obedeciendo al Senado vino á Roma.

Y ganó al Tribuno Cayo Bebio.

Aunque le perseguia el pueblo.

Y Cayo Memmio.

fe y clemencia del Pueblo Romano; pero si disimulase, no salvaria á sus compañeros, antes se echaria á perder á sí con sus esperanzas.

Luego que acabó su plática Memmio, y mandaron responder á Yugurta, Cayo Bebio, Tribuno de la Plebe, que (como queda dicho) estaba ya sobornado, ordenó al Rey que callase; y aunque toda aquella muchedumbre que se hallaba presente le atemorizaba con sus gritos y gestos, y muchas veces con el ímpetu, y todas las otras cosas que acompañan á la ira, pudo todavía mas la desvergüenza, y asi el pueblo, habiéndose hecho burla de él, se retiró, cobrando ánimo Yugurta, Calpurnio, y los demas á quien aquello tocaba.

Pero pudo mas la maldad del otro Tribuno.

Andaba en aquel tiempo en Roma un cierto Numida llamado Masiva, hijo de Gulusa, y nieto de Masanisa, el qual, porque en las diferencias que tuvieron los Reyes fue contrario á Yugurta, viendo rendida á Cirtha, y muerto á Adherbal, se salió huyendo de Africa: á este aconsejó Spurio Albino, que en compañía de Quinto Minucio Rufo sucedió en el Consulado á Calpurnio, que pues era descendiente de Masanisa, y Yugurta por sus maldades se hallaba fatigado del odio y del temor, pidiese el Reyno de Numidia al Senado, porque el Consul inclinado á la guerra queria mas mover todas las co-

Masiva, nieto de Masanisa.

A persuasion del Consul Albino.

cosas, que dexarlas envejecer, habiéndole tocado por suerte la Provincia de Numidia, y á Minucio la de Macedonia; y despues que Masiva comenzó á intentar esto, y no eran los amigos de Yugurta poderosos para ampararle, impidiéndoselo á algunos la conciencia, encargó á Bomilcar su deudo, de quien mas se confiaba, que como habia acabado muchas cosas, buscase por dinero algunos que matasen á Masiva lo mas secretamente que ser pudiese; y quando no hubiese medio para encaminarlo asi, le quitasen la vida de qualquier manera. Bomilcar cumplió con gran brevedad la orden de su Rey, y por personas acostumbradas á semejantes negocios inquirió las partes por donde iba y salia, y todos los lugares y horas, y segun le enseñó la ocasion, puso su gente á punto; y asi uno de aquellos que le estaban esperando para matarle, acometió algo inconsideradamente á Masiva, y le degolló; pero como le cogieron, incitándole á esto muchos, y en particular el Consul Albino, prometió de declarar la verdad. Fue dado por reo Bomilcar mas conforme á lo que pedia la justicia y razon, que segun el derecho de las gentes, pues habia venido con salvo conducto á Roma; y Yugurta, aunque se veia claramente culpable de un crimen tan grave, no dexó de oponerse á la verdad, hasta que excedió el odio naci-

Pide el Reyno de Yugurta.

Que por medio de Bomilcar.

Le hizo matar.

cido de sus maldades al favor y dinero; y asi aunque en la primer junta habia dado á cincuenta de sus amigos en rehenes, teniendo mayor cuidado de su Reyno que de ellos, envió secretamente á la Numidia á Bomilcar, temiendo que si hiciesen justicia de él, podrian con el miedo rehusarle la obediencia los otros pueblos; y él se partió de allí á pocos dias, por haberle ordenado el Senado que se fuese de Italia: y cuentan, que quando salió de Roma, volviendo á mirarla muchas veces, dixo: ¡O CIUDAD QUE TE VENDES, QUAN PRESTO TE PERDERIAS, SI HALLASES COMPRADOR!

Y dando rehenes.

Sacó de Roma á Bomilcar.

Y él salió de allí á poco.

Y dixo estas palabras á la salida.

Entretanto Albino, habiéndose renovado la guerra, prevenia con gran cuidado los bastimentos y dinero que habia de llevar á Africa, y las demas cosas de que se tenia necesidad; y él se partió luego, para que antes de la otra eleccion, de que ya se llegaba el tiempo, ó por armas ó por algun acuerdo diese fin á la guerra. Pero al contrario Yugurta prolongando todas las cosas, y buscando diversas causas para entretenerle, prometia de rendirse; y luego, fingiendo temor, se retiraba, quando le apretaban, y de allí á poco volvia, porque no desconfiasen los suyos; y asi, dilatando unas veces la guerra, y otras la paz, se burlaba del Consul; y no faltó entonces quien imaginase que Albino se en-

Preparaciones del Consul Albino.

Y dilaciones de Yugurta.

entendia con el Rey, juzgando que pues al principio habia andado tan solícito, no usara tan fácilmente de estas largas, si no hubiera en ellas mayor engaño que descuido. Mas despues que habiéndose pasado el tiempo llegaba el dia de la eleccion, tornó Albino á Roma, dexando en el exército á Aulo su hermano, con cargo de Pretor.

Hasta que se volvió Albino á Roma. Y quedó en su lugar Aulo su hermano.

Afligian mucho en aquel tiempo á la República las disensiones de los Tribunos de la Plebe, pretendiendo Lúcio Lucilio y Lucio Annio continuar este oficio contra la voluntad de sus compañeros, y estos debates impedian las elecciones de todo el año, dando la dilacion esperanza á Aulo, que como he dicho quedó en el campo con título de Pretor, ó de acabar la guerra, ó de sacar dinero del Rey, atemorizándole con el exército. Mandó salir por el mes de Enero á los soldados de sus presidios; y marchando con gran diligencia, aunque era muy riguroso el invierno, llegó á la Villa de Suthul, do tenia el Rey sus tesoros; y si bien por la aspereza del tiempo y el sitio del lugar no se podia tomar, ni ponerla cerco, porque demas de estar al pie de un áspero monte, era toda la tierra al rededor muy húmeda, y con las aguas del invierno estaba hecha un pantano: todavía por fingir y causar mas miedo al Rey, ó por

Las diferencias que habia en Roma entre los Tribunos.

Sale Aulo con el exército.

la

la codicia de ganar con la Villa los tesoros, hacia galerías y plataformas, aparejando todo lo que podia ayudar á su empresa. Pero Yugurta viendo la necedad y bisoñería del Legado, le desvanecia mas con sus astucias, enviándole muchas veces, y con mucha humildad, sus embaxadores, y llevando como quien huia su exército por lugares fragosos y desviados: finalmente con la esperanza del acuerdo, induxo á Aulo á que levantase el cerco de Suthul, y le fuese siguiendo, como al que se retiraba por tierras remotas, pues asi quedarian sus faltas mas ocultas; y entretanto por medio de personas sagaces tentaba de dia y de noche al exército, cohechando á los Centuriones y Cabos de las tropas, á algunos para que se pasasen á su parte, y á otros para que dada la señal desamparasen sus puestos; y teniéndolo prevenido todo conforme á su deseo, cercó de improviso á media noche con un grandísimo número de Numidas los quarteles de Aulo. Los Romanos, turbados con el repentino tumulto, parte tomaba las armas, y parte se escondia, y aunque algunos animaban á los medrosos, andaba todo confuso, cargando á todos los puestos un gran golpe de enemigos; y como no se descubria el cielo con la noche y las nubes, era tan incierto el peligro, que no se sabia qual fuese mas seguro, el huir, ó el quedar;

Pone cerco á Suthul.

Y dexándose engañar de Yugurta.

Le siguió á lugares remotos.

Do le acometió el Rey.

dar; pero de los que, como ha poco que dixe, se habian dexado cohechar una Cohorte de Ligures [1], y dos tropas de Thraces [2], con algunos soldados ordinarios se pasaron al Rey, y el Centurion [3] de la primer hilera de la tercera Legion [4] dió entrada á los enemigos por la parte de los quarteles que se le había encargado; y por allí se arrojaron todos los Numidas, y los nuestros huyendo vergonzosamente, y dexando muchos de ellos las armas, se salvaron en el collado que estaba mas cerca. La noche y el despojo de los quarteles fueron causa de que los enemigos no executasen la victoria; y por la mañana se vió Yugurta con Aulo, á quien dixo, que

1 Genoveses.

2 Y la Thracia se dividia antiguamente en diversas Provincias; ahora se incluyen todas en la Romania.

3 Cabo de cien soldados.

4 Un número de soldados naturales de la Ciudad de Roma, que no fue siempre el mismo, porque se mudaba conforme al tiempo. Rómulo, que como dice Floro, fue el que primero ordenó la milicia Romana, compuso la legion de trescientos infantes y trescientos caballos, segun escribe en su Vida Plutarco, y despues se hizo de seis mil infantes y seiscientos caballos; y en Tito Livio y Polybio se hallan legiones de quatro mil y cinco mil infantes, y en las que llevó Scipion á Africa, y Mario contra los Cymbrios hubo seis mil y doscientos infantes, y entonces se creció tambien el número de los caballos.

que aunque con las armas y la hambre le tenia apretado, y al exército, todavía considerando los sucesos humanos, si se concertasen con él, les daria las vidas como pasasen por debaxo de las picas [1], y saliesen de Numidia dentro de diez dias; que si bien eran cosas infames y graves, con el temor de la muerte las aceptaron, y el acuerdo en la forma que señaló el Rey.

Mas quando llegó el aviso á Roma, fue grande el miedo y la tristeza que hubo en la Ciudad; algunos se afligian por la gloria del Imperio; otros con la poca experiencia de la guerra, temian que no se viniese á perder la libertad; y todos echaban mil maldiciones á Aulo, particularmente los soldados de mayor opinion; pues hallándose con armas, no buscó antes el remedio en ellas que en tal vituperio.

El Consul Albino rezelando que el delito de su hermano le causaria odio y peligro, consultaba sobre este acuerdo al Senado, aunque entretanto se levantaba gente en Roma, enviándose por socorro de los confederados y Latinos [2], y pre-

vi-

1 Hincaban dos en el suelo, y por debaxo de otra, que ponian encima de ellas, pasaban los vencidos, como escribe Libio en el libro 9. de la primer década, que con esta condicion se rindieron á los Samnites los Cónsules Tito Veturio y Spurio Posthumio.

2 Los de la campiña ó territorio de Roma.

viniendo todo con suma diligencia ; y el Senado declaró muy justamente, que sin su orden y la del Pueblo no se habia podido hacer concierto alguno; y el Consul, defendiéndole los Tribunos de la plebe, que no llevase consigo la gente que tenia apercibida, se fue dentro de pocos dias á Africa, porque todo el exército, habiendo, conforme al acuerdo, salido de Numidia, invernaba en la Provincia; y despues que llegó á ella, si bien deseaba acometer á Yugurta, por aplacar el odio concebido contra su hermano, conociendo que demas de la huida se habian venido á perder los soldados en los desórdenes, que nacen de la desobediencia y libertad, le pareció mejor en el estado presente no intentar cosa alguna.

Vuelve á Africa el Consul Albino.

Entretanto Cayo Mamilio Limitano, Tribuno de la plebe, propuso en Roma al Pueblo que se sacase informacion contra los que aconsejaron á Yugurta que menospreciase los decretos del Senado, y siendo embaxadores y Capitanes tomaron dinero del Rey, y le entregaron los elefantes con la gente que se habia pasado á nuestra parte, y hicieron algun acuerdo de paz ó guerra con los enemigos. Procuraban estorbárselo los que se hallaban culpados, y otros que por los bandos que habia temian el peligro; y como no podian oponerse públicamente, antes decian que se holgaban de estas y semejantes diligencias, hacian en

El Tribuno Limitano.

Hace diligencias contra los que trataron con Yugurta.

Aunque las impedian algunos.

en secreto las suyas por amigos, mayormente por los Latinos y otros Italianos; pero no se creeria que hubiese tomado esto con tantas veras el Pueblo, ni la resolucion con que lo quiso, ordenó y decretó, mas por el odio que tenia á la nobleza, á quien resultaba todo el daño, que por amor de la República; tan grande era la enemistad: y asi perdiendo el ánimo los demas, Marco Scauro, que como queda dicho, fue por Legado [1] con Calpurnio, mientras con grandes regocijos del Pueblo se ausentaban los nobles, quedando asombrada la Ciudad; y mientras requeria Mamilio que diputasen tres personas para inquirir estas cosas, alcanzó que le nombrasen por una de ellas; pero haciánse las informaciones con gran rigor y violencia, conforme al gusto y voluntad de la plebe, que se mostró entonces con la prosperidad tan insolente como otras veces la nobleza: que estos bandos del Pueblo y Senado, y todas las maldades se engendraron há pocos años en Roma del odio, y de las cosas que mas estiman los mortales, porque antes de la destruccion de Cartago, el Pueblo y Senado Romano gobernaba su Repúbli-

Y particularmente Scauro.

1 En otras partes se toma á veces por embaxador ó diputado; pero el Legado Consular, que iba como fue Scauro, con el Consul, gobernaba en su ausencia todo el exército, y los Legados Pretorios las legiones, teniendo cada uno un Legado particular.

blica con gran quietud y conformidad, sin que hubiese ninguna competencia por los cargos y honras, mientras el temor de los enemigos los obligaba á buscar su amparo en las virtudes; mas al punto que cesó el miedo, dieron lugar á la arrogancia y pereza, hijas de la buena fortuna; con que el reposo que deseaban en sus adversidades, les fue despues que le alcanzaron mas pernicioso y grave; porque los nobles convirtieron su dignidad en soberbia, y el Pueblo su libertad en desorden, robando y arrebatando cada qual por su lado, y todas las cosas se dividieron en dos partes, y asi vino á desmembrarse la República, que se halló en medio de ellas; aunque la de los nobles era mas poderosa, y mas flaca la fuerza del Pueblo, por no quedar bien unida la de tantos; de modo que en las cosas de la Ciudad y milicia se seguia la voluntad de pocos que gozaban de los tesoros, gobiernos y Provincias, y de los triunfos y gloria, padeciendo el Pueblo la pobreza y trabajos de las guerras; porque los Generales repartian con pocos las presas, y los poderosos, que moraban junto á las casas de los padres é hijos de los soldados, los echaban de ellas; y asi entró con el poder la avaricia desordenada, corrompiendo y arruinando á todos sin consideracion ni respeto, hasta que se precipitó; pues luego que hubo algunos entre los nobles que ante-

Insolencias de los nobles.

pu

pusieron la verdádera gloria al poder injusto; comenzó á alterarse la Ciudad y á conmoverse, como si sucediera algun terremoto.

Porque quando Tiberio y Cayo Gracco, cuyos antepasados en la guerra Púnica y otras habian hecho grandes servicios á la República, empezaron á restaurar la libertad del Pueblo, y descubrir la maldad de algunos: temiéndose los nobles, como los que conocian sus culpas, resistieron á la empresa de los Graccos por medio de los Latinos, y á veces por los Caballeros Romanos, que se habian separado de la plebe con la esperanza de juntarse con los nobles; y primero mataron á Tiberio, y de allí á pocos años á Cayo, que intentaba lo propio, siendo el uno Tribuno de la plebe, y el otro Triumviro [1] en compañía de Marco Fulvio Flacco, para poblar las Colonias [2]. Verdad es que los Graccos, deseando llevar al

1 No fue de los Triumviros que pone Calepino diciendo que eran Capitales, ó Mensarios, ó Nocturnos. Los Capitales tenian la guarda de la carcel, los Mensarios el cuidado de la moneda, y los Nocturnos de remediar qualquier incendio que sucedia en la Ciudad. Tomaron tambien nombre de Triumviros despues de oprimida la República por Octavio, Antonio y Lépido, para dar algun honesto título á su tiranía.

2 Este nombre daban los Romanos á las Ciudades que edificaban ó restauraban con nuevos moradores. Hacíanse por



al cabo su pretension, no procedieron con mucha modestia; pero mas vale ser vencido de la razon, que vengar sin ella una injuria.

Los nobles usaron de esta victoria segun que se les antojaba, dando la muerte á muchos con su violencia ó el destierro, en que acrecentaron mas el temor que sus fuerzas; y esto destruyó no pocas veces las Ciudades grandes, quando los unos de qualquiera manera quieren vencer á los otros, y vengarse rigurosamente de los vencidos; mas si hubiese de contar particularmente los bandos, y todas las costumbres de Roma, como ellas lo requieren, antes me faltaria el tiempo que la materia; y asi vuelvo á mi propósito.

Metelo sucede en el Consulado á Albino.

Despues del acuerdo de Aulo, y la vituperosa huida de nuestro exército, Metelo y Silano, que habian sido electos por Cónsules, repartieron entre sí las Provincias, y cupo la Numidia á Metelo, hombre vigilante, y aunque contrario al bando de la plebe, muy bien reputado de todos.

Y en el gobierno de Numidia.

Luego que comenzó á exercer su cargo, juzgando que las demas cosas le eran comunes con su compañero, aplicó el ánimo á la guerra que habia

Atiende á las cosas de la guerra.

por diversas razones, y particularmente por tres: para tener alguna defensa contra los enemigos; para descargar á Roma de la gente pobre; y para remunerar á los soldados viejos quando se despedian.

bia de hacer; y teniendo poca confianza en el exército de Albino levantaba gente, y escribia á todas partes por socorro, aparejando muchos bastimentos, ármas, caballos y otros pertrechos, y finalmente quanto se requiere en una guerra dudosa, donde se ofrecen diversas necesidades; y para que todo se cumpliese conforme á la orden del Senado, enviaban voluntariamente socorro los confederados, la nacion Latina, y los Reyes, empleándose tambien en ésto la Ciudad con sumo cuidado; de manera, que estando dispuestas todas las cosas á la medida de su deseo, partió para Numidia, dexando una grande esperanza á los Ciudadanos, asi por sus virtudes, como por su persona, á quien no vencia el dinero, habiendo hasta entonces la avaricia de los Gobernadores debilitado en Numidia nuestras fuerzas, y acrecentado las de los enemigos.

En llegando á Africa le entregó el Proconsul Spurio Albino [1] un exército inutil y flaco, que no

1 En el año 427. de la fundacion de Roma, teniendo el Consul Publio Philon, en la guerra contra los Samnites, cercada la Villa de Palépolis, junto á Nápolis, que segun dice Ortelio, se llama la Torre de Igio parelli, ó Poggio reale, y acabándose el tiempo de su Consulado, porque no dexase el cerco, si fuese llamado para la nueva eleccion, tuvo por bien el Senado y Pueblo de prorogarle la autoridad Consular hasta que ganase á Palépolis, y

no sabia resistir al peligro ni á los trabajos, mas pronto de lengua que de manos, y que robando á los compañeros servia de presa á los enemigos, sin haber tenido orden ni gobierno; y asi no recibia el nuevo General tanta ayuda ó esperanza del gran número de los soldados, quanta pena le causaban sus malas costumbres; y si bien en diferirse las elecciones se habia consumido mucha parte del verano, y entendian que en Roma aguardaban con gran deseo el fin de esta guerra, determinó de no comenzarla hasta que hiciese seguir á los soldados la disciplina de sus mayores; porque Albino, turbado de la desgracia de su hermano y del exército, se habia resuelto en no salir de la Provincia, teniendo en los mismos alojamientos la gente todo el tiempo que la gobernó este verano, mientras no le obligaba á mudar de puesto el hedor, ó falta de forrage; y no se hacia guardia, segun acostumbran en la milicia, desamparando cada uno su bandera quando se le antojaba: los mochileros, mezclados con los soldados, corrian de dia y de noche á un lado y otro, y derramándose por todas partes destruian los campos, y entrando por fuerza en las aldeas roba-

y asi fue el primero que se nombró Proconsul, y despues de él todos los que gozaron de este título gobernaron los exércitos con el mismo poder que los Cónsules.

baban el ganado y los esclavos, que trocaban con los mercaderes por vino que traian de fuera. Vendian el pan de municion, comprándole cada dia fresco; finalmente todas las infamias que se pueden imaginar ó decir de la pereza y luxuria se veian en este exército, y aun otras muchas; y halló que en esta dificultad no mostró Metelo menos prudencia y valor que en la guerra, guardando tanta templanza entre la crueldad y ambicion, pues que con un edicto quitó todas las cosas que fomentan la pereza, mandando que nadie vendiese en el campo pan, ó alguna otra vianda cocida; que los vivanderos no siguiesen el exército; que los soldados ordinarios no tuviesen en los quarteles, ni quando marchasen, ningun criado, ni acémila; y en lo demas puso muy buena orden. Mudaba cada dia el campo á lugares muy poco freqüentados, y como si estuviera cerca el enemigo se fortificaba con trincheras y palizadas, trocando muy á menudo las centinelas, y rondando él en persona con los Legados; y quando marchaban, á veces iba en la vanguardia; y luego se pasaba á la retaguardia, aunque asistia de ordinario en la batalla, para que ninguno saliese de su puesto, ni se apartase de su bandera, y llevasen los soldados sus armas y comida; y de esta manera, mas con prohibir los délitos que con castigarlos, restauró en pocos dias el exército.

Medios de que usó Metelo.

Contra los desordenes del exército.

Entretanto Yugurta, que sabia por sus espías como se gobernaba Metelo, y habia tenido noticia de su virtud en Roma, empezó á desconfiar de sus cosas, y entonces fue quando procuró rendirse de veras, enviando á suplicar por sus embaxadores al Consul, que solo le dexase con sus hijos la vida, porque lo demas entregaria al Pueblo Romano: pero Metelo, que ya conocia por experiencia la poca lealtad de los Numidas, y que era gente mudable y amiga de novedades, acometió á cada uno de los embaxadores en particular, y tentándolos poco á poco, despues que los halló inclinados á lo que deseaba, les persuadió con grandes promesas, que si fuese posible le entregasen vivo á Yugurta, ó quando no, le traxesen muerto; y en público les respondió lo que queria que dixesen al Rey; y de allí á pocos dias, con su gente bien dispuesta, y pronta á la batalla, entró por Numidia, donde contra lo que se acostumbra en la guerra, halló las aldeas llenas de gente, el ganado y los labradores por los campos; y los Gobernadores de las Villas y Lugares, que salian á recibirle, ofreciéndose á traer trigo y bastimentos, y hacer todo lo que les mandase; mas ni por eso Metelo (como si tuviera delante al enemigo) dexaba de marchar muy en orden enviando á reconocerlo todo, porque tenia por fal-

Trata de rendirse Yugurta.

Pero Metelo procuraba ganar los embaxadores.

Y entró por Numidia.

Sin hallar resistencia.

sas estas señales de rendirse, pareciéndole que buscaban con ellas alguna ocasion para engañarle; y asi iba siempre en la vanguardia con las cohortes [1] armadas á la ligera, y los fundibularios [2] y flecheros escogidos, encomendando la retaguardia y caballería al Legado Cayo Mario, y por entrambos lados habia repartido los caballos ligeros Auxiliares [3] á cargo de los Tribunos [4] de las Legiones, y Prefectos de las cohortes, para que juntándose con los infantes mas sueltos, resistiesen á la caballería de los enemigos en qualquiera parte

1 Las Miliarias tenian mil y quinientos infantes y cien caballos, y solian ser de soldados escogidos; pero las ordinarias, asi de los Legionarios, como de los confederados, eran de quinientos cincuenta infantes y sesenta y seis caballos; y por hallarse este número alterado en diversos autores, es muy probable que la crecian y menguaban segun las ocasiones. Tácito en el 2. de las Historias dice, que en tiempo de Vitelio levantaron en Roma diez y seis cohortes Pretorias, y seis de la Ciudad de mil hombres cada una.

2 Los que peleaban con honda.

3 Los de las Ciudades sujetas á los Romanos, ó sus confederadas.

4 Habia en cada Legion seis Tribunos, como dice Lipsio; tenian cuidado de los quarteles, trincheras y centinelas, pedian el nombre al General, y le daban á los soldados que exercitaban, formando los esquadrones; guardaban las llaves de las puertas, y ninguno podia ser Tribuno si no hubiese sido Capitan de caballos.

te que acometiese, por ser tan sagaz Yugurta, y tan práctico en los lugares y la milicia, que mal se podia juzgar si era peor ausente que presente, ó en la guerra que en la paz: no estaba lejos del camino por do pasaba Metelo una Villa de los Numidas llamada Vacca, en que se hacian las principales ferias de aquel Reyno, y solian habitar y tratar muchos Italianos; y asi por la comodidad del lugar, y por ver como lo sufrian los vecinos, puso en él presidio; y tambien les mandó que le traxesen trigo y otras cosas necesarias á la guerra, juzgando (como era muy probable) que los mercaderes que aquí acudian, y las vituallas habian de ser de mucho servicio al exército; que con esto quedaria mas seguro aun despues de hecha la paz, que volvia por sus embaxadores á pedir con mayor instancia Yugurta, y que solo quedasen con la vida él y sus hijos, porque todo lo demas daba á Metelo, él qual los despedia como á los otros, despues de haberlos inducido á la traicion, sin negar ni prometer al Rey la paz que pedia, aguardando que entretranto cumpliesen sus promesas los embaxadores.

Pone Metelo guarnicion en Vacca.

Aunque pedia paz el enemigo.

Pero Yugurta habiendo conferido las palabras de Metelo con sus hechos, como entendió que le acometia por sus propios artificios, dándole esperanzas de paz, y haciéndole cruel guer-

ra,

ra; pues le habia tomado la mayor de sus Ciudades, y teniendo ya noticia de la tierra, tentaba los ánimos del pueblo; forzado de la necesidad se resolvió á dar la batalla, y despues que se informó del camino que tomaba el enemigo, esperando la victoria de la disposicion del lugar, juntó de toda suerte de gente el mayor número que pudo, y por atajos secretos se adelantó á Metelo.

Que se resolvió despues á pelear.

Habia en aquella parte de Numidia que en la division tocó á Adherbal, un rio llamado Muthul, que toma su curso hácia mediodia; de este se apartaba siempre por espacio de veinte mil pasos un monte, que dexaron yermo la naturaleza y los hombres, pero en medio de él se levantaba otro collado, que extendiéndose por muy gran trecho se veia cubierto de acebuches, de arrayán, y otras plantas que se producen en tierra seca y arenosa: la campiña entre el monte y la ribera no se cultivaba por falta de agua, sino en algunos lugares que estaban mas cerca del rio, donde habia árboles, pastores y ganado.

Encomienda Yugurta parte de su exército á Bomilcar.

Y asi en aquel collado, que (como queda dicho) atravesaba el camino, se aquarteló Yugurta, alargando su gente; y encargando parte de la infantería y los elefantes á Bomilcar, le dió la orden que habia de guardar, y él se alo-

alojó mas cerca del monte con toda la caballería y los infantes escogidos; y luego yendo á ver todas las tropas y esquadras les pedia y exhortaba: *que, acordándose de su antiguo valor, se defendiesen á sí y á su Reyno de la avaricia de los Romanos, pues peleaban con los que poco antes habian vencido y puesto debaxo del yugo, los quales habian mudado de Capitan, mas no de ánimo; que él tenia prevenido para los suyos todo lo que tocaba al General, ocupando un puesto aventajado, en que los soldados prácticos peleasen con los bisoños, y no el menor número con el mayor, ó la gente nueva con la vieja; y que asi estuviesen prontos y atentos para embestir á los Romanos en dándose la señal; porque este dia los sacaria de todos sus trabajos confirmándoles la victoria, ó sería principio de las mayores miserias.* Demas de esto acordaba á cada uno en particular los beneficios que le habia hecho, acrecentándole en riquezas ú honras, y tambien le mostraba á los otros: finalmente conforme al natural de cada soldado prometia, amenazaba, ó rogaba, incitando á unos de una manera, y á otros de otra.

Exhortando con estas palabras á sus soldados.

Entretanto Metelo, que no tenia nuevas del enemigo, le descubrió en baxando con el exército de la montaña: al principio quedó suspenso en una cosa tan extraña como veia; porque los

Descúbrenle los Romanos.

los Numidas estaban metidos con sus caballos entre las matas, aunque no cubiertos del todo, por ser baxos los árboles; mas no los podian conocer, pues con su astucia y en tal puesto se escondian á sí y á las banderas. Pero de allí á poco, descubriéndose la emboscada, hizo alto Metelo, y luego mudando la orden, reforzó el lado derecho, que estaba mas cerca del enemigo, con tres esquadrones, repartiendo por las compañías los honderos y flecheros, y poniendo la caballería en las alas; y despues de haber ordenado de esta manera el exército, y hecho una exhortacion breve conforme al tiempo, fue atravesando hácia la campiña; mas como los Numidas no se movian, ni apartaban del collado, temiendo de la sazon del año y falta de agua que pereciese de sed la gente, envió delante al rio con las cohortes armadas á la ligera, y parte de la caballería, al Legado Rutilio para que tomase el alojamiento, pareciéndole que el enemigo habia de entretenerle en el camino, y molestarle por los lados con varias escaramuzas, é ya que desconfiaba de sus fuerzas procuraria cansar y fatigar con la sed á los Romanos; y al mismo paso con que baxó del monte, marchaba poco á poco, segun lo requerian la ocasion y el lugar, encargando la batalla á Mario, porque él iba con la caballería de la ala izquierda, que ha-

Que se disponen para pelear.

habia venido á estar de vanguardia.

Yugurta asi como nuestra retaguardia acabó de pasar por delante de los suyos, ocupó con dos mil infantes el monte por do habia baxado Metelo, para que no se pudiese recoger ni fortificar en él despues de vencido, y luego dando la señal le acometió; una parte de los Numidas dió en la retaguardia, y los otros embistieron por los lados, cargando y apretando por todas partes, para desordenar á los nuestros.

Dase la batalla.

Los Romanos, que con mayor ánimo salieron á encontrar el enemigo, engañados con un incierto modo de pelear recibian de lejos las heridas, sin poder herir á los Numidas, ni llegar con ellos á las manos, porque la caballería de Yugurta, segun que él la tenia instruida, quando le daba la carga alguna tropa de los nuestros, no se juntaba toda en un cuerpo, pero dividíase en muchas partes, y como era superior en número, si no podia atemorizar á los Romanos para que dexasen de seguirla, despues que se derramaban, volvia á cerrar con ellos por los lados ó espaldas, y si el collado favorecia mas á los que huian que la campiña, los caballos de los Numidas, enseñados á esto, pasaban facilmente por las matas, mientras quedaban embarazados los nuestros con la aspereza y poca noticia del lugar. Era todo esto un espectáculo vário,

rio, y dudoso, miserable y atroz. Algunos de los que corrian esparcidos se retiraban, otros seguian el alcance, sin tener cuenta con sus banderas ni puestos; do se hallaba qualquiera en peligro allí peleaba y resistia; andaban mezcladas las armas, lanzas, caballos, hombres, enemigos y Romanos; no se hacia cosa por consejo ni orden, pues las gobernaba todas la fortuna; ya habia pasado mucha parte del dia, estando aun en duda la victoria, y todos fatigados del trabajo y calor, quando Metelo, como vió que no apretaban tanto los Numidas, fue poco á poco juntando su gente; y rehaciendo los esquadrones, puso quatro cohortes legionarias contra la infantería de los enemigos, porque los mas de ellos cansados se sentaron en el collado; y asi rogaba y animaba á los suyos para que no afloxasen, ni dexasen llevar la victoria á los enemigos que huian; porque no tenian quarteles, ni reparo alguno á que se pudiesen retirar, y consistia todo en las armas.

No se descuidaba tampoco Yugurta rodeando é incitando á sus Numidas, para que renovasen la batalla, y él con los mas valerosos tentaba todas las cosas, socorriendo á los suyos, y apretando mas con los enemigos quando se turbaban, y donde peleaban mejor los detenia tirándoles de lejos; y de este modo contendian dos

muy grandes Capitanes iguales en valor, aunque con diferentes fuerzas, porque Metelo tenia mejor gente, pero no le ayudaba el sitio, que con todo lo demas, excepto los soldados, era favorable á Yugurta.

Despues que echaron de ver los Romanos que no habia lugar para retirarse, ni volvian á pelear los Numidas, y que comenzaba á anochecer, subieron al collado siguiendo la orden que se les habia dado, y ganando el puesto rompieron y pusieron en huida á los Numidas, de que murieron pocos, porque les valió su ligereza, y el no ser prácticos en aquella tierra los nuestros; y entretanto Bomilcar, á quien como dixe, encomendó Yugurta los elefantes, y parte de la infantería, habiendo pasado por delante de él Rutilio, baxó poco á poco con sus tropas á la llanura, mientras el Legado se apresuraba por llegar al rio, conforme se le habia mandado; y muy quietamente, como la ocasion lo requeria, dispuso su gente, no dexando tambien de inquirir lo que hacia el enemigo; y quando oyó que sin ningun recelo se habia ya alojado, y que crecia el ruido de la batalla de Yugurta, temiendo que si lo supiese el Legado, iria á socorrer en aquel aprieto á los suyos, para estorbarle el paso extendió su gente, que con la poca confianza que tenia de ella, llevaba toda en

Fueron vencidos los Numidas.

un

un batallon; y asi marchó la vuelta de Rutilio.

Los Romanos vieron de repente una gran polvareda, y porque los árboles de que estaba cubierta la campiña les impedian la vista, pensaron primero que se levantaba este polvo con el viento; mas luego, considerando que quedaba en un mismo ser, y se venia acercando asi como se movia la gente, entendieron lo que era, y tomaron muy apriesa las armas, saliendo fuera de los quarteles, segun se les ordenaba; y en llegando mas cerca arremetieron de entrambas partes con un terrible clamor. Los Numidas resistieron mientras esperaban algun socorro de los elefantes, pero quando los vieron embarazados entre los ramos de los árboles, y que como no se podian juntar, los derribaban, arrojaron los mas de ellos las armas, y se escaparon con el favor de la noche y del collado. Los nuestros tomaron quatro elefantes, haciendo pedazos á los demas hasta el número de quarenta; y aunque estaban cansados del camino, y de las fortificaciones que habian hecho, y de la batalla, todavía por parecerles que tardaba demasiado Metelo, salieron con muy buena orden y resolucion á recibirle, porque las astucias de los Numidas no sufrian descuido ni dilacion alguna. Al principio con la obscuridad, no hallándose muy lejos

Acomete Bomilcar á Rutilo.

Pero luego huyeron los Numidas.

Y el Legado fue á juntarse con Metelo.

jos los unos de los otros, causó el rumor (como si llegaran los enemigos) á entrambas partes miedo y alboroto; y si los caballos ligeros, que fueron delante á reconocer, no los hubieran desengañado, faltaba poco para suceder por inadvertencia una gran desgracia, y asi se convirtió de improviso el temor en alegria; y los soldados con el contento, llamándose el uno al otro, contaban y oian sus sucesos, encareciendo cada qual sus hazañas; porque va el mundo de manera que pueden alabarse de la victoria hasta los cobardes, y en las adversidades no se concede la menor cosa ni aun á los valientes.

Metelo se detuvo quatro dias en los mismos quarteles, mandando curar los heridos, y honrando, segun la costumbre de la guerra, con premios á los beneméritos; y en una plática alabó y dió las gracias á todo el exército, exhortándole, *para que mostrase el mismo ánimo en lo que mas se ofreciese; que no sería muy dificultoso, pues harto habian peleado por la victoria, y ahora solo trabajarian por la presa.* Pero entretanto envió algunos de los que se vinieron á rendir, y otros hombres prácticos, para saber dónde andaba, y en qué entendia Yugurta; si estaba mal acompañado ó con exército; y cómo se gobernaba viéndose vencido. Habíase retirado á lugares en que (por los bosques y el sitio)

Que no se descuidó despues de la victoria.

tio) le defendia la naturaleza; y allí juntaba mayor exército, aunque de gente rústica y flaca, mas acostumbrada á la labor del campo, y andar entre el ganado, que en la guerra; y esto le sucedió, porque si no son los caballeros entretenidos cerca de su persona, ninguno de los otros Numidas sigue al Rey quando huye, yéndose cada qual á donde se le antoja; y no lo tienen por maldad ó cobardía, por ser esta su costumbre: de modo que viendo Metelo que el Rey no habia perdido sus brios, y que se renovaba una guerra, la qual no se podia acabar sino quando queria el enemigo, que peleaba siempre con ventaja, y en ser vencido perdia menos que los Romanos en vencerle; se resolvió á continuar de otra suerte la guerra, sin llegar con él á escaramuzas ni batallas; y asi fue á las tierras mas ricas de Numidia, talando los campos, tomando y abrasando muchos castillos y Villas que halló mal fortificadas y sin presidio; mandaba degollar á los mancebos, y que tomasen todo lo demas por presa los soldados.

Y tambien juntaba otro exército Yugurta.

Mas hiciéronle de otro modo la guerra los Romanos.

Con este temor se dieron muchos rehenes á los Romanos, y les traxeron gran cantidad de trigo, y todo lo necesario, y donde era menester recibian guarnicion. Cosas eran estas que atemorizaban mas al Rey, que la batalla que perdian mal los suyos, pues le obligaban á seguir,

ha-

habiendo puesto toda su esperanza en la huída, y á hacer la guerra en tierras agenas, no pudiendo defender las propias. Tomó todavía en la necesidad el consejo que le pareció mas conveniente, y mandando de ordinario que le aguardase el exército en los mismos puestos, seguia con la caballería escogida á Metelo; y como marchaba de noche y por caminos poco freqüentados, llegó á acometer de improviso á los Romanos que iban esparcidos, y degolló y prendió á muchos desarmados, sin que escapase sin herida alguno; y los Numidas, antes que llegase el socorro de los quarteles, se retiraron á los collados cercanos, conforme á la orden que llevaban.

Aunque descuidándose recibieron daño en el camino.

El contento que hubo en Roma.

Recibieron entretanto gran gusto en Roma sabiendo los sucesos de Metelo, y que se gobernaba y al exército con la disciplina de sus mayores; y que con serle el lugar contrario, habia solo por su valor adquirido la victoria, quedando señor de la campiña, y trayendo tan apretado á Yugurta, que el que andaba tan orgulloso por la cobardía de Aulo, no tenia otra esperanza que los desiertos ó la huida. Mandó el Senado, que por estos buenos sucesos se hiciesen procesiones y plegarias á los Dioses inmortales; y la Ciudad, que tanto temia el fin de esta guerra, se alegraba, celebrando el nombre de Metelo; el qual atendiendo con mayores veras á

la

la victoria, y solicitando todas las cosas, procuraba que no le cogiese en alguna el enemigo; y acordándose de que sigue la envidia á la gloria, quanto mas estimado se veia, tanto era mayor su cuidado; y como se recelaba de los ardides de Yugurta, no permitia, que por salir á robar se derramase la gente; y si faltaba trigo ó forrage, iban las cohortes y toda la caballería, y él guiaba parte del exército, y la restante Mario; pero mas arruinaban la campiña con incendios que con robos: aquartelábanse en dos lugares poco apartado uno de otro, y quando era necesario juntaban todas sus fuerzas, aunque hacian sus correrías por diversas partes, para causar mas espanto y terror; y al mismo tiempo los seguia por los montes Yugurta, buscando lugar y ocasion para la batalla; y en las partes á que le avisaban que habian de venir los enemigos, destruia el forrage, inficionando las pocas fuentes que habia: algunas veces se mostraba á Metelo, y otras á Mario; acometia la retaguardia, y luego se retiraba á los collados, amenazando á estos, y de allí á poco á aquellos, sin llegar á las manos, ó dexarlos reposar; todo para retardar al enemigo su designio.

Prudencia de Metelo.

Y ardides de Yugurta.

El General de los Romanos viendo como le fatigaban con estas estratagemas, y que no queria pelear el enemigo, determinó de poner cer-



co

ço á la gran Villa de Zama [1], que en aquella parte do está fundada es la defensa del Reyno; pareciéndole, que segun lo requeria el negocio, habia de socorrer Yugurta á los suyos, hallándose necesitados, y que allí sería la batalla; mas él habiéndoselo advertido los que se huyeron de nuestro campo, marchó con gran diligencia, y llegó allá primero que Metelo, y despues de haber animado á los vecinos, les dexó para que ayudasen á defenderlos los que de nuestro exército se habian pasado al suyo, que eran los soldados de que hacia mayor confianza, pues no podian negarle la fe; y tambien les prometió, que quando fuese menester vendria con su campo á socorrerlos, y dexando prevenido esto, se fue á lugares mas remotos; pero luego tuvo aviso de que desde el camino habia ido Mario con algunas cohortes á traer trigo de Sicca, que fue la primer Villa que despues de la rota del Rey se le reveló; y asi con su caballería escogida caminó de noche la vuelta de ella, y acometió á los nuestros que salian de la puerta, y dando voces, incitaba á los de la Villa para que

Previno Yugurta á los Romanos.

1 Cerco de Zama, que segun Marmol se llama Zamora en la Provincia de Bugía, y dice que está en el lugar do la pone Ptolomeo, que es á 17 grados de longitud y 27 y 50 minutos de latitud.

que diesen por las espaldas en los Romanos, pues les ofrecia la fortuna tal ocasion para su gloria, que usando de ella, vivirian sin ningun temor, él en su Reyno, y ellos en su libertad; y si Mario no se hubiera dado priesa en sacar las banderas, y salir del lugar, todos ó la mayor parte de él mudaran de opinion, que tan inconstantes son los Numidas; pero los soldados de Yugurta, aunque los detuvo algo su Rey, despues que los apretaron los Romanos, con poca pérdida se volvieron huyendo los demas, y Mario llegó á la Villa de Zama, situada en una llanura, mas fuerte por sus reparos que por su sitio, abundante de todas las cosas necesarias, y defendida de armas y hombres.

Metelo disponiéndolo todo conforme al tiempo y lugar, le cercó con su exército, y señaló los puestos á los Legados, y en dándose la señal, se levantó por todas partes un gran clamor; mas no se turbaron los Numidas, que quedaron sin hacer ruido airados y atentos: dieron el asalto los nuestros, peleando cada qual á su modo; algunos arrojaban de lejos pelotas de plomo, y piedras, otros zapaban el muro, ó arrimando las escalas procuraban pelear mano á mano; contra estos que estaban mas cerca, echaban los de dentro pértigas, dardos, piedras, y pez derretida con azufre y resina, y los que quedaron mas lejos

Asalto de Zama.

L no



no se veian libres del temor, pues herian á muchos los dardos que tiraban con los ingenios ó con la mano; y asi corrian el mismo peligro los valientes y cobardes, aunque con diferente nombre.

Y el desorden y daño que causó Yugurta en los quarteles.

De este modo se peleaba en Zama, quando dió de improviso Yugurta con un gran golpe de gente en los quarteles de los Romanos, y hallando descuidadas las guardias, que ninguna cosa esperaban menos que la batalla, ganó por fuerza la puerta, mientras los nuestros turbados del repentino acometimiento buscaban el remedio, y cada uno conforme á su natural, huia ó tomaba las armas; pero quedó la mayor parte herida ó muerta; y entre todos no hubo mas de quarenta, que acordándose del nombre Romano se juntaron, y ocuparon un lugar mas alto que los otros, de do no los pudo echar el enemigo por mas que lo procuró; porque volviendo á arrojar los mismos dardos que de lejos les tiraban, casi no perdian golpe de los que siendo pocos daban entre tantos; y quando se llegaban mas cerca los Numidas, entonces mostraban su valor, hiriéndolos hasta que los rompian y hacian volver las espaldas.

Entretanto Metelo, que continuaba bravamente el asalto, oyó el tumulto y las voces de los enemigos, y volviendo el caballo, y viendo la gente que venia huyendo hácia él, entendió que era la suya, y asi envió luego á los quarteles toda

da la caballería, y á Cayo Mario con las cohortes auxíliares, á quien con muchas lágrimas rogó por su amistad y por la República, que no dexase quedar afrentado al exército victorioso, ni retirar sin daño al enemigo; y cumplió luego esta orden Mario, porque Yugurta embarazándose en los reparos de los quarteles, mientras caian los unos sobre la palizada, y los otros con la priesa se maltrataban en los pasos estrechos, despues de haber perdido mucha gente, se retiró á lugares fuertes, y Metelo no pudiendo salir con su intento, al anochecer se volvió con el exército á los quarteles; y por la mañana, antes que tornase al asalto, mandó que toda la caballería saliese de los quarteles á la parte por do habia de venir el Rey, encomendando las puertas y los puestos mas cercanos á los Tribunos, y él fue hácia la Villa, que acometió de la misma manera.

Fue rechazado Yugurta por Cayo Mario.

Mas Yugurta, saliendo de la emboscada, embistió de improviso á nuestra caballería; los que encontró primero, se desordenaron con el miedo; pero llegando al punto los demas, no pudieran resistir mucho los Numidas, si sus infantes mezclados con la caballería no ofendieran tanto á los nuestros, y confiando en ellos el enemigo no se retiraba en habiendo dado la carga, como suele la caballería; mas pasando adelante atropellaba y rompia los esquadrones, entregando á sus in-

Pero volvió á acometer los quarteles.



fantes los Romanos quasi vencidos.

Y Metelo continuaba el asalto.

Al mismo tiempo se peleaba cruelmente en Zama, esforzándose cada Legado y Tribuno por su parte, y no poniendo ninguno de ellos su esperanza en otro que en sí mismo; esto hacian tambien los del lugar, defendiéndose y acudiendo á todos los puestos, y procuraban mas herir al enemigo que guardarse de las heridas. Confundíanse las voces de los que se incitaban, alegraban ó gemian; llegaba al cielo el ruido de las armas, y volaban de entrambas partes los dardos; pero los que defendian el muro, si cesaba algo el asalto se ponian con mucha atencion á mirar como peleaba la caballería, alegrándose ó entristeciéndose conforme al suceso de los suyos; y del propio modo que si los pudieran oir ó ver, los exhortaban y animaban, haciéndoles señas con las manos ó con el cuerpo, y meneándose á un lado y otro, como si se desviaran de los golpes, ó arrojaran sus dardos. Despues que reconoció esto

Astucia de Mario.

Mario, porque era en la parte que se le habia encargado, adrede apretaba menos á los Numidas, y sin molestarlos dexaba que viesen pelear á Yugurta; y al tiempo que estaban mas embebecidos con el amor que tenian á su Rey, arremetió de repente con grande ímpetu á la muralla, é ya los que subieron por las escalas habian ganado las almenas quando acudieron los de dentro ar-

ro-

rojando piedras, fuego y toda suerte de dardos, á que resistieron al principio los nuestros; pero como se rompieron por dos veces las escalas, y fueron oprimidos los que se hallaban en lo alto, se retiraron los otros lo mejor que pudieron, y pocos escaparon sin daño, quedando los mas de ellos estropeados; y la noche despartió el combate.

Levanta Metelo el sitio.

Metelo considerando que se cansaba en vano, y que no podia ganar la Villa, ni peleaba Yugurta sino con estratagemas y ventaja, y que era pasado el estío, levantó el cerco, y puso guarnicion en las Villas que se rebelaron al Rey, y por sus murallas y sitio eran mas seguras, yendo á invernar con el exército á la Provincia que está mas cerca de Numidia; mas no perdió este tiempo, como hacen otros, con el ocio y deleytes, sino pues que le aprovechaban poco en esta guerra las armas, valiéndose en lugar de ellas de la inconstancia de los amigos del Rey, urdió contra él otras tramas.

Acomete con promesas á Bomilcar.

Tentó con grandes promesas á Bomilcar, que por ser tan privado de Yugurta, era mas á propósito para engañarle; habia venido con él á Roma, y despues de haber dado fianzas, por la muerte de Masiva, previno (huyéndose ocultamente) la sentencia; lo primero que alcanzó de él fue que viniese á hablarle en secreto, y luego prometiéndole que si diese vivo ó muerto á Yugur-

gurta, le concederia el Senado perdon, y todos sus bienes, le persuadió facilmente al Numida aleve y temeroso, de que haciéndose la paz con los Romanos, sería una de las condiciones que se les habia de entregar para castigarle.

Induciéndole á la traicion.

Y asi en hallando ocasion, y viendo triste á Yugurta, que se quejaba del estado de sus cosas, le aconsejó, y pidió con muchas lágrimas, *que tuviese algun dia cuidado de su persona, de sus hijos, y del pueblo de Numidia, que tantos servicios le habia hecho; que habia sido desbaratado en todas las batallas, y estaba destruida toda la campiña, y mucha parte de la gente muerta ó presa; y que con gran mengua de las fuerzas de su Reyno habia ya experimentado hartas veces el valor de sus soldados y la fortuna; y que se guardase de que difiriéndolo mas, no mirasen por sí los Numidas.* Con estas y semejantes razones persuadió al Rey que se rindiese; y asi envió sus embaxadores á Metelo, ofreciéndose á cumplir lo que le mandase; y que sin ningun otro concierto se entregaria á sí y al Reyno debaxo de su palabra.

Persuade el traidor á Yugurta que se entregue.

Y dexóse inducir el Rey.

Metelo hizo llamar de los presidios á todos los que eran del orden de los Senadores, y juntándolos, y á otros que le parecian mas idóneos, se tuvo consejo: y asi (conforme á las costumbres de nuestros mayores, y á la resolucion que se to-

tomó) ordenó á Yugurta por sus embaxadores, que diese doscientas mil libras de plata, todos los elefantes, y algunas armas y caballos: y despues que sin dilacion alguna fueron entregadas estas cosas, mandó que le traxesen presos todos los que se habian pasado al Rey, de que fue traida la mayor parte, segun su orden; y pocos fueron los que al principio de la entrega se huyeron al Rey Boccho de Mauritania; y Yugurta, quando le acabaron de quitar las armas, soldados y dinero, y le mandaron que viniese á presentarse al General en la Villa de Tisidio, empezó á mudar de parecer, obligándole la conciencia á temer el castigo merecido. Finalmente despues que estuvo muchos dias dudoso, mientras cansado de sus malos sucesos tenia qualquier cosa por mejor que la guerra; y mientras se representaba la grande caida que da un Rey que llega á ser esclavo; volvió á renovar la guerra, habiendo perdido neciamente tanta parte de sus fuerzas: y en Roma, consultándose al Senado sobre el gobierno de las Provincias, señalaron la de Numidia á Metelo.

Y entregó á Metelo dinero, armas y gente.

Aunque despues se arrepintió.

Al mismo tiempo, haciendo acaso Cayo Mario sacrificios á los Dioses en Utica, le dixo el adivino, que le pronosticaban cosas admirables y grandes, y que asi confiado en los Dioses executase lo que tenia propuesto, y experimentase muchas veces á la fortuna, porque le sucederia prósperamente todo

Pronostícan el Consulado á Mario.

Su nacimiento y costumbres.

do. Andaba con notable ansia por llegar al Consulado, y para merecerle no le faltaba mas que el nacimiento, sobrándole valor é industria, pues era experto en la milicia, valeroso en la guerra, y modesto en la paz, menospreciador de las riquezas y regalos, y deseoso solamente de la honra. Pero habia nacido y criádose en Arpino; y como tuvo edad para ser soldado, asentó su plaza, y no se dió á la eloqüencia de los Griegos, ni á las ceremonias de los cortesanos, sino entre otros exercicios mejores se perfeccionó en pocos dias su buen ingenio; y asi, quando pidió primero al Pueblo el título de Tribuno militar, aunque de vista le conocian pocos, por la fama que de él corria, se le dieron facilmente todos; y con este cargo fue luego alcanzando otros, y gobernándose de manera en todos, que le juzgaban por merecedor de los mayores; mas hasta entonces por no ser mas noble, no se atrevia á pedir el Consulado; bien que despues le hizo la ambicion salir de sus términos, y en aquel tiempo distribuia las demas honras la plebe, pero los nobles daban el Consulado unos á otros; y el que era de menor calidad, casi le tenian por hombre afrentado y por incapaz de esta dignidad, por mas estimado que fuese, y por mas hazañas que hubiese hecho. Ahora hallando Mario que las palabras del adivino conformaban con sus deseos, pidió licencia

Pide licencia á Metelo.

cia al General para ir á procurar el Consulado. Pero Metelo, si bien le acompañaban la virtud y la fama, con todo lo que mas merece ser deseado de los buenos, le hacia despreciar á los otros la soberbia, mal comun de los nobles; y al principio movido de esta novedad comenzó á maravillarse de su empresa, aconsejándole como amigo, *que no intentase una cosa tan fuera de camino, ni pusiese su pensamiento en mas de lo que le concedia su fortuna; porque no podian todos desear todas las cosas, y debia contentarse con lo que tenia; y finalmente que se guardase de pedir al Pueblo Romano lo que con razon se le rehusaria:* habiéndole dicho estas y otras razones, y viendo que continuaba en su propósito, le respondió, que luego que los negocios generales le diesen lugar, haria lo que pedia; y despues volviéndole á importunar diversas veces, cuentan que le dixo, *que no apresurase tanto su partida, porque harto á tiempo llegaria á solicitar el Consulado, quando fuese á procurarle su hijo*; tendria este veinte años, y sirviendo en la guerra se halló entonces en la tienda de su padre.

Que le menosprecio.

Esta respuesta irritó mucho á Mario, que anhelaba por el cargo, y asi con la codicia y el enojo, que son los peores consejeros, andaba muy inquieto, declarando en todas sus palabras y acciones su ambicion; daba mas libertad de la que so-

Sintió mucho Mario la respuesta del General.

lia á la gente de los presidios que estaban á su orden, y con los mercaderes (porque habia muchos en Utica) hablaba mal de la guerra alabándose á sí, y diciendo que *si le entregasen la mitad del exército, les traeria preso dentro de pocos dias á Yugurta; que era el General el que alargaba el negocio, porque como hombre que no cedia en vanidad ni arrogancia á los Reyes, se holgaba demasiado de mandar*; y todo esto lo tenian ellos por cierto, porque con durar tanto la guerra, se habian acabado sus haciendas, y no hay cosa que no llegue tarde al que la desea.

Y comenzó á hablar mal de sus cosas.

Hallábase tambien en nuestro campo un cierto Numida llamado Gauda, hijo de Mastanabal, y nieto de Masanisa, á quien nombró Micipsa por su segundo heredero, y estaba consumido de achaques, que le enflaquecieron algo el juicio; habia pedido á Metelo que le diese silla á su lado, como á los Reyes; y despues que señalase una banda de caballeros Romanos para su guarda; pero negáronle entrambas estas cosas, como honra que solo pertenecia á los que llamaba Reyes el Pueblo Romano; y porque sería afrenta para los caballeros Romanos si fuesen de la guarda de un Numida, á quien (viéndole triste) acometió, y aconsejó Mario, que con su favor pidiese venganza de las injurias recibidas del General, desvaneciendo con muchas palabras á este hombre, que con

Gauda, nieto de Masanisa.

Desdeñado de Metelo.

Se juntó con Mario.

con sus ordinarios achaques no tenia el juicio perfecto; llamábale Rey, y persona de grande valor, y nieto de Masanisa, que si estuviese preso ó muerto Yugurta, gozaria luego del Reyno de Numidia, como podia suceder dentro de pocos dias, si le enviasen por Consul á esta guerra; con que le persuadió, y tambien á los caballeros Romanos, soldados y hombres de negocios y otros, con la esperanza de la paz, que escribiesen á Roma á sus deudos, quejándose del modo con que gobernaba la guerra Metelo, y pidiendo por General á Mario; y asi con una negociacion honrosa le solicitaban muchos el Consulado, y en aquel tiempo el Pueblo, estando abatida la nobleza, anteponia en virtud de la ley Mamilia [1] á hombres de poca calidad, con que se encaminaba todo al designio de Mario.

Entretanto Yugurta, despues que dexó de rendirse, y comenzó la guerra, aparejaba con gran vigilancia todas las cosas, dándose priesa en juntar su exército; procuraba ganar por amenazas ó promesas las Villas que se le rebelaron, fortificaba

1 Quizá fue autor de esta ley el Tribuno Cayo Mamilio Limitano, de quien se hizo mencion arriba; y parece que se estableció por ella, que gobernándose mal los nobles, escogiesen para los cargos á otros de menor calidad.

ba las suyas; y tornando á reparar ó comprar las armas, dardos y lo demas que habia perdido con la esperanza de la paz, sobornaba los esclavos de los Romanos, y tentaba con dinero las guarniciones, sin dexar cosa que no inquietase y acometiese, revolviéndolo todo; y asi los de Vacca, donde (mientras trató del acuerdo Yugurta) habia puesto presidio Metelo, importunados por los ruegos del Rey, se conjuraron los principales, que nunca le fueron contrarios; porque el vulgo, como sucede muchas veces, y mas en los Numidas, era variable, sedicioso, tan amigo de discordias y novedades, como enemigo de paz y quietud; y habiéndose concertado, difirieron la execucion para el tercero dia, que con grandes regocijos se celebraba por toda Africa, pues en él habia mas ocasiones de alegrarse que de temer; y quando fue tiempo convidó cada qual á comer en su casa á alguno de los Centuriones y Tribunos, y á Tito Turpilio Silano, Gobernador de la Villa; y los degollaron todos á la mesa, excepto Turpilio, y luego dieron en los otros soldados, que (guardándose en aquel dia poco la orden) andaban esparcidos y desarmados: lo propio hizo el Pueblo; algunos por inducirlos los nobles, y otros porque con la inclinacion que tenian á estas cosas, se holgaban de ellas y del tumulto, aunque ignorasen la causa.

Nuevas prevenciones de Yugurta.

Rebeláronse los de Vacca.

Los

Los Romanos asombrados con el repentino temor, sin saber resolverse á lo que les convenia, iban corriendo al castillo, do tenian las insignias y los escudos. Pero estorbaba la retirada el enemigo, que le habia ya ocupado, y cerrado las puertas; y demas de esto las mugeres y niños arrojaban desde los tejados las piedras, y todo lo que hallaban en ellos, de suerte que no podian evitar el peligro ni resistir, aunque eran mas fuertes, á los mas flacos; y asi perecian sin venganza buenos y malos, valerosos y cobardes; y en una tan grande desgracia solo escapó de todos los Italianos sano y salvo el Gobernador Turpilio, con andar tan encarnizados los Numidas, y estar cerrada por todas partes la Villa: no se pudo averiguar si sucedió asi acaso, ó si fue por algun concierto, ó por la compasion que tuvo de él su huesped; pero mostró ser hombre infame y ruin, ya que entre tantos males amó mas la vida que la honra.

Degollaron la guarnicion.

Aunque escapó el Gobernador Turpilio.

Metelo (quando tuvo la nueva del suceso de Vacca) se retiró algo triste á su retrete; y despues que se mezcló con el dolor la ira, procuró vengar luego la afrenta, y al anochecer sacó la legion con que estaba de presidio, y toda la caballeria de los Numidas que pudo juntar, y el dia siguiente, cerca de las tres horas, llegó á un valle donde representó á los soldados, que cansados del

Procura la venganza Metelo.

Marchando luego la vuelta de Vacca.

del camino no querian ya pasar adelante, que no les quedaba mas de una milla para llegar á la Ciudad de Vacca, y que asi debian sufrir aun con buen ánimo este trabajo, para vengar á sus ciudadanos, varones valerosísimos, aunque desgraciados, prometiéndoles con mucha cortesía el despojo; y despues que los animó con esto, mandó que fuese delante la caballería, y luego los infantes, y que se apretasen y encubriesen las banderas.

Los de la Ciudad, advertidos de que venia la vuelta de ella el exército, no se engañaron al principio en juzgar que sería el de Metelo, y cerraron las puertas; pero viendo que no se hacia ningun daño en la campiña, y que la vanguardia era de Numidas, pensaron que era Yugurta, y salieron muy alegres á recibirle; mas los nuestros, dándose de repente la señal, degollaron el pueblo, que se habia derramado por el campo, y corriendo á las puertas se apoderaron de las torres, y podian mas el enojo y la esperanza de la presa que el cansancio; de manera que solo se gloriaron dos dias de su traicion los de Vacca, pues fueron casi todos los de esta grande y opulenta Ciudad saqueados ó muertos. El Gobernador Turpilio, que como he dicho, se huyó solo de ella, como no pudo dar sus descargos segun le ordenaba Metelo, fue condenado, y despues que le mandaron azotar, por-

Que por la inadvertencia del pueblo.

Ganó sin dificultad.

porque era de los Latinos [1], le cortaron la cabeza.

Al mismo tiempo Bomilcar, que habia persuadido á Yugurta que se rindiese, lo que dexó de cumplir con el temor, tomando de él sospecha el Rey, y teniéndola él tambien, deseaba alguna revuelta, y buscaba medios para matarle, fatigándose en esto dia y noche; y (como tentaba todas las cosas) vino á juntarse con Nabdalsa, hombre noble, y por sus riquezas estimado, y bien quisto del Pueblo, el qual solia gobernar muchas veces el exército en ausencia del Rey, y despachar todos los negocios que dexaba pendientes Yugurta cansado, ó impedido en otros mayores, con que alcanzó opinion y dineros: entrambos señalaron el dia para la traicion, resolviendo que se preparase lo demas segun que lo requiriese el negocio; y con esto se fue Nabdalsa para el exército que tenia á cargo en medio de nuestros presidios, para que no se arruinase la campiña sin daño del enemigo; y despues que turbado de una maldad tan grande no vino al tiempo, y le detenia el miedo, Bomilcar deseando dar fin á la empresa, y temiendo tambien (por ver la irresolucion de Nabdalsa) que mudase de parecer, le en-

Bomilcar temiéndose de Yugurta.

Procura su muerte.

Juntóse Nabdalsa.

1 La ley Porcia no permitia que castigasen con azotes al Ciudadano Romano; y por eso dice Salustio que era de los Latinos.

envió cartas por mensageros seguros, acusando su descuido y cobardía, y tomando por testigos á los Dioses, en cuyo nombre hicieron el juramento: pedíale, *que no convirtiese en su daño los premios de Metelo; que la ruina de Yugurta no podia ya dilatarse, y solo se trataba si habia de perecer por su valor de ellos, ó el de Metelo; y que asi considerase qual queria mas, la recompensa, ó la pena.*

A quien incitó otra vez por cartas.

Pero quando llegaron estas cartas estaba acaso reposando en la cama Nabdalsa del exercicio que habia hecho, y despues que leyó las razones de Bomilcar se congojó, y luego, como sucede á las personas afligidas, le sobrevino el sueño; serviase de cierto Numida, á quien amaba mucho por la fidelidad con que acudia á sus cosas, y asi le fiaba todos sus secretos, excepto este; y como supo que le habian venido cartas, pensando, que como solia, le sería necesario su parecer y asistencia, entró en la tienda, y halló durmiendo á Nabdalsa; y la carta que inconsideradamente habia puesto sobre la cabeza encima de la almohada, la qual tomó y leyó toda; y al punto viendo la traicion se fue al Rey; de allí á poco despertó Nabdalsa, y despues que no halló la carta, y supo de los que se huyeron todo lo que habia pasado, procuró primero coger al Secretario, y como no pudo, fue á aplacar á Yugurta, á quien dixo:

Descuido notable de Nabdalsa.

que

que la deslealtad de su criado le habia prevenido en lo que pensaba declararle; pidiéndole con muchas lágrimas por la amistad y fidelidad con que le habia servido, que no sospechase de él una maldad como esta.

Da sus disculpas á Yugurta.

Respondióle el Rey benignamente, y no lo que le quedaba en el pecho, diciendo que con la muerte de Bomilcar, y de otros que se hallaron culpados en la traicion habia mitigado la ira, para que no resultase de este negocio algun motin. Mas desde aquel dia no tuvo Yugurta un momento de sosiego; no se fiaba de ningun lugar, tiempo ó persona, temiendo á los suyos, como á los enemigos; volvia á todas partes los ojos, y espantándose de qualquier ruido, sin tener cuenta con su dignidad se iba muchas veces en una noche á dormir en diferentes lugares, y á ratos despertando del sueño, arrebataba las armas, y hacia rumor, porque andaba con el miedo como hombre que ha perdido el juicio.

Muerte de Bomilcar.

Inquietud extraña de Yugurta.

Pero Metelo, quando tuvo por los que se habian huido la nueva de la muerte de Bomilcar, y de que quedaba descubierto el trato, volvió con gran presteza á aparejar todas las cosas como para una nueva guerra, y dió licencia á Mario, que le importunaba por ella, para que se fuese á su casa, pareciéndole que no le convenia detener al que servia de mala gana por el odio

Nuevas prevenciones de Metelo.

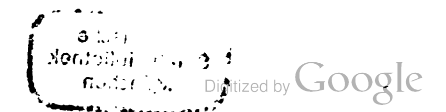
Dió licencia á Mario para volver á Roma.

odio que le tenia; y en Roma recibió con gran gusto la plebe lo que se habia escrito de Metelo y Mario; porque la nobleza, que solia calificar al General, le hacia odioso, en lugar de que al otro le grangeaba mas favor su poca calidad; pero la pasion de entrambos bandos podia mas en sus negocios, que sus virtudes ó vicios; y los sediciosos Magistrados incitaban al vulgo, y como en todas sus juntas imputaban á Metelo los delitos mas graves, irritaron de suerte la plebe, que todos los oficiales y labradores, cuya hacienda y palabra solo consiste en lo que ganan por sus manos, dexando sus obras iban á visitar á Mario, cuya honra procuraban mas que el sustento de sus casas; con que estando atemorizados los nobles se dió el Consulado á un hombre de baxa suerte, cosa que no se habia hecho en muchos años; y habiendo el Tribuno de la Plebe, Manlio Mantino, preguntado al Pueblo á quién queria encargar la guerra contra Yugurta, respondió la mayor parte que á Mario; y aunque el Senado habia poco antes señalado la Numidia á Metelo, no se cumplió su decreto.

Fue recibido con grandes demostraciones de contento, y alcanzó luego el Consulado.

En aquellos dias habiendo perdido sus amigos Yugurta (pues con haber muerto á tantos se huyeron los demas al Rey Boccho) como no podia continuar la guerra sin ministros, y tenia por

No se fia Yugurta de los suyos.



por muy peligroso experimentar la fidelidad de otros nuevos, habiendo hallado tan poca en los antiguos, andaba vacilando, sin que ningun consejo ni persona, ó cosa alguna le diese satisfaccion: iba cada dia por caminos diferentes, mudaba los Gobernadores, algunas veces marchaba hácia el enemigo, y otras se volvia á los desiertos; quando ponia su esperanza en la huida, y quando en las armas, como quien no sabia si debia confiar menos del valor, ó de la lealtad de los suyos; y no veia en ninguna parte sino lo que le era contrario.

Y mientras no acaba de resolverse.

Pero entre estas dilaciones le acometió de improviso Metelo con el exército, y habiendo Yugurta dispuesto y ordenado conforme al tiempo sus Numidas, se comenzó la batalla, y en aquel lado do se hallaba el Rey se peleó un poco; pero todos los demas fueron rotos y desbaratados en el primer reencuentro, quedando los Romanos con las insignias y armas, y algunos prisioneros; porque casi en todas las batallas les valieron mas á los Numidas los pies que las manos.

Le acomete.

Y rompe Metelo.

Despues de esta rota desconfiando mas de sus cosas Yugurta, se retiró con los fugitivos, y parte de la caballería á los desiertos, y de allí á Thala, Ciudad populosa y rica, en la qual tenia sus tesoros, y se criaban sus hijos; de que siendo advertido Metelo, aunque desde Thala al

Retiróse vencido á la Ciudad de Thala.

mas cercano rio hay cincuenta millas de distancia, y era toda la campiña yerma y estéril, todavía con la esperanza de que ganando á esta Ciudad daría fin á la guerra, determinó de pasar por todas las dificultades, y aun de vencer la misma naturaleza; y asi mandó que se descargase el bagage de todas las acémilas, y que solo llevasen trigo para diez dias, odres, y otros aparejos para conservar el agua: y demas de esto buscó por la campiña todo el ganado doméstico que pudo hallar, y le cargó de toda suerte de vasos (que la mayor parte era de madera, y se sacó de las chozas de los Numidas), y tambien ordenó á los lugares comarcanos, que despues de la huida del Rey se le rindieron, que traxesen cada uno el agua que pudiese, señalándoles el dia y lugar en que se habian de hallar, é hizo cargar las acémilas con el agua del rio, que como dixe, estaba mas cerca de la Ciudad; y con estas prevenciones marchó la vuelta de ella; y quando llegó al puesto en que habia mandado que se juntasen los Numidas, refieren que asi como se acabó de asentar y fortificar el campo, cayó de repente una tan gran lluvia, que era bastante para sustentar el exército; y vinieron asimismo mas bastimentos que los que aguardaban, porque los Numidas (como hacen ordinariamente los que ha

Síguele con gran resolucion Metelo.

po-

poco que se rindieron) procuraron señalarse, y los soldados usaron por devocion mas del agua que les dió el cielo, cobrando con esto mayor ánimo, pues les parecia que tenian cuidado de ellos los Dioses inmortales, y al otro dia contra la opinion de Yugurta llegaron á Thala: los de la Ciudad, que entendian que la aspereza del lugar les servia de defensa, aunque se espantaron de un hecho tan grande y extraordinario, no dexaron de prevenirse con la misma vigilancia para el combate, y lo propio hicieron los nuestros.

Y llegó á Thala.

Pero el Rey, pareciéndole que ya no habia cosa imposible para Metelo, que con su industria habia sobrepujado todas las armas, lugares y tiempos, y finalmente la misma naturaleza, que sobre las demas cosas tiene imperio, se huyó aquella noche de la Ciudad con sus hijos, y mucha parte del dinero, y despues no se detuvo en lugar alguno mas de un dia, ú de una noche, fingiendo que le obligaban los negocios á usar de esta diligencia; pero temia alguna traicion que pensaba evitar con la presteza, y que para semejantes designios se halla con el ocio mejor ocasion.

Mas no se atrevió á quedar en ella.

Metelo viendo los de Thala dispuestos á pelear, y que la Ciudad era fuerte por el sitio y reparos, la cercó con trincheras y palizadas, y

man-

mandó que en dos puestos los mas convenientes se hiciesen galerías, y levantasen plataformas, y sobre ellas ponian torres con que defendian las obras y los que asistian en ellas, y los de dentro hacian tambien sus prevenciones y defensas, no se descuidando los unos ni los otros en cosa alguna; hasta que los Romanos, habiendo pasado muchos trabajos en los asaltos, al cabo de quarenta dias que duró el cerco, se apoderaron de la Ciudad, cuyos despojos no les dexaron gozar los que se habian huido á Metelo; porque despues que vieron sus cosas en mal estado, pues ya batian con los ingenios la muralla, llevaron al palacio el oro y la plata, y todo lo que tenia algun valor, y despues que se hartaron del vino y de las viandas, lo abrasaron todo, y al palacio, arrojándose en el mismo fuego, y tomando por sus propias manos la pena que despues de vencidos temian del enemigo.

Ganan los Romanos la Ciudad.

Envian los de Leptis á pedir presidio.

Luego que se ganó á Thala vinieron los embaxadores de la Villa de Leptis á pedir á Metelo que les enviase presidio, y un Gobernador, porque un cierto Hamilcar, hombre noble é inquieto, andaba alborotando el pueblo, sin tener respeto á las órdenes de los Magistrados, ni á las leyes; de modo que si no les acudia luego, se verian en grandísimo peligro sus aliados; porque los Leptitanos, desde que se comenzó la guerra contra

Yu-

Yugurta, suplicaron al Consul Calpurnio, y despues al Senado, que los recibiésemos por amigos y confederados; y habiendo impetrado esto, nos guardaron siempre mucha lealtad, cumpliendo todo lo que les ordenaron Calpurnio, Albino y Metelo; y ahora se les concedió facilmente lo que pedian, enviándoseles quatro cohortes de Ligures, y por Gobernador á Cayo Annio.

Fidelidad de esta Villa.

Fue fundada esta Villa por los Sidonios [1], que (segun se nos ha referido) huyeron por sus guerras civiles de la patria, y aportaron con sus naves á estos lugares. Edificáronla entre las dos Syrtes, que este nombre se les dió conforme á su naturaleza, porque hay dos golfos casi en la última costa de Africa, que con ser desiguales en la grandeza, no se diferencian en los efectos. Tienen gran fondo junto á la costa, y en las demas partes (segun lo quiere la fortuna) se halla á veces mucha agua, y á veces poca; porque quando comienza á conmoverse la mar, y alterarse con la tormenta, llevan tras sí las olas el limo, la arena y las piedras, y asi se muda con el viento la forma de estos lugares, que lla-

Su fundacion.

ma-

1 Fue Sidón Ciudad muy antigua en la Fenicia, de la qual hace mencion el Profeta Isaias; y segun San Gerónimo la pobló y dió su nombre Sidón, primogénito de Chanaam.

maron Syrtes [1], porque atraen á sí. El lenguage del pueblo se ha trocado despues que emparentaron con los Numidas; pero casi todas sus costumbres y leyes son de los Sidonios; y consérvanlas mas facilmente, por estar lejos de sus Reyes, y haber grandes desiertos entre este lugar y la parte mas habitada de Numida.

Hazaña memorable de dos Cartagineses.

Mas ya que por medio de los Leptitanos llegamos á estas regiones, me parece que no haré mal en referir un hecho admirable é insigne de dos Cartagineses, pues nos movió el lugar á tratar de esto: en el tiempo que los Cartagineses señoreaban la mayor parte de Africa, tenian tambien muy grandes fuerzas y riquezas los de Cyrene, y habia entre estas dos Ciudades una campiña llana y arenosa, sin algun rio ó monte que distinguiese sus límites, que dió ocasion á la larga y cruel guerra que traxeron; y despues que de entrambas partes fueron muchas veces desbaratados, y puestos en huida los exércitos y las armadas, con que se quebrantaron algo las fuerzas; temiendo que algun tercero viniese á acometer los vencidos y vencedores cansados, hicieron con las treguas este acuerdo: *que en cierto dia saliesen de ambas las Villas los diputados,*

y,

1 Συράω (Syrao) En Griego significa llevar ó traer algo por fuerza.

y que el lugar en que se encontrasen, sería el límite comun de los dos pueblos. Enviaron de Cartago dos hermanos nombrados los Philenos, que hicieron mas diligencia que los Cyreneses, aunque no sé si esto sucedió por su descuido ó acaso, ya que en aquella tierra suele detener el viento á los caminantes como en la mar; porque si alguna borrasca levanta en los lugares llanos y deshabitados la arena, esta impelida con tal fuerza hinche la boca y los ojos, con que no pueden pasar adelante los que tienen la vista impedida; quando los Cyreneses vieron que quedaban algo mas atras, y temieron que en su patria se les daria el castigo de su falta, comenzaron á confundir el negocio, imputando á los Cartagineses, que habian salido antes del tiempo, y escogiendo todas las cosas, por no volver vencidos; pero como los Cartagineses pidiesen qualquiera otra condicion, como fuese justa, los Griegos dexaron á la eleccion de los Penos, *que ó ellos habian de ser enterrados vivos en el lugar que quisiesen por término de su Pueblo, ó que les dexasen llegar con la misma condicion al que bien les pareciese.* Los Philenos aceptando el partido dieron sus personas y vidas á la República, y fueron enterrados vivos. Los Cartagineses dedicaron en el propio lugar los altares á los hermanos Philenos, haciéndoles en la patria otras honras: ahora vuelvo á mi propósito.

O Yu-

Llega á Getulia Yugurta.

Yugurta despues que con haber perdido á Thala entendió que no habia reparo contra Metelo, pasó con poca gente por grandísimos desiertos, y llegó á los Getulos, gente rústica y fiera, que en aquel tiempo no tenia noticia del nombre Romano; y juntando una gran muchedumbre de ellos, les fue poco á poco enseñando como habian de guardar la orden, seguir las banderas, y obedecer á sus Capitanes, haciendo como soldados las demas cosas; y asimismo con grandes dádivas y mayores promesas alcanzó el favor de los Privados del Rey Boccho, y dándole estos entrada le persuadió que moviese guerra á los Romanos, hallando mas facilidad y disposicion para ello por haber Boccho al principio de estas revueltas enviado sus embaxadores á Roma pidiendo que le aceptasen por amigo; que con ser tan á propósito para la guerra que se habia comenzado, lo estorbaron algunos, que dexándose cegar de la avaricia estaban acostumbrados á vender todas las cosas justas ó injustas; y Yugurta tenia ya casada una hija con Boccho; mas este parentesco puede poco con los Numidas y Moros, porque cada qual segun su posibilidad toma muchas mugeres; algunos diez, y otros mas, pero el Rey excede en el número; y como entre tantas se reparte el amor, y á ninguna tienen por compañera, no estiman mas la una que la otra.

Y por medio de los Privados de Boccho.

Le vino á inducir á la guerra.

Costumbre antigua de los Moros.

Y

Y asi en el lugar que entrambos acordaron, se juntaron sus exércitos, y dándose el uno al otro la palabra, encendió Yugurta mas el ánimo de Boccho con la plática que le hizo, diciendo: *que eran los Romanos agenos de la razon, en extremo avaros, y enemigos comunes de todas las gentes; porque el deseo de mandar, y el odio con que perseguian á todos los Reyes, les daban la misma ocasion para hacer guerra á Boccho, que tuvieron para hacerla á Yugurta y á las otras naciones; y que de la propia manera que le habian tenido por enemigo, y poco antes á los Cartagineses y al Rey Perséo, lo sería de los Romanos el que pareciese mas poderoso.* La plática que hizo Yugurta á Boccho.

Entre estos y semejantes discursos resolvieron que se marchase la vuelta de Cirtha, donde habia dexado Metelo la presa, cautivos y bagage; porque le parecia á Yugurta que tomándose la Villa se aventajarian mucho, ó viniendo Metelo á socorrerla se daria la batalla, que era lo que él, como astuto procuraba, para quitar los medios de la paz á Boccho, y para que con las dilaciones no viniese á desear otra cosa mas que la guerra. Fueron á poner cerco á Cirtha. Astucia de Yugurta.

Metelo como supo la liga que habian hecho los Reyes, no presentaba inconsideradamente en todos los lugares la batalla, ni como solia hacer con Yugurta tantas veces vencido; pero fortificando su campo no muy lejos de Cirtha aguar-



Pero prevenialo todo la prudencia de Metelo.

dó á los Reyes ; teniendo por mas acertado reconocer primero á los Moros, por ser este enemigo nuevo, para pelear despues con mas ventaja; y entretanto le escribieron de Roma que habian dado la Provincia de Numidia á Mario, é ya sabia que era Consul, y sintiendo estas cosas mas de lo que era justo y honesto, no podia detener las lágrimas, ni moderar las palabras; porque, si bien en todo lo demas mostraba grandísimo valor, resistia mal á qualquier disgusto, que atribuian algunos á arrogancia ; otros decian, que aunque tenia muy buen natural, le habian irritado con la afrenta, y con arrebatarle de las manos la victoria ya adquirida : yo sé muy bien que le daba mayor pena la honra de Mario que el agravio que se le hacia ; y que no mostrara tanto sentimiento, si le quitaran la Provincia para entregarla á otro.

Que sabiendo que daban su gobierno á Mario.

Lo sintió demasiado.

Y asi con este dolor, y porque le parecia necedad disponer con su peligro las cosas agenas, envió á pedir á Boccho, *que no se hiciese sin ocasion enemigo del Pueblo Romano, pues tenia tantos medios para ser su amigo y aliado, y le estaria mejor esto que la guerra ; y aunque confiase mucho de sus fuerzas, no debia dexar las cosas seguras por las dudosas ; que qualquiera guerra se emprendia facilmente ; pero se acababa con dificultad, y no podia darla fin el que habia dado el principio ; porque este se permitia á qualquiera*

Pide á Boccho que no pase adelante con la guerra.

ra por cobarde que fuese; pero solo al vencedor el deponer las armas; y que asi mirase por sí y por su Reyno, y pues veia sus cosas en buen estado, no las aventurase por un perdido. A esto respondió cortesmente el Rey: *que deseaba la paz; pero que se condolia de la miseria de Yugurta; y si con él hiciesen el mismo concierto, se facilitaria todo lo demas.* Tornó otra vez el General á replicar á las demandas de Boccho, aprobando algunas, y rehusando otras; y de esta manera yendo y viniendo muchas veces de emtrambas partes los diputados, pasaba el tiempo, y sin llegar á las manos se alargaba la guerra, que era lo que queria Metelo.

Respóndele el Rey.

Y fueron continuando las demandas y respuestas.

Pero Mario despues que con tan grande aplauso de la plebe le dieron el Consulado, y le señaló el Pueblo la Provincia de Numidia, habiendo sido siempre enemigo de los nobles, andaba entonces mas insolente y feroz, ofendiéndolos en general y en particular, y repitiendo muy á menudo, *que era su Consulado el despojo de la victoria que habia alcanzado de ellos*; con otras palabras arrogantes y pesadas; y entretanto prevenia con sumo cuidado todo lo necesario á la guerra, pidiendo gente para rehacer las legiones, enviando por socorro á los Reyes y confederados, y llamando del Lacio los hombres de mas valor que habian conocido en el exército; y algunos solo por lo que

Soberbia de Mario.

Que se apareja para la guerra.

que prometia de ellos la fama; y con grandes ofrecimientos procuraba que le acompañasen los que eran ya jubilados; y los Senadores, aunque le aborrecian, no osaban negarle cosa alguna, consintiéndole con mucho gusto las levas, porque creian que teniendo la plebe tan poca gana de ír á la guerra, se hallaria Mario sin medios para continuarla, ó sin el favor del vulgo; mas engañólos la esperanza, y el haber tantos que desearon acompañar al Consul, persuadiéndose cada qual que habia de volver á su casa victorioso y cargado de despojos; y no los animó poco Mario con el razonamiento que les hizo; porque despues que le decretaron todo lo que habia propuesto, y quiso levantar la gente para exhortarla, y dar tambien (segun solia) pesadumbre á los nobles, convocó el Pueblo, y discurrió de este modo:

Favoreciéndole para ella todos.

Muy bien sé, Quirites, que muchos no os piden el gobierno por los mismos medios con que despues de alcanzado le exercen; al principio se muestran industriosos, humildes y modestos, y luego se hacen descuidados y soberbios; pero yo entiendo que se debe caminar diferentemente, porque como importa mas el bien público que el Consulado ó la Pretura, asi se ha de procurar con mas cuidado que los otros cargos; y tampoco ignoro, que con haber recibido de vosotros la mayor honra, son muy grandes las obligaciones que me corren, pues me

Hace este razonamiento á la plebe.

me he de armar para la guerra, y sacar menos del erario; hacer que sigan la milicia los que no se desea ofender, y prevenir todas las cosas en la patria y fuera de ella; que el encaminarlas entre gente envidiosa, enemiga é inquieta, creed, Quirites, que tiene mas dificultad de lo que nadie imagina: á esto se añade el hallar los otros para el descargo de sus faltas la antigua nobleza y hazañas de sus mayores, las riquezas de sus parientes y deudos, y tantos allegados; pero todas mis esperanzas estan fundadas en mí mismo, y es menester que las conserve con mi virtud y entereza, porque todo lo demas me puede ayudar poco. Ya veo, Quirites, que todos han puesto en mí los ojos, y que por los servicios que hago á la República me favorecen los hombres de bien, aunque los nobles buscan medios para derribarme; y asi es necesario que me esfuerce yo mas para que no os engañen ni salgan con su intento. Desde mi niñez estoy acostumbrado á todos los trabajos y peligros; é ya que sin recompensa os servia, Quirites, no dexaré de continuarlo despues que me honrasteis. Mal se pueden moderar con la autoridad los que por ambicion fingieron las virtudes; mas como empleé en buenos exercicios toda la vida, vino á ser con la costumbre cosa natural en mí el proceder bien. Habeisme mandado hacer la guerra á Yugurta, y tomólo mal la no-

ble-

bleza; yo os ruego que considereis si os está mejor mudar de resolucion, y dar esta orden ú otra semejante á alguno de tantos nobles, que sea de linage antiguo, y tenga muchas imágenes [1], *sin haber visto jamas guerra, para que ignorando todas las cosas se turbe y pierda el ánimo en una empresa tan grande, y tome alguno del Pueblo que le instruya; que asi suele suceder ordinariamente, que el á quien enviais por Gobernador, busque otro que le gobierne. Yo conozco, Quirites, algunos, que despues que fueron Cónsules comenzaron á leer los hechos de sus mayores, y las órdenes militares de los Griegos, haciendo las cosas al reves; pues aunque antes que se administre se recibe el cargo, se ha de saber primero lo que despues se ha de executar. Haced ahora comparacion, Quirites, de mí, que soy el primero de mi linage, con la soberbia de los nobles. Yo he visto parte de las cosas que ellos suelen oir ó leer, y las demas han pasado por mis manos, y aprendí en el exército lo que ellos hallaron en los libros; y asi considerad, Quirites, si se deben estimar mas las obras que las palabras: menosprecian mi naci-*

1 Antiguamente solia dar el Senado á los que hacian algun servicio señalado á la República alguna estatua ó imagen, que ponian en su casa para que sirviese de memoria y exemplo á sus descendientes.

cimiento, é yo su cobardia; á ellos se les imputan sus vicios, y á mí el no haber tenido mas suerte: y supuesto que me persuado que la naturaleza es una sola y comun á todos, digo que se halla mas nobleza en quien se halla mas valor; y si ahora se pudiese preguntar á los padres de Albino y Calpurnio, si quisieran tener por hijos á ellos ó á mí, ¿qué os parece que responderian, sino que desearan que fueran sus hijos los mejores? Pero si con razon me desprecian, hagan lo propio de sus mayores, cuya nobleza tomó, como la mia, su principio de la virtud; y si tienen envidia de mi honra, ténganla tambien de mis trabajos y limpieza, y de mis peligros, pues son los medios con que la he adquirido: mas estos hombres desvanecidos con la soberbia viven de manera, como si no estimaran las mercedes que haceis, y pídenlas de manera como si hubieran vivido bien; mas en verdad que se engañan pretendiendo á un mismo tiempo dos cosas tan diferentes, como son los deleytes de la pereza, y los premios de la virtud; quando hacen alguna platica delante de vosotros, ó en el Senado, todo es ensalzar á sus progenitores; y refiriendo sus hazañas piensan que se ilustran mas á sí, siendo esto al contrario; porque quando mas digna de loor fue la vida de ellos, tanto mayor vituperio merece la floxedad de estos; y verdaderamente la

gloria de los antepasados sirve de luz á sus descendientes, para que no puedan quedar ocultos sus vicios ni sus virtudes. Este resplandor me falta, ó Quirites, pero podré (que es cosa mas honrosa) hacer relacion de mis hechos. Mirad ahora quan grande es su maldad, pues que no me quieren conceder por mi virtud lo que se atribuyen á sí por la agena; y esto porque no hay estatuas en mi casa, y porque soy el principio de mi nobleza; aunque realmente vale mas el habérsele dado yo, que el haber corrompido ellos la que recibieron de otros. Ninguna duda pongo en que si me quisieren responder ahora, lo harán con una oracion, y bien compuesta; pero habiéndome vosotros hecho una merced tan grande, ya que en todas partes con sus injurias nos ofendian, no me pareció bien callar, porque no se imputase á alguno culpa mi modestia, aunque hallo que ningunas palabras bastan á afrentarme; pues si son verdaderas, es fuerza que digan bien de mí; y si son falsas, las convencerán mi vida y mis costumbres; mas ya que reprehenden la resolucion con que me habeis puesto en el mas alto estado, y encargado el negocio mas importante, considerad otra vez, si es cosa de que debeis arrepentiros; porque confieso que para daros seguridad, no puedo representar las estatuas, triunfos y Consulados de mis mayores; pero si fuere necesario mostra-

traré las lanzas, banderas, jaeces y otros dones militares, y heridas muy honradas: estas son mis imágenes; esta es mi nobleza no heredada, sino adquirida por grandísimos trabajos y peligros. No uso de palabras afectadas, porque harto se declara la virtud. Ellos han menester este artificio, para encubrir con discursos sus infamias; y tampoco aprendí las letras Griegas, á que fuí poco inclinado, viendo que ni á los que las enseñaban hacian mas virtuosos; antes procuré saber otras cosas mas útiles á la República, como herir al enemigo, gobernar un presidio, no temer cosa alguna, sino la ruin fama, sufrir de la propia manera el frio que el calor, y tolerar juntamente la pobreza y el trabajo. Con estos exemplos exhortaré á mis soldados, y no haré excesos para que ellos pasen necesidad, ni pretenderé honras á costa de su sudor; y este es el gobierno provechoso y moderado; porque regalarse á sí, y hacer padecer al exército, es ser Rey, y no Capitan; y usando del mismo término, y de otros semejantes, vuestros mayores se engrandecieron á sí y á la República; y confiados en ellos los nobles, aunque con diferentes costumbres, nos desestiman á nosotros, que los imitamos, y os vuelven á pedir todas las honras, no por sus merecimientos, sino como si les fueran debidas. Pero es notable el engaño de estos hombres arrogantísimos: sus ante-

pasados les dexaron todo quanto pudieron, riquezas, imágenes y una gloriosa memoria; la virtud no se la dexaron, ni podian, porque esta no se da de presente ni se recibe. Dicen que soy un villano grosero, porque no sé ordenar bien un banquete, ni pago mas á un truhan ó á un cocinero que á un labrador; asi lo confieso de buena gana, Quirites; porque á mi padre y á otras personas virtuosas he oido decir, que han de ser curiosas las mugeres, y los hombres inclinados al trabajo, y preciarse mas de las armas que de otras alhajas. Hagan muy en hora buena siempre lo que les da gusto y tienen por bueno; anden enamorados, y beban; y donde pasaron su mocedad acaben sus años postreros en los convites recreando su vientre y la parte mas torpe del cuerpo, con que nos dexen á nosotros el sudor, el polvo y otras cosas como estas, que queremos mas que sus regalos; pero no lo hacen asi los infames, que despues que se deshonraron con todo género de maldades, van á arrebatar los premios de los buenos; de manera que contra toda razon no reciben daño de vicios tan enormes, como la luxuria y pereza, los que se dieron á ellos, y le padece sin culpa alguna la República. Ahora que les he respondido lo que requerian mis costumbres y no sus maldades, añadiré algo de lo que toca á la República; y lo primero, que espereis, Quirites, muy buen suceso

en

en las cosas de Numidia, pues habeis quitado la avaricia, ignorancia y soberbia, que eran todas las que defendieron á Yugurta. Teneis allá un exército que conoce la tierra; y asi me ayude Hércules, como es mas valeroso que dichoso; porque han consumido mucha parte de él la codicia y temeridad de los Capitanes; y asi los que son ya de edad para la guerra, esfuércense, y acudan conmigo al servicio de la República; y no cause á nadie temor la miseria de otros, ó la arrogancia de los Capitanes; porque en el esquadron y en la batalla seré vuestro consejero, y compañero en los peligros; y en todo me gobernaré como á vosotros; y sin duda con el favor de los Dioses nos aguardan ya la victoria, los despojos y la honra; que quando no lo tuviéramos todo tan seguro, estaban obligados los hombres de bien á dar socorro á la República; y ninguno por cobarde escapó de la muerte, ni ningun padre deseó tanto que viviesen siempre sus hijos, como que fuesen buenos y honrados. Mas os dixera, Quirites, si las palabras dieran ánimo á los medrosos; que á los que tienen valor he dicho lo que basta.

Habiendo Mario hecho esta plática, y viendo dispuestos los ánimos de la plebe, cargó luego las naves con los bastimentos, armas, dinero y otras cosas necesarias, y mandó que partiese con ellas el Legado Aulo Manlio mientras él le- *Apercíbese el nuevo Consul.*

van-

vantaba la gente, no conforme á las órdenes de los antiguos, ni de las clases [1], porque asentaba á qualquiera la plaza, y á muchos de los que contribuian por la persona [2]; y esto decian algunos que se habia hecho á falta de buenos; y otros por la ambicion del Consul; ya que gente de esta suerte la habia dado la honra y acrecentamiento, y á quien procura el gobierno le es mas á propósito el mas pobre, que no tiene cuidado de cosa alguna, por no tenerla; y le parecen lícitas todas, quando le traen provecho; y asi Mario con alguna gente mas de la que se le habia señalado, partió para Africa, y de allí á pocos dias aportó á Utica, donde le entregó el exército el Legado Publio Rutilio, porque Metelo se fue por no ver á Mario, ni las cosas que oyéndolas no pudo sufrir su ánimo.

Entra por la Numidia Mario.

Pero el Consul despues que rehizo las legiones y cohortes auxîliares, las llevó á tierras fértiles y

1 Servio Tulio, sexto Rey de los Romanos, instituyó el censo, de que trata largamente Livio, y dividió el Pueblo en cinco clases, y estas en diversas centurias ó compañías: cada clase tenia sus armas diferentes, y de ellas se escogia la gente que habia de ir á la guerra.

2 Pero los esclavos y los que por su pobreza daban un pequeño tributo (como dice A. Gelio) por la persona, no se admitian en la milicia, ni se fiaban de ellos, como de gente que no tenia que perder.

y ricas, dando toda la presa á los soldados; despues acometió los castillos y Villas flacas y mal proveidas de gente, y tuvo en muchas partes varios reencuentros, aunque de poca consideracion; en que se hallaba sin ningun temor la gente nueva, y veia prender ó matar á los que huian, y que el mas valeroso andaba mas seguro, y que con las armas se defendia la libertad, la patria, los deudos y todo lo demas, y se adquirian las riquezas y la gloria; con que en poco tiempo vinieron á perfeccionarse viejos y nuevos, siendo todos iguales en el valor. Pero los Reyes como supieron la venida de Mario, se fue cada qual por su parte á lugares dificultosos, que asi lo aconsejó Yugurta, esperando que de allí á poco podrian dar en los Romanos esparcidos; que como suelen hacer muchos, quando se les quita la ocasion de temer, correrian por mas partes, y con menos orden.

Entretanto Metelo, que se habia vuelto á Roma, fue recibido contra su esperanza con grandísimo aplauso; porque, como habia ya cesado la envidia, no le mostró menor aficion el Pueblo que el Senado. Pero Mario con gran vigilancia y prudencia atendia juntamente á las cosas de los suyos y de los enemigos, reconociendo las que eran de provecho ó daño para los unos y los otros; informábase del camino que tomaban los Reyes, y

Vuelve á Roma Metelo.

y prevenia sus resoluciones y ardides; no sufria descuido en su campo, ni que tuviesen ellos lugar seguro; y asi rompió muchas veces en el camino á Yugurta y los Getulos, que saqueaban las tierras de nuestros confederados, y hizo arrojar las armas al Rey junto á Cirtha; mas como vió que aunque ganaba reputacion, no acababa con esto la guerra, determinó de poner cerco á las Villas que por el sitio y los moradores eran de mayor servicio al enemigo contra nosotros; pues asi perderia sus fuerzas Yugurta, si lo consintiese, ó daria la batalla; porque Boccho le habia enviado á decir diversas veces: *que deseaba la amistad del Pueblo Romano, y que no temiese de él ningun daño*; no se sabe si lo fingió para ofenderle mas llegando de improviso, ó por su inconstancia, y costumbre de mudar la guerra y la paz.

Resolucion de Mario.

Envíale recados Boccho.

Pero el Consul, segun que habia propuesto, acometia las Villas y Castillos fuertes, que se le entregaban algunos por fuerza, otros por temor, ó por los premios que ofrecia; al principio no se empeñaba en lo mas dificultoso, pareciéndole que por defender á los suyos le vendria á las manos Yugurta; mas quando supo que estaba lejos, y atendia á otras cosas, entendió que era tiempo de intentar las mayores y mas arduas.

Habia entre unos grandes desiertos una Villa

lla populosa, y fuerte, nombrada Capsa, que fundó (segun decian) Hércules Líbyco; los moradores no pagaban tributo á Yugurta; y como los trataba tan bien, eran tenidos por muy fieles; defendíanlos del enemigo las murallas y armas, y aun mas la aspereza de aquellos lugares, porque en apartándose de la Villa era todo yermo y deshabitado; faltaba el agua, y hacian gran daño las serpientes, cuya violencia, como la de todas las fieras, era mayor por faltarles el sustento; y estas, que naturalmente son tan dañosas, no se encienden con ninguna cosa tanto como con la sed; deseaba sumamente Mario ganar esta Villa, asi porque le importaria para la guerra, como por parecer empresa dificultosa; y haber dado gran nombre á Metelo la de Thala, cuya fortificacion y sitio no era muy diferente; bien que junto á los muros de Thala habia muchas fuentes, y los de Capsa solo tenian una dentro del lugar, y se ayudaban de las cisternas; que esto sufrian mas facilmente allí y en todas las tierras de Africa, que estando lejos de la mar vivian con menos policía; porque los Numidas se sustentaban casi todos con la leche y las fieras, y no buscaban la sal, ni otros guisados que provocan á gula, pues comian y bebian solo por aplacar la hambre y sed, y no por gusto.

Capsa fundada por Hércules Líbyco.

Su sitio.

Los Numidas menospreciaban los regalos.

Y asi el Consul habiéndolo reconocido todo,

Q creo

creo que se confió en los Dioses, ya que no podia con su consejo proveer á tantas dificultades, faltándole tambien el trigo; porque los Numidas procuran mas tener pasto para sus ganados, que labrar los campos; y si algo habia crecido lo hizo llevar el Rey á lugares fuertes, y era esta campiña estéril, y el fin del estío, quando no se hallaba en ella fruto alguno. Dió todavía muy buena orden, segun los medios presentes: encomendó á la caballería auxîliar el ganado que poco antes se habia tomado, y envió al Legado Aulo Manlio con las cohortes mas prontas á la Villa de Laris, donde habia dexado el dinero y los bastimentos, diciendo que luego le seguiria; pero que ahora iba á buscar alguna presa: con que encubriendo su intento marchó hácia el rio Tana, y distribuyendo igualmente cada dia el ganado por las Centurias y tropas, mandaba que hiciesen odres de los cueros; y tambien suplia la falta del trigo, previniendo, sin que lo entendiese nadie, las cosas que habian de ser necesarias, pues al cabo de seis dias, en que llegó al rio, tenia hecha una gran cantidad de odres; y habiéndose fortificado algo el campo, ordenó que los soldados comiesen, y que en poniéndose el sol estuviesen apercibidos para marchar, dexando allí todo el bagage, sin tomar para sí y sus acémilas otra carga que el agua.

Buena prevencion de Mario.

agua. Quando le pareció que era tiempo salió de los quarteles, y despues de haber caminado toda la noche se alojó, y la siguiente hizo lo propio, y en la tercera mucho antes del dia llegó á un cerro que estaba solo á dos millas de Capsa, donde aguardó con todas sus tropas lo mas encubiertamente que pudo.

Llegó á vista de Capsa.

En amaneciendo salieron de la Villa muchos Numidas sin recelarse del enemigo, y así mandó que toda la caballería, y con ella los infantes mas sueltos fuesen corriendo hácia el lugar y tomasen las puertas, y él los siguió con notable presteza, sin dar lugar á que se pusiesen á saquear los soldados; y viendo esto los de Capsa se rindieron forzados del peligro, de un miedo grande del mal no previsto, y de estar tanta parte de los ciudadanos fuera del lugar en poder de Mario, que hizo poner fuego á Capsa, y degollar todos los mancebos, vendiendo los demas, y repartiendo la presa entre los soldados; que de este rigor se usó contra el derecho de la guerra, no por la avaricia ni maldad del Consul, sino por ser la plaza muy acomodada para Yugurta, y no poderse sustentar por los nuestros sin mucha dificultad, siendo aquella gente instable y rebelde, que nunca se habia corregido por fuerza ni por amor.

Que tomó sin daño de los suyos.

Despues que sin pérdida de los suyos dió fin



La honra que dió este suceso al Consul.

Mario á una tan grande empresa, si bien tenia ya mucha opinion y fama, fue mas celebrado y estimado, tanto que aun atribuian á su valor las cosas mal consideradas; ensalzándole los soldados, asi por la benignidad con que los trataba, como por los despojos con que se enriquecian, y temiéndole los Numidas mas que á hombre mortal; y finalmente, todos los confederados y enemigos creian que tenia un entendimiento divino, y que los Dioses guiaban sus acciones; mas el General con este buen suceso pasó á otros lugares, y hallando en pocos defensa, mandaba quemar á muchos que desamparaban los Numidas, por la desgracia de Capsa; con que no se veian sino muertes y llantos; y habiendo conquistado muchos pueblos, y los mas de ellos sin perder un hombre, se resolvió á otra empresa, no menos dificultosa que la de Capsa, aunque sin pasar tanto trabajo; porque, no muy lejos del rio Mulucha, que dividia los Reynos de Yugurta y Boccho, con ser lo demas tierra llana, habia una peña harto espaciosa y muy alta, con un castillo, no de los mayores, á que se subia solo por una senda, porque lo habia hecho todo tan inaccesible la naturaleza, como si se hiciera de industria. Guardábanse en este castillo los tesoros del Rey, y asi se esforzó para ganarle Mario; pero favorecióle mas que la ra-

Y el temor que causó á los enemigos.

Intenta cosas mayores.

zon la fortuna; porque se hallaba muy bien proveido de gente, armas y trigo; tenia una fuente, y no habia lugar para plataformas, torres, ú otras máquinas, por ser la subida del castillo tan angosta, que acortaban por entrambos lados las galerías que hacian con grandísimo peligro, y sin provecho; pues habiéndose adelantado algo, las deshacian con el fuego ó las piedras, y no podian los soldados quedar delante de la obra por la aspereza del lugar, ni trabajar seguramente en las galerías; mataban y herian á los mas valerosos, con que crecia en los otros el miedo.

Ayudándole la fortuna.

Pero Mario despues de haberse cansado mucho tiempo en vano, comenzó á afligirse, y pensar en sí desistiria de la empresa, ya que no sacaba fruto de ella, ó si la remitiria á la fortuna, cuyo favor habia experimentado tantas veces; y habiéndose fatigado con este pensamiento muchos dias y noches, acaso un cierto Ligur, soldado ordinario de las cohortes Auxîliares, saliendo de los quarteles á buscar agua no muy lejos de aquel lado del castillo que estaba opuesto al otro donde se peleaba, vió entre las peñas algunos caracoles, y tomando uno ó dos, y luego otros, deseó coger mas; y poco á poco fue subiendo hasta la cumbre del monte; y quando halló un lugar solitario, como suelen ser los hombres incli-

Y el valor de un Ligur.



clinados á ver cosas nuevas, lo escudriñó todo. Habia allí crecido acaso entre las peñas una grande encina, que estando algo torcida, volvia luego á enderezarse y subir, como todo lo que produce la naturaleza. El Ligur asiéndose unas veces á las peñas, y otras á las piedras mayores, descubrió la plaza del castillo, porque todos los Numidas habian ido á ver los que peleaban; y habiendo notado lo que le parecia que podia ser de servicio, tornó por donde habia subido, aunque no tan inconsideradamente, sino tentándolo y reconociéndolo todo; y luego fue á referir al General lo que le habia sucedido, persuadiéndole *que acometiese por aquella parte; y ofreciéndose á ser la guia, afirmaba que no se corria riesgo alguno.* Mario envió algunos de los que se hallaron presentes para que viesen lo que aseguraba el Ligur; y cada uno segun su humor, se lo pintó facil ó dificultoso, con que cobró todavía alguna esperanza Mario; y asi escogió entre todos los trompetas cinco, que eran los mas ágiles, ordenando que para mas seguridad los acompañasen quatro Centuriones, y que todos obedeciesen al Ligur, señalándole para la empresa el dia siguiente.

Que facilitó la empresa al Consul.

Pero quando conforme á esta orden le pareció tiempo, habiendo prevenido y aparejado todas las cosas, se fue al mismo lugar, y los Ca-

Cabos de las Centurias, segun les habia advertido el Ligur, mudaron de armas y hábito, pues para tener mas libre la vista y subir mejor por la peña, llevaban desnudos los pies, y la cabeza descubierta, y á las espaldas las espadas y rodelas, que eran al modo de los Numidas [1], hechas de cuero, para que pesasen menos, y no hiciesen tanto ruido dando unas en otras; é yendo delante el Ligur ataba á las peñas, ó á las raices viejas que se descubrian, algunas cuerdas para que asiéndose de ellas los soldados subiesen mas descansadamente; y algunas veces daba la mano á los que temian, por no haberse visto en tal lugar; y donde era mas áspera la peña los hacia ir á todos delante sin armas, y despues los seguia con ellas; pero él solo tentaba los pasos peligrosos, y luego baxando y subiendo primero animaba á los demas; y de allí á mucho llegaron muy cansados al castillo, desamparado por aquella parte, porque todos estaban (como en los otros dias) á la que acometia el enemigo.

Al punto que avisaron á Mario lo que habia hecho el Ligur, aunque peleando todo el dia habia entretenido á los Numidas, exhortó entonces á los soldados, y salió de las galerías arri-

1 Debian de ser como las adargas que traen aun en Africa.

rimándose con la Tortuga [1], y al propio tiempo molestaba de lejos á los enemigos con los ingenios, y con los fundibularios y flecheros. Pero los Numidas habiendo derribado muchas veces, y pegado fuego á las galerías, no se defendian desde las murallas; pero todo el dia y la noche se quedaban fuera afrentando á los Romanos: *llamaban loco á Mario, y amenazaban á los soldados, diciéndoles que serian esclavos de Yugurta*, que tan feroces andaban con sus buenos sucesos. Entretánto estando todos los Romanos y Numidas atentos al asalto, y peleando con gran valor los unos por la gloria y el Imperio, y los otros por la vida, oyeron tocar á otra parte las trompetas, y primero huyeron las mugeres y niños, que habian ido á ver lo que era, y luego los que se hallaban mas cerca de las murallas, y finalmente todos armados ú desarmados como estaban; y asi apretaron con mayor esfuerzo los Romanos, que solo atropellaban y herian á muchos; porque pasando por encima de los muertos competian, deseosos de honra, sobre qual habia de subir primero á la muralla, sin que divirtiese la presa á ninguno; y de

Ganóse el castillo.

1 Era un esquadron que hacian los Romanos quando iban á dar asalto á alguna tierra, como escribe largamente Justo Lipsio en su Poliorcéticon.

de esta manera enmendó la fortuna la temeridad de Mario, pues adquirió mas reputacion con sus faltas.

Lucio Syla llega al exército.

Mientras se ponia esto en execucion, vino al exército el Qüestor Lucio Syla con una gran tropa de caballería, el qual habia quedado en Roma para juntar gente del Lacio, y de las tierras de los confederados. Mas ya que llegamos á hacer mencion de este varon ilustre, nos pareció conveniente decir algo de su natural y costumbres, pues no hablarémos de él en otra parte; y segun infiero de Lucio Sisenna, que fue el que mejor y mas puntualmente refirió estas cosas, no me parece que escribió muy libremente. Descendia Syla de los Patricios [1], aunque por la negligencia de sus mayores se habia casi acabado su linage. Fue muy versado en las letras Latinas y Griegas, animoso por extremo, amigo de sus gustos, pero mas de la fama, desordenado en el ocio, aunque nunca por sus deleytes dexaba los negocios; verdad es que pudiera casarse mejor: tenia eloqüencia, astucia y facilidad con sus amigos, y trazas increibles para encubrir qualquiera cosa; mostrándose liberal en muchas, y mas en el dinero; y con haber sido antes de la vic-

Sus virtudes y vicios.

1 Patricios eran los que descendian de los primeros Senadores que instituyó Rómulo.

victoria que alcanzó contra los suyos, el hombre á quien mas favores hizo la fortuna, nunca fue esta mayor que su industria; de suerte que muchos dudaron en si era mas valeroso ó mas dichoso que lo que intentó despues; déxolo de referir, no sé si de vergüenza, ó de disgusto.

Gobernóse con gran prudencia en el exército.

Luego que, como queda dicho, llegó con la caballería de Africa, y á los quarteles de Mario, siendo bisoño, como el que jamas se habia hallado en la guerra, fue en pocos dias el mas práctico de todos; trataba con gran cortesía á los soldados, ayudaba á los que le pedian ayuda, y á muchos sin que se la pidiesen; recibia de mala gana, cumpliendo mas presto con esta obligacion, que si fuera de dinero prestado, sin volver á pedir nada á nadie, procurando antes que muchos le debiesen; discurria con los mas humildes asi de las cosas de importancia como de otras de gusto; asistia de ordinario en las obras, en el esquadron y en la guardia, sin ofender entretanto (como suele la perversa ambicion) la fama del Consul, ú de qualquier hombre de bien; solo no podia sufrir que otro executase ó aconsejase algo mejor que él; y como se aventajaba á muchos, le cobraron en poco tiempo por esto y por sus virtudes grandisima aficion Mario y los soldados.

Y ganó á todos la voluntad.

Pero Yugurta despues que perdió á Capsa

y

y otros lugares fuertes é importantes, y una gran suma de dinero, despachó á Boccho, para que viniese luego con su exército á Numidia, porque se llegaba el tiempo de dar la batalla; mas como entendió que lo andaba dilatando, por no estar aun resuelto á seguir la guerra ó la paz, tornó, como habia hecho otras veces, á corromper con dádivas á sus privados prometiendo al Moro la tercia parte de Numidia, si echasen á los Romanos de Africa, ó si quedase él con sus límites, despues de acabada la guerra; é inducido con este premio Boccho vino con un gran número de gente á hallar á Yugurta; y habiéndose juntado entrambos sus exércitos, á boca de noche acometieron á Mario, que se retiraba á los presidios, pareciéndoles que, si fuesen vencidos los favoreceria la noche, que ya estaba cerca; y si venciesen, no les daria estorbo alguno, pues conocian la tierra; pero á los Romanos en qualquier acontecimiento les sería contraria la obscuridad; y asi en el mismo instante que avisaron muchos al Consul la venida del enemigo, le vió venir de manera, que antes que se pudiese disponer el exército ó juntar el bagage, ó dar la señal ú orden, embistió la caballería de los Getulos y Moros, no en esquadron ó con algun modo de pelear, sino asi como se habian juntado acaso: los nuestros, aunque con el re-

Envia Yugurta á pedir socorro á Bacchoro.

Corrompiendo otra vez con dádivas á sus privados.

Y ofreciendo parte de su reyno al Moro.

Que vino en persona á socorrerle.

Acometen á Mario.

pentino temor se turbaron, acordándose de su valor tomaban las armas, ó defendian con ellas á los que se armaban, y algunos subiendo á caballo salian á encontrar al enemigo; y asi parecia esto mas algun acometimiento de salteadores que de soldados; porque los infantes, mezclados con la caballería, sin banderas y sin orden, ahora herian á unos, ahora degollaban á otros, dando por las espaldas en muchos que peleaban con grande esfuerzo, sin que bastase este ó las armas contra los que eran superiores en número, y los tenian cercados por todas partes: finalmente los Romanos, asi viejos como nuevos, ya instruidos en la milicia, donde los juntaba el lugar ó la fortuna, sustentaban juntos en un cuerpo la violencia del enemigo, guarnecidos y cubiertos por todos lados.

Valor de Mario.

Pero no atemorizó este peligro á Mario, para que dexase de mostrar el mismo ánimo que siempre; y con su quadrilla, no de los favorecidos, sino de los mas valerosos, acudia á todo, socorriendo á veces á los que veia en aprieto, y cerrando á veces con el enemigo donde le hallaba mas fuerte: hacia con la mano señas á los suyos, porque en aquel conflicto no podia dar la orden á todos; y con ser ya de noche no afloxaban los Bárbaros cargando mas furiosamente, como se lo mandaban sus Reyes, pareciéndoles

les, que les habia de ayudar la obscuridad: entonces, tomó Mario el consejo conforme al estado presente, y para que los suyos tuviesen algun refugio, ocupó dos collados no muy distantes; que en el uno, aunque no tenia lugar para aquartelarse todo el exército, habia una buena fuente, y el otro era muy á propósito para el alojamiento, y se podia fortificar facilmente, por ser la mayor parte muy alta y fragosa: ordenó á Syla, que con la caballería guardase de noche la fuente; y mientras no andaban menos desordenados los Bárbaros, fue poco á poco juntando la gente esparcida, que llevó muy apriesa al collado; y los Reyes, por la dificultad del puesto, dexaron la batalla, aunque no permitieron que se alejasen mucho los suyos; pero rodeando con su muchedumbre entrambos los collados, se sentaron en diferentes partes; y despues haciendo muchos fuegos pasaron los Bárbaros casi toda la noche alegrándose y danzando, segun suelen, con grandes algazaras y voces; y los Reyes estaban muy orgullosos, teniendo por suya la victoria, ya que no habian huido; que todas estas cosas incitaban mas á los Romanos, que los descubrian mejor, hallándose sin luz, y en lugar mas alto.

Retírase á los collados.

Mario cobrando mayor esperanza de la bisoñería del enemigo, les encomendó que guardasen todo el silencio posible; y que ni aun, como

mo

mo se acostumbraba, tocasen para mudar la ronda; y en amaneciendo, quando estaban ya cansados y vencidos del sueño los Bárbaros, mandó que tocasen las trompetas de los tributarios, y á un mismo tiempo las de la caballería, cohortes y legiones, y saliesen con grandes alaridos por todas las puertas los soldados; los Moros y Getulos, despertando con este sonido extraño y terrible, no huian ni tomaban las armas, porque no sabian resolverse ni acudir á cosa alguna con el rumor y estruendo; ni se ayudaban unos á otros, aunque perseguian los nuestros á los que en aquel miedo, confusion y tumulto perdieron totalmente el sentido, y fueron desbaratados y puestos en huida, dexando la mayor parte de sus armas é insignias militares; y pereciendo mas gente en este dia que en todos los pasados, porque no les dieron lugar á que huyesen el sueño y tan extraordinario pavor. Con esto prosiguió Mario su camino, yendo á invernar, segun tenia determinado, en las Villas marítimas, por la comodidad de las vituallas; y no le hizo esta victoria mas descuidado ó soberbio, porque como si tuviera delante al enemigo, marchaba en esquadron, poniendo en la ala derecha á Syla con la caballería, en la izquierda á Aulo Manlio con los honderos y flecheros, y las cohortes de los Ligures, y en la retaguardia á los Tribunos con la

Y viendo descuidado al enemigo.

Le cogió de improviso y desbarató.

Vuelve Mario con el exército á los presidios.

la gente suelta; y los que se huyeron al enemigo, de que se hacia menos caudal, como mas prácticos en la tierra espiaban el camino que tomaba; pero el Consul, como si á nadie hubiera dado cargo, lo proveia todo; y se hallaba en qualquier parte alabando ó reprehendiendo á los que lo merecian; y con ir armado y tan pronto, obligaba á los soldados á que hiciesen lo mismo; y no se fortificaba con menos cuidado del que tenia en el camino, encomendando las puertas á las cohortes legionarias, y los quarteles á la caballería auxîliar, y á los demas las trincheras y reparos; y él propio iba de ronda, no tanto por temer que no se observasen sus órdenes, quanto porque trabajasen de mejor gana los soldados, viendo que no hacia menos su General; y realmente en este tiempo, y en todo el que duró la guerra de Yugurta, corrigió Mario el exército mas con afear las faltas, que con castigar los delitos; atribuyendo esto muchos á su ambicion, y á haberse criado desde su niñez en los trabajos, teniendo por regalo lo que otros llaman miseria; mas gobernó con tanta honra y reputacion, como si usara del mayor rigor.

Su cuidado y vigilancia.

De allí á quatro dias junto á la Villa de Cirtha llegaron á un mismo tiempo corriendo de todas partes los exploradores, con que se entendió que llegaba el enemigo; pero como por dife-

ferentes caminos traian el mismo aviso, no sabia el Consul cómo habia de disponer el exército; y asi sin mudar la orden hizo alto en el mismo lugar; con que no salió cierta la esperanza de Yugurta, que habia repartido en quatro partes á su gente, pareciéndole que alguna daria en los Romanos por las espaldas. Entretanto Syla, á quien toparon primero los enemigos, exhortó á los suyos, y embistieron él, y otros en una tropa, quedando en sus puestos los demas, que rebatian los dardos que les tiraban de lejos, degollando á los enemigos que les caian en las manos; y mientras peleaba de este modo la caballería, acometió Boccho nuestra retaguardia con la infantería que traxo su hijo Volux, el qual no se halló en la otra batalla por no llegar á tiempo: estando en aquel punto Mario en la vanguardia, donde andaba tambien con otros muchos Yugurta, que entendiendo la venida de Boccho se fue secretamente con algunos á la infantería, y hablando Latin (porque le habia aprendido en Numancia) decia, *que en vano se defendian los Romanos ya, que por sus manos acababa de dar la muerte á Mario*, mostrando la espada llena de la sangre de uno de nuestros infantes, á quien con gran valor habia muerto en la batalla; los Romanos se espantaron mas por oir un hecho tan atroz, que porque diesen crédito á tal mensa-

Acometen otra vez los Reyes á Mario.

ge-

gero; mas cobraron ánimo los Bárbaros cerrando con los nuestros ya turbados, y que estaban para volver las espaldas, quando Syla, habiendo desbaratado al enemigo por su parte, embistió por los lados con los Moros, y retiróse luego Boccho; pero Yugurta, mientras procuraba sustentar á los suyos, y retardar la victoria casi adquirida, se vió rodeado de nuestra caballería; y aunque cayeron á su lado todos los suyos, escapó él solo, rompiendo por medio de los contrarios; y Mario, despues de desbaratada la caballería de los Numidas, vino á socorrer á los Romanos, por habérsele avisado que huian; finalmente fueron deshechos por todas partes los enemigos. Hubo entonces en aquella campaña rasa un horrible espectáculo; seguian á los que iban huyendo, prendian y mataban, atropellando los caballos y sus dueños; y muchos acribillados de heridas no podian tener sosiego; esforzábanse, y luego volvian á caer; no se veian sino armas, dardos y muertos, y la tierra llena de sangre.

Pero fueron desbaratados los Bárbaros.

Y asi el Consul, ya sin duda alguna victorioso, llegó á la Villa de Cirtha, á la qual se encaminó desde el principio, y cinco dias despues de esta rota vinieron los embaxadores de Boccho, que en nombre del Rey pidieron á Mario, *que le enviase dos personas de las quales hacia mayor confianza, porque queria tratar con ellas lo*

Llegó Mario á Cirtha.

Donde llegaron tambien embaxadores á Boccho.

que le convenia, y al Pueblo Romano: mandó luego que fuesen Lucio Syla y Aulo Manlio; y aunque iban llamados, les pareció bien hacer una plática al Rey, para ablandarle si estaba mal inclinado, ó moverle mas á la paz si la deseaba; y Syla, á cuya eloqüencia, y no á la edad, cedió Manlio, le habló brevemente, y de este modo.

Fueron á tratar con el Rey Syla y Manlio.

La plática que le hizo Syla.

Mucho nos holgamos, ó Rey Boccho, de que á tal varon inspirasen los Dioses que quisiese antes tener paz que guerra con nosotros, y no se corrompiese el que era tan bueno, con la compañia de Yugurta, el peor hombre de la tierra; y asi nos ha librado de la obligacion y pena de seguirte, mientras te llevaba engañado aquel perverso; porque el Pueblo Romano, aunque era pobre en sus principios, siempre juzgó por mejor buscar amigos que esclavos, y por mas seguro gobernar por amor que por fuerza; pero á tí ninguna amistad te conviene tanto como la nuestra; pues como estamos lejos, te podemos ofender poco, y mostrarte la misma aficion que si nos hallásemos muy cerca, y tambien porque tenemos muchos vasallos; pero jamas nuestra República ni hombre alguno tuvo demasiados amigos; y si desde el principio te inclinaras á serlo, hubieras sin duda recibido del Pueblo Romano mayores bienes que los males que padeciste; mas como la fortuna rige la mayor parte de las cosas humanas, y ella

ella quiso que experimentases nuestras fuerzas y favores, ahora que te da lugar no le pierdas; antes prosigue segun empezaste, ya que se te ofrecen muchos medios para recompensar mas facilmente con mayores servicios tus faltas: finalmente esté impreso en tu pecho el no haber nadie vencido jamas en beneficios al Pueblo Romano; y lo que puede en la guerra ya lo sabes.

Respondióle Boccho con mucha benignidad y cortesía, disculpando en pocas palabras su error, *pues que no como enemigo, sino como quien queria defender su Reyno tomó las armas; perteneciéndole, segun el derecho de la guerra, la parte de Numidia, de donde habia expelido á Yugurta, y no pudiendo sufrir que la arruinase Mario; demas de que habiendo enviado antes embaxadores á Roma, no le quisieron recibir por amigo; mas que no queria tratar de cosas pasadas; y ahora, si lo permitiese Mario, enviaria otros diputados al Senado.* Pero despues que se le concedió esto, mudó de parecer el Bárbaro, inducido por los amigos que habia sobornado Yugurta, temeroso de lo que se trazaba, sabiendo la ida de Syla y Manlio.

Respuesta de Boccho.

Que tornó á vacilar.

En este intermedio Mario, dexando repartida la gente por los presidios con las cohortes mas prontas, y parte de la caballería, pasó por los desiertos á poner cerco á un fuerte real, cuya guar-

Sale á otra empresa Mario.

guardia habia encomendado Yugurta á todos los que de nuestra parte se pasaron á la suya; mientras Boccho, ó porque consideró otra vez el suceso de las dos batallas, ó porque le persuadieron otros privados, que aun no estaban ganados por Yugurta, escogió entre todos ellos á cinco los mas entendidos, cuya fidelidad habia experimentado, enviándolos á Mario con orden de pasar (si él lo consintiese) á Roma, y dándoles poder para resolver todas las cosas, y hacer de qualquiera manera la paz; y ellos partieron con gran diligencia para nuestros presidios, mas habiéndolos cogido y despojado en el camino los Getulos que andaban salteando, se huyeron muy indecentemente con el miedo á Syla, á quien (quando fue á la empresa) dexó el Consul en lugar de Pretor, y él no los recibió, segun merecian como falsos y enemigos, antes les hizo muchas honras y regalos; de suerte que tuvieron por falso los Bárbaros lo que se decia de la avaricia de los Romanos, atribuyendo la liberalidad de Syla á amor que les tenia; porque hasta entonces no sabian los mas de ellos que se daba algo con otro intento; juzgando que nadie era liberal sino el amigo; y que todos los dones procedian de una buena voluntad; y asi declararon al Qüestor la orden que traian de Boccho, y pidiéndole su favor y consejo *ensalzaban las fuerzas, fe y grandeza de su Rey, y las de-*

Vuelve otra vez Boccho á desear la paz.

Y envia nuevos embaxadores á Mario.

Recíbelos benignamente Syla.

demas partes que eran útiles y convenientes á la amistad; y despues se les ofreció á todo Syla, y dixo cómo habian de hablar á Mario y al Senado: aguardaron allí casi quarenta dias, hasta que Mario, habiendo dado fin á su designio, volvió á Cirtha, y sabiendo que habian llegado los embaxadores, mandó que viniesen con Syla á hablarle, y que se llamase de Otica al Pretor Lucio Bellieno, y de los otros lugares á todos los que eran del orden de los Senadores; y hallándose estos presentes dió audiencia á los Legados de Boccho y licencia para ir á Roma; y entretanto pedian treguas, que aprobaron Syla y la mayor parte; aunque algunos se mostraron mas bravos por la poca experiencia que tenian de las cosas del mundo, que como son frágiles é instables suceden las mas veces al reves de lo que se espera; y asi habiéndose otorgado todo á los Moros, fueron tres de ellos á Roma con Cayo Octavio Rufo, que siendo Qüestor habia traido las pagas; y de los dos que se volvieron á Boccho entendió el Rey lo que pasó, oyendo con particular gusto lo que referian de la aficion y benignidad de Syla; y en Roma, despues que confesaron los embaxadores, *que su Rey se habia dexado engañar de la maldad de Yugurta*, pidiendo que le aceptasen por amigo y confederado, se les respondió de este modo.

Dales audiencia el Consul, y con su licencia pasaron á Roma.

El

Respuesta del Senado.

El Senado y Pueblo Romano suele tener memoria de los beneficios y de las injurias; y á Boccho, porque se arrepiente de sus yerros, le perdona: recibirále por amigo y confederado quando lo mereciere.

Pide el Rey que vuelva á hablarle Syla.

Que partió luego.

Teniendo aviso de esto Boccho pidió en sus cartas á Mario que le enviase á Syla, para con su consejo resolver los negocios que tocaban á entrambas las partes; y asi le envió dándole por escolta alguna caballería, y de los infantes á los Balearios [1] con sus hondas, y los arqueros con la cohorte de los Pelignos [2] armados á la ligera, para que llegasen mas presto; y porque bastaban estas armas contra las de los enemigos, que no eran mas fuertes; pero habiendo caminado cinco dias, descubrieron de repente en la campiña rasa á Volux, hijo de Boccho, solo con mil caballos, que como venian desordenados y esparcidos, pareciéndoles mayor número á Syla y á los otros, temian que eran enemigos, y asi se preparaban todos, tentando las armas y dardos; y aunque iban con

Vino á encontrar al Qüestor Volux, hijo de Boccho.

1 Asi llamaban antiguamente á los de las Islas de Mallorca y Menorca. Dicen que se derivó este nombre de Baleo, compañero de Hércules, ó se dixeron Baleares del verbo Griego Βάλλω, que es lo mismo que arrojó, por las piedras que arrojaban con sus hondas.

2 Pueblo antiguo de Italia; véase á Ortelio en su Tesoro geográfico.

con algun temor era mayor la confianza de los victoriosos: pues habian de pelear con gente que habian desbaratado muchas veces; y entretanto los caballos ligeros que fueron á reconocerlos, avisaron que eran amigos.

En llegando Volux preguntó por el Qüestor, y dixo *que Boccho, su padre, le enviaba para hacerle compañía y escolta*; y asi marcharon juntos aquel dia y el siguiente sin rezelo alguno; y despues que al anochecer se alojaron, vino de improviso el Moro muy turbado á decir á Syla, *que advertian los exploradores que estaba cerca Yugurta; y por eso le rogaba y persuadia que aquella noche se huyesen los dos secretamente*: Syla con gran resolucion le respondió: *que no temia al Numida tantas veces vencido, y tenia gran confianza en el valor de los suyos; y aunque viese la muerte con sus ojos, quedaria allí antes que desamparando alevosamente á los que llevaba consigo, salvar con una huida infame la vida incierta, y que quizá le quitaria dentro de pocos dias alguna enfermedad*; mas aprobó el otro consejo de Velux de que partiesen de noche; y luego ordenó que los soldados se recogiesen á los quarteles, é hiciesen muchos fuegos, y en tocando la ronda empezó á marchar; y hallándose ya todos cansados por haber caminado toda la noche, en saliendo el sol se aquar-

Avísanles que está cerca Yugurta.

Aconsejó el Moro á Syla que se huyese.

Pero era diferente el ánimo del Qüestor.

aquarteló Syla, quando avisaron los Moros que Yugurta habia hecho alto casi á dos leguas de allí: con estas nuevas fue grande el miedo que cobraron los nuestros, pareciéndoles que los habia traido engañados Volux, y hubo algunos que dixeron, *que se debia tomar venganza de él, y no dexar sin castigo una maldad tan grande.*

Tomaron sospechas de Volux los Romanos.

Pero Syla, que no sospechaba menos que los otros, defendió todavía que no tocasen en el Moro, exhortándolos, *para que tuviesen buen ánimo, pues muchas veces se habia con algunos hombres de valor vencido la muchedumbre, y quanto mas se aventurasen en la batalla, tanto mas seguros se verian; y tampoco convenia á la honra de él, que tenia en la mano las armas, ayudarse de los pies que llevaba desarmados, y en el mayor peligro enseñar á los enemigos las espadas desnudas y ciegas*; y luego mandó á Volux, ya que hacia obras de enemigo, *que se saliese del campo, invocando al gran Júpiter por testigo de la maldad y traicion de Boccho, por mas lágrimas con que le pedia Volux que no creyese de él, en quien no habia engaño, lo que sucedia por la astucia de Yugurta, que espiándolos habia sabido el camino que tomaban; pero como no traia mucha gente, y dependian de su padre todas sus fuerzas y esperanzas, juzgaba que no se atreveria á intentar claramente cosa alguna, hallán-*

Exhorta Syla á los suyos.

Mandando salir de su campo al Moro.

Que se díscupla con la verdad.

do-

dose el hijo presente; y que así tenia por mejor pasar de dia por medio de su campo, y que él (enviando delante, ó dexando allí á sus Moros) iria solo con Syla; y como acontece en semejantes trances aprobaron esto todos partiendo al mismo punto; y como llegaron de repente, mientras quedaba suspenso y dudoso Yugurta, pasaron sin daño alguno, y de allí á pocos dias se hallaron en el lugar que deseaba.

Pasan por el campo de Yugurta.

Sin que se atreviese á nada el Numida.

Privaba entónces mucho con Boccho un cierto Numida llamado Aspar, á quien envió delante por su embaxador Yugurta, advirtiendo de que habian llamado á Syla para que mañosamente escudriñase los secretos de Boccho; y tambien Dabar, hijo de Masugrada de la sangre de Masanisa, bien que no fue su madre de tanta calidad, por no ser legítima: era por su gran ingenio muy favorecido y estimado del Rey, que como le habia en muchas ocasiones hallado fiel á los Romanos, le envió á Syla para que le dixese, *que estaba pronto á cumplir la voluntad del Pueblo Romano, y que así escogiese el dia, lugar y tiempo en que se habian de juntar, porque habia reservado todo para su vista; y que no temiese al embaxador de Yugurta, á quien habia llamado, para que este negocio que tocaba á todos, se encaminase mas seguramente; pues de otra manera no se pudieran guardar de sus trazas.*

Aspar, embaxador de Yugurta, y privado de Boccho.

Pero no era menos favorecido Dabar, amigo de los Romanos.

A quien envia con un recado á Syla.

zas. Pero yo hallo que Boccho entretuvo al propio tiempo con las esperanzas de la paz á los Romanos y Numidas, mas conforme al natural falso de los Africanos, que por las razones que alegaba; y que estuvo mucho antes de resolverse en si entregaria Yugurta á los Romanos, ó Syla á los Numidas; pero aunque nos era contrario su deseo, pudo en él mas el temor. Replicóle Syla, *que hablaria poco en presencia de Aspar, y lo demas en secreto, ó delante de pocos*; y asimismo le avisó lo que le habia de responder, y despues que se juntaron, como tenian concertado, dixo, *que venia con orden del Consul á preguntarle si queria hacer la paz ó guerra*; á que respondió el Rey conforme á lo que se habia ordenado; *que volviese Syla de allí á diez dias; y que si bien ahora no se resolvia, le daria entonces la respuesta*, con que se retiró cada qual á su quartel; pero siendo ya pasada gran parte de la noche llamó Boccho secretamente á Syla, y cada uno traxo consigo sus fieles intérpretes; y Dabar, que era el medianero, juró en nombre de ambos, y luego comenzó el Rey á hacer esta plática:

Háblale Syla en presencia de Aspar.

Vuelven á verse en secreto.

La plática que hizo Boccho á Syla.

Nunca pensé, que con ser yo el mayor Rey de estas tierras, y el mas poderoso de los que conozco, me hallara obligado á un hombre particular; porque te prometo, Syla, que antes que

te

te conociera habia dado favor á muchos que me le pedian, y á otros sin que me le pidiesen, y sin que hubiese yo menester á nadie; y aunque no puedo decir esto ahora, me huelgo de lo que causaria sentimiento á otros: pues juzgo por gran interes el haberme sido necesaria algun dia tu amistad, que es lo que mas estimo; y esto lo puedes experimentar, tomando ó empleando mis armas, dinero ó gente, y finalmente todo aquello á que se inclinare tu ánimo, y persuadiéndote mientras vivieres, que no te he reconocido mis obligaciones, que confesaré perpetuamente sin dexarte desear cosa de las que llegaren á mi noticia; porque entiendo que es mayor afrenta para un Rey ser vencido por liberalidad, que por fuerza. De los negocios de tu República, á que te envian, diré brevemente, que no hice, ni deseé jamas hacer guerra al Pueblo Romano, sino defender con armas contra los armados los límites de mi Reyno; mas dexo estos, ya que asi lo quereis, y que hagais la guerra á Yugurta como os pareciere. No pasaré el rio Mulucha, que me separaba de Micipsa, ni consentiré que le pase Yugurta; y demas de esto no te negaré cosa que convenga á mi honra y á la tuya.

A esto respondió Syla por lo que le tocaba breve y modestamente, aunque de la paz y de los negocios generales discurrió muy de espacio

Prudente respuesta de Syla.

declarando al Rey, *que no le agradecerian el Senado y Pueblo Romano sus ofrecimientos, ya que habian llevado la ventaja en la guerra; y que asi era menester que hiciese algo que fuese de mayor utilidad para la República, que para él; y que en su mano tenia los medios teniendo en ella á Yugurta; que si le entregase á los Romanos los obligaria mucho, y ellos mismos le tomarian por amigo y confederado, dándole la parte de Numidia que ahora pedia.* Rehusólo al principio el Rey, *pues lo estorbaban el parentesco, la sangre y el acuerdo, y tambien el temor de que violando la fe perderia el amor del pueblo, que favorecia á Yugurta;* mas volviendo á hacer instancia Syla, se ablandó, prometiéndole *que cumpliria en todo su orden*; y para fingir la paz que deseaba sumamente el Numida cansado de la guerra, acordaron lo que les pareció á propósito para colorear este engaño; y dexándole trazado se apartaron. Al otro dia llamó el Rey á Aspar el embaxador de Yugurta, y dixo, *que Dabar le habia referido de parte de Syla que habria medios para dar fin á la guerra, y que pidiese sobre esto parecer á su Rey*; y asi fue Aspar muy alegre á buscarle en sus quarteles; y habiéndose informado de todos los puntos volvió con mucha diligencia de allí á ocho dias á verse con Boccho, y le avisó

Trazan la prision de Yugurta.

Engaña el Moro al embaxador de Yugurta.

Y fióse demasiado el Numida, aunque se temia de Mario.

só *que Yugurta obedeceria á todo lo que le mandasen, mas que se confiaba poco de Mario, por no haberse guardado otras veces la paz hecha con los Generales de los Romanos; y si Boccho queria atender al bien de entrambos y á la seguridad de los acuerdos, que procurase que se juntasen todos como para tratar de ellos, y allí le entregase á Syla; porque como tuviese en sus manos á este hombre, se haria el concierto de orden del Senado y Pueblo Romano, que no dexaria en poder del enemigo á un varon noble, que se habia perdido no por su necedad, sino por la República.*

El Moro aunque no estuvo poco suspenso, se lo prometió finalmente, y no sé si por inclinarse á esto, ó por disimular mejor; pero las voluntades de los Reyes, como son vehementes, son instables, y muchas veces contrarias unas á otras; y habiéndose señalado el lugar y tiempo en que se habian de juntar para resolver la paz, unas veces llamaba Boccho á Syla, y otras al embaxador de Yugurta, haciéndoles las mismas caricias y promesas; y asi andaban entrambos contentos y llenos de buenas esperanzas; mas en aquella noche que precedió al dia señalado para la junta, el Moro llamando á sus amigos, y luego despidiéndolos con otra intencion, dicen que se puso á discurrir consigo solo, mudando de color

Promete Boccho á Dabar que entregará en sus manos á Syla.

No acaba de resolverse el Moro.

lor y semblante, con diversos movimientos de cuerpo y ánimo, y declarando muchas cosas, aunque callaba, en la mudanza del rostro, hasta que mandó venir á Syla, y conforme á su parecer trazó la ruina del Numida; y en amaneciendo, luego que tuvo aviso de que no estaba lejos Yugurta, le salió á recibir como por honrarle, con algunos amigos y nuestro Qüestor, hasta una montañuela, que podian descubrir facilmente los que estaban emboscados, y llegó el Numida acompañado de muchos amigos, aunque sin armas, segun se habia acordado; y luego dada la señal salieron por todas partes los de la emboscada, que degollando á los demas ataron á Yugurta, y le entregaron en manos de Syla, el qual le llevó á Mario.

Pero resolvióse al fin.

Y entregó á Yugurta.

Vencen los Galos á Cepion y Manlio.

En los mismos dias fueron desbaratados por los Galos nuestros Capitanes Quinto Cepion y Cayo Manlio, temblando de miedo toda Italia; porque en aquel tiempo, y aun hasta los nuestros, siempre tuvieron opinion los Romanos de que todas las otras cosas eran fáciles á su valor; mas que con los Galos no se peleaba por la honra, sino por la vida.

Valor de esta nacion.

Eligen otra vez por Consul á Mario, que entró triunfando en Roma.

Pero despues que se acabó la guerra de Numidia, y vino la nueva de que traian á Yugurta preso á Roma, eligieron en ausencia por Consul á Mario, señalándole la Provincia de la Galia;

y

y asi triunfó con gran gloria en las Calendas de Enero, siendo Consul, y en quien tenia puesta en aquel tiempo la Ciudad toda su fuerza y esperanza.

Pues habrá quizá alguno, que leyendo este fin de la guerra de Yugurta, deseará saber el que tuvo despues de preso en Roma; diré brevemente lo que refieren otros Autores: que con ser Yugurta tan sagaz, y haber sabido siempre acomodarse á todo lo que quiso la fortuna, mostrando un ánimo tan grande, que no pensaron sus enemigos que habia de dexar entregarse vivo en sus manos, perdió despues que le llevaron en el triunfo todo su entendimiento. Quando le metieron en la cárcel los corchetes, deseando cada uno llevar la mejor parte, le hicieron pedazos el vestido, y le echaron desnudo en un foso muy hondo; y aunque tenia el juicio turbado, dixo sonriyéndose: ¡O Hércules, qué frios son tus baños! *Allí vivió aun seis dias peleando contra la hambre, y procurando siempre prolongar hasta la última hora su vida miserable: castigo digno de sus maldades.*

CON-

CONJURACION

DE CATILINA.

Todos los hombres que á los animales desean aventajarse, han de procurar con sumo cuidado que no se les pase en silencio la vida como á los irracionales, que crió la naturaleza inclinados y sujetos al apetito; pero todas nuestras fuerzas consisten en el ánimo y en el cuerpo; de este usamos para servir, y de aquel para mandar; y asi, pues, en una cosa nos parecemos á los Dioses, y en otra á las fieras; tengo por mas conveniente buscar la gloria con ingenio, que con fuerza, perpetuando lo mas que pudiéremos nuestra memoria, ya que es tan corta la vida, de que gozamos, y se pierde tan facilmente la fama de las riquezas y hermosura, donde siempre queda ilustre y celebrada la virtud. Mucho ha que disputan los mortales sobre si las cosas de la guerra se encaminan mejor con las fuerzas del cuerpo, ó con las del ánimo; siendo necesario que el consejo preceda á la empresa, y despues le perfeccione la pronta execucion; de modo que

Obligacion natural de los hombres.

como falta algo á cada una de estas dos cosas, es menester que ellas entre sí se ayuden.

Y asi al principio los Reyes (que este fue el primer nombre de los que tuvieron Imperio en la tierra) exercitaron diversamente algunos el cuerpo, y otros el ingenio, mientras vivian sin codicia los hombres, contentándose cada qual con lo que poseia; mas despues que Cyro en Asia, y en Grecia los Lacedemonios y Atenienses comenzaron á usurpar las Ciudades, y sujetar los pueblos, dando el deseo de mandar ocasion para la guerra á los que ponian su mayor gloria en el mayor Imperio, entonces mostraron los efectos y la experiencia, que era la industria la que mas podia en la guerra; que si en la paz abrazasen la misma virtud los Reyes y Capitanes, habria mayor seguridad y firmeza en las cosas de los mortales, y no se mudarian ni trastornarian tan presto como ahora las vemos confundir; porque el Imperio se conserva facilmente por aquellos mismos medios con que al principio se alcanzó; pero quando la pereza ocupó los ánimos que solian ser dados al trabajo, y en lugar de la modestia y templanza entraron los desórdenes y la soberbia, se trocó luego con las costumbres la fortuna, y fue transfiriéndose siempre el Imperio de aquel que era el mejor al que no era tan bueno. A la virtud obedecen todas las cosas que cul-

Origen de todas las guerras.

En que puede mas la industria que la fuerza.

cultivan, navegan y fabrican los hombres; pero muchos de ellos rindiéndose á la gula y al sueño, sin saber y sin honra consumieron la vida, como los que andan peregrinando; y pues contra el orden de la naturaleza usaron del cuerpo para sus deleytes, y el alma les sirvió de peso, entiendo que la vida de estos no se diferenció de la muerte, pues no dexaron mas memoria de la una que de la otra; y en realidad de verdad solo juzgo que vive y goza de su alma aquel que atendiendo á algun negocio pretende ganar fama con qualquier buen arte ó hecho señalado; pero en una tan grande abundancia de cosas muestra la naturaleza á cada uno su camino diferente. Muy gran honra es ser de provecho á la República; y no merece poco loor el que es eloqüente; y asi en la paz como en la guerra puede qualquiera ennoblecerse; y son celebrados muchos que lo hicieron, ó que escribieron las hazañas de otros.

Reprehende el Autor la floxedad de muchos.

Yo, bien que no se estime tanto al escritor de las cosas como al autor de ellas, con todo eso tengo por muy dificultoso referir los hechos agenos, asi por la obligacion que hay de que se les corresponda en las palabras, como porque quando se reprehenden los vicios lo atribuyen algunos á envidia ú odio; y finalmente si se hace mencion de alguna virtud insigne, ú de la glo-

El riesgo que corren los Escritores.

gloria de los buenos, admite bien qualquiera lo que le parece facil de executar; mas si algo excede á sus fuerzas, como si fuera fingido, asi lo tiene por falso.

Da cuenta de su vida Salustio.

Siendo yo aun mozo me sacaron al principio de los estudios, como á otros muchos, para emplearme en servicio de la República, donde me fueron contrarias muchas cosas; porque las negociaciones, la avaricia y el atrevimiento habian desterrado á la vergüenza, á la moderacion y virtud; y aunque mi ánimo acostumbrado á maldades aborrecia estas, todavía mi mocedad entre tantos vicios se dexaba inducir de la ambicion; y si bien no seguia las malas costumbres de los otros, me atormentaban, como á ellos, el deseo de gloria y la envidia; y asi luego que me ví libre de muchas miserias y peligros, determiné de no gastar lo que me quedase de vida en cosas de la República, ni tampoco entregar el tiempo precioso en manos del vil y descuidado ocio, ni menos ocuparle en oficios serviles, labrando la tierra y cazando; pero volviéndole á dar á mis estudios, de que me habia apartado la ambicion vana, me resolví á escribir los sucesos del Pueblo Romano, aunque no consecutivamente, sino aquellos que me parecieron mas dignos de memoria; moviéndome aun mas á hacerlo, porque no me turbaban el ánimo

mo la esperanza, ni el miedo, ni las parcialidades de la República; y asi referiré con la mayor puntualidad y brevedad posible la conjuracion de Catilina, que es á mi parecer una de las mas memorables hazañas, por la grandeza del peligro y de la maldad; mas primero será bien declarar algo de las costumbres de este hombre.

Lucio Catilina fue de noble linage, y persona de grande ánimo y fuerzas, pero de mala y perversa inclinacion; porque desde sus primeros años la tuvo á las guerras civiles, á muertes, robos y discordias entre los suyos, y en esto empleó su mocedad; vencia la hambre, el frio y el sueño con una facilidad increible; era atrevido, falso é inconstante, fingido y disimulador, codicioso de cosas agenas, y pródigo de las propias, desordenado en sus deseos, harto eloqüente, aunque no muy sabio; y como tenia un corazon insaciable, asi apetecia siempre cosas muy altas, inmoderadas é imposibles. Despues del gobierno de Syla deseó bravamente apoderarse de la República, no reparando en ningun medio para alcanzar su intento, como le alcanzase. Veíase cada dia mas estimulado su ánimo feroz de la necesidad y del conocimiento de sus maldades; que entrambas estas cosas habia acrecentado con las que ya he dicho. Incitábanle asimismo los vicios de Roma, á la qual afligian los dos mayores

Lucio Catilina.

Sus exercicios y costumbres.

Deseó usurpar la República.

res males y mas diferentes entre sí, que son la avaricia y la luxuria.

Parece que la materia misma requiere, ya que este tiempo nos hace acordar de las costumbres de una Ciudad corrompida, que comience nuestro discurso de algo mas atrás, con una relacion breve de las órdenes que guardaban nuestros mayores en su patria y en la milicia; del modo con que gobernaron la República, y del estado en que la dexaron; y como trocándose poco á poco, vino á ser la peor y mas estragada con vicios la que solia ser la mejor y mas adornada con virtudes.

Fundacion de Roma.

La Ciudad de Roma, segun yo he entendido, fue fundada y habitada al principio por los Troyanos, que con su Capitan Eneas andaban fugitivos y vagamundos, sin tener asiento en parte alguna; con ellos se agregaron los Aborigenes [1], gente rústica, disoluta y libre, sin leyes y sin gobierno; y aunque eran de diferentes naciones y lenguas, es cosa increible quan facilmente se conformaron, habiéndose juntado en una Ciudad. Mas despues que esta con sus costumbres creció en gente y territorio, y pareció ya harto próspera y poderosa (como es cosa ordina-

1 Nacion muy antigua de Italia, que habitaba en el Lácio, que es la campiña de Roma.

riaria en las humanas) nació de sus grandezas la envidia; y asi los Reyes y pueblos comarcanos comenzaron á mover la guerra, favoreciéndola pocos de los que solian ser sus amigos; porque los demas con el temor se habian apartado del peligro; pero los Romanos atentos á las cosas de su Ciudad y de la guerra, no se descuidaban, ántes apercibiéndose y exhortándose los unos á los otros, salian á encontrar sus enemigos, defendiendo con las armas la libertad, su patria y sus padres; y quando habian con su valor vencido los peligros, enviaban socorro á sus confederados y amigos, ganando mas amistades con dar que con recibir beneficios; fundaban su gobierno en la justicia, y daban al que los gobernaba el nombre de Rey. Escogian para su consejo los que tenian el cuerpo debilitado por los años, pero el ánimo fortalecido por la prudencia; á los quales porque eran conformes en la edad ó en el cargo, llamaban Padres. Despues quando los Reyes, que al principio habian conservado la libertad y aumentado la República, se hicieron insolentes y tiranos, mudando de costumbre eligieron cada año dos Gobernadores, juzgando que asi no darian lugar á nadie para ensoberbecerse: en este tiempo comenzó cada uno á señalarse y mostrar su ingenio; porque los Reyes tienen mayores sospechas de los hombres de bien, que de

Principios del Imperio Romano.

Que creció con la virtud.

Por la tirania de los Reyes.

Se introduxo en el Consulado.

de los ruines; y siempre temen las virtudes de otros.

Valor de los antiguos.

Mas dificultosamente se creeria en quan pocos años se acrecentó la Ciudad despues que se vió libre (porque tanto deseaban todos la fama), y los mancebos luego que tenian edad para la guerra, trabajando en el exército aprendian con el uso la milicia, poniendo mas su gusto en las armas vistosas y en algun caballo brioso, que en mugeres y convites; y á hombres como estos ningun trabajo les era nuevo, ni ningun lugar arduo ó dificultoso; ni el enemigo armado los atemorizaba, habiéndolo allanado todo la virtud, y por la gloria traian las mayores competencias; y asi procuraba cada uno herir primero al enemigo, subir por la batería, y ser visto mientras hacia tales hazañas: estas tenian por sus riquezas, este era entre ellos la mejor fama y la mayor nobleza; porque deseosos de honra, y liberales del dinero, pretendian un nombre grande, y una hacienda honrosa. Si no me apartase demasiado de lo que he propuesto, podria decir los lugares donde los Romanos con poca gente desbarataron grandísimos exércitos de enemigos, y las Ciudades que ganaron peleando contra los reparos de la naturaleza; pero verdaderamente la fortuna tiene imperio sobre todas las cosas; y ella las celebra, ó encubre mas con-

for-

forme á su gusto que á la verdad. Las de los Atenienses fueron, á lo que yo juzgo, muy ilustres y grandiosas, aunque algo menores de lo que la fama encarece; mas porque hubo en aquella Ciudad escritores de grandísimo ingenio, son en todo el mundo tenidos por los mayores los hechos de esta nacion; y así se estima el valor de aquellos que los hicieron, segun le supieron engrandecer con sus palabras los grandes escritores; y nunca se hallaron tantos en Roma, porque los mas prudentes andaban mas ocupados en los negocios, y ninguno exercitaba el ingenio sin trabajar juntamente con el cuerpo; y los mejores querian mas hacer las cosas que decirlas, y dexar que alabasen otros las suyas que referir ellos las agenas; y así en la paz como en la guerra observaban las buenas costumbres, habiendo entre todos una conformidad grandísima, sin género de avaricia; pues la justicia y razon tenian mas fuerza con ellos por su buen natural que por las leyes; guardaban las rencillas y discordias, los enojos y las enemistades contra los enemigos; porque los Ciudadanos entre sí competian en virtudes; muy espléndidos en sus sacrificios, muy moderados en sus casas, y fieles á sus amigos, siendo el valor en la guerra, y la justicia en la paz, las dos cosas con que se conservaron á sí y á su República; y con lo que mas se comprueba esto es con haber en

Importa mucho para la gloria de qualquiera nacion tener escritores que sepan encarecer sus hechos.

Medios con que extendieron su Imperio los Romanos.

la guerra sido castigados mas veces los que pelearon contra la orden, y tardaron despues de dada la señal en retirarse de la batalla, que los que desampararon sus banderas, y perdieron sus puestos; y en la paz el exercer el imperio mas con los beneficios que con el temor, y querer antes perdonar que vengar las injurias recibidas.

Pero con la prosperidad.

Mas despues que con la diligencia y justicia se acrecentó la República, y fueron vencidos en las guerras los Reyes grandes, y sujetadas por fuerza las naciones feroces y pueblos poderosos, habiendo sido totalmente destruida Cartago, la competidora del Romano Imperio, con que le quedaba abierto el paso á todos los mares y tierras, entonces empezó á alterarse la fortuna y á revolverlo todo; pues que á los que con facilidad sufrian los trabajos y peligros, y los sucesos adversos y prósperos, daban molestia y pesadumbre la quietud y las riquezas, cuyo deseo hubieran de dexar á otros; y asi creció al principio la codicia del dinero, y luego la ambicion, y este fue el origen de todos los males; porque la avaricia atropelló á la fidelidad y verdad, y á las otras buenas artes, introduciendo en lugar de ellas la crueldad y soberbia, el menosprecio de los Dioses y las negociaciones; y la ambicion enseñó á ser falsos á muchos, que traian una cosa escondida en el pecho, y otra pronta en la lengua; mostrando

Se dexaron vencer con la ambicion y codicia.

dó mejor semblante de lo que era el corazon; y tomando las amistades y enemistades no conforme razon, sino segun sus conveniéncias; y estas cosas fueron aumentándose poco á poco, hasta que habiendo como algun mal contagioso inficionado á todos, se mudó la Ciudad, y el mejor y mas justó Imperio en el mas cruel é intolerable. Pero al principio no se habia la avaricia apoderado tanto de los ánimos de los hombres, quanto la ambicion, vicio que todavía está mas cerca de la virtud; porque los buenos y los malos desean juntamente la gloria, las honras y el Imperio; mas los unos van por el camino derecho, los otros faltándoles la virtud, se valen de engaños y astucias; la avaricia se inclina al dinero, que nunca fue codiciado de los sabios; y como está corrompida de todos los males, debilita, qual el veneno, al cuerpo y ánimo varonil, siempre sedienta é insaciable, sin que basten á aplacarla la falta ni la abundancia.

Los desórdenes que causó el gobierno de Syla.

Pero despues que Lucio Syla, habiendo usurpado por fuerza la República, tuvo los fines muy contrarios á sus buenos principios, todos comenzaron á robar, codiciando unos las casas, y otros las heredades; porque no se hallaba en los vencedores templanza ni modestia alguna quando executaban en los Ciudadanos crueldades horribles y atroces. A esto se añadia el haber Lucio Syla, pa-

ra tener mas obligado al exército que gobernaba en Ásia, permitido en él contra las costumbres de nuestros mayores; demasiadas libertades y desórdenes; y aquellos lugares amenos y deleytosos ablandaron facilmente con el ocio los feroces ánimos de los soldados; y allí fue donde empezó el exército del Pueblo Romano á darse á los amores y banquetes, y á estimar las estatuas, los retablos y vasos labrados que robaban en público y en secreto, despojando los templos, y violando todas las cosas sagradas y profanas; y así estos soldados, despues de ganada la victoria, no dexaron cosa á los vencidos; y pues en las prosperidades se pierden los prudentes, mal se podian moderar en la victoria los que andaban tan estragados; y luego que vino á fundarse la honra en las riquezas, y que estas dieron introduccion á la gloria, al poder y al imperio, comenzó á padecer la virtud, á ser menospreciada la pobreza y odiosa la inocencia; de manera que juntamente con las riquezas acometieron á la mocedad la luxuria y avaricia, acompañadas de la soberbia; siguiéronse los robos y gastos de los que desestimando las cosas propias, apetecian las agenas; y sin vergüenza ni honra confundian las divinas y humanas, no usando de moderacion ó respeto alguno. Razon es que quando se han visto las casas y heredades que compiten en sus edificios con las Ciudades, se visiten

los templos de los Dioses que fundaron nuestros mayores, los mas religiosos de todos los mortales, que adornaban las Iglesias con devocion, y las casas con honra, no quitando á los vencidos otra cosa mas que los medios de ofender; pero estos afeminados con notable maldad tomaban á los confederados lo que les dexaron aquellos varones insignes y victoriosos, como si el hacer injurias fuera usar del Imperio.

¿Mas de qué servirá contar cosas que solo pueden creer los que las vieron? como que muchas personas particulares allanaron montes é hicieron mares; que, á lo que me parece, se quisieron burlar del dinero, pues se daban priesa á gastar con deshonra lo que podian gozar honradamente; y no eran menores sus adulterios, los excesos de las mesas, y de todas las otras cosas, ya que sufrian en sí los hombres lo que las mugeres, y vendian ellas públicamente su honra; y para satisfacer á la gula no habia cosa que no buscasen en mar y tierra, durmiendo antes de la hora en que los llamaba el sueño, sin aguardar jamas la hambre ó sed, el frio ni el cansancio; porque con todo cumplian antes de tiempo por cumplir con su gusto; y estas cosas provocaban á maldades la juventud despues de haber consumido sus haciendas; y los que estaban mal acostumbrados no se podian bien apartar de los vicios; que

que los obligaban á gastar y adquirir por qualquier camino.

Las conversaciones y compañías de Catilina.

Y así Catilina (lo que era cosa facilísima en una tan grande y corrompida Ciudad) traia consigo, como por guarda, tropas de todos los facinerosos y perdidos, porque qualquier desvergonzado, adúltero y gloton, que habia disipado su patrimonio en sus desórdenes y deleytes, ó se hallaba cargado de deudas, para exîmirse de ellas y de las penas; y los que habiendo muerto á sus padres, y profanado los templos, estaban ya convencidos, ó temian por sus delitos la sentencia; y los que vivian de derramar la sangre de sus Ciudadanos, ú de hacer juramentos falsos; y finalmente aquellos á quienes afligian la necesidad, y por sus maldades la conciencia, todos estos andaban y trataban con Catilina; y si alguno, que aun vivia libre de culpa, venia á tener con él amistad, luego con la conversacion ordinaria y sus halagos, le imitaba de manera, que no se diferenciaba de los demas; pero ningunas amistades procuraba tanto como las de los mancebos, cuyos ánimos blandos y poco firmes por la edad, se dexaban llevar mas facilmente; porque, segun la inclinacion que á cada qual daban sus años, á unos buscaba amigas, y á otros compraba perros y caballos; finalmente no tenia cuenta con la honra ni el gasto, mientras le quedasen fieles y obli-

obligados: sé que pensaron algunos que los mancebos que freqüentaban la casa de Catilina no usaron bien de sus personas; pero esta fama corrió mas por las otras cosas que hubo, que porque hubiese certidumbre de ella. Catilina en su mocedad cometió muchos estupros nefandos con una doncella noble, y una monja de la Diosa Vesta; haciendo otros excesos semejantes contra toda razon y justicia, hasta que se aficionó á Aurelia Orestila, de la qual no alabó nunca ningun hombre de bien otra cosa mas que la hermosura; y por no se atrever ella á casarse con él, temiendo al entenado ya grande, se tiene por cosa cierta que mató Catilina á su hijo, para que no hubiese en su casa quien impidiese las abominables bodas; y esto me parece que fue lo que mas le obligó á apresurar la maldad, porque aquel ánimo malvado, odioso á los Dioses y hombres, no podia tener sosiego de dia ni de noche por los tormentos que le daba su conciencia; y asi traia perdida la color, los ojos turbados, andaba algunas veces muy apriesa, y otras muy despacio; y finalmente mostraba bien en el rostro su inquietud; pero con mil modos instruia en sus maldades á los mancebos, que como dixe tenia ya de su mano; y asi daban firmas y testimonios falsos, sin hacer caudal de la fe, de sus haciendas ni de los peligros; y despues que les habia quitado la fama

Sus vicios y maldades.

Amancebóse con Aurelia Orestila.

E inducido de ella, mató á su propio hijo.

y

y la vergüenza los obligaba á cosas mayores; y quando no se les ofrecia ocasion para pecar, hacia que engañasen y matasen asi á los inocentes como á los culpados, porque no perdiesen estas buenas costumbres no las exercitando; y ofendiendo sin causa, viniesen á ser mas insolentes y crueles.

El tiempo en que se resolvió Catilina á acometer la República.

Confiado en estos amigos y compañeros, y viendo todas las tierras muy endeudadas, y que muchos soldados de Syla por los grandes gastos que habian hecho, acordándose de los robos y de la victoria, deseaban la guerra civil, determinó de oprimir la República. En Italia no habia exército; Cneo Pompeyo hacia la guerra en las mas remotas tierras, y Catilina vivia con no pocas esperanzas de alcanzar el Consulado, no atendiendo los Senadores á cosa alguna, por verlas á todas quietas y sosegadas, que era lo que mas facilitaba el designio de Catilina; y asi á los primeros de Junio, siendo Cónsules Lucio Cesar y Cayo Figulo, comenzó á solicitar á cada qual en particular, exhortando á unos, y tentando á otros con representarles sus riquezas, el ruin gobierno de la República, y los grandes premios que hallarian en la conjuracion; y despues que tuvo bien reconocido lo que pretendia, juntó los que le parecian mas fieles y atrevidos. Allí vinieron de los Senadores Publio Lentulo Sura, Publio Antronio, Lu-

Lucio Casio Longino, Cayo Cethego, Publio y Sergio Sulas, hijos de Servio, Lucio Varganteyo, Quinto Annio, Marco Porcio Leca, Lucio Bestia, Quinto Curio; y del orden de los caballeros, Marco Fulvio Nobilior, Lucio Statilio, Publio Gabinio Capiton, y Cayo Cornelio; y con estos, otros muchos de las Colonias, y Municipios [1], que eran de los principales de ellos; y tambien no pocos de los nobles, que algo mas ocultamente tenian para en este consejo, estimulándolos mas el deseo de mandar, que la pobreza ú otra necesidad: todos los demas mancebos, particularmente los de mayor calidad, favorecian los intentos de Catilina; y aunque podian gozando del ocio vivir con mucho fausto y regalo, seguian las cosas inciertas por las seguras, y la guerra en lugar de la paz. Hubo en aquel tiempo algunos que creyeron que Marco Licinio Craso no ignoró lo que se trataba, pues por gobernar Cneo Pompeyo su enemigo un grande exército, deseaba ver á qualquiera con fuerzas para oponersele; y confiábase en que viniendo á prevalecer los conjurados, facilmente sería el primero entre ellos. Pero ya ha-

Y los que escogió por compañeros.

1 Las Ciudades y Lugares, á quienes daban los Romanos muchos privilegios, y el mayor de ser Ciudadanos de Roma; mas el Municipio conservaba su República antigua en leyes y gobierno, sin obligacion de guardar las de Roma; y en esto se diferenciaba de la Colonia.

Y

habian conspirado otra vez algunos contra la República; y por haberse tambien hallado Catilina en esta conjuracion, la referiré lo mas puntualmente que pudiere.

En el Consulado de Lucio Tulo y Manlio Lépido fueron castigados Publio Antronio y Publio Syla, que habian sido nombrados para suceder en este cargo, porque los convencieron de haberle procurado con negociaciones secretas; y de allí á poco se prohibió á Catilina, acusado por su mala administracion y cohechos, que no pidiese el Consulado, ya que no habia dado sus descargos al tiempo que señalaba la ley. Vivia aun entonces Cneo Pison, mancebo noble, atrevido, pobre y revoltoso, á quien incitaban á perturbar la República la necesidad y sus malas costumbres; y habiéndole á los cinco de Diciembre comunicado Catilina y Antronio su empresa, resolvieron que en el primer dia de Enero matasen en el Capitolio á los Cónsules Lucio Torquato y Lucio Cotta, y usurpando el Consulado enviasen á Pison con un exército al gobierno de entrambas las Españas; pero habiéndose venido á descubrir esto, diferian la execucion hasta los cinco de Febrero, que entonces estaban resueltos á matar no solo á los Cónsules, sino tambien á la mayor parte de los Senadores; y si Catilina no se hubiera anticipado en dar la señal delante de la audiencia á los

Ordénase á Catilina que no pida el Consulado.

Y asi se conjuró con Cneo Pison.

Pero descubrióse esta conjuracion.

los conjurados, se cometiera en aquel dia la mayor maldad que jamas se vió despues de fundada Roma; mas por no hallarse aun allí muchos con armas, no tuvo efecto. Despues de esto Pison, siendo Qüestor, fue enviado con título de Pretor á la España Citerior [1] á instancia de Craso, que sabia que era enemigo mortal de Cneo Pompeyo; y el Senado no le dió este cargo de mala gana, deseando que estuviese lejos de la República un tan ruin hombre; y asimismo porque muchos buenos le pensaban tomar por su protector contra el poder de Cneo Pompeyo, que ya entonces causaba sospechas. Pero Pison fue muerto en el camino por algunos caballeros Españoles que llevaba en su exército. Unos dicen, que los Bárbaros no pudieron sufrir sus soberbias é injustas órdenes; otros, que aquellos caballeros eran servidores antiguos de Cneo Pompeyo, y que persuadidos de él acometieron á Pison; pues en ningun tiempo los Españoles, con haber tenido muy insolentes Gobernadores, habian hecho cosa semejante. Mas yo lo dexo averiguar á otros, y ya he dicho lo que basta de aquella conjuracion.

Y por evitar otros peligros enviaron á Pison á España.

Fidelidad de los Españoles.

Ca-

1 España se dividia en Citerior y Ulterior: Citerior era la que estaba mas hácia Italia, desde los Pirineos hasta todo el Reyno de Toledo: y Ulterior, todo lo que restaba de Andalucía, Estremadura y Portugal.

Catilina despues que vió juntos á todos los que he nombrado, aunque con cada uno de ellos habia diversas veces tratado muchas cosas, pareciéndole todavía conveniente hablarles y exhortarles en general, les llevó á una parte secreta de su casa, donde estando lejos todos los testigos, les hizo esta plática:

La plática con que induxo Catilina á sus amigos.

Si yo no hubiera conocido por experiencia vuestra fidelidad y virtud, mal nos pudiéramos valer de esta buena ocasion, y no nos aprovechara el tener en las manos una esperanza tan grande del Imperio; porque con personas de poco ánimo y entendimiento no habia yo de abrazar las cosas dudosas, dexando las seguras. Mas como en muchas é importantes ocasiones he visto vuestro valor, y la lealtad que habeis usado conmigo, me atreví á hacer una grande y gloriosa hazaña, por parecerme tambien que vuestros bienes y males, y los mios, son todos unos; pues en el querer y no querer una misma cosa consiste la verdadera amistad. Pero ya he dicho en particular á cada uno de vosotros lo que tengo propuesto, y cada dia se me enciende mas el ánimo, mientras considero qué vida ha de ser la nuestra, si nosotros mismos no nos ponemos en libertad: ya que desde que algunos de los poderosos se enseñorearon de la República, y les fueron siempre tributarios los Reyes y Tetrarcas, y les pagaron estipendio los pueblos y las naciones; todos los demas virtuosos, buenos,

no-

nobles y plebeyos somos contados entre el vulgo, sin favor y sin autoridad, viviendo sujetos á aquellos que, si conservase su dignidad la República, temblarian de nosotros; y asi todo el poder, gobierno, honra y riquezas están en sus manos, ó donde ellos quieren, dexándonos á nosotros los peligros y afrentas, y con los tormentos la pobreza: cosas que ¿hasta quándo las sufrireis, ó varones valerosísimos? ¿no vale mas morir con honra, que perder entre mil oprobios una vida miserable y vituperosa, despues que hubieren hecho escarnio de ella los soberbios? pero yo protesto á los Dioses y á los hombres, que tenemos en nuestro poder la victoria, hallándonos en lo mejor de nuestra edad, y habiendo ellos perdido todas sus fuerzas en los años y riquezas: solo nos falta el comenzar, que todo lo demas se facilitará por sí: ¿y qué hombre hay que tenga corazon de hombre, que sufra que á ellos les sobre el dinero, y que le consuman en hacer mares y allanar montes, y que á nosotros nos falte para el sustento ordinario? ¿que gocen de tres y mas casas juntas, y que no hallemos nosotros ni un aposento á que recogernos? ¿que compren retablos, estatuas y baxilla, desprecien las casas viejas, derriben las nuevas y fabriquen otras, buscando invenciones para gastar y acabar el dinero, y no basten aun todos sus excesos á dar fin

á

á sus riquezas? pero nosotros vemos la necesidad en nuestras casas, y fuera de ellas las deudas; nuestras cosas en mal estado, con peores esperanzas; y asi ya que no nos queda mas que la triste vida, ¿cómo no acabais de desengañaros estando delante de vuestros ojos la libertad que tanto habeis deseado, y con ella las riquezas, la honra y la gloria? que todos esos premios decretó la fortuna para los vencedores. La ocasion, el tiempo, los peligros, la necesidad y los despojos grandes de la guerra os han de mover mas que mis palabras; tomadme por Capitan ó por soldado; que ni mi ánimo ni mi cuerpo se apartará de vosotros; y espero verme Consul, y executarlo todo en vuestra compañia, si no me engaña el corazon, y si no vivis mas inclinados á servir que á mandar.

Que con ser tales.

Quando oyeron esto los que se veian oprimidos de males, sin algun remedio ó esperanza, aunque les parecia bastante recompensa el perturbar las cosas quietas, con todo eso le pidieron muchos de ellos, *que propusiese la forma de la guerra, los premios que pretendia por ella, y las ayudas y esperanzas que tenia.* Entonces les prometió *eximirse de todas sus deudas con el destierro de los ricos, los magistrados y sacerdocios, robos, y las demas cosas que traen consigo las armas y la insolencia de los vencedores; que es-*

No se resolvieron sin algun fundamento.

ta-

taba en la España Citerior Pison, y en la Mauritania Publio Sitio Nucerino con su exército, y que con entrambos habia comunicado su intento; que pedia el Consulado Cayo Antonio su amigo, y que padecia extrema necesidad, á quien esperaba tener por compañero, y con este Consul dar principio á la empresa. Echaba mil maldiciones á todos los buenos, y nombrando á cada uno de sus amigos le alababa, representando á algunos su pobreza, á otros sus deseos, á los mas el peligro y afrentas, y á muchos la victoria de Syla, y quanto les habia valido; y despues que vió los ánimos dispuestos, los despidió rogándoles que procurasen ayudar su pretension.

No faltó en aquel tiempo quien dixo que habiendo Catilina acabado su plática, y tomando el juramento á los que le asistian para la maldad, les dió en una taza vino mezclado con sangre humana; y que habiéndole bebido todos despues que hicieron el voto como se acostumbra en los sacrificios solemnes, les declaró que habia hecho esto para que guardasen unos á otros mayor fidelidad, habiendo todos cometido un crimen tan grave. Algunos creyeron que habian fingido estas y otras muchas cosas los que procuraban aplacar el odio que cobraron á Ciceron, afeando la maldad de los que fueron castigados; pero con ser ella en sí tan grande, nunca la pude averiguar.

Imputaron á este mal hombre otras maldades mayores.

Ha-



Quinto Curio.

Hallóse en la conspiracion Quinto Curio, que era (aunque noble) en extremo vicioso y estragado; y asi por su ruin fama le habian removido del Senado los Censores: tenia este hombre no menor vanidad que atrevimiento, y no sabia callar lo que habia oido, ni encubrir sus propias maldades, no reparando jamas en lo que hablaba ó hacia. Habia mucho que andaba amancebado con Fulvia, muger noble; pero no pudiendo ya darla tanto por su pobreza, no era tan regalado de ella; y asi jactándose de repente, *comenzó á prometerla grandes cosas, amenazándola á veces con la espada si no se sujetase totalmente á su gusto*, y mostrábase mas bravo de lo que solia. Pero Fulvia rastreando la causa por la insolencia de Curio, no tuvo encubierto un peligro tan grande de la República; mas callando el autor contó á muchos la conjuracion de Catilina, segun lo que habia entendido.

Su locura y atrevimiento.

Estaba amancebado con Fulvia.

Que vino á descubrir la conjuracion.

Fue nombrado por Consul Marco Tulio Ciceron.

Esto fue lo que mas dispuso las voluntades de todos á dar el Consulado á Marco Tulio Ciceron, porque hasta entonces lo tomaba mal la nobleza envidiosa, juzgando que se violaria esta dignidad entregándola á un hombre nuevo, aunque valeroso. Pero despues que se conoció el peligro, perdieron sus fuerzas la envidia y soberbia; pues que en la junta que se hizo para la eleccion fueron nombrados Cónsules Marco Tulio y Ca-

Cayo Antonio, con que se atemorizaron al principio los conjurados; aunque no perdia Catilina un punto de su furor, antes intentaba mas cosas cada dia, juntando armas en los lugares mas convenientes de Italia, y tomando dineros sobre su crédito ó el de sus amigos, y haciéndoles llevar á Fesulas [1] á manos de un cierto Manlio, el que despues empezó la guerra; y dicen que atraxo entonces á muchos hombres de diferente calidad, y tambien á algunas mugeres que con lo que ganaban por su cuerpo pudieron en un tiempo sustentar muy grandes gastos, mas despues que creciendo los años perdieron sus ganancias y no sus antojos, se habian endeudado; y por medio de estas esperaba Catilina ganar los esclavos de Roma, poner fuego á la Ciudad, grangear ó matar á sus maridos. Una de ellas era Sempronia, en quien se habian visto muchas veces muchos atrevimientos de hombre. Fue no poco dichosa en el linage y hermosura, y en su marido é hijos. Hablaba muy bien el Latin y Griego, y sabia danzar y cantar mejor de lo que parece en las honradas; y tenia otras muchas cosas que provocan á luxuria, no estimando ninguna menos que la honra y la vergüenza; porque mal se pudiera conocer si hacia menor caudal

Ayuda la empresa de Catilina.

Sempronia, muger atrevida y desenvuelta.

[1] Fiésoli.

dal de la fama que del dinero, siendo tan desordenada que requeria mas veces á los hombres de lo que era requerida de ellos. Estaba acostumbrada á negar la palabra y sus deudas con falsos juramentos; habia causado muertes, y andaba del todo perdida por sus excesos y pobreza. Pero con su buen ingenio componia versos, sabia burlarse, y parecer quando hablaba unas veces modesta, y otras lasciva y desenvuelta si queria; y era finalmente, muy graciosa y agradable.

Pide Catilina el Consulado.

Teniendo preparadas todas estas cosas, no dexaba Catilina de pedir de la misma manera el Consulado para el año siguiente, con esperanzas de que alcanzándole haria de Antonio todo quanto quisiese; y entretanto no descansaba, buscando mil trazas para descomponer á Ciceron, á quien no faltaban tampoco artificios y astucia para librarse de ellas, porque desde el dia que le eligieron por Consul, haciendo por medio de Fulvia prometer muchas cosas á Curio (de quien ha poco que traté) vino á saber todos los designios de Catilina; y asimismo dexando la Provincia á su compañero Antonio, le habia obligado á no emprender nada contra la República; y traia secretamente, aunque no muy lejos de su persona, muchos amigos y clientes.

Buscando modos y trazas para derribar á Marco Tulio.

Que andaba muy recatado.

Habiendo llegado el dia de la eleccion, y

no

no saliendo Catilina con su peticion, ni con las cosas que habia tramado contra el Consul, se resolvió á la guerra, exponiéndose al último peligro, ya que en todo lo que intentaba ocultamente habia tenido un tan ruin y tan infame suceso; y asi envió á Cayo Manlio á Fesulas, y á aquella parte de Hetruria [1], y á un cierto Septimio Camerte al Piceno [2], y á la Pulla á Cayo Julio, y otros á otras tierras, donde le parecia que serian de mas servicio. Entretanto hacia en Roma diversas cosas á un mismo tiempo, maquinando contra el Consul, y buscando modos para pegar fuego á la Ciudad, y ocupar con gente armada los puestos mas convenientes; traia espada, y mandaba á los demas que la traxesen, exhortándolos para que siempre estuviesen apercibidos y prontos, haciendo de dia y de noche sus diligencias, sin cansarse de ningun trabajo, ni de andar desvelado: finalmente, viendo que no le sucedia cosa alguna de tantas, tornó á llamar á media noche los principales de la conjuracion por Marco Porcio Leca, y quejándose mucho de su floxedad, les dixo *como habia enviado delante á Manlio á aquella gente que ya tenia prevenida para tomar las armas, y otros á los lugares mas necesarios, que comenzarian la guer-*

Resuélvese Catilina á hacer la guerra.

Sirviéndose para ello de Cayo Manlio.

Torna á juntar los conjurados.

1 Toscana. 2 La Marca de Ancona.

Propóneles que maten á Ciceron.

guerra, y que él deseaba irse al exército, si dexase primero oprimido á Ciceron, que era el que mas estorbaba su intento.

Como lo procuraron aquella misma noche.

Entonces estando dudosos y turbados los demas, se ofreció á ayudarle Cayo Cornelio, caballero Romano, y Lucio Vargunteyo, Senador, concertando que de allí á poco, y aquella misma noche irian con algunos armados á casa de Ciceron, como si fuesen á saludarle, y que hallándole descuidado le matarian. Curio, como vió el peligro del Consul le hizo luego avisar por Fulvia; y asi tomaron en vano esta empresa, pues no les abrieron la puerta.

Aunque en vano.

Las diligencias que hacia por su parte Cayo Manlio.

Pero entretanto Manlio andaba induciendo en Hetruria al pueblo deseoso de novedades, asi por su pobreza como por las injurias recibidas, habiendo en el gobierno de Syla perdido todos sus bienes y posesiones, y solicitaba tambien á todos los bandoleros (porque siempre hay muchos en aquellas tierras) y á algunos de las Colonias de Syla, que en sus excesos y vicios habian consumido sus grandes robos.

Da Ciceron parte de este negocio al Senado.

Entendiendo todo esto Ciceron, y hallándose en tal peligro muy perplexo, ya que no bastaba su parecer solo á defender mas la Ciudad contra tantas máquinas, ni sabia puntualmente la gente que tenia en su exército Manlio, ni sus designios, dió cuenta al Senado de esto, que ya ha-

habia divulgado entre el pueblo la fama; y asi decretó el Senado, como suele en los mayores peligros, *que procurasen los Cónsules que no recibiese daño la República*; que este es el mayor poder que conforme á las costumbres de los Romanos da el Senado á los Magistrados, para levantar exército, mover guerra, constreñir por qualquier camino á los confederados y ciudadanos, y tener en la Ciudad y en el campo suma autoridad de mandar y juzgar; porque de otra manera sin orden del Pueblo no se permite ninguna cosa de estas al Consul.

Que encargó el remedio á los Cónsules.

De allí á pocos dias Lucio Senio, Senador, leyó en el Senado unas cartas, diciendo que las habia recibido de Fesulas, en que le avisaban, que á los 27 de Octubre habia en compañía de Cayo Manlio tomado las armas un gran número de gente; y como se suele en semejantes casos, añadian algunos que habia habido prodigios y monstruos; y otros, que se hacian juntas, y llevaban armas; y que en Capua y la Pulla movian guerra los esclavos; y asi por decreto del Senado, fueron enviados á Fesulas Quinto Marcio Rey, y á la Pulla y lugares comarcanos Quinto Metelo Crético; que á entrambos estos Capitanes no dexaban entrar con triunfo en la Ciudad las calumnias de algunos, que tienen por costumbre vender asi las cosas justas como las injus-

Lucio Senio lee ciertas cartas en el Senado, en que le avisaban lo que intentaban Manlio y los demas.

Envia el Senado á Fesulas Quinto Marcio, y á Metelo Crético á la Pulla.

justas; pero de los Pretores fue á Capua Quinto Pomponio Rufo, y al Piceno Quinto Metelo Celer, y dióseles poder *para juntar exército, segun el tiempo y la necesidad*; y á los que descubriesen algo de la conjuracion hecha contra la República, *señalaron por premio, al esclavo libertad y cien sestercios, y al libre el perdon si se hubiese hallado en ella, y doscientos sestercios*; y tambien ordenaron, *que en Capua y en las otras Villas privilegiadas, segun la posibilidad de cada una, se alojásen las compañías de los gladiatores, y que por toda Roma hubiese rondas, y se encargasen á los Magistrados menores.*

Y tambien fueron á Capua Pomponio Rufo, y al Piceno Metelo Celer.

Las órdenes que dió el Senado para prevenir el daño.

Estas cosas alteraron y mudaron la forma de la Ciudad, cuyos grandes regocijos y deleytes, nacidos de la larga paz, se convirtieron de repente en tristezas, andando todos temerosos y turbados, sin asegurarse de persona ni lugar alguno, y sin saber resolverse á la guerra ó la paz, representándose cada qual el peligro á la medida de su temor; y demas de esto, las mugeres que se confiaban en la grandeza de la República, asombradas con un nuevo miedo, se afligian levantando las manos al cielo, y compadeciéndose de sus hijuelos preguntaban mil cosas, espantándose de todas; y dexando sus galas y regalos, desconfiaban de sí mismas y de la República.

La confusion que habia en Roma.

Pe-

Pero el ánimo cruel de Catilina no se apartaba de su intento, aunque veia preparar los remedios, y habia sido conforme á la ley Pláutia [1] interrogado por Lucio Paulo. Finalmente por mayor disimulacion y por forma de descargo, como si le hubieran hecho injuria, vino al Senado; entonces el Consul Marco Tulio movido de la ira, ó del temor que le causaba su presencia, hizo una muy elegante plática, y no menos util á la República, y despues la dió por escrito: Catilina como tenia ya resuelto de disimular todas las cosas, baxando los ojos empezó con voz humilde á suplicar á los Padres, *que no creyesen nada de él sin gran fundamento; que era de un linage, y desde niño se habia criado de manera, que no se podia esperar de él sino bien; y que no imaginasen que uno de los nobles mas antiguos, que demas de los muchos servicios de sus mayores, habia hecho otros al Pueblo Romano, hubiese de desear la destruccion de la República, quando la conservaba Marco Tulio, ciudadano nuevo de Roma*: y como iba añadiendo á esta otras injurias, comenzaron todos á dar voces, llamándole enemigo y parri-

Obstinacion de Catilina.

Acusa Marco Tulio á Catilina, que se comenzó á disculpar.

Afrentando á Ciceron.

ri-

1 En que se ordenaba al que era acusado de alguna conjuracion que respondiese á todo lo que se le preguntase en el Capitolio.

ricida. Entonces indignándose dixo: *ya que me veo rodeado de tantos contrarios que procuran mi perdicion, apagaré mi fuego con las ruinas*; y luego saliendo de la Curia se retiró á su casa, donde despues de haber considerado muchas cosas, y que ninguna de sus trazas le aprovechaba contra el Consul, y que las rondas de la Ciudad impedian el fuego; pareciéndole que lo que mas le convenia era acrecentar el exército, y antes que se hubiesen levantado las legiones proveer muchas cosas necesarias á la guerra, á media noche acompañado de pocos se fue al campo de Manlio, encomendando á Cethego y Lentulo, y á los demas que tenia por mas prontos y arriscados, que con todos los medios posibles esforzasen su bando, solicitasen la muerte del Consul, con otros homicidios, incendios, y males de la guerra; y que él con un grande exército volveria presto á la Ciudad.

Sale con gran ira del Senado.

Y aquella noche partió de Roma.

Mientras se hacian estas cosas en Roma, envió Cayo Manlio algunos de sus compañeros á Quinto Marcio Rey, con orden de que le dixesen lo siguiente: *A los Dioses y hombres tomamos por testigos, ó Emperador, de que no nos armamos contra la patria, ni con ánimo de ofender, sino de evitar afrentas, ya que por la violencia y crueldad de los usureros habemos perdido los mas nuestra patria, y todos la honra y ha-*

Envíase á disculpar Cayo Manlio.

hacienda; sin que conforme á la costumbre de nuestros mayores se haya permitido á alguno valerse de la ley, y quedar con la persona libre quando se le quitaba el patrimonio; que tan grande ha sido el rigor de los usureros y del Pretor. Pero nuestros antepasados, que tenian compasion del Pueblo Romano, remediaron muchas veces con sus decretos su necesidad; y últimamente en nuestro tiempo, queriéndolo asi todos los buenos, por ser tan grandes las deudas, se pagaron del comun; y aunque en diversas ocasiones, por deseo de mandar, ó por la soberbia de los Magistrados tomó las armas la plebe, separándose del Senado, nosotros no pretendemos Imperio ni riquezas, que son las causas de todas las guerras que hay entre los mortales; sino la libertad, que no pierde ningun hombre de bien sin perder con ella la vida: y asi os suplicamos, y al Senado juntamente, que socorrais á los miserables Ciudadanos, restituyéndoles el privilegio que les ha quitado la injusticia del Pretor; y que no nos obligueis á buscar algun remedio para vender mas caro nuestras vidas.

Respondió á esto Quinto Marcio, que *si querian pedir algo á los Padres dexasen las armas, y fuesen á humillarse al Senado y Pueblo Romano, que habia usado siempre de tanta mi-* **Respuesta de Quinto Marcio.**



sericordia y clemencia, que jamas imploró alguno su favor en vano.

Escribe Catilina á muchos disculpándose de lo que le imputaban.

Pero Catilina escribió desde el camino á muchos Consulares, y á todas las personas de mayor autoridad, que *habia sido acusado falsamente, y no pudiendo resistir á la malicia de sus enemigos, cedia á la fortuna, y se iba desterrado á Marsella, no por hallarse culpable de un crimen tan grave, sino porque gozase de quietud la República, y de sus contiendas no naciese alguna sedicion.*

Pero declaróse mas á Quinto Catúlo.

Muy diferente era la carta que Quinto Catúlo leyó en el Senado, que segun decia, le habian dado de parte de Catilina, cuyo traslado es este:

Lucio Catilina á Quinto Catúlo, salud.

Tu gran fidelidad, de que por la experiencia que de ella tengo estoy tan satisfecho, me dió ánimo para que en mis mayores peligros me confiase de tí; y asi no quise dar ningunos descargos en esta mi nueva resolucion; pues que te juro, que tengo libre de culpa la conciencia, como podrás conocer claramente. Estimulado de injurias y afrentas, ya que me privaban del fruto de mi industria y trabajo, negándome las honras debidas á mi nobleza, tomé á mi cargo, como suelo, la causa comun de los miserables; no porque no fuesen bastantes mis posesiones para

pa-

pagar mis deudas propias, pues Aurelia Orestila es tan liberal, que de su hacienda y de la de su hija satisface las que hice por otros; sino porque vea dar los oficios á personas indignas, y que sus falsas sospechas me hicieron odioso. Esto me movió á abrazar unas esperanzas harto honrosas, segun el estado en que me hallo, para conservar lo que aun me queda de mi dignidad. Mas os queria escribir quando me avisaron que se armaban contra mí; y así te encomiendo á Orestila fiándola de tu amistad; y por tus hijos te ruego, que no consientas que la hagan algun agravio.=Dios te guarde.

Pero él habiéndose detenido algunos dias en el territorio de Arezzo con Cayo Flaminio, para armar la gente de aquella comarca, que antes habia solicitado, se fue á Cayo Manlio llevando delante los Fasces [1], y las otras insignias del Imperio. Teniéndose aviso de esto en Roma, *declaró el Senado por enemigos á Catilina y Manlio, señalando á los demas un plazo en que pudiesen sin castigo dexar las armas los que aun no estaban condenados por delitos capitales; y ordenó asimismo, que levantasen gente*

los

Llega al campo de Manlio.

Declaró el Senado por enemigo á Catilina.

1 Llevaban estos los Lictores, y eran unos manoxos de varas con una hacha, y á veces sin ella.

Encargó la guerra á Antonio, y á Ciceron la Ciudad.

los Cónsules, y Antonio con el exército fuese luego en seguimiento de Catilina, y quedase Ciceron guardando la Ciudad.

Discurso del autor.

En ningun tiempo me pareció mas miserable que entonces el Imperio del Pueblo Romano, pues obedeciéndole desde Levante á Poniente todas las tierras que con sus armas habia sujetado, y gozando en su patria del sosiego y de las riquezas, que son las cosas mas estimadas de los hombres, hubo todavía ciudadanos que por su obstinacion se quisieron destruir á sí y á la República; porque con haber publicado dos decretos el Senado, no pudo en un tan gran número mover el premio á uno solo para que descubriese la conjuracion, ó desamparase el campo de Catilina; que tanta era la fuerza del mal, y habia inficionado de suerte esta contagion los ánimos de la mayor parte de los ciudadanos, que no solamente tenian dañada la voluntad los conjurados, pero toda la plebe inclinada á novedades aprobaba la empresa de Catilina; mostrando bien en esto, que no habia perdido sus costumbres; porque siempre en qualquiera Ciudad tienen los pobres envidia á los buenos, y alaban á los malos; aborrecen las cosas antiguas apeteciendo otras nuevas; y enfadados de las suyas procuran mudarlas todas, y sin ningun cuidado viven de las revueltas y sediciones; y aunque se puede

pa-

pasar facilmente la pobreza sin ofender á nadie, se habia echado á perder la plebe por muchas causas; de que era la primera el haberse juntado en Roma, como en un receptáculo de maldades, los que en otras partes habian hecho las mayores insolencias, é infamias, y los que vituperosamente habian consumido sus haciendas; y finalmente todos los que por sus vicios y torpezas andaban desterrados de sus patrias, y tambien muchos acordándose de la victoria de Syla, y viendo que ahora eran Senadores los que habian sido soldados ordinarios, y que algunos con sus grandes riquezas se trataban como Reyes, cada qual se prometia estas cosas, si saliese vencedor en la guerra: y demas de esto la gente moza que labrando la tierra habia sustentado con el salario la pobreza, antepuso el ocio de la Ciudad al trabajo ingrato; estos y todos los otros se alimentaban con los males de la República; y tanto menos nos debemos maravillar de que hombres necesitados y viciosos, induciéndolos una grande esperanza, no tuviesen mas cuidado de sí propios que de la República; y los hijos de los que fueron desterrados por la victoria de Syla, á los quales habian quitado sus haciendas, y quebrantado los fueros de su libertad, no aguardaban con diferente ánimo el suceso de la guerra; y asimismo los que no eran del bando de los Sena-

nadores, querian mas ver perturbada la República, que perder un punto de su autoridad; que este mal habia vuelto despues de muchos años á Roma; porque habiéndose en el Consulado de Pompeyo y Craso restituido otra vez su poder á los Tribunos, los mancebos que tenian en aquella edad mayores brios, y se veian tan autorizados, comenzaron con hablar mal del Senado á irritar la plebe, y obligándola mas con dádivas y promesas, vinieron á alcanzar mayores fuerzas y nombre. Oponíaseles con brava resolucion casi toda la nobleza del Senado, como si hicieran esto por amor de la República, siendo para conservar su grandeza; porque para decir brevemente la verdad, los que en aquellos tiempos atormentaron la República, se valieron de pretextos honrosos; algunos como si defendieran los privilegios del pueblo; otros como si procuraran que nadie se igualase á la dignidad del Senado; y asi so color del bien público, pretendia cada qual engrandecerse, sin guardar alguna modestia ó modo en sus competencias. Pero despues que á Cneo Pompeyo le hicieron General de la mar, encargándole la guerra contra Mitridates, perdió sus fuerzas la plebe, y crecieron las de algunos, que ocuparon los Magistrados y gobiernos, y todas las demas cosas, gozando con seguridad de su fortuna, y atemorizando con sus sentencias á todos,

pa-

para gobernar mas facilmente al comun, mientras les durase el cargo. Mas al punto que estos tumultos les dieron esperanza de poder alterar el estado de las cosas, luego volvieron á sus competencias antiguas; y si Catilina venciera la primera batalla, ó no se declarára en ella la victoria, sin duda padeciera la República grandes miserias y calamidades, y no pudieran los vencedores gozar mucho tiempo de esta buena suerte; porque despues de cansados ó muertos los demas, el que quedára con mayores fuerzas se hubiera apoderado del Imperio y de la libertad: todavía hubo muchos al principio, que sin haberse hallado en la conjuracion se fueron á Catilina; y entre ellos fue Fulvio, hijo de un Senador, á quien mandó matar su padre habiéndole alcanzado en el camino.

Caso notable.

Entretanto en Roma Lentulo, segun le encargó Catilina, solicitaba ó hacia solicitar por otros á los que por sus costumbres, ó el estado que tenian, juzgaba prontos á cosas nuevas; y no solamente á los ciudadanos, sino á qualquiera género de hombres, como pudiesen ser de servicio en la guerra; y asi encomendó á un cierto Publio Umbreno, que hablase á los embaxadores de los Allobroges [1], procurando inducirlos á

No se descuidaba Lentulo en ausencia de Catilina.

Encarga á Umbreno que hable á los em-

1 Que segun algunos eran los de Saboya, y conforme á la opinion de los otros, los del Delfinado.

embaxadores de los Alobroges.

á ella, pareciéndole que por estar asi en general como en particular muy endeudados, y por ser los Galos naturalmente belicosos, podria facilmente persuadirlos. Umbreno por haber negociado en la Galia era conocido, y conocia casi á todos los Príncipes de las Ciudades, y asi en hallando á los embaxadores en la plaza, despues de haberles preguntado algunas cosas de su Ciudad, como si se compadeciera de su miseria, añadió: *¿qué fin aguardaban de tantos males?* y como vió que *se quejaban de la avaricia de los Magistrados, y de que no hallando ningun socorro en el Senado, aguardaban en la muerte el remedio de sus desgracias*; les dixo: *Yo os mostraré, si quereis ser hombres, el camino para libraros de tan grandes daños*; y cobrando con estas palabras notable esperanza los Alobroges, empezaron á rogarle, *que tuviese lástima de ellos, porque no habria cosa tan ardua ni tan dificultosa que no hiciesen de buena gana, como desempeñasen á su Ciudad*; y asi los llevó á casa de Decio Bruto, que estaba cerca de la plaza, y no era contrario á esta empresa por respeto de Sempronia, hallándose entonces Bruto fuera de Roma; y tambien llamó á Gabinio para dar mayor autoridad á sus palabras; en cuya presencia les descubrió la conjuracion, nombró los compañeros, y otros muchos de diferente calidad, que no sabian de es-

Acomete Umbreno á los Galos.

Las pláticas que tuvo con ellos.

Descúbreles la conjuracion, estando presente Gabinio. Prometen de ayudarle los Alobroges.

to,

to, para animar mas á los embaxadores; y despues que le prometieron su asistencia los despidió.

Pero los Alobroges estuvieron mucho tiempo suspensos, moviéndolos de una parte las deudas, la inclinacion á la guerra, y las grandes recompensas libradas en la esperanza de la victoria; y hallando al contrario mayores fuerzas, muy seguros consejos, y en lugar de las inciertas esperanzas premios mas ciertos; y mientras tanteaban estas cosas, venció finalmente la fortuna de la República, y declararon todo lo que habian entendido á Quinto Fabio Sanga, que era el que mas favorecia su Ciudad. Ciceron, á quien dió parte de ello Sanga, *ordenó á los embaxadores, que fingiéndose muy inclinados á la conjuracion, fuesen á hablar con los demas, prometiéndoles mucho, y procurando informarse bien de todo.*

Que aunque estuvieron algo dudosos.

Declararon el negocio á Fabio Sanga, que lo avisó á Ciceron.

Prudente resolucion del Consul.

Casi en los mismos dias hubo algunas revueltas en la Galia Citerior [1] y Ulterior [2], y asimismo en el territorio Piceno, y Brutio [3], y en la Pulla, porque los que habia enviado delante Catilina, sin consejo, y como gente desatinada inten-

Los alborotos que causó esta conjuracion.

1 La parte de Italia que llamaron los antiguos Gálica.

2 Esta se incluye en el Reyno de Francia.

3 Abruzzo.

tentaban á un mismo tiempo varias cosas; juntándose de noche y trayendo armas y dardos, y con la priesa que se daban en todo, y su inquietud habia causado mas temor que peligro. El Pretor Quinto Metelo Celer por decreto del Senado, y con conocimiento de la causa, prendió á muchos de ellos, y lo propio hizo en la Galia Citerior el Legado Cayo Murena; mientras en Roma Lentulo con los demas, que eran los principales de la conspiracion, pareciéndoles que tenian ya grandes fuerzas habian acordado, *que en llegando Catilina al distrito de Fesulas convocase el Tribuno Lucio Bestia al Pueblo, y quejándose de las acciones de Ciceron, imputase las causas de la cruel guerra á un tan buen Consul*; y que habiendo precedido esta señal, executaria la noche siguiente cada uno de los conjurados lo que se le habia encargado. Deciase que su resolucion era, *que Statilio y Gabinio con una gran tropa pusiesen en un mismo instante fuego á doce lugares los mas oportunos de la Ciudad, para que con aquel tumulto pudiesen entrar mas facilmente en casa del Consul, y de aquellos cuya ruina procuraban; y que Cethego cercase la puerta de Ciceron acometiéndole por fuerza, y los demas á otros; y los hijos de familias, que por la mayor parte eran de los nobles, habian de matar á sus padres; y dexando con estas muertes é incendios asombra-*

Resolucion temeraria de Lentulo.

brados á todos, se irian á Catilina.

Estando aparejadas y ordenadas estas cosas, se quejaba siempre Cethego de la floxedad de sus compañeros, *que con sus dilaciones y dudas perdian grandes ocasiones; que en tal peligro era necesaria la execucion, y no el consejo; y que si algunos le ayudasen, aunque no se resolviesen los demas, entraria por fuerza en la Curia*; que este hombre era naturalmente feroz, terrible, y pronto de manos: como quien ponia los mejores sucesos en la presteza.

Impaciencia de Cethego.

Mas los Alobroges conforme á la orden de Ciceron, se vieron por medio de Gabinio con los demas, *y pidieron á Lentulo, Cethego, Statilio y Casio el juramento firmado, que habian de llevar á sus ciudadanos; porque de otra manera tendrian dificultad en persuadirles un negocio tan grave*; y ellos se lo dieron sin sospecha alguna; prometiendo Casio que iria allá dentro de pocos dias, y partió de Roma algo antes que los embaxadores, con los quales envió Lentulo á un cierto Publio Vulturcio de Crotona, para que los Alobroges primero que pasasen á su tierra confirmasen la liga con Catilina, dando y recibiendo la fe; y con el mismo Vulturcio le escribió una carta del tenor siguiente: *Por el portador sabrás quien soy; considera la miseria en que estás, y acuérdate que eres hombre; pon los ojos en lo que*

Astucia de los Alobroges instruidos por Ciceron.

Fiáronse demasiado los conjurados.

Envia Lentulo con los Galos á Publio Vulturcio.

Y escribió con él á Catilina.

tu estado requiere; pide socorro á todos, aunque sean los mas viles: y tambien le hizo decir de palabra, *que pues el Senado le habia declarado por enemigo, con qué fundamento desechaba los esclavos; que en la Ciudad estaba aparejado todo lo que habia mandado; y que no tardase en acercarse á ella.* Habiendo hecho esto, y señalado la noche en que habian de partir, Ciceron, á quien lo avisaron los embaxadores, ordenó á los Pretores Lucio Valerio Flacco, y Cayo Pomptinio, *que poniéndose en emboscada junto al puente Milvio, prendiesen á los que iban con los Alobroges, y declaróles la causa por qué les daba esta orden; dexándoles guiar lo demas segun viesen convenir*; y ellos como soldados sin ningun ruido cercaron secretamente con sus guardas el puente de la manera que se les habia ordenado, y despues que llegaron á él los embaxadores, y á un mismo tiempo dieron voces de entrambas partes; los Galos que sabian lo que pasaba, se rindieron luego á los Pretores: Vulturcio animando á los otros se defendió al principio con la espada contra toda la tropa; mas como le desampararon los embaxadores, habiendo primero rogado encarecidamente á Pomptinio, á quien conocia, que le salvase la vida, finalmente desconfiado de ella y temeroso, se entregó á los Pretores como á enemigos.

Dieron los embaxadores aviso de esto al Consul.

Que dió tambien la orden que convenia.

Y cumpliéronla puntualmente los Pretores Flacco y Pomptinio.

Prenden á Vulturcio.

Habiéndose executado asi esto, se despachó

lue-

luego con el aviso al Consul, á quien no dió menor placer que cuidado. Holgábase viendo libre del peligro la Ciudad con haberse descubierto la conjuracion; y afligíase por no saber qué resolucion sería bien que se tomase, habiéndose hallado comprehendidos en una tan gran maldad tantos ciudadanos; parecíale que el castigo le causaria odio, y el perdon la ruina de la República; pero cobrando ánimo, mandó llamar á Lentulo, Cethego, Statilio y Gabinio, y tambien á Cepario Terracinense, que se aprestaba para ir á la Pulla, y hacer levantar los esclavos. Los otros vinieron luego; mas Cepario que habia salido poco antes de casa, sabiendo que estaban descubiertos, se huyó de la Ciudad.

Prudente consideracion del Consul.

Llama á Lentulo y los demas.

El Consul tomando por la mado á Lentulo (porque era Pretor) le llevó al Senado, y ordenó que á los demas traxesen las guardias al templo de la Concordia, donde convocó al Senado; y habiéndose juntado mucha parte de él, hizo entrar á Vulturcio con los embaxadores, y mandó al Pretor Flacco que presentase la escribanía con las cartas que habia tomado á los embaxadores. Vulturcio habiéndosele preguntado del camino, de las cartas, y finalmente del designio que llevaba, y lo que le habia movido, *comenzó á fingir otras cosas, callando la conjuracion*; pero despues que le aseguraron la vida, y mandaron que lo dixese,

Que llevó al Senado.

Y hizo traer las cartas de Lentulo.

Y que examinasen á Vulturcio.

se, delaró todo de la manera que habia pasado; *y que no habia muchos dias que le tomaron por compañero Gabinio y Cepario; y que no sabia mas que los embaxadores, sino que algunas veces habia oido decir á Gabinio, que Publio Antronio, Sergio, Syla, Lucio Vargunteyo y otros eran de esta conjuracion*; los Galos confesaron lo propio; pero á Lentulo, que disimulaba, le convencieron demas de las cartas, con lo que solia decir, *de que en los libros de la Sybila estaba pronosticado el Imperio de Roma á tres Cornelios, de que habian sido los dos Cinna y Sula, y él sería el tercero á quien prometian los hados el gobierno de la Ciudad; y que este era el vigésimo año despues del incendio del Capitolio; en el qual, segun que muchas veces juzgaron por los prodigios los adivinos, habia de haber una guerra civil y sangrienta*; y habiéndose leido las cartas, despues que todos reconocieron sus sellos, decretó el Senado que fuese privado de su oficio Lentulo, y puesto con los demas en una prision no muy apretada; y asi fueron entregados Lentulo á Publio Lentulo Spinther, que era entonces Edil; Cethego á Quinto Cornificio; Statilio á Cayo Cesar; Gabinio á Marco Craso; y Cepario, á quien poco antes habian alcanzado, á Cneo Terencio, Senador.

Que confesó lo que sabia.

Y tambien declararon los Galos todo lo que habia pasado.

Convencen á Lentulo.

Y luego confesaron los demas.

Entretanto la plebe, divulgándose la conjuracion, aunque al principio deseosa de novedades ha-

habia mostrado demasiada inclinacion á la guerra con diferente ánimo, maldecia los designios de Catilina, ensalzando á Ciceron, y como si la hubieran librado de servidumbre asi andaba alegre y contenta; porque entendia que de todas las otras cosas de la guerra sacaria mas provecho que daño; pero que del incendio vehemente y cruel la resultarian los mayores males, pues no tenia otros bienes que las cosas necesarias al uso, y sus vestidos.

El contento del Pueblo.

El dia siguiente fue traido al Senado un cierto Lucio Tarquinio, de quien decian, que yéndose á Catilina le habian cogido en el camino. Este prometiendo que diria de la conjuracion si le asegurasen la vida, y mandándole el Consul que declarase lo que sabia, refirió al Senado casi lo mismo que Vulturcio, de como tenian determinado de quemar á Roma, y matar á los buenos, y del camino que llevaban los enemigos; y demas de esto, *que Marco Craso le habia enviado á avisar á Catilina, que no perdiese el ánimo con ver presos á Lentulo y Cethego, y los otros conjurados; antes se diese por eso mayor priesa en llegar á la Ciudad para animar á los demas, y eximir mas facilmente á estos del peligro.* Pero quando Tarquinio nombró á Craso, hombre noble, y en extremo rico y poderoso, algunos pareciéndoles cosa increible, y otros aunque

Presentan al Senado un cierto Tarquinio.

Que declaró cosas.



que lo tenian por verdad, juzgando todavía que en tal tiempo convenia mas aplacar á una persona de tanta autoridad, que irritarla, y muchos obligados á Craso por sus respetos particulares, dixeron todos á voces que era falso el testigo, requiriendo que se consultase sobre ello; y asi pidiendo los votos Ciceron, dió todo el Senado por falsa la acusacion de Tarquinio, añadiendo que debian tenerle preso hasta que declarase el que le habia hecho inventar una tan gran falsedad.

Que se tuvieron por falsas.

No faltó en aquel tiempo quien pensase que esto habia sido traza de Publio Antronio, para que hallándose Craso acusado, y corriendo el mismo peligro, defendiese mas facilmente con su poder á los demas; otros decian que Tarquinio habia sido inducido por Ciceron, para que Craso no alborotase la República, haciéndose, conforme á su costumbre, protector de los malos: yo he oido despues decir públicamente á Craso, que Ciceron le habia hecho una tan notable afrenta; pero en los mismos dias no pudieron con ruegos, favor ó premio alcanzar de Ciceron, Quinto Catúlo y Cneo Pison, que los Alobroges, ó algun otro testigo acusase falsamente á Cayo Cesar, á quien tenian entrambos grande odio; Pison por haberle sido contrario en el proceso, quando fue acusado de que habia por dinero sentenciado injustamente á un Transpadano; Catúlo por la pre-

Atribuyéndolas á otras causas.

Constancia de Ciceron, que reprimió la ruin intencion de algunos.

El odio que tenian muchos á Cayo Cesar.

ten

tension del Consulado, pues en la última vejez, despues de haber administrado los mayores cargos le habian pospuesto á Cesar, que era aun mozo. Parecíales que llevaria camino la acusacion, porque le tenian á Cesar muy endeudado la liberalidad que usaba con algunas personas particulares, y los grandes dones que hacia al comun; mas como no pudieron inducir al Consul á una maldad tan grande, yendo á hablar á cada uno de por sí, y fingiendo que habian oido estas cosas de Vulturcio y de los Alobroges, le hicieron tan odioso, que algunos caballeros Romanos que estaban de guarda con sus armas junto al templo de la Concordia, por la grandeza del peligro, ó por su liviandad para declarar mas su zelo á la República, saliendo del Senado Cesar le amenazaron con las espadas.

Procuran sacar de la prision á Lentulo sus libertos.

Mientras se trataban estas cosas en el Senado, y se daban premios á los embaxadores de los Alobroges, y á Tito Vulturcio aprobando su declaracion, los libertos y algunos clientes de Lentulo iban solicitando por las calles á los oficiales y esclavos, para que le sacasen por fuerza de la prision, y algunos acudian á los caudillos del comun, que por dinero solian molestar á la República; y Cethego enviaba á rogar á su familia y libertos, escogidos y exercitados en maldades, que armándose entrasen todos juntos donde le tenian preso.

El Consul al punto que supo que se trataba esto, puso las guardas que el tiempo y peligro requerian, y habiendo llamado al Senado, preguntó lo *que les parecia que se hiciese de los presos*; pero poco antes los habian todos los Senadores juzgado por traidores á la República. Entonces Decio Silano, que fue el primero á quien se pidió parecer, por estar en aquel tiempo diputado para Consul, dixo, que los debian condenar á muerte, y con ellos á Lucio Casio, Publio Furio, Publio Umbreno y Quinto Annio, si los hallasen; y despues movido de la oracion de Cayo Cesar, declaró que seguiria el voto de Tiberio Neron, de que reforzando las guardas, se consultase otra vez este negocio. Pero Cesar, quando llegó á pedirle su parecer el Consul, habló de esta manera:

La cosulta que se hizo sobre el castigo de los presos.

Los votos que hubo.

Oracion de Cayo Cesar.

Padres Conscriptos: todos los hombres que han de dar parecer en cosas dudosas, deben apartar de sí el odio, amistad, ira y misericordia; porque dificilmente puede ver alguno la verdad quando estos afectos le ciegan, y nadie atendió juntamente á su gusto y al provecho. Mucho vale el ingenio quando se emplea; pero si se sujeta á la pasion, esta es la que gobierna, sin que aproveche nada el ánimo. Podria nombrar á muchos, Padres Conscriptos, asi Reyes como pueblos, que por misericordia ó por pasion tomaron dañosas resoluciones; pero antes quiero decir lo que con jus-

justicia y buena orden hicieron nuestros mayores contra su propia inclinacion. En la guerra de Macedonia que tuvimos con el Rey Perseo, la grande é ilustre Ciudad de Rodas, que habia crecido con las riquezas del Pueblo Romano, mostró su deslealtad, y nos fue contraria; mas despues que acabada la guerra se trató de lo que sería bien hacer con los Rodienses, porque no se dixese que mas habiamos comenzado la guerra por sus riquezas, que por vengar las injurias, los dexaron nuestros mayores sin castigo; y en todas las guerras con los Africanos, habiendo los Cartagineses hecho diversas veces, asi en paz como en guerra, muchas y muy atroces maldades, nunca los nuestros con tener ocasion las hicieron, buscando antes cosas dignas de su nombre, que las que contra ellos podian intentar justamente. Lo propio habeis de procurar, Padres Conscriptos, para que no pueda mas con vosotros la maldad de Lentulo y de los demas, que vuestra dignidad; y no deis mayor satisfaccion al enojo que á la fama. Porque, si se hallan penas que sean conformes á sus hechos, apruebo el consejo que ahora se dió, pero si la grandeza de la maldad excede á todos los tormentos, paréceme que se debe usar de los que señalan las leyes; los mas de los que votaron hasta ahora con palabras bien compuestas y elegantes se condolieron del estado de

la República, refiriendo las crueldades de la guerra y miserias de los vencidos; y como arrebataban las vírgenes y niños, arrancaban los hijos de los brazos de sus padres, y padecian las madres todo lo que á los vencedores se les antojaba; y que estos robaban las casas y los templos, causando mil incendios y homicidios; y que finalmente no se veia mas que armas, muertes, sangre y llantos.

Pero por los Dioses inmortales que me digan ¿de qué sirvió este discurso? quizá para os irritar mas contra la conjuracion; como si al que no movió un delito tan grande y atroz, le hubiesen de mover palabras; y ningun hombre hay á quien parezcan pequeños sus agravios, antes muchos lo sienten mas de lo que sería razon; y algunas cosas se conceden á algunos, que á otros no se conceden; porque la gente baxa, como es poco conocida, si con el enojo hace algo inconsideradamente, pocos lo saben, pues no se extiende mas su fama que su fortuna; mas todos ven las acciones de los que gobiernan y ocupan los mas altos lugares; y asi los que tienen mayores puestos se han de desmandar menos, y sin apasionarse jamas haciendo algo por amor ú odio; porque lo que en otros se llama ira, parece en ellos crueldad y soberbia: yo entiendo realmente, Padres Conscriptos, que ningun castigo se puede comparar

rar con sus maldades; pero casi todos los hombres se acuerdan de lo postrero que vieron, y olvidándose de las culpas de los malos, discurren de la pena, si es algo mas cruel. Muy bien sé, Padres Conscriptos, que todo lo que ha dicho Decio Silano, hombre tan valeroso y vigilante, fue por el amor que tiene á la República; y que en negocio de tanta importancia no le vence el favor ni odio, porque conozco sus costumbres y su modestia; pero su voto, aunque no me parece riguroso, pues ninguna cosa lo puede ser contra tales hombres, repugna todavía al uso de nuestra República; y asi sin duda, ó el miedo ó la afrenta te obligó, ó Silano, diputado para Consul, á proponer un nuevo género de castigo. Del temor no es necesario que tratemos, quando particularmente por la vigilancia del Consul clarísimo estamos tan prevenidos y armados; de la pena podria decir lo que es ella en efecto, y que en las desgracias y tristezas antes alivia la muerte, que atormenta, dando fin á todos los males que padecen los mortales, y no quedando despues ningun lugar al cuidado ni á la alegria. Mas por los Dioses inmortales, ¿por qué no añadiste á tu sentencia, que primero los azotasen? quizá por no concederlo la ley Porcia; pero tambien las otras leyes no permiten la muerte de los ciudadanos condenados, sino el destierro; ó porque era cosa mas

gra-

grave ser azotado que muerto; quando ninguna debe parecerlo en hombres convencidos de un delito tan enorme; ó si no bastaba este tormento, ¿para qué se ha de temer en los casos menores la ley que se menosprecia en los mayores? ¿ó quién ha de reprehender lo que se hubiere decretado contra los que quisieron destruir la República? quizá el tiempo, el dia y la fortuna, que conforme á su albedrio gobierna los mortales. Ellos padecerán justamente quanto padecieren; pero considerad, Padres Conscriptos, lo que habeis de ordenar contra los demas. Todos los malos exemplos nacieron de buenos principios; mas quando vienen á tener el gobierno los ciudadanos ignorantes ó menos virtuosos, se valen del nuevo exemplo que dieron los discretos y sabios, aquellos que no saben usar de él. Los Lacedemonios habiendo vencido á los Atenienses eligieron á treinta personas que administrasen las cosas de aquella República; y estas al principio mandaban hacer justicia de los mas facinerosos y malquistos, holgándose de ello el Pueblo, y diciendo que procedian justamente. Despues que poco á poco creció esta licencia, condenaban asi á los buenos como á los malos, atemorizando á los demas; con que la Ciudad, oprimida de la servidumbre, pagó las graves penas de su inconsiderada alegria. Aun nos acordamos del tiempo en que por orden del vencedor Syla justi-

ticiaron á Damasipo y á otros semejantes; y no habia persona que no alabase esto, y que no dixese que con razon castigaban á estos hombres revoltosos y malvados, que con tantas sediciones habian afligido la República; pero fue un principio de grandes males, porque en codiciando qualquiera la casa ó heredad, y alguna joya ó vestido de otro, luego procuraba que le pusiesen en la lista de los condenados; y asi los que se holgaron de la muerte de Damasipo, de allí á poco se veian en el mismo estado; y no cesaron estas crueldades hasta que enriqueció Syla á todos los suyos. Yo, bien que no temo esto de Marco Tulio, ni en estos tiempos, con todo, en una gran Ciudad hay muchos y diferentes ingenios, y puede en otro tiempo y de otro Consul, á cuya orden esté el exército, tenerse alguna cosa por cierta, no lo siendo; y despues que con este exemplo por decreto del Senado hubiere una vez sacado la espada el Consul, ¿quién le detendrá, ó irá á la mano? A nuestros antepasados, Padres Conscriptos, nunca les faltó el ánimo ni consejo, ni les ponia algun estorbo la soberbia, para que dexasen de seguir las buenas costumbres de los otros: la mayor parte de las armas que usamos en la guerra tomaron de los Samnites, y de los Tuscos las insignias de los Magistrados; y finalmente todo lo que les parecia bien en los confedera-

ra-

rados ó enemigos, procuraban con sumo cuidado traerlo á sus casas, y querian mas imitar que tener envidia á los buenos. Pero en aquel mismo tiempo, siguiendo la costumbre de los Griegos, mandaban azotar á los ciudadanos, y daban la muerte á los condenados. Despues que se aumentó la República, y con la muchedumbre de los ciudadanos crecieron los bandos, resultando de ellos la ruina de los inocentes, y semejantes maldades, entonces se hicieron las leyes Porcias, y otras que concedian el destierro á los condenados; y esta me parece la principal causa, porque no debemos tomar ninguna resolucion nueva, pues sin duda tuvieron mayor prudencia y valor los que con pocas fuerzas alcanzaron un tan grande Imperio, que nosotros, que apenas conservamos las cosas bien adquiridas; y tambien digo, que en ningun modo conviene que los dexemos ir y acrecentar el exército de Catilina; pero este es mi voto, que se confisquen sus haciendas, y queden presos en los Municipios mas fuertes, y nadie pueda volver á tratar de ellos ante el Senado ó Pueblo, y á quien otra cosa hiciere le declaren por enemigo de la República y de la salud de todos.

Luego que acabó su plática Cesar, la aprobaron los mas de palabra, y otros en diversas maneras; pero Marco Porcio Caton, habiéndosele pedido su parecer, dixo:

Muy

Razonamiento de Marco Caton.

Muy diferente opinion tengo, Padres Conscriptos, quando considero el estado y peligro de nuestras cosas, y los votos de algunos, que á lo que juzgo discurrieron de la pena de aquellos que han querido mover guerra á su patria y á sus padres, casas y altares. Pero el mismo negocio requiere que tratemos mas de guardarnos de estos hombres, que del castigo que les habemos de dar; porque los otros delitos no se han de castigar sino despues de cometidos; pero si no se pone orden para que este no suceda, quando hubiere sucedido, en vano se recurrirá á los jueces, pues estando ganada la Ciudad, no les queda cosa á los vencidos. Por los Dioses inmortales (con vosotros hablo, que siempre habeis estimado mas que á la República vuestras casas, heredades, estatuas y retablos) que os acabeis de resolver algun dia, y mireis por la República, si con estas cosas que de qualquier manera que sean, amais tanto, quereis quedaros, y gozar con quietud de vuestros deleytes; porque no se trata de los tributos ni de las injurias de nuestros confederados, sino del peligro que corren nuestra vida y libertad. Muchas veces, Padres Conscriptos, he hablado en esta junta, y muchas veces me he quejado de la avaricia y desórdenes de nuestros ciudadanos, con que incurrí en el odio de muchos, porque como nun-

ca me he perdonado á mí mismo ni á mi ánimo alguna falta, con dificultad podia perdonar los vicios agenos; pero todo esto, de que hacíades poca cuenta, no ponia en ningun riesgo á la República, y las riquezas sobrellevaban los descuidos, de que no hablamos ahora, ni de si son buenas ó malas nuestras costumbres; sino si estas cosas, asi como son, han de ser nuestras, ó nosotros con ellas de los enemigos. Aquí me nombrará alguno la misericordia y clemencia, mas mucho ha que perdimos los verdaderos nombres de las cosas, pues al dar los bienes agenos llamamos liberalidad, y fortaleza al atreverse á maldades; que por esto se halla la República reducida á tal extremo; y sean en hora buena, ya que tales son las costumbres, liberales de los bienes de nuestros confederados, y misericordiosos para con los que roban el erario, como no den nuestra sangre, y mientras perdonan á algunos malos, no arruinen á todos los buenos. Muy bien y elegantemente ha discurrido ahora Cayo Cesar de la vida y de la muerte; y creo que le parecen fingidas las cosas que se dicen del infierno, y que por diferente camino del que llevan los buenos, van á parar los malos en unos lugares obscuros, desiertos, hediondos y horribles; y asi propuso que los confiscasen las haciendas, y los tuviesen presos en los Municipios, porque temia

que

que si quedasen en Roma, los sacarian por fuerza los otros conjurados, ó el pueblo inducido por ellos; como si solo en la Ciudad, y no por toda Italia hubiese gente ruin y perdida, y como si allí no pudiese mas el atrevimiento, donde hay menos fuerzas para resistirle; de modo que no sirve este consejo, si de ellos teme algun peligro, y si él solo entre todos no le teme, tanto mas conviene que yo por mi parte le tema, y vosotros por la vuestra; y lo propio que hiciéredes con Publio Lentulo y con los demas; tened por cosa cierta que lo habeis de hacer tambien con el exército de Catilina y todos los conjurados; y con quanto mayor cuidado pusiéredes esto en execucion, tanto menos ánimo tendrán; pero si vieren que afloaxis, al punto cobrarán muy grande osadía todos. No penseis que nuestros mayores hicieron con las armas de pequeña tan grande á esta República; porque si esto fuese, mucho mayor habia de ser ahora, que nos hallamos con mas confederados y ciudadanos, y con mas armas y caballos; pero otras cosas hubo que los engrandecieron, y que nos faltan todas; como la industria en sus casas, y fuera de ellas el buen gobierno, un ánimo libre en dar consejo, no sujeto á vicios ni maldades; en lugar de esto tenemos los excesos y la avaricia, la pobreza en general, y en particular las riquezas que ala-

bamos, siguiendo el ocio, y no hay diferencia entre los buenos y malos: todos los premios de la virtud posee la ambicion, y no es maravilla, porque cada uno de vosotros se aconseja consigo solo, y en vuestras casas servís á vuestros gustos, y aquí al dinero ó al favor; y asi viene á padecerlo todo la mal proveida República. Pero dexo estas cosas; los ciudadanos mas nobles se conjuraron para poner fuego á su patria; y llaman á la guerra los Galos, la nacion mas enemiga del nombre Romano: el Capitan de los enemigos está cerca de nuestras casas, y aun ahora andais con dilaciones, y dudais en lo que debeis hacer, habiendo hallado dentro de vuestra Ciudad los adversarios; soy de parecer que tengais compasion de ellos, pues como á mancebos los engañó la ambicion, y que aun los dexeis salir con armas; pero si ellos las tomaren os ha de venir á causar alguna miseria esta vuestra clemencia y benignidad. Direis que es un negocio grave; y veo que no le temeis; antes le temeis muchísimo, mientras que con vuestro descuido y falta de ánimo, aguardando el uno al otro, no os acabais de resolver, por la confianza que teneis en los Dioses inmortales, que guardaron muchas veces esta República en sus mayores peligros. Pero no se alcanzan las ayudas de los Dioses con votos y ruegos mugeriles, sino con velar

y

y trabajar, y con buenos consejos suceden prósperamente todas las cosas; que despues que os hubiéredes entregado al ocio y sueño, en vano implorareis á los Dioses, porque los hallareis indignados y contrarios. Aulo Manlio Torquato, uno de vuestros antepasados, en la guerra que nos movieron los Galos, mandó matar á su hijo por haber peleado sin su orden, y este valeroso mancebo pagó con la muerte las penas de su demasiado ánimo; y vosotros estais aun en duda de lo que habeis de ordenar contra los cruelísimos parricidas, quizá porque contradice á esta maldad el modo con que vivieron hasta ahora; mas perdonad á la nobleza de Lentulo, si él perdonó alguna vez á su honra ó fama, ó á los Dioses y hombres; y perdonad á los pocos años de Cethego, si no hizo otra vez guerra á su patria: ¿Pues qué diré de Gabinio, Statilio, y Cepario? que si tuvieran qualquier cuidado algun dia, no intentaran estas cosas contra la República; finalmente, yo os juro, Padres Conscriptos, que si se pudiera dar lugar á que esto sucediese, sufriera facilmente que el mismo suceso os corrigiera, ya que menospreciais mis palabras. Pero estamos cercados por todas partes; Catilina con su exército nos aprieta, y tenemos otros enemigos dentro de los muros, y en medio de la Ciudad, y no podemos apercibir ni determinar co-

sa

sa alguna en secreto; y por esto conviene que usemos de mayor diligencia; y asi soy de esta opinion: que pues por el ruin consejo de los peores ciudadanos se vió la República en grandísimo peligro, y ellos siendo convencidos por la declaracion de Tito Vulturcio y de los embaxadores de los Alobroges confesaron que tenian preparado el incendio, la muerte, y otras cosas horribles y crueles contra sus ciudadanos y patria, que á los que las han confesado como á culpados de délitos gravísimos, se dé el castigo conforme á la costumbre de nuestros mayores.

Aprobóse el parecer de Caton.

Despues que se volvió á sentar Caton, todos los Consulares, y mucha parte de los Senadores, alabaron su voto, ensalzando su virtud y ánimo, y asi mandó hacer el Senado un decreto en esta conformidad; pero yo, como he leido y oido muchas cosas señaladas, que el Pueblo Romano hizo en su Ciudad, y en las guerras que tuvo por mar y tierra, acaso me puse á pensar qual fue la que mas sustentó el peso de tantos negocios; sabia que muchas veces con poca gente habia peleado contra muy grandes legiones de enemigos, y hecho la guerra á Reyes poderosos, y demas de esto sufrido en varios tiempos la violencia de la fortuna; y que los Griegos en la eloqüencia, y los Galos en la gloria militar nos excediéron; y asi considerándolo

Discurso de Salustio.

lo diversas veces, hallé que el valor insigne de algunos ciudadanos lo habia allanado todo, y que con este habia la pobreza vencido á las riquezas, y el pequeño número al grande.

Mas despues que la Ciudad se dexó corromper del ocio y sus excesos, entonces resistia la grandeza de la República á los vicios de sus Capitanes y Magistrados; y como de una muger ya vieja no nació en muchos años en Roma alguno que fuese grande en virtud, aunque en mi tiempo hubo dos hombres de notable valor con diferentes costumbres, Marco Caton y Cayo Cesar; y pues he llegado á tratar de ellos, no me pareció que debia pasar adelante sin referir lo mejor que pudiese el natural y las costumbres de cada uno; y así digo que fueron casi iguales en el nacimiento, edad y eloqüencia, y tambien en la grandeza de ánimo, y en la gloria; pero cada qual por su camino: Cesar era estimado por su liberalidad y beneficios. Caton por su entereza: el uno cobró fama con su benignidad y clemencia; el otro con su severidad: Cesar en dar y ayudar perdonando á todos, y Caton en no consentir cosa alguna, ganaron gran reputacion. El uno era el refugio de los miserables; el otro la ruina de los malos; de este se alababa la constancia, y de aquel la facilidad. Finalmente, Cesar estaba resuelto á trabajar y no des-

Compara á Caton y Cesar.

descansar jamas, solicitando los negocios de los amigos, y atendiendo menos á los propios, sin negar cosa que mereciese darse por premio, deseando un gran gobierno, el exército, y alguna nueva guerra, en que pudiese mostrar su valor. Caton solo queria que se echase de ver su modestia y moderacion, y mas que todo esto su severidad; no competia en riquezas con el rico, ni en designios con el inquieto, sino en virtud con el virtuoso, en recogimiento con el honesto; y en abstinencia con el bueno; procurando mas ser hombre de bien, que parecerlo; y quanto menor gloria pretendía, tanto mayor la alcanzaba.

Habiéndose, como dixe, aprobado el voto de Caton, y pareciéndole al Consul que lo mas conveniente era anticiparse aquella misma noche, para que no hubiese tiempo para inovar algo, encargó á los Triumviros que aparejasen lo necesario á la execucion, y él llevó á la cárcel á Lentulo, y los Pretores á los demas: hay en ella, subiendo algo á mano izquierda, un lugar que llaman el Tuliano; está doce pies debaxo de tierra, y tiene por todos los lados su pared, y encima una cámara obscura [1], hedionda, y terrible:

1 Uso de este vocablo, porque conforme á la opinion de algunos, cámara en rigor es el aposento que tiene el techo de bóveda; y esto quiere decir aquí el Autor.

ble á la vista. Despues que metieron aquí á Lentulo, los jueces criminales, segun la orden que tenian, le dieron garrote; y asi este varon patricio, del linage nobilísimo de los Cornelios, tuvo el fin de la vida conforme á sus costumbres y hechos; y de la misma manera fueron castigados Cethego, Statilio, Gabinio y Cepario.

Mientras se hacian estas cosas en Roma, hizo Catilina dos legiones de toda la gente que habia traido consigo, y de la que estaba con Manlio, formando las cohortes conforme al número de los soldados, y despues fue repartiendo igualmente á los Romanos y confederados que voluntariamente venian á servirle, con que tuvieron en pocos dias las legiones su justo número, no habiendo en ellas al principio mas de dos mil hombres; aunque de toda esta gente no se hallaba apenas la quarta parte con las armas militares, y los demas con las que habian topado acaso, como algunos dardos de villanos, lanzas y palos agudos. Pero despues que Antonio se le acercó con el exército, caminaba Catilina por los montes, moviendo á veces su campo hácia Roma, y á veces hácia la Galia, no dando á los enemigos ocasion para pelear; porque esperaba cada dia un gran socorro, si saliesen sus compañeros en Roma con su intento; y hasta saber esto

Dispone su gente Catilina.

Acércasele Antonio.

Y asi se retiraba á diferentes partes.

to no queria recibir los esclavos, aunque al principio se le ofrecieron muchos confiándose en las fuerzas de los conjurados; y pareciéndole cosa muy agena de su designio hacer comun la causa de los ciudadanos y la de los siervos fugitivos.

Y despues que con descubrirse la conjuracion en Roma. Se le fue mucha gente.

Mas al punto que llegó el aviso de que habiéndose descubierto la conjuracion en Roma habian sido justiciados Lentulo, Cethego, y los demas, como queda dicho, luego se le huyeron muchos, que habian sido inducidos á la guerra por la esperanza de robar, y el deseo de cosas nuevas; y asi llevó á los otros con mucha diligencia por montañas ásperas al territorio de Pistoya, teniendo resuelto de retirarse con ellos por atajos secretos á la Galia Cisalpina.

Procuró huirse á Galia.

Pero Quinto Metelo Celer, que se hallaba con tres legiones en el Piceno, sospechando esto de los términos en que veia á Catilina, y habiendo sabido de los que le desampararon el camino que tomaba, mudó luego su campo, asentándole á las faldas de las montañas por donde habia de baxar á la Galia; y no estaba tambien lejos Antonio, porque si bien era grande su exército, seguia por lugares mas llanos á los que se huian con Catilina; el qual quando se vió cercado entre los montes y sus enemigos, y que yendo mal sus cosas en Roma no le quedaba esperanza al-

Estorbóselo Metelo Celer.

gu-

guna de ser socorrido ni de poder escaparse, juzgó que en tal trance era lo mas acertado tentar la fortuna de la guerra; y asi se resolvió á pelear luego con Antonio, y juntando su gente habló de esta manera:

Y asi se resolvió á dar la batalla.

Ya sé por experiencia que no añaden ningun valor las palabras, y que la plática del General no da en el exército atrevimiento al cobarde, ni esfuerzo al medroso; porque cada uno muestra en la batalla el ánimo que alcanzó de la naturaleza ú de sus costumbres; y en vano incitan á quien no mueven los peligros ó la gloria, mientras no le dexa oir el miedo. Pero yo os llamé para advertiros algunas cosas, y declararos juntamente las causas de esta mi resolucion; ya sabeis, soldados, el daño que de la floxedad y descuido de Lentulo le ha resultado á él y á nosotros, y que por aguardar socorro de Roma no pude ir á la Galia; y ahora veis tambien, como yo, el estado de nuestras cosas, y de la manera que nos cercan dos exércitos de enemigos, uno de la Ciudad, y otro de la Galia; y aunque no nos faltase el ánimo para quedar en estos lugares, no lo permite la falta de trigo y de las demas provisiones. Pero á qualquiera parte que quisieremos llegar, habeis de abrir el paso con las armas; y asi os ruego que os dispongais á esto con gran resolucion, y

Exhorta á los suyos.

que entrando en la batalla os acordeis de que llevais en vuestras manos las riquezas, la honra y gloria, y con ellas la patria y libertad. Si vencemos, gozaremos seguramente de todo; porque sobrarán bastimentos, y hallaremos abiertos los Municipios y las Colonias; mas si nos retiramos de miedo, estas mismas cosas nos serán contrarias, y ningun amigo ó lugar defenderá á quien no hubieren defendido las armas; y demas de esto, ó soldados, no les corren á los enemigos las obligaciones que á nosotros, que peleamos por la patria, por la vida y libertad: pero ellos ¿qué necesidad tienen de pelear, para que queden gobernando algunos? y asi los acometereis con mayor ánimo, acordandoos de vuestro valor. Podia yo, aunque con grandísimo vituperio, vivir desterrado, y algunos de vosotros podian, despues de haber perdido sus bienes, aguardar en Roma las riquezas de otros; mas porque parecian en los que son hombres estas cosas infames é intolerables, os resolvisteis á seguir otras, que para salir de ellas os ha de valer el ánimo, pues ninguno si no fue el que venció, mudó la guerra por la paz; y es de necios esperar huyendo el remedio, despues de haber arrojado las armas que defienden de los enemigos. Siempre tienen en la batalla mayor peligro los que mas le temen, porque no hay tal re-

pa-

paro como el atreverse. Quando os veo, soldados, y considero vuestras hazañas, me dan una grande esperanza de la victoria vuestro ánimo, edad y valor; y tambien la necesidad, que aun hace ser animosos á los cobardes; porque siendo tan estrecho el lugar, no le tendrán los enemigos para rodearnos con su muchedumbre; y si la fortuna tuviere envidia á vuestra virtud, procurad que no os quiten la vida sin venganza, y que como á ovejas no os degüellen despues de presos; pero pelead como hombres, dexando á los enemigos una victoria triste y sangrienta.

Despues que acabó de decir esto, se detuvo un poco mientras hacia tocar las trompetas, y luego baxó á lo llano con la gente puesta en orden, mandando que todos se apeasen, para que tuviesen mayor ánimo los que corrian el mismo peligro; y él fue tambien á pie disponiendo el exército conforme al lugar y número; y como tenia aquella llanura por el lado izquierdo los montes, y por el otro una áspera peña, puso ocho cohortes en la frente apretando mas las otras banderas, que habian de socorrer á estas; y de todas ellas tomó los Centuriones escogidos, y la gente particular de las villas, y los otros soldados mas valerosos y mejor armados, para las primeras hileras, y encargó la ala derecha á Cayo Manlio, y la otra á un cierto Fesulano, y él con sus

Ordena su exército.



sus libertos, y la gente de las Colonias quedó junto al águila, la qual dicen que habia tenido en su exército Cayo Mario quando fue á la guerra contra los Cymbrios.

Antonio por su indisposicion.

Pero de otra parte Cayo Antonio, ya que le estorbaba la gota el hallarse en la batalla, encomendó el exército al Legado Marco Petreyo, que dió la vanguardia á las cohortes de soldados viejos, que habian vuelto á levantar por causa de este tumulto; ordenando la demas gente para acudir á lo que fuese necesario, y yendo á caballo por los esquadrones llamaba á cada soldado por su nombre, exhortando y rogando á todos, *que tuviesen memoria de que peleaban por la patria y por sus hijos, templos y casas, contra unos salteadores desarmados*; porque como soldado viejo que con gran gloria habia sido mas de veinte años en el exército Tribuno, Prefecto ó Legado, conocia la mayor parte de ellos, y sus hazañas, de que haciendo particular mencion los incitaba; y despues de haberlo muy bien reconocido todo, dió la señal con la trompeta, mandando á las cohortes que marchasen despacio.

Encarga la batalla á Petreyo.

Valor del Legado.

Marchó hácia el enemigo.

Lo propio hicieron los enemigos; y habiéndose acercado tanto, que pudieron trabar la batalla los Ferentarios [1], con grandes gritos, y tendi-

[1] Los de armas ligeras y arrojadizas.

didas las banderas se embistieron, y dexando los dardos se herian con las espadas; y aunque los soldados viejos, acordándose de su antiguo valor, apretaban bravamente, les resistian sin ningun miedo los otros, y asi peleaban todos con grande ánimo; y entretanto andaba Catilina por la vanguardia con la gente mas suelta, socorriendo á los que hallaba apretados, y poniendo otros en lugar de los heridos; y á todo acudia, peleando por su persona, y hiriendo muchas veces al enemigo, con que hacia juntamente el oficio de un valeroso soldado y buen Capitan. Petreyo viendo mayores brios en Catilina de lo que habia pensado, rompió con la cohorte Pretoria por medio de los enemigos, con que los desordenó, y fue degollando á los que le resistian en diferentes tropas; y luego cerró por los lados con los demas, donde cayeron peleando entre los primeros el Fesulano y Manlio.

Animo y esfuerzo notable de Catilina.

Pero fue desbaratada su gente.

Quando Catilina vió su gente desbaratada, y que él quedaba solo con pocos, acordándose de su nacimiento, y de la dignidad pasada, se arrojó en lo mas peligroso, y allí murió peleando; pero despues de acabada la batalla, se pudo conocer el valor y resolucion que hubo en el exército de Catilina, porque casi el propio lugar que cada uno habia tomado mientras vivia, aun despues de perdida la vida le defendia con

Muerte de Catilina.

el

el cuerpo, sino fueron algunos de los que rechazó la cohorte Pretoria, que murieron algo apartados de su puesto. Catilina fue hallado muy lejos de los suyos entre los cuerpos de sus enemigos, que aun respiraba, y mostraba en el aspecto aquella ferocidad que solia tener. Finalmente, no se prendió de todo su exército en la batalla ni en el alcance ningun ciudadano noble, porque todos no hicieron mas caudal de sus vidas que de las de los enemigos. Pero no alcanzó el exército del Pueblo Romano una victoria alegre y sin pérdida de su sangre; porque los mas valerosos ó perecieron en la batalla, ó fueron heridos cruelmente; y muchos que salieron de los quarteles á ver y despojar los enemigos, hallaban el uno al amigo, el otro á su huesped ú deudo, y algunos conocieron á sus émulos; y asi se mezcló diversamente por todo el campo la tristeza con el contento, y el llanto con la alegría.

QUATRO ELEGANTISIMAS

Y GRAVISIMAS ORACIONES

DE MARCO TULIO CICERON

CONTRA CATILINA:

TRASLADADAS EN LENGUA ESPAÑOLA

POR EL DOCTOR ANDRES DE LAGUNA,

MEDICO DE JULIO III,

PONTIFICE MAXIMO.

Ff

AL MUY MAGNIFICO SEÑOR EL Sr. FRANCISCO DE ERASO, SECRETARIO Y DEL CONSEJO DE SU MAGESTAD, &c.

Solemnizado proverbio es, y antiguo, el del asno Cumano, que vestido del pellejo de un cruel leon, andaba braveando por la Ciudad

de Cuma, y haciendo terror al pueblo, hasta que el pobre bachiller, conocido ser asno (porque la natura no se puede mucho tiempo disimular ni encubrir) con harta vergüenza suya, y risa no menor de los populares, fue desnudo del ageno despojo, y molido á palos. Hállanse á cada paso muchos parientes y deudos del dicho asno Cumano, que cubiertos de rozagantes ropas, y de un hábito filosófico y grave, andan entre la simple gente, que juzga solamente las apariencias, vendiéndose por Erasístratos, Esculapios y Apólines; los quales, si bien los escudriñamos debaxo de aquellas gualdrapas, verdaderamente son toda la ignorancia del mundo, y se parecen infinito á los templos de los Egypcios, que siendo por defuera dorados y guarnecidos de ricas piedras y joyas, dentro de sí, en lugar de Dioses, no contenian otra cosa sino ratones, perros, gatos, raposas, monos y ximios, y otros animales ridículos. De estos bachillerejos, pues, algunos, segun he sido informado, no atreviéndose hacerlo delante, han osado ladrarme en ausencia, por razon de aquel tan generoso y pio trabajo que tomé en ilus-

trar

trar el Dioscórides, diciendo que dí ocasion á los ignorantes para que hiciesen algun gran yerro, tomando á las veces una medicina por otra, ó no la aplicando como conviene. Los quales no movidos de caridad christiana, sino de un grandísimo miedo, que el pueblo (de cuya ceguedad viven) alumbrado de mis estudios, no venga á entender y ver á la clara la gruesa ignorancia de ellos, y á contrastar con sus errores y necedades; conspiran contra mí acerbamente, y procuran exterminarme, como á hombre que les quiere desbaratar su caudal y ganancia; que (como dixe) de la simpleza popular pende. Pero ya es una cosa ordinaria, que los que procuran el bien comun han por fuerza de ofender á muchos particulares, agenos de él. Por donde aunque haya de tomar sobre mis espaldas los odios y enemistades de todos estos gozquejos, no lo tengo en un pelo, con tal que de mis trabajos la República reciba fruto y contentamiento; y ansi es, que por mas que rabien, y aunque hayan de enloqueçer por ello, no dexaré, mientras tuviere ocio, de dar luz al vulgo imperito, y sacarle de las tinieblas de la ignoran-

ran-

rancia, dándole muchos Autores graves, ansí Griegos como Latinos, trasladados en su vulgar Español, de cuyas muy claras fuentes pueda beber hasta hartarse, no solamente filosofia y medicina, pero tambien retórica. Habiendo, pues, en Bruselas el invierno pasado, para recrear el ánimo aflicto de aquella enfermedad luenga y grave que me oprimia, leido á ratos las quatro oraciones que Ciceron escribió y recitó contra Catilina, parecióme no estarian mal en nuestra lengua Española, y ansi las trasladé con la diligencia que fue posible; y trasladadas me atreví á las publicar debaxo del nombre de Vm.; siendo cierto que su autoridad las daria á ellas gran lustre y reputacion, y á mí no menor fuerza contra los detractores y maldicientes. Los quales, por ignorantes que sean, tienen bien entendido quan aficionado fue siempre Vm. á la leccion de semejantes autores; y con quanto fervor favorezca, honre y ampare á los que procuran enriquecer nuestra lengua y nacion con ellos. La qual inclinacion tan heroyca, si de todos fuese imitada (como ya en otra parte lo tengo dicho) no se leerian hoy en tan

gran-

grande brevedad de la vida, tantos Esplandianes, tantos Gayferos, ni tantos Amadises de Gaula, con tanto estrago del tiempo, y con tanta ruina y destruccion de claros ingenios, que pudiéndose ocupar en lecciones pias y sagradas, ó en historias verdaderas y llenas de doctrina y singulares exemplos, se consumen en ficciones, mentiras, burlas y vanidades; de las quales á la fin no saca el lector otra cosa sino dolor y arrepentimiento de haber empleado tan mal sus horas. Excusado será decir al presente nada de la doctrina, eloqüencia, gravedad y magestad del Autor que á Vm. ofrezco; pues su nombre y fama rebomba por los oidos de todas naciones y gentes; y para alabar cumplidamente sus gracias, seria menester otro Ciceron en el mundo. Vuestra merced le reciba con alegre rostro, ya en parte hecho de Romano, Español, y (como suele á los semejantes) le favorezca debaxo de su sombra y amparo; si le parece ser justo, que el que mientras vivió, tomó siempre á su cargo la tutela y proteccion de todos los buenos, á lo menos halle uno despues de muerto, que en esa Corte le ampare y defienda contra

tra los malos. Nuestro Señor la muy magnífica persona de vuestra merced guarde y prospere por largos tiempos, para que incitados y animados de su favor todos los estudiosos, se alcen á emprender cosas altas y grandes en servicio de la República. De esta Villa de Amberes á los veinte y quatro de Abril de mil quinientos cincuenta y siete.

D. V. M.

Servidor muy cierto, que sus muy magníficas manos besa,

El Doctor Andres de Laguna.

ARGUMENTO

DE LAS QUATRO ORACIONES DE CICERON

CONTRA LUCIO CATILINA.

Lucio Catilina (segun recita Salustio) fue hombre de noble sangre, y no poco valeroso de su persona, dado que perverso y mal inclinado; porque siempre desde su juventud se inclinó á guerras domésticas, matanzas, robos y discordias civiles, en las quales cosas noche y dia se desvelaba, siendo de frio, hambre y sed pacientísimo. Era muy atrevido, vario, astuto y doblado; por donde sabia muy bien fingir y disimular qualquiera cosa. Disipaba profusamente su hacienda, y deseaba la agena, hirviendo siempre en codicia de cosas altas y grandes. Era eloqüente y diserto, pero no tenia vaso, y alcanzaba muy poco con el discurso y entendimiento. Este, despues del imperio de Lucio Syla, viéndose cargado de deudas, y rechazado de todos los cargos públicos, magistrados y dignidades de la Ciudad, á causa de sus maldades, deseó por qualquiera via ocupar la República y hacerse señor absoluto de ella; para el qual negocio procuró grangear y atraer á sí todos los mancebos viciosos, y valerse de los ciudadanos perdidos de Roma; entre los quales hu-

hubo algunos Senadores de lustre, que con él, pensando valer mas, se conjuraron. Oida la maldad por los Padres Conscriptos, declararon á Ciceron y á Cneo Antonio por Cónsules, para que diesen orden como la República no recibiese daño ni detrimento. De los quales Ciceron, á quien cupo el gobierno de la Ciudad, se desveló, y puso gran diligencia en resistir al furor y rabia de Catilina, y en espiar, inquirir y escudriñar todos sus consejos y tratos; los quales á la fin sacó á luz, y despues de haberlos hecho tocar con mano de los Padres Conscriptos, declamó en el Senado contra el mismo Catilina presente, y le exhortó se saliese de Roma, y llevase consigo todos los suyos, como se ve por la primera Oracion. Por la segunda despues de ido Catilina, incita los Quirites (que ansi se llamaba entonces todo el Pueblo Romano) contra él: y amonesta á todos los conjurados que quedaron en Roma, se vayan tras su Capitan, si no quieren esperar el castigo á tan grande atrevimiento debido. Asimismo declara á los Quirites por la tercera el modo como descubrió una tan grande conjuracion; y exhórtales que hagan á los Dioses gracias inmensas por el singular cuidado que tienen de guardar aquella República. Por la quarta, finalmente, pide consejo y parecer al Senado, de lo que se debe hacer acerca de los encar-

carcelados, y encaréceles mucho la diligencia y solicitud de que usó para librar la patria. De ninguna de estas Oraciones nos consta con qué pena ó suplicio fueron castigados los delinqüentes; pero sácase de Salustio, y de otros Historiadores, que á cada uno de ellos en la cárcel fue dado un garrote; y que Catilina fue con los suyos desbaratado y muerto por Cneo Antonio, que habia ido contra él con un muy pujante exército. En el qual conflicto pelearon tan valerosamente los soldados de Catilina, imitando á su Capitan, que el lugar que cada uno de ellos ocupó en la campaña vivo, ese mismo cubrió con su cuerpo despues de muerto; de manera que aunque venció Antonio en la lid, su victoria todavía fue muy ensangrentada y lamentable á todo el Pueblo Romano.

Puédese llamar demostrativo el género de todas estas quatro Oraciones, por quanto en ellas Ciceron vitupera y reprehende á Catilina cruelmente; y tambien deliberativo, visto que pide parecer y consejo sobre el castigo que se debe dar á los conjurados.

Por evitar circumloquios usamos tambien de algunos vocablos Latinos, pero ya familiares á nuestra lengua Española; como son parricidio, que es el acto de matar algun deudo ó pariente; parricida, el que perpetra tan cruel hazaña; estupro, la fuerza que se hace principalmente á viu-

da ó doncella; civil guerra, la que se trama entre ciudadanos; suplicio, castigo capital, &c. Antiguamente los Pretores eran como Corregidores; los quales todavía se sometian al Consul, como á nuestros Corregidores son en cada parte sujetos los Alguaciles; porque el Consul era como Gobernador, y despues del Senado tenia el Imperio sumo.

ORA-

ORACION PRIMERA

DE CICERON

CONTRA LUCIO CATILINA

RECITADA AL SENADO.

¿Hasta quándo, ó Catilina, usarás mal de nuestra paciencia? ¿Hasta quándo ese tu furor se burlará de nosotros? ¿Adónde irá á dar consigo esa tu osadía desenfrenada? ¿Cómo? ¿no te mueven, para que desistas de tu locura, la nocturna guarda y vigilante guarnicion del palacio? ¿no las centinelas de la Ciudad? ¿no el temor del Pueblo? ¿no el consenso y la conformidad de todos los buenos? ¿no el presente lugar tan guarnecido de gente, á do suele juntarse ordinariamente el Senado? ¿no los rostros, y las presencias de estos Padres amplísimos? ¿Qué es esto? ¿No sientes que tus consejos son del todo ya descubiertos, y que tu conjuracion está ya convencida, y como tomada á manos, por el perspicaz conocimiento y juicio de todos estos? ¿Quál de nosotros piensas que ig-

ignore lo que hiciste la noche pasada, y la precedente? ¿en qué lugar estuviste? ¿qué personas juntaste? ¿y qué es lo que se resolvió en aquel tu santo consejo? ¡O costumbres! ¡O tiempos! ¿Es posible que entienda esto el Senado, y lo vea el Consul, y viva este? Vive, vive por cierto; y no solamente vive, pero tambien ocupa lugar entre los Senadores, y del público consejo se le da parte, mientras él echándonos turbiamente los ojos, señala y destina consigo mismo á cada uno de nosotros para la muerte; cuyo furor y armas si declinamos tan solamente, nos parece á nosotros, varones fuertes, que satisfacemos á la República. A la muerte, á la muerte, ó Catilina, debieras ser llevado mucho ha por orden del Consul, para que sobre tí lloviera esta pestilencia, que á todos nosotros de muchos años atrás nos tenias maquinada. ¿Cómo? Publio Scipion, varon amplísimo, y Pontífice Máximo, siendo un hombre particular, mató á Tiberio Gracco, porque pervertia mediocrémente el estado de la República: ¿y sufrirémos nosotros, Cónsules, á Catilina, que desea destruir todo el mundo, y meterle á sangre y á fuego? Quiero pasar en silencio todas las historias antiguas; entre las quales se cuenta que Quinto Servilio Halá mató con sus propias manos á Spurio Melio, porque le sintió estudioso en novedades. Prevaleció, prevale-

ció

ció sin falta los tiempos pasados esta virtud singular en nuestra República, que los varones fuertes solian reprimir con castigos mas ásperos los insultos de los ciudadanos dañosos á la Ciudad, que los de los cruelísimos enemigos. Tenemos, pues, contra tí, Catilina, el decreto del Senado, vehemente, severo y grave; ni la falta á la República el consejo, ni la autoridad de los Senadores; pero faltámosla nosotros; nosotros (dígolo abiertamente) los Cónsules. Ordenó el Senado en los tiempos pasados á Lucio Opimio, Consul, que proveyese como la República no recibiese algun daño ni detrimento; tras el qual decreto, sin intervenir noche alguna, por ciertas sospechas de sedicion y alboroto, fue luego muerto Cayo Gracco, nacido de clarísimo padre y de señalados abuelos y antepasados; y juntamente Marco Fulvio, varon consular, con sus hijos. Por semejante decreto de todo el Senado fueron dadas á Cayo Mario y á Lucio Valerio, Cónsules, las riendas y el gobierno de la República. Decidme, pues, tras la tal eleccion ¿pasó un dia que no muriesen Lucio Saturnino, Tribuno del Pueblo, y Cayo Servilio, segun habian merecido? Mas nosotros ya se pasa el vigésimo dia despues que dexamos embotarse los filos de la autoridad de estos Senadores; y así es, que aunque tenemos Senatusconsulto, quiero decir el decreto del sacro Se-

Senado, tenémosle todavía encerrado entre unas tablicas, como espada metida en vayna: la severidad del qual Senatusconsulto ordenaba, ó Catilina, que fueses dias ha muerto. Pero vives aun; y vives no para dexar, sino para llevar adelante tu atrevimiento. Querria, ó Padres Conscriptos, ser benigno y clemente; querria en tan grandes peligros de la República no parecer remiso ni descuidado; y con todo eso me acuso de perezoso y perverso. Hállase ya en Italia y en la frontera de la Toscana un formado exército contra nuestra República. Crece de dia en dia el número de los enemigos. Vemos el Capitan y General de este exército dentro de los muros de Roma, y en el Senado, que fabrica cada dia alguna destruccion intestina y extrema ruina de la República. Siendo, pues, esto ansi, ó Catilina, si ordenare yo que seas preso y muerto, habré de temer, segun pienso, no me tengan á mal todos los buenos la dilacion y tardanza, antes que alguno la crueldad de que podria usar en el castigarte. Con todo eso, lo que ha mucho que debia ser hecho, aun ahora no me resuelvo á hacerlo, por cierto respeto; y ansi es, que entonces determino matarte, quando ya no se pueda hallar tan malvado, tan perdido, y tan tu semejante en el mundo, que afirme habérsete quitado injustamente la vida. Porque mientras hubiere

re alguno que defenderte ose, vivirás, Catilina; pero vivirás como vives ahora, rodeado de muchos y muy grandes presidios que en torno de tí tengo puestos, para que no te puedas mover contra nuestra República. Tendrás tambien sin sentirlo, como los tuviste hasta ahora, desvelados en tu asechanza los ojos y oidos de muchos, que te especularán y seguirán á do quiera que vayas. Dime pues, Catilina, ¿qué es lo que mas esperas? Si ni la noche con sus tinieblas puede obscurecer tus monipodios nefarios, ni las paredes de tu casa particular abarcar en sí la voz de tu conjuracion; si todas tus traiciones se descubren y salen afuera; muda ese parecer, créeme, y olvídate de las matanzas é incendios. Eres convencido por todas partes, y todos tus consejos se muestran mas claros que el dia, los quales conmigo cumple ahora que reconozcas: ¿No te acuerdas que á los 19 de Octubre dixe al Senado público, que á los 21 del mismo mes veriamos en armas á Cayo Manlio, allegado tuyo, y ministro de tu atrevimiento? ¿Por ventura engañéme, ó Catilina, no solamente en un negocio tan grande, tan cruel y tan increible, pero tambien (lo qual engendra mucho mayor espanto) en el dia? Asimismo dí aviso al Senado que para el 26 de Octubre habias destinado la muerte á todos los principales de la Ciudad; en la qual sazon se au-

sentaron no pocos de ellos; y esto no tanto por conservar su salud, quanto por reprimir tus designios y pensamientos. ¿Negarás, pues, que tú en aquel mismo dia, quando dixiste que te contentabas de degollar los que acá quedábamos, ya que se te habian escapado los otros, cercado de mis presidios y de mi diligencia, no te pudiste rebullir contra la República? Demas de lo susodicho, quando asaltando á Palestrina de noche, pensaste de tomarla por fuerza el primer dia de Noviembre, ¿no hallaste que aquella tierra por mi orden, con mi guarnicion, y con mis guardas y centinelas, estaba proveida y fortificada? No haces, ni mueves, ni piensas cosa que yo no vea, oiga y sienta muy á la clara. Reconoce, pues, conmigo aquella noche pasada, y conocerás que yo me desvelo mucho mas para la salud, que tú para la ruina de la República. Digo que veniste aquella primera noche entre los Falcarios [1] (no quiero hablar obscuro) á casa de Marco Lecca, adonde concurrieron muchos compañeros de la misma locura y maldad. ¿Osarás, pues, negar aquesto? ¿Por qué callas? yo te convenceré si lo niegas; porque aun aquí veo en este Senado algunos que se hallaron juntamente contigo. ¡O inmortales Dioses! ¿en qué tier-

1 Eran ciertos soldados armados con hoces.

tierra estamos? ¿qué República poseemos? ¿en qué Ciudad residimos? Aquí, aquí, Padres Conscriptos, en esta orden, digo entre nosotros mismos, y en este santísimo y gravísimo consejo de todo el mundo, se hallan algunos que entienden no solamente en mi muerte, y en la de todos vosotros, pero tambien en la desolacion de esta Ciudad y del mundo universo. Yo, Consul, los veo á estos, y les pido su parecer acerca de la República; y á los que merecian ser despedazados con hierro, no los oso ni aun herir con palabras. Asi que estuviste aquella noche, Catilina, con Lecca, repartiste las Provincias de Italia; ordenaste á do querias que se partiese cada uno; escogiste los que habias de dexar aquí en Roma, y los que querias sacar contigo; señalaste las partes de la Ciudad que habian de ser ardidas; afirmaste que saldrias presto de Roma, dado que se retardaria tu designio algun tanto, á causa que yo vivia. Halláronse entonces dos caballeros Romanos [1], que se ofrecian á librarte de este cuidado, y matarme aquella misma noche en mi propio lecho, un poco antes del dia. Todas las quales cosas conocí luego, Padres Conscriptos, en habiéndose deshecho á malas penas vuestra congregacion; y asi proveí, y aseguré mi casa con [illegible] ma-

[1] Estos fueron Cayo Cornelio y Varguntéyo.

mayor guarda; y dí con la puerta en los ojos á los que de tu parte, ó Catilina, vinieron á saludarme muy de mañana, que fueron aquellos mismos de los quales yo habia dicho antes á muchos varones, como vendrian precisamente á tal tiempo. Siendo, pues, todo esto asi, Catilina, prosigue en lo comenzado; salte alguna vez siquiera de la Ciudad; las puertas están abiertas, camina; ya ha mucho que te desea, como á su General, el exército que Manlio tiene hecho en tu nombre. Saca tambien contigo todos tus adherentes, ó si no puedes todos, á lo menos gran parte de ellos, limpia nuestra Ciudad; sacarásme cierto de un grandísimo miedo, mientras entre tí y mí se hallare algun muro medio: ya no puedes conversar con nosotros mas largo tiempo, porque yo no lo sufriré, no lo consentiré, ni daré á ello lugar. Debemos á los inmortales Dioses hoy hacer muchas gracias, y particularmente á este Júpiter que aquí preside, y es antiquísimo protector y amparo de esta Ciudad, que nos hayamos tantas veces librado de una tan triste, tan horrible, y tan infecta pestilencia de la República; cuya total salud no es bien que corra tan á menudo riesgo, y esté en balanza, á causa de un hombre solo. Siempre que tú, ó Catilina, me quisiste á mí elegido ya Consul, oprimir con traiciones, no con las armas públicas, si-

no con mi particular diligencia, me defendí de tus manos. Quando en los ayuntamientos Consulares últimamente pasados procuraste de me matar á mí, que era Consul, y á todos tus competidores en el campo Marcio, con ayuda de mis amigos reprimí tus nefarios esfuerzos, sin hacer algun alboroto público. En suma, siempre que quisiste ofenderme, te resistí yo mismo con mi persona, puesto que conocia estar asida y apegada mi ruina con la grande calamidad y desventura de la República. Pero ya descubiertamente contra toda la República enderezas tus crueles flechas; los templos de los inmortales Dioses, las casas de la Ciudad, la vida de todos los ciudadanos, y finalmente toda la Italia procuras destruir y asolar. Por eso, no osando yo ahora hacer lo que fué siempre tenido por principal y propio de aqueste Imperio, y de la disciplina de nuestros mayores, haré lo que acerca de la severidad se mostrará mas blando, así como mas util y provechoso acerca de la salud comun. Porqué si mando que te quiten la vida, quedaráse solapada en nuestra República la resta de tus revoltosos y conjurados; y si lo que ha rato que te aconsejo, tú te salieres fuera, saldráse juntamente contigo, y agotaráse una grande hediondez, y á la República muy dañosa, de tus allegados y compañeros. ¿Qué es esto, pues,

Ca-

Catilina? ¿Dudas por ventura de hacer ahora por mi mandado lo que ya de tu voluntad hacias? Manda el Consul al enemigo que se salga de la Ciudad. Preguntarásme tú, ¿por ventura á destierro? No te mando yo que salgas para destierro; pero aconséjotelo, si tomas mi parecer. ¿Qué cosa, di, Catilina, puede darte mas placer en esta Ciudad, en la qual, fuera de la conjuracion de aquestos hombres perdidos, no hay persona que no te tema, no hay hombre que no te tenga capital odio? ¿Qué señal de doméstica fealdad no tiene amancillada tu vida? ¿Qué particular afrenta ú deshonra no se allega á tu pública infamia? ¿Qué apetito desordenado se desvió jamas de tus ojos? ¿qué hazaña cruel de tus manos? ¿qué luxuria insaciable y bestial de todo tu cuerpo? ¿Qué mozalvillo hay en esta Ciudad, de los que enredaste con tus halagos y corruptelas, al qual para la osadía no hayas precedido con hierro, y para la luxuria no le hayas alumbrado con una antorcha? ¿Qué diré de lo que te acaeció poco ha quando habiendo con la muerte de tu primera muger desembarazado la casa para otras recientes bodas [1],

con

1 Dícelo porque mató á su propio hijo por casarse con Orestila; y porque tambien tuvo que hacer con su propia hija.

con otra increible tacañería colmaste aquella extraña maldad? El qual acto quiero pasar por silencio; y consentiré facilmente que no lo sepa la tierra, para que no parezca ó haber acaecido en esta Ciudad una tan cruel hazaña, ó haber quedado por castigar. Callo los estragos grandes de tu hacienda, que lloverán sobre tí, como lo sentirás mediado el primer mes que viene. A solas aquellas cosas quiero convertir mi oracion, que no tocan á la ignominia particular de tus vicios, ni á tus dificultades, abominaciones y fealdades domésticas, sino á la suma de la República, y á la vida y salud de todos nosotros. ¿Puede, ó Catilina, esta luz que á todos recrea, ó el espíritu de este cielo, serte en algun modo agradable, siendo cierto que sabes que ninguno de todos estos ignora como el último dia de Noviembre, delante de Lepido y Tulo, Cónsules, estuviste en pie y armado en el ayuntamiento? ¿que habias preparado tus manos para la occision de los Cónsules y varones principales de la Ciudad? ¿y finalmente que á tu furor y maldad no resistió algun juicio tuyo, ó miedo que hubieses, sino la fortuna y buena suerte de la República? Pero dexo de hablar de estas cosas, pues son claras y muy recientes. ¿Quántas veces me quisiste matar, siendo yo designado, y quántas siendo ya Consul? ¿De quántos asaltos tuyos de tal ar-

te

te enderezados que parecia imposible evitarlos, me escapé con una cantonada pequeña, y como dicen, hurtándote el cuerpo? No haces ni alcanzas, ni tientas cosa, la qual á su tiempo y sazon yo no la tenga entendida; y ni por eso desistes de querer y de procurar el público daño. ¿Quántas, quántas veces te fue arrebatada de las manos aquesa daga? ¿quántas se te cayó acaso? y todavía no puede estar mucho tiempo sin ella. La qual cierto yo no sé con qué género de sacrificio fue de tí consagrada, ó á qué altar ofrecida, pues piensas sea necesario hincarla en el cuerpo del Consul. Exâminemos ahora un poco esa vida tuya qual sea, porque quiero hablar contigo de tal manera, que no parezca reynar en mí, ni incitarme el odio que debe, sino la misericordia que no te es debida. Despues que veniste al Senado no mucho ha, ¿quién es el que de tanta muchedumbre de gente, y de tantos amigos y deudos tuyos te saludó? Si esto, pues, no acaeció á nadie, despues que memoria de hombres se halla; ¿esperas tú oir de palabra tu vituperio, habiendo sido oprimido del gravísimo juicio del silencio, que te condena? ¿Quieres mas, sino que en siendo llegado tú, se vaciaron todos estos estrados? ¿y que todos los Consulares varones, cuyas cabezas tuviste muchas veces señaladas para la muerte, luego que te vieron sentar

tar, se fueron, dexando asi todas estas sillas vacías? ¿Pues con qué ánimo, dime, sufres aquestas cosas? En verdad si mis esclavos me temiesen á mí, como á tí te temen todos tus ciudadanos, tendria por consejo muy sano dexar mi casa; ¿y á tí no te parece ser expediente partirte de la Ciudad? Demas de esto, si yo sintiese que mis ciudadanos á tuerto me tenian tan gravemente por sospechoso y adverso, querria mucho mas apartarme de su presencia, que ser visto con ojos turbios y airados de todos ellos; y tú al contrario, conociendo con la conciencia de tus maldades, el odio capital que te tienen todos méritamente, y el que te es debido de largos tiempos, ¿aun dudas apartarte del rostro y conspecto de aquellos cuyos ánimos, sentidos y entendimientos tienes llenos de heridas? Si te vieses temido de tus parientes, y de los tuyos aborrecido, y no hallases manera de mitigarlos, creo que te retirarias de sus ojos á alguna parte que no te viesen; y temiéndote ahora, aborreciéndote mortalmente la patria (que es madre comun de todos), y sabiendo que no piensas sino en su parricidio, ¿no tendrás respeto á su autoridad, ni te allegarás á su parecer, ni temerás su fuerza? La qual, ó Catilina, usa de este razonamiento contigo, y en cierta manera callando habla. Despues de tantos años acá ninguna cruel hazaña se perpetró sino por medio de

esas tus manos; ningun género de abominable luxuria se metió sin tí en execucion; á tí solo te fue siempre libre, sin pena alguna, quitar á muchos ciudadanos la vida, y fatigar y meter á saco los confederados de la República. Jamas te faltó vigor, no solamente para menospreciar las leyes y las pesquisas, pero tambien para destruirlas y transgresarlas. Fueron por cierto intolerables aquellos primeros daños, y todavía los sufrí como pude. Pero ver ahora que toda por solo tí está en gran temor y rezelo; que á qualquier sonido que se oye, luego, Catilina, se teme; y que ningun consejo se puede tomar contra mí, el qual sea ageno de tus maldades; no me parece cosa que tolerar se deba. Por eso vete de aquí, y líbrame del tal miedo; para que si fuere verdadero, no me vea oprimir; y si falso, dexe de temer algun tiempo. Si la patria (como dixe) hablase contigo todas aquestas cosas, ¿no te parece que debria impetrar de tí lo que pide, aunque no te pudiese hacer fuerza? ¿Qué diremos á esto; que tú mismo te diste por preso, y dixiste que para quitar sospecha querias residir en casa de Marco Lepido? Del qual no siendo recibido, osaste venir á mí á rogarme te guardase en mi casa; y respondiéndote tambien yo, que mal podria estar seguro en tu compañía entre quatro paredes el que se veia en muy gran peligro por es-

estar encerrado contigo dentro de los muros de Roma, fuiste á Quinto Metelo, Pretor, del qual tambien rechazado, te pasaste á Marco Marcelo [1], tu compañero, y excelente varon, pareciéndote que sería diligentísimo guardian tuyo, sagacísimo en las sospechas, y severísimo en castigar los delitos. ¿Quán lejos, pues, os parece debe estar de la carcel y de los grillos el que á sí mismo se juzga digno de ser preso y encarcelado? Las quales cosas pasando ansi como dicho tengo, y no pudiendo tú aquí pacientemente morir, ¿dudas, ó Catilina, irte á otras regiones, encomendando á los pies y á la soledad esa vida tuya, escapada de muchos castigos y muertes que la eran justamente debidas? Pídesme que proponga delante del Senado esta partida tuya; el qual teniendo por bien tu destierro, dices que obedecerás á su decreto y mandado. Por cierto no propondré yo aquello, que es muy ageno de mis costumbres; y habrélo todavía de proponer, para que entiendas qué es lo que sienten de tí estos Padres Conscriptos. Sal de la Ciudad, Catilina; libra la República del miedo que tiene; camina hácia el destierro, si esperas oir este nombre. ¿Qué es eso, Ca-

1 Este M. Marcelo era popular, y diverso del otro, cuyo nombre Ciceron alabará de aquí á un poco; y ansi á este se alaba irónicamente.

Catilina? ¿qué es lo que estás atento, considerando el silencio de estos? Que lo quieren, que lo consienten y callan. ¿Para qué esperas que te muestren su autoridad hablando, los que callando te declaran su voluntad? Es cierto que si á este Publio Sextio, mancebo excelente, ó á Marco Marcelo, fortísimo varon, hubiera dicho yo lo que ahora á tí te amonesto, ya todo el Senado, y con mucha razon, en este mismo templo me hubiera echado violentamente las manos, aunque soy Consul. Pero quanto contra tí dixe, estando sosegados lo aprueban: decrétanlo quando consienten; y finalmente quando con gran silencio callan, dan voces, no solamente aquestos [1] cuya autoridad á tí te es muy cara, asi como su vida utilisima, pero tambien aquellos honestísimos caballeros Romanos y excelentes varones, como los otros ciudadanos muy fuertes, que rodean todo el Senado; cuya freqüencia pudiste ver, y ni mas ni menos entender sus deseos, y oir un poco antes sus voces. A todos estos, pues, cuyas manos y armas apenas he podido detener mucho ha que no te asaltasen; persuadiré facilmente, queriendo tú dexar esta tierra, la qual deseas destruir y asolar, que desde lejos te acompañen hasta la puerta. ¿Mas qué es lo que yo devanéo?

¿Es

1 Irónicamente habla.

¿Es posible que alguna cosa te quebrante ó domeñe? ¿que tú te corrijas en algun tiempo? ¿que pienses jamas huir ó irte á destierro? Oxala te lo pusiesen ya en el corazon los inmortales Dioses; y dado que veo, si atemorizado de estas mis voces, deliberases irte de aquí desterrado, quan gran tempestad de envidia é indignacion se me conseguiria, si no en el tiempo presente, por ser aun fresca la memoria de tus maldades, á lo menos en el de por venir; todavía no tengo en tanto este inconveniente, con tal que esa calamidad sea tuya propia, y apartada de los peligros de la República. Pero no conviene pedir ni desear que te conmuevas por respecto de tus maldades, que temas las penas que proponen las leyes, y que des lugar á los tiempos de la República. Porque tú, Catilina, no eres aquel á quien la vergüenza pueda apartar de fealdad, ó el miedo de los peligros, ó finalmente del furor la razon; por eso, como ya muchas veces te he amonestado, camina; y si á mí, tu enemigo, qual me publicas, quieres causarme una grandísima envidia, vete derecho al destierro. Lo qual tú haciendo, quiero decir, yéndote desterrado por orden del Consul, apenas podré sufrir lo que de mí murmurarán las gentes; apenas podré soportar la carga de un odio tan grave y tan envidioso. Pero si deseas aumentar mas mi gloria y mi fama, salte con la

qua-

quadrilla importuna de todos esos hombres malvados; vete derecho á Manlio, conmueve y junta los ciudadanos perdidos, apártate de los buenos, mueve guerra contra la patria, y finalmente gózate con tus impios robos, para que no parezca que fuiste de mí abalanzado hácia los extraños y agenos, sino mas antes convidado para los tuyos. Aunque ¿para qué te tengo de convidar, sabiendo que ya enviaste adelante ciertos precursores armados que te esperasen allá en el campo Aurelio? ¿y teniendo tambien entendido que aquella águila de plata, á la qual en tu casa se consagraban todas tus bellaquerías y maldades, y la qual espero que á tí y á todos los tuyos acarreará fin triste y muy desastrado, la enviaste asimismo en la delantera? Dime, ¿cómo es posible que puedas estar apartado mucho tiempo de aquella que solias siempre adorar, quando te partias para alguna grande matanza? y de cuyos altares muchas veces moviste esa impia mano derecha tuya, para derramar sangre de ciudadanos? Irás, pues, á la fin algun dia adonde ya ha mucho te arrebataba ese tu deseo furioso y desenfrenado; la qual mudanza á tí no te causa dolor, sino un deleyte increible. Porque para esta locura te produxo la naturaleza, te exercitó tu voluntad y apetito, y te guardó la fortuna. Tú nunca deseaste jamas ni ociosidad ni guerra que no fuese pernicio-

ciosa y malvada. Tú de muchos hombres perdidos, y dexados no solamente de la fortuna, pero tambien de toda esperanza, juntaste una grande esquadra pestífera, enmedio de la qual ¿qué regocijo será aquel tuyo? ¿quan extraño placer y gozo? ¿quan inmenso deleyte, quando en tan gran número de los tuyos, ni oirás ni verás hombre que bueno sea? Para este exercicio de vida vienen harto á propósito aquellos trabajos tuyos tan afamados, como es acostarte en tierra, no solamente para cometer un estupro, pero tambien para perpetrar otra qualquiera infernal hazaña; el velar la noche, no solo para urdir alguna traicion á los maridos que duermen, pero tambien para robar los bienes de los ya degollados. Asi que allí tienes adonde muestres aquel singular sufrimiento tuyo de hambre, frio y falta de todas las cosas; los quales males sentirás que te derribarán muy presto. Por cierto quando te desvié el Consulado, yo hice aqueste provecho tan solamente, que pudieses antes desterrado tentar, que siendo Consul fatigar la República; y que la hazaña malvadamente por tí emprendida se llamase antes público robo y destrozo, que guerra. Pero ahora, Padres Conscriptos, para que yo pueda apartar de mí cierta queja, que podria oponerme quasi justamente la patria, ruegoos que atentamente me oigais lo que deciros quiero, y oido lo guardeis

en

en vuestros ánimos y entendimientos. En verdad si nuestra patria comun (la qual me es cara mucho mas que la vida), si toda Italia, y si toda la República me hablase en esta manera: Marco Tulio ¿qué haces? ¿Al que hallaste ser enemigo, al que ves que ha de ser Capitan de la guerra que se urde contra nosotros, al que sabes que se espera por General en el real de los enemigos, al autor y origen de la maldad, al Príncipe de la conjuracion, y finalmente al seductor de los esclavos y de los ciudadanos perdidos, quieres dexar libremente salir, para que no parezca ser echado de la Ciudad, sino metido en ella? ¿Cómo? ¿no ordenarás que este tal, aherrojado con cadenas y grillos, sea luego arrebatado para la muerte, y despachado con algun extremo suplicio? ¿Qué cosa, dime, te estorba? ¿Por ventura la costumbre de los mayores? Muchas veces, pues, en esta Ciudad aun personas particulares dieron muerte á los ciudadanos perversos y perniciosos. ¿O por ventura las leyes que fueron instituidas sobre la execucion de los ciudadanos? á las quales si tienes respeto debrias tener entendido, que los que se desviaron de la República, nunca mas en esta Ciudad gozaron de derechos ó privilegios de ciudadanos. ¿O temes por dicha la envidia que se te podria recrecer en los tiempos de por venir? Muy bien se lo agradeces por cierto al Pueblo

blo Romano, que siendo tú conocido solamente por tu persona, y no habiendo heredado algun lustre ó nombre de tus mayores, te subió tan presto por todos los grados de honores y dignidades hasta el imperio sumo, si por miedo de la envidia, ú de algun peligro, menosprecias y echas atrás la salud de tus ciudadanos. Pero ya que se haya de temer esa envidia, ¿por ventura temeremos mas fuertemente la envidia que se tiene á la severidad y á la fortaleza, que la que á la cobardía hace guerra? Sepamos, quando toda Italia se asolará con guerras, quando las Ciudades serán fatigadas y opresas, y quando arderán las casas, ¿no piensas que tambien tú entonces te abrasarás con las llamaradas de envidia? En verdad á estas santísimas voces de la República, y á las opiniones de aquellos que sintiesen lo mismo que ella, daria por respuesta estas pocas palabras: Si yo, Padres Conscriptos, tuviese por expediente dar á Catilina la muerte, á este esgrimidor sin duda no le dexaria vivir ni aun una hora. Porque si algunos ciudadanos clarísimos, principales en la República, no solamente no ensuciaron sus nombres con la sangre de Saturnino, de Flacco, de los Gracos, y de otros muchos antiguos varones, pero tambien se ilustraron y ennoblecieron con ella, no habia yo de temer que de la muerte de este parrici-

da comun de todos los ciudadanos, en los tiempos venideros me pudiese redundar alguna suerte de envidia; la qual ya que no se pudiese huir, todavía siempre fuí de tal ánimo y parecer, que á la envidia con virtud adquirida la tuviese no por envidía, sino por gloria. Mas hállanse en este Senado algunos, que ó no ven los peligros en que todos estamos, ó si los ven disimúlanlos; y estos son los que entretuvieron la esperanza de Catilina con sus muy blandas sentencias; y por no creer la conjuracion en su primer nacimiento, la dieron fuerza y vigor; la autoridad de los quales siguiendo muchos, no solamente malvados, pero tambien ignorantes, si yo hubiera castigado á este, dixeran que lo habia hecho cruelmente, y como Rey, de poder absoluto. Pero si ahora él se fuere (como se piensa ir) al real de Manlio, soy cierto que no habrá hombre tan necio que no vea la conjuracion ser hecha, ni tan perverso que á voces no la confiese. Asi que si matásemos á este solo, creeria yo que por un pequeño espacio de tiempo se reprimiria la pestilencia de la República, pero que no podria reprimirse para siempre y del todo. Mas si él mismo se echare fuera, y sacare consigo todos los suyos, y recogidos de todas partes en uno congregare los de su profesion como escapados de algun naufragio, no hay duda ninguna sino que

se

se amatará, y extirpará para siempre, no solamente esta pública pestilencia, pero tambien la raiz y la simiente de todos los males. Ya ha mucho, Padres Conscriptos, que vemos al ojo los peligros de la conjuracion, y de otras grandes traiciones; mas yo no sé en qué manera, todas aquellas maldades, y el furor antiguo y atrevimiento, vinieron á madurarse en este mi Consulado. Por donde si en tan grande insulto de salteadores quitamos la vida á este solo, parecerá que hasta un breve tiempo quedaremos por ventura libres de cuidado y de miedo; pero que todavía el peligro quedará fixo y encerrado en las venas y en las entrañas de la República. Porque asi como muchas veces los enfermos de alguna enfermedad grave, quando fatigados del grande ardor y de la calentura, beben un golpe de agua muy fria, se sienten luego al principio aliviados, pero despues tornan á congojarse mucho mas gravemente; de la misma forma, esta enfermedad que aflige nuestra República mitigada con la pena de aqueste, vendrá despues á hacerse mucho mas grave, quedando vivos los otros. Por eso, Padres Conscriptos, váyanse los malvados, apártense de los buenos, júntense en un lugar, haya entre ellos y nosotros un muro, dexen de hacer en su casa asechanzas al Consul, dexen de rodear el tribunal del Pretor urbano, de cercar

con espadas la audiencia, y de buscar sarmientos y antorchas para encender la Ciudad; y finalmente cada ciudadano traiga escrito en su frente lo que siente de la República. Del resto yo os prometo, Padres Conscriptos, que en mí, que soy vuestro Consul, habrá á tan gran diligencia, tanta autoridad en vosotros, tanta virtud y fortaleza en los caballeros Romanos, y tan gran consenso y concordia en todos los buenos, que con la partida de Catilina vereis descubiertos luego todos sus tratos, manifiestos, oprimidos y castigados. Vete, pues, Catilina, á la guerra, vete con gran salud de nuestra República, y con tu pestilencia y ruina; vete con la destruccion de todos aquellos que contigo en todo parricidio y en toda bellaquería y maldad se juntaron. Entretanto tú, Júpiter, que fuiste constituido de Rómulo con los mismos agüeros prósperos que esta nuestra Ciudad, y al qual llamamos Presidente y Protector de ella, y verdaderamente del mundo universo, tendrás especial cuidado de apartar á este malvado y á todos sus compañeros muy lejos de tus altares sagrados y de los otros templos, de las casas, muros y adarves de la Ciudad, y de la vida y fortunas de todos los ciudadanos [1], y

1 De aquí se colige la religion de Ciceron, y como creyó el juicio final, y la inmortalidad del anima.

y asimismo de atormentar y consumir en este siglo mientras vivieren, y en el otro despues de muertos, con suplicios sempiternos, á los enemigos de todos los buenos, á los adversarios de aquesta patria, á los saqueadores de Italia, y finalmente á los que para nos destruir hicieron entre sí una nefaria liga y monipodio de sus maldades.

FIN DE LA ORACION PRIMERA.

ORA-

ORACION SEGUNDA

DE CICERON

CONTRA LUCIO CATILINA

RECITADA Á LOS QUIRITES.

Al fin, ó Quirites, á aquel Lucio Catilina, que con un atrevimiento furioso resollaba siempre maldades, acarreaba pestilencia impiamente á la patria, y os amenazaba con hierro y con llamas á vosotros y á esta Ciudad, echámosle, ó enviámosle de ella, ú desde lejos, quando se iba le seguimos y acompañamos. Fuése, salióse, rompió por en medio de todos, y escabullóse. Ninguna destruccion ya dentro de nuestros muros se les puede recrecer de este monstruo y siniestro agüero á los mismos muros. Ansi que vencimos sin controversia ó contraste alguno al singular Capitan de esta guerra doméstica: no andará ya aquella daga mas entre nuestros costados: ni en el campo Marcio, ni en la plaza, ni en el Senado, ni en nuestras casas estaremos cargados de mie-

miedo. Ya mudó hito el dia que fue echado de la Ciudad. Ya podremos, como á enemigo, hacerle justa guerra muy á la descubierta. Sin duda echámosle del todo á perder, y vencímosle manifiestamente, quando de aquellas sus traiciones secretas le arrojamos á públicos latrocinios y robos. ¿Qué dolor, qué congoja y tristeza pensais debe ser ahora la suya, de ver que no llevó aquel puñal muy ensangrentado, ansi como deseaba? ¿que se salió dexándonos vivos á todos? ¿que le arrebatamos el hierro de entre las manos? ¿y finalmente, que dexó salvos los ciudadanos, y la Ciudad en pie? Caido está y tendido por tierra el desventurado, ya se siente opreso y muy abatido, y vuelve muchas veces los ojos á esta Ciudad, y llora de que ansi se la háyamos arrebatado de entre los dientes; la qual me parece que no cabe en sí de placer de haber vomitado, y echado lejos de sí una tan gran pestilencia. Pero si alguno se halla tal, quales debrian ser todos, que en esto mismo, en lo qual mi oracion muestra gran gozo y triunfo, gravemente me acuse de no haber aprehendido un tal capital enemigo, mas antes que enviádole; esta culpa, Quirites, no es mia, sino de aquestos tiempos. Yo confieso que convenia mucho ha ser Lucio Catilina ya muerto, y castigado con un castigo exemplar; lo qual me pedia la costumbre de los

ma-

mayores, la severidad de este Imperio, y la República toda. ¿Mas quántos pensais que habia que no creyesen lo que yo contra él presentaba? ¿quántos que de pura necedad no pensasen ser ansi como yo referia? ¿quántos que defendiesen su causa? ¿quántos que con ánimo maligno y perverso le diesen favor y ayuda? Y aun con todo esto, si yo juzgara que muerto él se apartara de nosotros todo el peligro y daño, ya ha mucho que á Lucio Catilina le hubiera sacado de entre los vivos, puesto que me sometiera á peligro no de envidia tan solamente, pero tambien de la vida. Mas viendo que sino siendo aun el negocio aprobado de todos vosotros, le daba la muerte que merecia, no podria yo despues, oprimido del odio é indignacion, perseguir á sus enemigos, traxe la cosa á estos términos, para que pudiésedes contra él pelear á la clara, viéndole ya enemigo muy descubierto. El qual enemigo nuestro quanto piense yo que deba ser temido, mientras anda por allá fuera, de aquí lo podreis juzgar que me pesa infinito, de ver que salió mal acompañado; y pluguiera á Dios que sacara juntamente consigo toda su compañía. Llevóme todavía á Tongilo [1], al qual habia comenzado á amar siendo niño, y esto no sin gran vituperio. Llevó tambien á Publi-

1 Otros leen Longilo.

blicio y Munacio, cuyas deudas registradas por las tabernas y bodegones, no podian acarrear á la República miedo. Pero qué varones haya dexado acá, quán cargados de deudas, quán fuertes y poderosos, y finalmente quán nobles, veislo muy bien vosotros. De aquel su exército, pues, congregado asi de las legiones Francesas, y de la gente que tuvo Quinto Metelo en el campo Piceno y Gálico, como de estas ordinarias quadrillas, que nosotros cada dia juntamos, yo no hago caso ninguno, visto que es hecho de viejos desesperados, de luxuriosos salvages, de rústicos mendicantes, de hombres que se engullen lo suyo y lo ageno, y finalmente de tan honradas personas, que tuvieron por mejor faltar á los plazos y acreedores que al tal exército; á los quales soy cierto se les caerá luego el ánimo en mostrándoles yo no solamente la haz de nuestra gente de guerra, pero aun solo el edicto pretorio. Mas á estos que veo andar por las plazas casi en el ayre, asistir en las Audiencias, y venir tambien al Senado todos perfumaditos, vestidos de púrpura y rutilantes; á estos, á estos holgara yo mucho mas que se los llevara Catilina por soldados consigo; los quales si aquí se quedan, acordaos que nos habremos de rezelar y temer, no tanto de aquel exército, quanto de los que le desampararon. Los quales por esta cau-

sa son mucho mas de temer, que aunque saben que yo entiendo todos sus pensamientos, ninguna cosa se alteran. Veo á quien cupo por suerte Apulia; quién es el que posee la Toscana, quién el campo Piceno, quién el Gálico, y finalmente quién es el que pidió se dexase á su cargo la occision de los ciudadanos y el incendio de la Ciudad. Ya saben que me fueron declarados todos sus consejos de la otra noche, lo qual todo ayer expuse al Senado; por donde Catilina se huyó temiendo. ¿Qué es, pues, lo que estos esperan? Porque si piensan que aquella mi blandura y mansedumbre pasada tiene de durar para siempre, viven por cierto muy engañados. Ya yo salí con aquello que pretendia, que era daros á vosotros todos palpablemente á entender como era hecha una grave conjuracion contra la República, salvo si alguno no cree que los semejantes á Catilina fuesen de la misma sentencia con él. No hay ya lugar á clemencia; el negocio pide severidad. Solamente les concederemos esto: que salgan fuera, que se vayan, y que no permitan que el desventurado de Catilina se consuma con su deseo esperándolos. Ea, yo les quiero mostrar el camino. La via Aurelia siguió; y si quieren apresurar los pasos, le alcanzarán á la tarde. ¡O bienaventurada República si hubiere una vez echado de la Ciudad to-

da

da esta infeccion! que en haber sido solo Catilina alanzado de ella, me parece estar la República ya con grande alivio recreada. ¿Qué bellaquería ó maldad se puede imaginar ó fingir, la qual él no tenga ya concebida? ¿Qué mezclador de venenos puede hallarse en Italia toda, qué esgrimidor ú desuella caras, qué salteador de caminos, qué matador, qué parricida, qué falsificador de mandas y testamentos, qué embaydor, qué feligrés de tabernas y bodegones, qué disipador de bienes, qué adúltero, qué infame muger, qué corruptor de la juventud; y por decirlo en suma, qué hombre corrupto y perdido, el qual no confiese que vivió con Catilina familiarísimamente? ¿Qué homicidio se hizo en estos años sin él? ¿Qué nefário estupro se perpetró sin su intervencion? Ultra lo susodicho, ¿qué hombre jamas regaló y acarició con hálagos tanto la juventud como este? El qual á unos amaba muy torpemente; y al amor de otros holgaba de complacer, todo hirviendo en luxuria. A unos prometia el fruto de sus torpes concupiscencias; y á otros las muertes de sus propios padres, ofreciéndose no solo á incitar á otros para que los matasen, pero tambien á ayudarlos. Con las quales mañas es cosa de no creer quán súbito no solamente de la Ciudad, pero tambien de la campiña universa, congregó á sí un gran

número de hombres perdidos; porque ningun hombre hubo cargado de deudas, no solamente en Roma, pero ni en ninguna otra parte ó rincon de Italia, el qual no atraxese luego á esta increible y malvada conjuracion. Y para que podais entender sus diversos exercicios y estudios en cosa desemejante, no se halla hombre en todo el juego de esgrima, el qual sea un poco mas osado que otros para emprender hazañas malvadas, que no se haga íntimo amigo de Catilina; ni entre los que representan comedias se halló alguno de los que en liviandad y bellaquería sobrepujan á todos los otros, que no afirmase haber sido quasi compañero del mismo. El qual varon excelente habiéndose ya acostumbrado con el exercicio asiduo de sus maldades y estupros, á tolerar frio, hambre, sed, y falta de sueño, vino á ser llamado fuerte de estos sus compañeros, por haber consumido y gastado los reparos de la industria, é instrumentos de la virtud, en luxuria y atrevimiento. Si á este, pues, siguieren sus amigos y compañeros, si se salieren de la Ciudad las quadrillas perversas de estos hombres desesperados, ¡ó bienaventurados nosotros! ¡ó fortunada República! ¡ó esclarecida gloria de mi consulado! No tienen ya modo ni medio sus apetitos desenfrenados; ni sus osadías son humanas ó tolerables, visto que no piensan en otra cosa sino
en

en crueles matanzas; no en otra sino en incendios; no en otra sino en rapiñas y robos. Porque como hayan disipado sus patrimonios, y engullídose todos sus bienes, de muchos años atrás les comenzó á faltar la hacienda, y de poco acá el crédito; de manera que les queda solamente aquella misma ambicion y locura que tenian en su prosperidad y abundancia. Y aun con todo eso, si en aquella borrachez y tahurería no pretendiesen otro sino darse á banquetes y á rameras infames, tendríamoslos por hombres deshauciados, pero por tolerables. ¿Mas quién es el que pueda sufrir aquesto, que los haraganes y para poco procuren quitar las vidas á los fortísimos? ¿los faltos de juicio y de entendimiento á los prudentísimos? ¿los borrachos á los templados y sóbrios? ¿y finalmente los dormilones á los despiertos y vigilantes? Los quales estando alguna vez sentados cerca de mí en los convites, abrazados con disolutas mugeres, derribados del mucho vino, cargados y oprimidos de la vianda, coronados de ciertas guirnaldas, perfumados con olores y ungüentos, y finalmente debilitados de los estupros, suelen entre sus pláticas regoldar la matanza de todos los buenos, y el incendio de la Ciudad. Mas yo espero en Dios, que les está aparejado su triste hado; y que las penas de luengo tiempo á su bellaquería y maldad, á su disolucion y luxuria debidas, ó ya son lle-

llegadas para los castigar, ó tardarán muy poco. Los quales si mi consulado quitare de enmedio de entre vosotros, pues no los puede sanar, acrecentará no un breve no sé qué tiempo, sino muchos siglos á la República. No hay nacion que temamos, no hay Rey que al Pueblo Romano pueda jamas hacer guerra. Por la virtud de uno solo, todas las guerras externas, ansi terrestres como navales, son ya muertas y apaciguadas. Solamente nos queda esta guerra doméstica; dentro tenemos las asechanzas, dentro todo el peligro, dentro el enemigo encerrado; contra la luxuria, contra la locura y contra la iniquidad es menester que tomemos armas, para la qual batalla me ofrezco por vuestro Capitan, ó Quirites, tomando sobre mí las enemistades de estos hombres perdidos. Todas aquellas cosas que pudieren recibir medicina, procuraré sanarlas por qualquier medio; mas las que cumple se corten, no permitiré que queden para daño y ruina de la República. Por eso, ó váyanse, ó estén sosegados, ó si quieren estar aquí en la Ciudad, y persistir en el mismo propósito, esperen lo que merecen. Hay algunos que digan, Quirites, haber sido Catilina echado de mí al destierro; lo qual si yo decir les oyese [1], á ellos mismos les envia-

ria

1 Esto va dicho irónicamente.

ria en destierro. Por cierto, Catilina, siendo un hombre temeroso y modesto, no pudo sufrir la voz severa del Consul, y ansi obedeció luego en mandándole que se fuese al destierro. ¿Qué dirán á esto? Que ayer habiendo sido quasi muerto en mi casa, congregué el Senado en el templo de Júpiter, Presidente nuestro, y conté todo el negocio á los Padres Conscriptos, al qual lugar habiendo tambien Catilina venido, ¿qué Senador le llamó nunca á sí? ¿quién finalmente le saludó? ¿quién finalmente le miró como á ciudadano perdido, y no antes como á importunisimo enemigo de la República? En verdad, los principales Senadores de todo el Colegio dexaron aquella parte de los estrados desnuda y vacía á la qual se habia él allegado. Entonces yo, aquel Consul vehemente, que con sola una palabra echó á destierro los ciudadanos, pregunté á Catilina si acaso se habia hallado en casa de Marco Lecca, en aquella congregacion nocturna, ó no; el qual hombre lleno de atrevimiento, como á esta primera pregunta callase, convencido de su conciencia, declaré luego todas las otras cosas, conviene á saber, qué era lo que hizo aquella primera noche, á donde estuvo, qué cosas ordenó en la siguiente, y enseñé en suma qué traza tenia dada á toda la guerra. La qual intencion suya manifestada, como le viese estar muy suspenso,

y

y tardase, pregutéle ¿que por qué dudaba de se partir hácia aquel lugar, para el qual se habia ya mucho antes aparejado; siendo yo cierto que ya tenia enviado adelante las armas, las segures, los haces, las trompetas, los estandartes, y aquella águila de plata, á la qual en su casa tenia hecho un sagrario de sus maldades? ¿Cómo pues? ¿A destierro echaba yo aquel que veia ya ser entrado en la guerra? Por cierto, segun yo creo, Manlio, aquel Centurion que en el campo Fesulano asentó su real, en nombre de Catilina denunció la guerra al Pueblo Romano; y siendo esto ansi [1], aquel real no le espera como á su Capitan, ni Catilina se va derecho á meter en él, sino á Marsella, segun es fama, como desterrado por orden del Consul. ¡O suerte desventurada la de los que entienden no solamente en administrar, pero tambien en conservar la República! Dígolo, porque si Lucio Catilina de mis consejos, peligros y trabajos tomado enmedio y debilitado, súbito viniese á temblar de miedo, mudase parecer, desamparase los suyos, desechase el consejo de mover guerra; y por decirlo en suma, dexando este curso que lleva de maldad y de armas, se diese en huida, y se retirase al desierto, luego se diria públicamente, no que des-

1 Todo esto es irónico.

despojado por mí de las armas, de su atrevimiento, ni que atónito y espantado de mi diligencia, no que derribado de toda su esperanza y esfuerzo, sino que inocente, y sin ser oido ni condenado, con fuerzas y amenazas del Consul, fue echado al destierro; y aun no faltarán algunos que á él, si esto hiciere, le llamen no malvado, sino tímido y pusilánime; y á mí por el consiguiente, no diligentísimo Consul, sino muy cruel tirano. Pero á mí se me dá muy poco, ó Quirites, de caer en la tempestad de esta falsa envidia, con tal que de nuestras cabezas se aparte el peligro de esta guerra horrible y nefaria. Dígase que le eché con tal que se vaya al destierro; mas creedme vosotros á mí, que no irá. Nunca yo desearé de los inmortales Dioses, por librarme de alguna envidia, que oigais como Lucio Catilina trae exército de enemigos contra vosotros, y que todo hierve en armas; lo qual dentro de tres dias vendrá á vuestros oidos; y ansi lo que yo agora mucho mas temo es, no me den algun dia en rostro por haberle enviado antes que echado violentamente de la Ciudad. Mas publicando en esta sazon algunos que fue alcanzado por fuerza, habiéndose ido él voluntariamente, ¿qué dirian los mismos si fuese muerto? Aunque todos los que siembran ser ido Catilina á Marsella, no se quejan de ello quanto lo temen; porque ninguno de ellos hay

tan misericordioso, que no desee mas verle ir hácia Manlio que hácia los Marsellanos. Lo que entiendo de Catilina es, que aunque nunca hubiera pensado antes lo que agora pone por obra, todavía escogiera mas antes ser muerto salteador, que vivir desterrado. Pero agora no le habiendo acaecido cosa fuera de su voluntad é intencion, sino es que se partió de Roma, quedando nosotros vivos en ella, es bien que antes deseemos que se vaya al destierro, que nos quejemos porque fue á él echado. ¿Mas para qué hablamos tan largo tiempo de un enemigo que ya se publica por tal, del qual no tengo miedo ninguno, por haber (lo qué procuré siempre) entre él y mí un muro; y de estos disimulados que se quedan en Roma, y andan entre nosotros no decimos palabra? los quales yo querria cierto no tanto castigar, quanto sanar y volver mansos y piadosos á la República; si por algun modo posible fuese; aunque no entienda por qué haya de ser posible, si me quieren oir. Declararéos primero, ó Quirites, de qué géneros de hombres se junten estas quadrillas; despues á cada una de ellas traeré el remedio de mi consejo y de mi oracion, si alguno yo hallar pudiere. El primer linage es de aquellos que deben mucho, pero poseen mucho mas, y en ninguna manera pueden desasirse de sus posesiones por el grande amor que las tienen.

nen. Son estos al parecer honrados, y por quanto abundan en tantos bienes; pero si los escudriñais los ánimos y la causa de aquellas riquezas suyas, no hallareis en ellos sino muy gran desvergüenza. ¿Cómo? ¿teniendo tú tantas tierras, tanta fábrica, tanta plata y tanta familia, y siendo adornado de todas cosas, y en grande abundancia, dudas quitar un poco á tus posesiones por aquistar crédito? Dime, ¿qué es lo que esperas? ¿guerra? ¿Qué? ¿y piensas que siendo destruidas todas la otras, tus pasiones solas serán sagradas? O por ventura, ¿pública remision ó casacion de todas las deudas? Viven pues muy engañados los que la esperan de Catilina; porque yo soy el que ha de casar las deudas, pero haciendo almoneda pública de los bienes; visto que por ninguna otra via pueden salvarse todos estos ricos en posesiones; lo qual si hubieran hecho con tiempo, y no peleado contra las usuras [1] con los frutos de sus heredades (lo qual es muy gran simpleza) serian agora mas ricos y mejores ciudadanos á la República. Mas á mi parecer no hay para que temamos aqueste linage de hombres, pues los podre-

mos

1 Dícelo porque aquellos tomaban á usura para comprar posesiones, esperándolos pagar con los frutos, lo que era yerro muy grande; porque la usura es cierta, y los frutos inciertos.

mos desvian mas facilmente de su opinion, ó ya que permanezcan en ella, ofenderán con sus votos antes que con sus armas á la República. El segundo linage es de aquellos que aunque tambien deben mucho, tienen todavía gran deseo de dominar, y de verse en magestad y grandeza; y ansi, piensan de poder alcanzar en los alborotos de la República las honras y dignidades que son ciertos no alcanzarán mientras ella estuviere quieta y muy sosegada. A los quales conviene decir lo mismo que á todos los otros; y es, que pierdan la esperanza de conseguir jamas lo que con tanta impiedad procuran. Porque primeramente yo entre todos estoy siempre en vela, y asisto proveyendo á los peligros de la República. Despues de eso, hállanse grandes ánimos en los buenos, que son muchos y muy conformes. Tenemos tambien mucha gente de guerra, y juntamente los inmortales Dioses, que contra tan gran fuerza de iniquidad darán su ayuda y favor á este invicto Pueblo Romano, á este clarísimo Imperio, y finalmente á esta Ciudad en extremo grado hermosa. Pero ya que los malvados alcancen lo que con sumo furor desean, ¿por ventura en la ceniza de la Ciudad y en la sangre de los ciudadanos esperan ser Cónsules y Dictadores ó Reyes, que son los grados que con ánimo iniquo y nefario desearon? ¿Cómo? ¿no ven los perdidos que

pro-

procuran y apetecen aquello que despues de alcanzado sería menester lo diesen á algun fugitivo, ó algun maestro de esgrima? El tercer linage es ya cargado de edad, y robusto á causa del exercicio. De este linage es Manlio, al qual agora sucedió Catilina. Estos son ciertos hombres de aquellas pueblas que en los campos Fesulos fundó Syla; todas las quales entiendo ser pobladas de excelentes y fortísimos ciudadanos; pero tales, que viéndose súbito con dineros jamas esperados, se dieron profusa, y suntuosamente á gastarlos, y ansi alzando magníficas fábricas, y deleytándose de tener heredades, literas, grandes familias y aparatos inmensos, como hombres beatos, y de hacer exquisitos convites, cargaron sobre sí tantas deudas, que para librarse de ellas es menester que resuciten á Syla, y le revoquen de los infiernos. Los quales tambien incitaron á ciertos hombres salvages, pobres y necesitados á la misma sed y esperanza de las antiguas rapiñas y robos. A los unos y á los otros, pues, ó Quirites, pongo yo en el mismo género de ladrones y salteadores públicos, y amonéstolos que dexen de enloquecer y de pensar en confiscaciones y dictaduras; porque tanto dolor le ha quedado de aquellos tiempos á la Ciudad, que á mi parecer, no solamente los hombres no sufrirán semejantes insultos, pero ni aun tampoco las bestias. El quarto lina-

ge

ge es vario, revuelto, mestizo y congregado de ciertos hombres, que ha mucho que están opresos, y jamas alzarán cabeza; los quales parte por haber sido haraganes, parte por haber mal gobernado su hacienda, y hecho gastos excesivos y demasiados, andan acosados de viejas deudas; y ansi muchos de ellos, no pudiendo ya sufrir los emplazamientos, los juicios y las ventas públicas de sus bienes, se pasaron, segun es fama, de la Ciudad y del campo al real de los enemigos. A estos, pues, yo no tanto los tengo por soldados vehementes, como por entretenedores de deudas. Los quales si no pueden estar en pie, cáiganse de su estado, y en tal manera, que ni la Ciudad ni sus vecinos cercanos sientan la tal caida. Porque cierto yo no puedo alcanzar por qué razon ellos no pudiendo honestamente vivir, quieren morir torpemente; ó por qué se persuaden, que pereciendo con muchos, morirán con menor dolor que si muriesen solos. El quinto linage es de parricidas, de matadores, y de todos aquellos hombres que emprenden graves y perniciosas hazañas; los quales yo no revoco de Catilina, porque ni podrian de él apartarse, y es bien que perezcan en el latrocinio con él, pues son tantos que no cabrian en las cárceles. El linage último, no solamente en número, pero tambien en género y en el modo del vivir, el qual es pro-

pio

pio de Catilina, como escogido de él, y aun salido de su regazo y de entre sus brazos, contiene en sí los que veis pasear peynados y muy pulidos, unos de ellos sin barba, y otros barbiponientes [1], vestidos todos de unas ropas delgadas, baxas hasta los pies, y de muy luengas mangas, y cubiertos no de togas, sino de ciertos velos: la industria de la vida de todos los quales, y el trabajo de sus vigilias, se resuelve y muestra en continuar las cenas hasta la madrugada. Recógense á estas quadrillas todos los jugadores, todos los adúlteros, y todos los impuros y deshonestos. Estos muchachos, pues, que veis andar tan graciosos, tan pulidos y delicados, no solamente saben amar y ser amados, y cantar y saltar, pero tambien arrojar una daga y derramar venenos. Los quales si no salen de la Ciudad, y si no perecen, sabed que aunque Catilina haya fin, quedarán en la República por una simiente Catilinaria. ¿Mas qué es lo que pretenden ó quieren estos desventurados? ¿Por ventura llevarán sus mugercillas consigo al exército? Porque ¿cómo podrán dormir principalmente en estas noches sin ellas? ¿Cómo podrán sufrir los Alpes y aquellas aguas y nieves? salvo si no piensan que el invierno les será menos grave, por quanto saben saltar desnudos en los convites.

¡O

1 Yo leí no *benè barbati*, sino *penè barbati*.

¡O guerra digna de ser temida, especialmente si tuviere Catilina esta esquadra pretoria de putañeros! Aderezad, pues, y poned en orden vosotros, ó Quirites, contra estas haces tan honradas de Catilina vuestros presidios y exércitos; y primeramente contra aquel esgrimidor ya cansado y herido, enviad en la delantera vuestros Cónsules y Emperadores; despues contra aquella desechada y flaca chusma de hombres perdidos y escapados como de algun naufragio, sacad la flor y la fuerza de toda Italia. Demas de esto, los vecinos de las pueblas y lugares menores responderán á los tropeles[1] silvestres de Catilina. Porque no es bien que compare yo aquí los otros esquadrones, presidios y ornamentos vuestros con la pobreza y necesidad de aquel salteador. Pero si dexadas aparte todas aquestas cosas, de que él carece, y en las quales superiores le somos, conviene á saber el Senado, los Caballeros Romanos, el Pueblo, la Ciudad, el tesoro, las rentas, toda Italia, todas las Provincias y las extrangeras Naciones; si como digo, dexadas todas estas cosas aparte, quisiéremos confrontar las causas que entre sí tambien se hacen guerra, conoceremos palpablemente quan caidos esten nuestros adversarios. De nuestra parte

pe-

1 No se ha de leer *tumulis*, como tienen algunos códices, sino *cumulis*.

pelea la vergüenza, de la suya el descomedimiento; de la nuestra la castidad, de la suya el estupro; de la nuestra la fidelidad, de la suya el fraude y perfidia; de la nuestra la piedad, de la suya la maldad y tacañería; de la nuestra la constancia, de la suya el furor; de la nuestra la honestidad, de la suya el enorme vicio; de la nuestra la continencia, de la suya el apetito desordenado y por decirlo en suma, la equidad, la templanza, la fortaleza, la prudencia y todas las virtudes pelean con la iniquidad, con la luxuria, con la cobardía, con la temeridad y con todos los vicios; finalmente la abundancia con la pobreza; la buena razon con la desvariada; el buen juicio con la locura; y la buena esperanza con la desesperacion de todas las cosas. Decidme, pues, ¿en semejante pelea y batalla, no os parece que aunque se descuiden los hombres, tomarán la mano los inmortales Dioses, para que tantos y tan exôrbitantes vicios sean vencidos y rechazados de virtudes tan excelentes? Las quales cosas, ó Quirites, como pasen en esta forma, defended vosotros vuestras casas, segun os tengo ya amonestado, con guardas y centinelas; porque acerca de la Ciudad ya tengo yo proveido, como sin algun miedo vuestro, y sin ningun alboroto, ella esté harto guarnecida de gente y asegurada. De otra parte, todos vuestros vasallos y súbditos, habiendo sido por mí

avisados de esta excursion nocturna de Catilina, facilmente defenderán sus Ciudades y límites. Aquellos esgrimidores, de los quales pensaba Catilina que tendria una gran muchedumbre, aunque son de mejor ánimo que algunos de los patricios, todavía los tendreis debaxo de vuestro poder y mando. Quinto Metelo, el qual yo, adivinando esto, envié al campo Gálico y al Piceno, ó le oprimirá de hecho al pérfido Catilina, ó atajará todos sus esfuerzos y movimientos. Lo que toca á la orden, celeridad y resolucion de todas las otras cosas, propondráse todo al Senado, que ya, segun veis, convocamos. Al presente, á los que se quedaron en la Ciudad, y fueron dexados en ella de Catilina, contra la salud de todos vosotros y de la misma Ciudad, puesto que sean enemigos, todavía porque son nacidos ciudadanos como nosotros, quiero amonestarlos una y dos veces, que si hasta agora usé de blandura, y por ventura muy demasiada, segun el juicio de alguno, hícelo para que se manifestase y saliese afuera lo que estaba solapado y en emboscada; pero que de aquí adelante ya no puedo olvidarme, como esta es mi patria, y yo Consul de todos estos con los quales he de vivir, ó morir por ellos. Ansi que no hay guarda ni portero á las puertas; no hay espía por los caminos; por eso los que quisieren salirse, pueden hacer lo que les pareciere,

te-

teniendo por resoluto, que si alguno en la Ciudad se moviere, del qual yo pueda entender que haya no solamente puesto en execucion, pero aun comenzado, ó esforzádose á hacer alguna cosa contra la patria, sentirá que en esta Ciudad hay Cónsules vigilantes, Magistrados insignes, fuerte Senado, armas, y finalmente prisiones y cárceles, instituidas por nuestros mayores para castigar las manifiestas y nefarias maldades. Todas las quales cosas se tratarán de tal suerte, Quirites, que los negocios de muy grande importancia se despachen sin ningun movimiento; los grandísimos peligros se atajen sin alboroto; y finalmente una guerra intestina y doméstica, la mas cruel que jamas se oyó despues que se halla memoria de hombres, se apacigüe por mí solo, Togado Capitan y Emperador vuestro; lo qual guiaré por tal forma, ó Quirites, que si fuere posible por algun modo, ninguno de los malvados padecerá en esta Ciudad la pena de su maleficio. Mas si la fuerza de la manifiesta osadía, y el peligro de la patria me derribaren de esta clemencia, haré por cierto lo que en una guerra tan grande y tan sujeta á traiciones, apenas parece que debemos desear que ningun bueno perezca, y que el castigo de algunos pocos os pueda hacer á todos vosotros salvos; lo qual os prometo, Quirites, no confiado de mi prudencia, ni de algunos consejos humanos, sino de

 mu-

muchas y muy ciertas señales de los inmortales Dioses, de los quales guiado, vine á esta esperanza y sentencia. Porque sin duda ellos ya no de lejos, como antes solian, de un enemigo forastero y longinquo, sino estando en este lugar presentes, con su deidad y socorro defienden sus propios templos y las casas de la Ciudad. Debeislos, pues, con toda reverencia rogar y suplicar muy ahincadamente sean servidos, destruyendo todos los enemigos por mar y por tierra, defender contra el nefario furor de algunos ciudadanos perdidos, esta Ciudad, que quisieron fuese en hermosura, flor y potencia sublimada sobre todas las otras.

FIN DE LA SEGUNDA ORACION.

ORA-

ORACION TERCERA

DE CICERON

CONTRA LUCIO CATILINA

RECITADA Á LOS QUIRITES.

Ya podeis ver á la clara, ó Quirites, la República, y la vida de todos vosotros, vuestras fortunas y bienes, vuestras mugeres é hijos, este domicilio del clarisimo Imperio, y finalmente aquesta Ciudad hermosísima, y fortunada en extremo, haber sido en el presente dia, por el sumo amor que los inmortales Dioses os tienen, y por medio de mis trabajos, consejos y grandes peligros, librada de la llama y del hierro, y aun verdaderamente de la garganta del hado que la engullia, y seros conservada y restituida. Por donde si no nos deben ser menos yucundos é ilustres los dias en que somos conservados de los peligros, que aquellos en los quales nacemos; por respecto que de la salud la alegría es cierta, y del nacer incierta la condicion; y tambien porque sin sentido na-

nacemos, y somos conservados con gozo; por cierto, pues, acerca de aquel Rómulo que fundó esta Ciudad, nos movimos con tanta benevolencia, que le subimos al cielo con gran renombre, y le colocamos entre los inmortales Dioses; justa cosa es que de vosotros, y de aquellos que sucedieren, sea honrado tambien aquel que conservó con su industria esta misma Ciudad ya establecida y amplificada. Porque si bien mirais, yo mismo amaté los tizones que estaban quasi ya puestos debaxo y al rededor de los templos y oratorios sagrados, y de todas las cosas de la Ciudad; yo emboté las espadas que estaban ya empuñadas para invadir la República, y rechacé sus puntas de las gargantas de todos vosotros. Las quales cosas, por haber sido ilustradas, descubiertas y aclamadas por mí en el Senado, os las declararé aquí brevemente, ó Quirites, para que pues no las sabeis, podais de lo acaecido entender quan grandes y quan manifiestas fueron, y por qué via inquiridas, y á la luz sacadas. Primeramente, como se fuese Catilina no ha muchos dias de la Ciudad, y dexase en ella los compañeros de su maldad, y vehementísimos Capitanes de esta guerra nefaria, estuve siempre despierto y en vela, proveyendo como en tan grandes y tan ocultas traiciones pudiésemos estar seguros y salvos. Porque entonces, quando yo echaba á Catilina de la Ciudad (no te-

temo ya la envidia de aqueste nombre, debiéndose de temer mucho mas aquella de haber dexádole salir vivo) quando, como digo, deseaba de exterminarle, persuadíame, que ó toda la otra chusma de sus adherentes y conjurados se saldria juntamente con él, ó que los que se quedasen en la Ciudad se hallarian sin su presencia muy faltos de vigor y de fuerzas. Pero despues que ví haberse quedado en Roma, y entre nosotros, los que yo sabia que hervian en furor y en maldad, deliberé de gastar todos los dias y las noches en sentir y en especular todo quanto hacian y trataban; para que pues vuestros oidos, por la increible grandeza de la maldad, no daban á mi oracion tanto crédito, de tal arte yo comprehendiese el negocio y le tomase á manos, que entonces pudiésedes proveer á vuestra salud, quando viésedes el maleficio con vuestros ojos. Y ansi es, que luego como entendí que los embaxadores de Saboya habian sido solicitados de Publio Lentulo para que procurasen mover la guerra en la region Transalpina, y alborotasen la Francia; y que á este efecto eran ya despachados los mismos á sus ciudadanos, y por el mismo camino con cartas y recaudos á Catilina; y que les era dado por compañero Vulturcio, el qual llevaba las cartas enderezadas á Catilina; parecióme que habia hallado suficiente ocasion,

pa-

para que lo que era en sí dificilísimo, y lo que yo siempre deseaba de los inmortales Dioses, todo el negocio no solamente de mí, pero tambien del Senado y de todos vosotros, fuese conocido á la clara y tocado con mano. Por donde luego ayer hice que viniesen á mí Lucio Flacco, Cayo Pontino, Pretores fortísimos y varones muy amigos de la República; á los quales declaré todo el negocio, y lo que me parecia ser expediente. Ellos, pues, sintiendo honoríficamente acerca de la República, sin escusa ó tardanza alguna tomaron á su cargo la empresa; y ansi á boca de noche ocultamente llegaron al puente Milvio [1], y por aquellas caserías que están cerca de él se dividieron en dos partes; de tal manera, que quedaban el Tiber y la puente entre ellos; al qual mismo lugar ellos, sin que de nadie se sospechase, llevaron muchos varones fuertes; y yo tambien de la Coronelia Reatina habia enviado con sus espadas hartos y muy escogidos mancebos, de los quales me aprovecho muy á menudo en el presidio de la República. Expirada, pues, la tercera vigilia, como los Saboyanos embaxadores, acompañados de mucha gente, comenzasen á en-

trar

1 Aun hoy se pasa por esta puente para ir de Roma á Florencia, y llámase *Ponte Mole*; la qual dista dos millas de Roma.

trar por la puente, y juntamente Vulturcio, súbito se hizo un grande ímpetu en ellos, de suerte que vinieron á desenvaynar, ansi los de su parte, como los nuestros. Pero metiéndose en medio los Pretores Pontino y Flacco, los quales solos entendian el misterio, porque los otros no sabian nada, luego se apaciguó la pelea; y todas las cartas que en aquella compañía se hallaron fueron dadas ansi con sus sellos enteros á los Pretores; y á la mañana siguiente, al reir del alba, me fueron traidos los mismos malhechores engarrafados. Luego, pues, hice que me llamasen á Cimbro Gabinio, iniquísimo maquinador de todas estas maldades, el qual aun no sospechaba nada. Despues fue llamado Publio Statilio, y tras él Cethego. El postrero de todos que vino ya muy tarde, fue Lentulo, á causa que, segun pienso, habia desveládose mucho la noche antes, fuera de su costumbre, por dar las cartas. Pareciéndoles, pues, á muchos varones clarísimos y excelentes de la Ciudad, los quales oido el negocio acudieron á mí de mañana, y en gran concurso, que primero debia yo abrir las cartas, que presentarlas en el Senado; para que si nada se hallase en ellas, no pareciese que habia temerariamente y á locas alborotado ansi la Ciudad, dixe, que en ninguna manera dexaria de proponer en el peligro público al Consejo público, todo el negocio en-

tero. Porque aunque no se hallasen despues de ser ciertas aquellas cosas, de las quales yo era informado, todavía me parecia que no habia de mí ser temida, ni me podria dañar la sobrada diligencia en tan grandes peligros de la República. De manera que junté, como visteis, todo el Senado con gran presteza; y entretanto, por aviso de los Saboyanos embaxadores [1], envié á Cayo Sulpicio, Pretor y varon fuerte, para que si algunas armas hallase en casa de Cethego, me las traxese luego; de la qual sacó gran cantidad de espadas y de puñales. Hecho esto, metí luego á Vulturcio, sin los Franceses; prometíle seguridad por mandado de todo el Senado; y roguéle que declarase sin miedo todo quanto sabía. Entonces él, habiendo apenas respirado del gran temor, dixo que tenia para Catilina recaudos y cartas de Publio Lentulo; el qual le ordenaba se ayudase del presidio de los esclavos, y se allegase á la Ciudad lo mas presto que pudiese con el exército, para que despues que la pusiesen fuego por todas partes, segun estaba ya trazado y distribuido, y hubiese muerto infinita muchedumbre de ciudadanos, él se hallase allí lue-

1 De aquí se colige, que los mismos Franceses descubrieron el trato, no esperando poder llevarle hasta el cabo.

luego, para recibir los que huyesen, y para juntarse con estos Capitanes civiles. Entrados despues los Franceses, afirmaron que habian recibido el juramento solemne, y ciertas cartas de Publio Lentulo, de Cethego y de Statilio para su gente; y que les era ordenado por estos mismos, y tambien por Lucio Casio, que enviasen á Italia la caballería con gran presteza, porque de infantes de pie no tendrian falta ninguna. Dixeron mas: que Lentulo les habia confirmado de los hados Sibylinos, y de las respuestas que le daban los agoreros, como él era aquel Cornelio tercero, al qual necesariamente habia de venir el Reyno y el Imperio de esta Ciudad, y que Cinna y Syla se le habian adelantado. Demas de esto, declararon haber dicho el mismo, que el presente año, el qual era el décimo despues de la libertad de las vírgenes, y el vigésimo despues del incendio del Capitolio, habia sido hadado, para la destruccion y ruina de esta Ciudad y de aqueste Imperio. Dixeron ultra lo susodicho, que entre Cethego y los otros habia esta controversia y altercacion, que pareciéndoles á Lentulo y á los demas, que en las fiestas Saturnales se debia hacer la matanza y poner fuego á Roma, á Cethego le pareció ser entonces muy tarde. Por no deteneros, pues, mucho en palabras, Quirites, hicimos que saliesen allí

luego á luz las cartas, que segun decian, cada uno habia dado. Primeramente mostramos á Cethego la suya; el qual reconoció luego el sello. Cortado por mí el hilo [1], y abierta la carta, leimos en ella de su mano escrito, que prometia al Senado y Pueblo de toda Saboya lo que á sus embaxadores habia confirmado; y que asimismo les rogaba que hiciesen ellos lo que los mismos embaxadores de su parte les ordenasen. Entonces Cethego (el qual un poco antes habia no sé qué respondido acerca de los puñales y espadas que fueron en su casa halladas, diciendo como siempre habia sido curioso de tener buenas herramientas), en siendo recitada la carta, súbito enmudeció, debilitado, abyecto y convencido de su conciencia. Tras Cethego fue metido dentro Statilio, el qual tambien conoció su mano y su sello; cuya carta leida, contenia en sí la misma sentencia; por donde no pudo no confesarlo. Entonces mostré su carta yo á Lentulo, y preguntéle si conocia el sello, el qual afirmando que sí, acudí yo luego diciendo: sí por cierto, el sello es muy conocido, porque tiene estampada en sí la imagen de aquel tu abuelo, varon clarísimo, que amó únicamente á la patria y á sus

ciu-

1 Es de notar que en tiempo de Ciceron se cerraban las cartas como agora las cierran los mercaderes.

ciudadanos; la qual efigie aun muda debiera divertirte de una maldad tan grande. Ansi que leyóse ni mas ni menos su carta, que al Senado y Pueblo Saboyano se dirigia; y leida, le permití que dixese, si algo tenia que decir, contra las tales cosas. El qual luego al principio negó; pero despues, siendo ya manifiesto todo el indicio, y sacado á luz, se levantó de su asiento, y preguntó á los Franceses, qué tenia él que hacer con ellos, y á qué propósito habian venido á su casa; y la misma pregunta hizo á Vulturcio. Los quales como le respondiesen constantemente y en pocas palabras, quantas veces hubiesen á él ido, y por medio de quién; y tambien le preguntasen, si no les habia él dicho nada de los hados Sybilinos, luego desatinado con la maldad, dió palpablemente á entender, quan grande vigor fuese el de la conciencia; porque pudiendo negarlo todo, lo confesó súbito, contra la opinion de quantos allí se hallaron; en tal manera por la manifiesta y convencida malignidad le faltó luego no solamente el ingenio, y aquel exercicio de orar, en el qual valió siempre mucho, pero tambien la desvergüenza y maldad con que á todos los mortales hacia muy gran ventaja. En esto Vulturcio hizo que se sacase y abriese luego la carta que para Catilina le habia el mismo Lentulo dado, al abrir de la qual, aunque muy pertur-

turbado Lentulo, no pudo todavía dexar de reconocer su sello y su mano. Era escrita la carta sin nombre, y en esta forma: Quién sea yo, entenderáslo de aquella persona que te envié. Procura mostrarte hombre; piensa á qué lugar has llegado; mira lo que te conviene hacer; y trabaja por valerte de la ayuda de todos, y aun de los ínfimos. Tras este entrando Gabinio, al principio comenzó á responder descaradamente; pero al fin confesó todas aquellas cosas que los Franceses le criminaban. Ansi que á mí me parecieron, Quirites, ciertísimos argumentos é indicios de su maldad, las cartas, los sellos, las manos, y finalmente la confesion de cada uno de ellos; y mucho mas la color, los ojos, los rostros, y el silencio con que todos enmudecian. Porque de tal arte estaban pasmados, con los ojos fixos en tierra; de tal arte se miraban á las veces entre sí á hurtadillas, que ya no parecia que fuesen descubiertos de otros, sino que ellos á sí mismos se descubrian y señalaban. Manifestados los indicios como oisteis, Quirites, pregunté al Senado, qué era lo que le parecia se hiciese de la suma de la República. Los principales dixeron sus opiniones muy agudas, y de gran fuerza; las quales abrazó sin ninguna discrepancia el Senado; el decreto del qual, porque aun no está acabado de poner por escrito, direos de memoria, Quirites, lo

lo que fue por él ordenado. Primeramente con palabras amplisimas me hicieron inmensas gracias, por quanto con mi virtud, consejo y singular providencia habia librado la Ciudad de grandes peligros. Despues alabaron con razon y con justo título á Lucio Flacco y á Cayo Pontinio, Pretores, á causa que con su industria fuerte y leal me habian ayudado. Alabaron asimismo á Cayo Antonio, mi compañero, porque á los participantes de esta conjuracion no admitió en sus consejos, ni en aquellos de la República. Ordenaron mas, que Publio Lentulo, despues que se hubiese despojado de la pretura, fuese echado en la cárcel; y que tambien Cayo Cethego, Lucio Statilio y Publio Gabinio, los quales estaban allí presentes, fuesen encarcelados; el qual mismo decreto fue pronunciado contra Lucio Casio, que habia pedido le fuese dexado á cargo el cuidado de abrasar la Ciudad; contra Manlio Cepario, al qual, segun constaba, era atribuida la Apulia, para solicitar los Pastores; contra Publio Furio salido de aquellas pueblas, que constituyó en los campos Fesulos Syla; contra Quinto Manlio Chilon, que siempre juntamente con este Furio entendia en solicitar los Saboyanos embaxadores; y finalmente contra Publio Umbreno, hombre de esclavo ya hecho horro; del qual, primero que de otro ninguno, haber sido llevados

los

los Franceses á Gabinio, constaba. En el qual negocio usó de tanta mansedumbre y blandura el Senado, que le pareció que de una tan grande conjuracion, de una tan grande fuerza y muchedumbre de enemigos domésticos, siendo conservada la Ciudad con el castigo de solos nueve hombres perdidos, podrian sanarse los ánimos de los otros. Ordenóse tambien que se hiciese en mi nombre una procesion á los inmortales Dioses, por sus singulares merecimientos; lo qual despues que se fundó esta Ciudad, primero aconteció á mí que á otro ninguno togado. Las palabras que en ellas se habian de decir eran: por quanto yo habia librado la Ciudad de las llamas, de la muerte de los ciudadanos, y á toda Italia de guerras. La qual procesion si se confiere con todas las otras, hallaráse esta diferencia entre ellas, que las otras se instituyeron por haber sido administrada bien la República; y esta mia sola, por haber sido conservada. Despues se hizo lo que se hubiera de hacer ante todas las cosas. Porque Publio Lentulo, aunque despues de haber sido descubierto por sus indicios y confesiones habia perdido, segun el juicio rectísimo del Senado, no solamente el derecho que tenia de Pretor, pero tambien el de ciudadano; todavía se degradó y desnudó de su magistrado; para que aquella religion no nos estorbase de castigar á Publio Lentu-

lo,

lo; siendo un hombre particular; de la qual hizo ningun escrúpulo Cayo Mario, varon clarísimo, quando mató á Cayo Glaucia, Pretor, contra el qual no se habia decretado cosa en que fuese nombrado. Ansi que agora podeis creer, ó Quirites, pues teneis aprehendidos y presos los malignos Capitanes de esta guerra muy peligrosa y malvada, que todas las quadrillas, todas las facultades y esperanzas de Catilina, quitados ya estos peligros de la Ciudad, cayeron totalmente por tierra, puesto que quando yo le echaba de la Ciudad, tenia bien entendido, ó Quirites, que abalanzado una vez Catilina, no me convendria despues temer, ni del sueño de Publio Lentulo, ni de la gordura de Lucio Casio, ni de la furiosa temeridad de Cayo Cethego. Aquel solo entre todos era digno de ser temido, mientras residia dentro de los muros de la Ciudad; porque entendia todas las cosas, tenia entrada y acceso acerca de todos los ciudadanos, y podia, y aun osaba llamar, tentar y solicitar. Su ingenio era pronto y habil para emprender hazañas; y al ingenio no faltaban lengua ni manos. Para administrar todas las otras cosas tenia ciertos hombres escogidos y destinados; pero no pensaba en mandando algo ser luego hecho, porque él mismo lo andaba todo; acudia, velaba, trabajaba, siendo de frio, hambre y sed pacientísimo. Si yo,

pues, á este hombre tan fuerte, tan aparejado, tan atrevido, tan astutó, tan vigilante en todo género de maldád, y tan diligente en negocios malvados, no le hubiera hechó ir de las traiciones y asechanzas domésticas, al robo y público latrocinio de aquel su exército (diré lo que siento, Quirites), no pudiera desviar fácilmente de vuestras cervices esta desventura tan grande; ni aquel os hubiera señalado las Saturnales fiestas, ni denunciadoos tanto tiempo antes la destruccion, el remate, y el último dia de la República; ni permitiera que su sello, su carta, y finalmente los testigos de su maldad fueran ansi deprehendidos. Las quales cosas en ausencia de Catilina se trataron de tal manera, que ningun hurto en alguna casa particular se halló jamas tan descubiertamente, como esta conjuracion tan grande contra la República, ha sido hallada y deprehendida. Ansi que si Catilina hubiera quedado en la Ciudad hasta agora, dado que mientras aquí residió, siempre resistí á sus consejos, y les salí al encuentro, todavía por lo menos hubiéramos de pelear con él, y nunca jamas yo pudiera mientras él estuviera en Roma enemigo, en tanta paz, en tanto ocio, y en tanto silencio, librar la República de peligros tan grandes. Aunque todas estas cosas, Quirites, fueron de mí administradas de tal manera, que parecen haber si-

sido encaminadas y proveidas de la voluntad y consejo de los inmortales Dioses; lo qual podemos sacar no solamente por conjetura, atento que tan grandes negocios no parecian poder ser guiados de algun humano consejo; pero tambien porque en estos tiempos nos asistieron y ayudaron presentes tan á la clara, que quasi los podiamos ver con los ojos. Porque ya que dexemos de hablar de aquellas antorchas ardientes, que de noche se mostraron en Occidente; de aquellos relámpagos, rayos y terremotos; y de todas las otras cosas que vimos en mi Consulado, tan varias y en tan gran número, que parecía sernos denunciado de los Dioses por ellas quanto acaece agora; por cierto, lo que quiero deciros, Quirites, á mi juicio, no se debe pasar por silencio. Bien os debeis acordar, que siendo Cotta y Torquato Cónsules, sobre muchas torres del Capitolio cayeron rayos del cielo, quando las imágenes de los inmortales Dioses fueron echadas por tierra, derribadas las estatuas de los varones antiguos, derretidas las tablas de metal, en que estaban escritas las leyes, y finalmente tocado tambien aquel Rómulo, que fundó esta Ciudad, el qual sabeis que estaba dorado, pequeño, y como colgado de las tetas de una loba que mamaba en el Capitolio. En el qual tiempo como viniesen todos los adivinos de la Toscana, dixe-

ron que tendriamos matanzas é incendios, que perecerian totalmente las leyes, que arderiamos con guerras domésticas y civiles, y que ya se llegaba cerca el fin y el remate de la Ciudad, y de todo el Imperio, salvo si los inmortales Dioses, despues de haber sido aplacados de nosotros por todas vias, con su magestad y poder no torciesen los hados. Por donde entonces conforme á las tales respuestas, se hicieron juegos y fiestas por diez dias enteros, y no se dexó de efectuar cosa alguna que hiciese al caso para amansar los Dioses. Tambien los mismos adivinos mandaron que se fabricase otra mayor imagen de Júpiter, la qual colocada en algun lugar alto, tuviese el rostro al contrario de como antes estaba, vuelto hácia el Oriente; afirmando que tenian grande esperanza, si aquella efigie que veis mirase al nacimiento del Sol, á las audiencias, y al lugar donde se junta el Senado, que todos aquellos consejos que se tramasen contra la salud de la Ciudad y de aqueste Imperio, se descubririan de tal manera, que los pudiese ver muy palpablemente el Senado, y el Pueblo Romano. La qual imagen dieron orden los Cónsules que se colocase en la misma forma. Pero hase trabajado en la obra tan perezosamente, que ni de los pasados Cónsules, ni aun de nosotros ha sido colocada. ¿ Quien, pues, puede ser aquel, ó Quirites, tan ageno de la

ver-

verdad, tan arrebatado y falto de entendimiento, que niegue todas estas cosas que vemos, y principalmente esta Ciudad ser gobernada de la potencia y voluntad de los inmortales Dioses? Habiendo dicho aquellos, que se nos aparejaban muertes, encendimientos, y el fin postrimero de la República por mano de ciertos ciudadanos perdidos; todas aquellas cosas que entonces, por ser en extremo malvadas, parecian increibles á algunos, las visteis no solamente pensadas, pero tambien emprendidas de ciudadanos nefarios. ¿Aquello tambien por ventura no se nos representa de tal manera, que parece haber procedido de la voluntad de Júpiter Optimo y Máximo, que como fuesen llevados por la plaza esta mañana por mi mandado los conjurados, y los descubridores de su maldad al templo de la Concordia, y en el mismo tiempo se colocase la imagen, luego en siendo puesta, y vuelta hácia vosotros, y hácia el Senado, visteis juntamente el Senado y vosotros aclaradas y descubiertas todas aquellas cosas que se habian contra la comun salud de todos pensado? Por donde aquestos, á mi ver, son dignos de mayor odio y castigo, visto que no solamente á vuestras casas y techos, pero tambien á los templos y oratorios de los Dioses, procuraron poner cruel y exêcrable fuego. A los quales si yo dixere que he resistido, atribuiréme mucho, y nadie podrá sufrirme. Aquel, aquel

Jú-

Júpiter resistió; aquel quiso que el Capitolio, estos templos, esta Ciudad, y todos vosotros fuésedes salvos. Porque yo guiado de los inmortales Dioses, ó Quirites, tuve este ánimo y voluntad, y vine á estos indicios tan grandes. Demas de esto, ni Lentulo, ni los otros enemigos nuestros domésticos, hubieran confiado tan sin tiempo y á locas, á hombres ignotos y bárbaros, un negocio tan grande, como era la solicitacion de los Saboyanos, ni entregádoles jamas las cartas, si los inmortales Dioses á un atrevimiento tan grande no quitaran el juicio y consejo. ¿No os parece tambien haber procedido del cielo, que aquellos hombres Franceses, la qual sola gente nos resta, que al parecer pueda y quiera mover guerra contra el Pueblo Romano, tuviesen en poco y menospreciasen la esperanza del Imperio, y de otras cosas grandísimas, que voluntariamente les ofrecian los patricios de una Ciudad desasosegada, y antepusiesen vuestra salud á sus propias riquezas y facultades? ¿mayormente pudiendo ellos entonces no peleando, sino callando vencernos? A esta causa, Quirites, pues, para todos los altares y humilladeros estan decretadas las rogaciones; celebrad con vuestras mugeres é hijos aquellos dias. Porque muchas veces á los inmortales Dioses se les debieron é hicieron muchas honras y justísimas gracias, pero cierto nunca mas debida-

men-

mente que agora; visto que librados de una muerte cruelísima, y en extremo desventurada, y librados sin estrago de hombres, ó alguna efusion de sangre, vencisteis los enemigos, sin exército y sin pelear, siendo yo togado Emperador y Capitan vuestro. Creo que os acordais, ó Quirites, de todas las disensiones civiles, no solamente de las antiguas que oisteis, pero tambien de estas que vosotros mismos visteis por vuestros ojos. Lucio Syla oprimió á Publio Sulpicio; echó de la Ciudad á Cayo Mario, guardian de ella; y de muchos fuertes varones parte mató, y parte echó fuera de la misma Ciudad. Cneo Octavio, Consul, con mano armada echó á su compañero de la Ciudad. Todo este lugar estuvo entonces muy lleno de montones de cuerpos muertos, y de sangre de ciudadanos. Vendió despues Cinna con Mario, quando muertos muchos varones clarísimos, fueron apagadas y extinctas las luminarias de la Ciudad; la crueldad de la qual victoria Syla vengó despues, y no es menester decir con quanta diminucion de los ciudadanos, y con quanta calamidad y desventura de la República. De Quinto Catúlo, clarísimo varon y muy fuerte, discrepó Mario Lépido, cuya muerte no acarreó á la República tanto lloro, quanto la de los otros. Las quales disensiones eran de tal manera, ó Quirites, que no tiraban

ban á destruir ó aniquilar, sino á mudar el estado de la República. Porque aquellos no querian que no hubiese alguna República, sino ser principales en la que hubiese; ni que esta Ciudad se abrasase, sino florecer siempre en ella. Y dado que ninguna discordia de aquellas pretendió la ruina de la República, todavía fueron todas tan crueles, que no pudieron atajarse ni concluirse con reconciliacion de paz y concordia, sino con estragos lamentables de ciudadanos. Pero en esta sola cruelísima guerra, y la mas grande de quantas oido habemos, despues que reyna memoria de hombres, qual ninguna Berbería movió jamas contra su propia gente (én la qual guerra, Lentulo, Catilina, Cayo Casio, y Cethego tenian una ley puesta, que todos los que salva la Ciudad pudiesen salvarse, fuesen tenidos por enemigos), guié yo mis consejos de tal manera, Quirites, que todos os conservásedes salvos; y creyendo los enemigos que solamente se habian de salvar de vosotros los que se pudiesen escabullir de una infinita matanza, y que habia de quedar tanto de la Ciudad, quanto no pudiese alcanzar la llama; conservé la Ciudad y los ciudadanos con mi industria salvos y enteros. Por los quales beneficios tan grandes, no os pido algun premio de mi virtud, ó Quirites, ni tampoco insignias de honra, ó alguna señal de alaban-

banza, sino solamente la memoria sempiterna de aqueste dia. En vuestros corazones quiero yo que se coloquen y encierren todos mis triunfos, todos los ornamentos de esta mi dignidad; todos los testimonios de mi gloria crecida, y todas las insignias de mis alabanzas. Porque ninguna cosa muda, ninguna cosa callada, y finalmente ninguna cosa tal, que se dexa tambien alcanzar de los menos dignos, puede á mí recrearme. Vuestra memoria, ó Quirites, sustentará mis cosas; aumentaránlas vuestras palabras; daránlas fuerza; y haránlas para siempre vivir vuestras escrituras. Ansi que espero, que este mismo dia será memorable y eterno para extender la salud de aquesta Ciudad, y la memoria de mi Consulado; y que se dirá que en un mismo tiempo se hallaron dos ciudadanos en esta República, el uno de los quales limitaba los términos de este Imperio vuestro, no con regiones de tierra [1], sino con las del ayre; y el otro conservaba el domicilio y el asiento del mismo Imperio. Pero porque la fortuna y condicion de los negocios que yo traté es diversa de la de los que hicieron guerra á extraños, á causa que yo tengo de vivir con los que vencí y sojuzgué; y aquellos dexaron sus ene-

1 Quiere decir, que los resolvia, ó pensaba resolver en humo y en viento, abrasando el Imperio.

enemigos muertos ó gravemente oprimidos; á vosotros os toca, Quirites, si á los otros aprovechan sus claros hechos, proveer que á mí no me dañen algun dia los mios; y pues yo dí orden que los ánimos perversos y detestables de ciertos hombres en extremo grado atrevidos, no os pudiesen ofender á vosotros, á vuestro oficio y dignidad pertenece mirar como á mí no me empezcan; aunque cierto, Quirites, ningun daño á mí me puede venir de aquestos, visto que es grande el presidio que en vosotros tengo para siempre grangeado; grande la dignidad de nuestra República, que nunca dexará de me defender callando; grande la fuerza de la conciencia, de la qual los que no hicieren cuenta y caudal se descubrirán á sí mismos quando quisieren violarme. Tengo allende de esto tal ánimo y corazon, ó Quirites, que no solamente no me rendiré al atrevimiento de alguno, pero mas antes perseguiré voluntariamente á todos los malos. Aunque si todos los ímpetus y asaltos de los enemigos domésticos, rechazados de vosotros se volvieren contra mí solo, será menester que mireis de lejos, Quirites, qual suerte quereis que sea de aquí adelante, la de todos aquellos que se sometieren por vuestra salud á la envidia y á qualesquiera peligros. Porque lo que á mí toca, ¿qué cosa se me puede allegar ya de nuevo al fruto de aquesta vida? ¿mayor,

men-

mente no viendo ni en vuestra dignidad, ni en la gloria de la virtud, algun grado mas alto, al qual yo quisiese subir? Lo que yo por cierto, Quirites, llegaré al cabo, es esto, que todas las cosas que traté en mi Consulado, las defenderé y adornaré, siendo un hombre particular; para que si le engendró alguna envidia, mientras yo conservé la República, haga daño á los envidiosos mismos, y á mí me acarree gloria. Finalmente, yo procederé en la República de tal suerte, que tenga siempre memoria de las cosas que hubiere hecho, y procure que parezcan por virtud, y no fortuitamente, y acaso, haber sido tratadas. Vosotros, ó Quirites, pues ya nos oprime la noche, despues de hecho acatamiento á aquel Júpiter soberano, guardian de esta Ciudad y de todos vosotros, recogeos á vuestras posadas; y dado que es rechazado el peligro, todavía defendedlas con guardas y centinelas, ni mas ni menos que la noche pasada; porque yo proveeré, y daré orden como no lo hayais de hacer por mas largo tiempo, y como podais gozar de una paz sempiterna.

FIN DE LA TERCERA ORACION.

ORACION QUARTA

DE CICERON

CONTRA LUCIO CATILINA

RECITADA AL SENADO.

Veo, Padres Conscriptos, que teneis todos vosotros puestos en mí los ojos y rostros; y que no solamente vuestro dolor y el de la República, pero tambien el mio, siendo aquel despedido, os aflige y pone en cuidado. Y puesto que la voluntad y benevolencia que me mostrais, me recrea no poco en mis males, y en el dolor me da muy gran refrigerio, todavía por los inmortales Dioses os ruego, que por mi respeto no tengais pena; sino que olvidados de mi salud, penseis en la vuestra y en la de vuestros hijos. Porque si á mí me cupo por suerte la condicion de este Consulado, para que sufriese todas las asperezas, todos los dolores, tormentos y afanes que viniesen á la República, sufrirélos no solamente con fuerte y constante ánimo, pero tambien de

muy

muy buena gana, con tal que de mis trabajos resulte dignidad y salud á vosotros y á todo el Pueblo Romano. Yo soy aquel Consul, Padres Conscriptos, que ni en la plaza, en la qual toda la equidad se contiene ni en el campo Marcio, dedicado á la eleccion de los Cónsules; ni en el Senado, que es el socorro sumo de todas las gentes; ni en la casa, que suele ser un refugio comun; ni en la cama destinada para el reposo; ni finalmente en esta consular silla, que es asiento de honra y de dignidad, se vió jamas libre de peligros y de traiciones. Yo muchas cosas disimulé, muchas sufrí, muchas permití, y muchas no sin algun dolor mio sané en vuestro miedo. Agora, pues, habiendo sido los inmortales Dioses servidos, que al fin de mi Consulado yo os librase á vosotros, Padres Conscriptos, y á todo el Pueblo Romano de una miserable matanza: librase vuestras mugeres é hijos, y tambien las Vestales Vírgenes de una cruel vexacion; los templos y capillas sagradas, y esta hermosisima patria nuestra, de las horrendas llamas; y finalmente toda la Italia de guerras y destrucciones; venga sobre mí solo qualquiera fortuna, y sufrámosla alegremente. Porque si Publio Lentulo de los adivinos movido, creyó que su nombre habia sido hadado para destruccion y ruina de la República, ¿por qué no me alegraré yo de

ver

ver que mi Consulado fue quasi de los hados instituido para la salud de la misma? Ansí que, Padres Conscriptos, mirad lo que os cumple á vosotros; proveed en lo que conviene á la patria; conservaos á vosotros mismos, juntamente con vuestros hijos, con vuestras mugeres y haciendas; defended el nombre y la salud del Pueblo Romano; y dexaos de me haber compasion, y de estar por mi causa en cuidado. Porque primeramente yo debo tener confianza, que los Dioses que presiden á esta Ciudad me darán el premio, segun mis trabajos merecen; y tras esto, si alguna cosa grave me sucediere, moriré alegremente, y con ánimo dispuesto y aparejado; pues no puede al fuerte varon acaecer torpe muerte ó infame, ni al Consular temprana, ni miserable al sabio y prudente; puesto que no soy tan duro y de acero, que no me mueva la gran congoja y tristeza de mi carísimo y amantísimo Hermano, que aquí está presente; y las lágrimas de todos estos, que (segun veis) me tienen cercado. Ni tampoco dexan muchas veces de revocar mi ánimo hácia casa, mi muger toda fuera de sí, mi hija desmayada de miedo, mi pequeñito hijo, al qual me parece que abraza ya la República como dado en rehenes de mi Consulado, y con ellos aquel mi yerno, que está delante de mí esperando el fin de este presente dia. Muévenme

(co-

(como digo) todas aquestas cosas; pero á procurar y proveer, que todos ellos con vosotros sean salvos, aunque á mí me oprima alguna violencia, antes que juntamente ellos y nosotros perezcamos de una comun pestilencia de la República. Por eso, Padres Conscriptos, desvelaos acerca de su salud; mirad al rededor de vosotros todas las borrascas y tempestades que os amenazan, si no proveeis con tiempo: pues el que aquí corre riesgo, y el que es traido á oir el juicio de vuestra severidad, no es Tiberio Graco, aquel que quiso hacerse Tribuno de la plebe dos veces; no Cayo Graco, el que procuró alborotar los villanos; no Lucio Saturnino, el que mató á Cayo Memmio; sino aquellos estan asidos, que quedaron en Roma para abrasar la Ciudad, para degollaros á todos vosotros, y para recibir á Catilina por su Capitan. Son convencidos con sus propias cartas; tenemos aquí los sellos, las letras y la confesion de cada uno de ellos; por do consta, que solicitan los Saboyanos, mueven é incitan los siervos y esclavos, llaman á Catilina, y son de voto y consejo, que muertos todos nosotros, no quede persona alguna que pueda llorar la extincion de aquesta República, ni gemir la ruina y calamidad de un Imperio tan grande. Todas estas cosas depusieron los testigos y espías, los delinqüentes las con-

fe-

fesaron ; y vosotros ya con muchos juicios las confirmasteis. Primeramente porque me hicisteis gracias con palabras magníficas, y pronunciasteis que por mi virtud y gran diligencia se habia descubierto la conjuracion de estos hombres perdidos ; despues de esto, porque forzasteis á Publio Lentulo que se despojase de la Pretura, y ordenasteis que ansi él como todos los otros, de los quales habiades juzgado fuesen guardados á buen recaudo ; y en especial, porque instituisteis por mi respeto una procesion, la qual honra antes de mi no se hizo á ningun togado ; y finalmente, porque ayer á los embaxadores Saboyanos y á Tito Vulturcio disteis premios amplísimos. Todos los quales indicios son tales, que parecen ya sin duda ser condenados de vosotros aquellos que nombrasteis para que fuesen encarcelados. Pero yo, Padres Conscriptos, he deliberado de proponeros como entero el negocio, y de esperar lo que juzgais quanto al hecho, y lo que decretais quanto á la pena. Solamente diré aquellas cosas que tocan al oficio del Consul. Dias ha que yo veia discurrir por la República un gran furor, y mezclarse y mollirse en ella unos recientes males ; pero nunca pensé jamas que conspirasen los ciudadanos en esta conjuracion tan grande, y tan perniciosa. Agora, pues, qualquiera cosa que sea, y á do quiera que vuestros ánimos y pareceres

in-

inclinen; es menester que os resolvais en sentenciar presto, y antes que venga la noche [1]. Ya veis quan grande maldad se nos haya manifestado; á la qual si pensais ser pocos los allegados, vivis en grandísimo error; por quanto aquesta infeccion cunde muy mas difusamente de lo que se puede pensar, habiendo no solamente extendídose por toda la Italia, pero pasado tambien los Alpes; de manera que cundiendo secretamente, ya muchas provincias tiene ocupadas. Ansi que no se puede oprimir tan perniciosa empresa en ninguna manera con entretenimientos y dilaciones; y á esta causa, por qualquiera via que quisieredes, es menester que seais prestos y acelerados en castigarla. Veo dos pareceres diversos acerca de este negocio; el uno de D. Sylano, que juzga debérseles quitar luego la vida á los que procuraron destruir y asolar este Imperio; y el otro de Cayo Cesar, el qual no quiere que mueran, sino que con todas las crueldades y asperezas de tormentos y vexaciones sean atormentados. Cada uno de los quales, segun su dignidad y la grandeza de los negocios lo pide, se muestra extremadamente severo. Porque al uno de ellos le parece que no deben vivir un punto, ni

1 Tenia aviso Ciceron, como aquella noche se los querian sacar de la carcel con mano armada.

ni gozar de este comun espíritu, á los que á nosotros y á todo el Pueblo Romano procuraron quitar la vida, y pusieron todo su esfuerzo en deshacer y desbaratar el Imperio, y extirpar de la memoria de hombres el nombre del Pueblo Romano; con el qual género de pena nos trae á la memoria muchas veces haber sido castigados los perversos ciudadanos en esta República. El otro entiende que la muerte no fue de los inmortales Dioses constituida para castigo de los mortales; sino que, ó es necesidad de naturaleza, ó reposo de los trabajos y afanes; y que á esta causa los sabios varones, nunca contra su voluntad, y los fuertes muchas veces de buena gana la recibieron; pero que las perpetuas cárceles se inventaron para señalado castigo de la crecida maldad; por donde manda que se distribuyan los delinqüentes por las villas y lugares de la comarca; el qual decreto parece algun tanto injusto, si queremos mandárselo; y no libre de dificultad, si rogárselo. Resuélvase todavía, si os parece, el negocio; que yo le quiero tomar á mi cargo, esperando hallar tal persona, que no piense con su dignidad y honra poder recusar lo que vosotros estatuyéredes en beneficio de la salud de todos. Añade Cesar graves penas á los dichos lugares y villas, en caso que alguno de los encarcelados se huyere, rotas sus cárceles; póneles al rededor muchas

chas guardas horribles ; ordena, segun merece la maldad de aquellos hombres perdidos, que nadie pueda relaxar ni aliviar la pena, ó por via del Senado, ó por medio del Pueblo, á los condenados; quítales tambien la esperanza, la qual sola suele ser al hombre consuelo en sus miserias y adversidades ; y finalmente confíscales todos sus bienes, y no les dexa á los malvados sino solamente la vida ; la qual si les hubiera quitado, quitárales con un dolor solo muchos tormentos de ánimo y cuerpo, y todas las penas de sus maldades. Y ansi es, que para que los malos tuviesen algun miedo en la vida, quisieron dar á entender aquellos antiguos Padres, que en los infiernos se hallaban semejantes penas y tormentos aparejados, para punir los impios ; por quanto entendian que sin ellos no debia temerse la muerte. Agora, Padres Conscriptos, véo yo lo que me va en este negocio; porque si seguis la sentencia de Cayo Cesar, por ventura siendo el promotor y autor de ella, tendré menos que temer de los ímpetus populares ; por quanto en la República siguió siempre la via mas trillada del Pueblo ; y si abrazais la otra, no sé si me veré en mayor afrenta y trabajo ; pero el provecho de la República requiere todos estos peligros mios. Tenemos la sentencia de Cayo Cesar como en rehenes de su perpetua voluntad acerca de la República, segun su dignidad, y la

 gran-

grandeza de sus mayores la requeria; y entiéndese claramente la diferencia que hay entre la liviandad de los que dan voces en concejo, y un ánimo popular de veras, que procura lo que conviene á la salud del Pueblo. Veo que no quiso hallarse aquí uno de los que desean ser tenidos por populares [1], por no dar su parecer acerca de la muerte de los ciudadanos de Roma. El qual todavía entregó antiyer á Cethego y á Publio Lentulo, ciudadanos Romanos, para que fuesen encarcelados; y ordenó que se hiciese en mi nombre una procesion; y ayer á los descubridores galardonó con muy grandes premios; por donde nadie puede dudar, que es lo que haya juzgado de todo el negocio y de toda la causa, el que prendió al delinqüente, el que hizo gracias al pesquisidor, y el que al descubridor gratificó con dones. Tornando á Cayo Cesar, él entiende muy bien que la ley Sempronia fue instituida en favor de los ciudadanos Romanos; pero que el enemigo de la República en ninguna manera puede ser ciudadano; y que el mismo que instituyó la ley Sempronia fue castigado por orden del Pueblo. El mismo Cesar no piensa que Lentulo, aunque muy liberal y pródigo acerca del Pueblo, se pueda llamar popular, mientras con tan grande crueldad

1 De Pompeyo entiende.

dad y aspereza procura la ruina de la República, y la destruccion de aquesta Ciudad. Por donde aunque naturalmente es blandísimo y misericordioso en extremo, no duda todavía de colocar á Publio Lentulo en sempiternas tinieblas y muy estrechas prisiones, ordenando quanto á lo venidero, que ninguno pueda atreverse á mitigarle la pena, ni hacerse popular en daño pernicioso de la República. Añade mas la confiscacion de sus bienes, para que los todos tormentos de ánimo y cuerpo sean acompañados tambien de pobreza y mendicidad. De suerte, que si condescendiéredes en esta sentencia de Cesar, dareisme para la publicar un compañero muy caro y agradable al Pueblo Romano; y si abrazáredes mas antes la de Sylano, fácilmente os librareis á vosotros y á mí del nombre que se os podria recrecer de crueles; y aun me basta el ánimo á persuadir que fue mas blanda sentencia. Aunque para castigar una maldad tan fiera, Padres Conscriptos, ¿qué crueldad hay que baste? Yo por cierto juzgo de lo que siento, porque ansi pueda gozar enteramente con vosotros de la República salva; como si yo en esta causa me muestro algo vehemente, no lo hago movido de alguna crueldad ó fiereza de corazon (¿quién se halla hoy mas benigno que yo en el mundo?) sino de pura humanidad y misericordia. Porque me

me parece que veo esta Ciudad, luminaria del mundo universo; y fortaleza de todas las gentes, caer súbito de su estado con una cruel llamarada. Veo con los ojos de mi entendimiento sepultada la patria, y muchos montones de ciudadanos desventurados, dexados sin sepultura. Represéntaseme la vista y el furor de Cethego, hirviente en nuestra matanza; y quando ultra lo susodicho, imagino que reyna Lentulo, segun confesó él mismo que se lo prometian los hados, que este Gabinio anda vestido de púrpura, que Catilina vino con un exército, que las matronas hieren con alaridos el Cielo, que huyen los niños y las doncellas, y que se hace fuerza á las Vestales Vírgenes, todo me respeluzo; y porque me parecen muy miserables todas aquestas cosas, y dignas de compasion, no puedo dexar de mostrarme severo y áspero contra aquellos que las quisieron meter en execucion; acerca de lo qual os quiero preguntar una cosa: Si algun padre de familia, habiendo hallado á su muger y á sus hijos muertos por mano de su propio esclavo, y tambien quemada su casa, diese al tal esclavo muy cruel castigo; ¿paréceos que este tal sería tenido por clemente y misericordioso, ó por inhumano y cruel en extremo? A mí, por cierto, pareceráme duro y de hierro el que no mitigare su dolor y tormento con el dolor y tormento del de-

delinqüente. Ansi, pues, nosotros en estos hombres, que quisieron despedazárnos juntamente con nuestras mugeres é hijos; que procuraron destruir y asolar todas nuestras casas particulares, y este universal domicilio de la República; que trabajaron mucho de colocar la gente Saboyana en los rastros de esta Ciudad, y en la ceniza del Imperio abrasado; si fuéremos ásperos en grado supremo, seremos tenidos por muy piadosos; y si quisiéremos ser remisos, cobrarémos gran renombre de crueles en ruina grandísima de la patria, y de los ciudadanos; salvo si antiyer no tuvo alguno por cruel á Lucio Cesar, varon fortísimo, y muy amigo de la República, quando dixo, que se debia quitar la vida al marido de su hermana [1], muger rara y escogidísima, el qual estaba presente y oyéndole; y quando añadió, que su abuelo, y su tio [2], que era el hijo del mismo abuelo, harto mozo y sin barba, el qual habia sido enviado en embaxada del padre, habian recibido muerte en la carcel por órden del Consul; los quales ¿qué cosa perpetraron semejante á la de es-

1 Entiende Lentulo.

2 Este lugar está corrupto en todos los códices; y parece tocarse en él la historia de Fulvio y de su hijo, que fueron muertos en la carcel por orden del Consul; segun lo trata el Plutarco en los Graccos.

estos? ¿En qué consejo entraron para destruir la República? Acostumbrábase entonces grangear la voluntad de los plebeyos con dádivas, y hallábanse en la República ciertas parcialidades y bandos; y aun me acuerdo que en aquel tiempo el abuelo de aqueste Lentulo, varon clarísimo, armado persiguió á Gracco, y recibió una grave herida, porque no se disminuyese nada de la dignidad suma de la República. Pero este convocó los Franceses para que derribasen los fundamentos de la misma República; alteró los esclavos, llamó á Catilina, dió á Cethego el cargo de atormentarnos á todos nosotros, á Gabinio de matar los otros ciudadanos de Roma, á Casio de encender la Ciudad, y finalmente á Catilina de robar y destruir toda la Italia. Por donde no hay para que temer, que en una maldad tan fiera y nefaria parezca que hayais decretado alguna cosa mas cruelmente de lo que convenia; debiendoos mucho mas recelar, que con el liviano castigo no parezcais antes crueles contra la patria, que muy vehementes y austeros contra los acerbísimos enemigos, con la severidad de la pena. Pero no puedo disimular, Padres Conscriptos, lo que oygo; porque llegan á mis oidos algunas voces de aquellos que temen, segun parece, no me falte la fuerza para meter en execucion lo que hoy vosotros estatuyéredes. Mas todo está proveido,

Pa-

Padres Conscriptos, aparejado y muy resoluto, no solamente por mi extrema diligencia y solicitud, pero tambien por la del Pueblo Romano, que ha sido aun mucho mayor. Para retener el Imperio sumo, y conservar las fortunas comunes, se hallan presentes y unánimes todos los ciudadanos de qualesquiera estados y edades. Toda la plaza está llena, y llenas las entradas de este lugar y templo. Despues de la fundacion de Roma se ha hallado sola esta causa, en la qual todos fuesen de un mismo parecer y juicio, sacados aquellos, que sabiendo que forzadamente habian de perecer, quisieron antes morir universalmente con todos, que solos. A estos hombres, pues, saco yo, y aparto de buena gana, creyendo que no se deben contar entre los ciudadanos perversos, sino entre los cruelísimos enemigos. Pero los otros, ¡ó inmortales Dioses, con qué tropel, con qué estudio, y con qué fortaleza conspiran todos en uno para defender la salud comun y dignidad de la patria! No hay para que hacer mencion aquí de los Caballeros Romanos, los quales de tal suerte os reconocen por superiores, quanto á la celsitud de vuestra dignidad y consejo, que compiten con vosotros sobre el amor acerca de la República. Y ansi es, que revocados de la disension antigua de muchos años, á la compañía y concordia de aquesta orden, este presen-

te dia, y esta causa, los junta con vosotros y conglutina. La qual conjuncion si confirmada en mi Consulado pudiéremos perpetuar en nuestra República, yo os aseguro, Padres Conscriptos, que de aquí adelante ninguna desventura civil ni doméstica la invadirá por alguna parte. Con igual deseo de defender la República veo haberse juntado los Tribunos del Tesoro, varones fortísimos, y todos los Escribanos. Los quales habiendo sido convocados hoy á la Tesorería casualmente, dexaron de esperar, segun veo, sus suertes [1], y viniéronse á reparar la salud comun. Hállase asi presente la muchedumbre de todos los nobles, y aun la de los escuderos; porque ¿quién puede ser aquel, al qual estos templos, la vista y perspectiva de la Ciudad, la posesion de la libertad, y finalmente esta luz, y este suelo comun de la patria, no sea caro, dulce, y extremadamente agradable? Hace no poco al caso conocer los deseos y ánimos de los horros y libertados, que habiendo por su virtud conseguido la fortuna de la Ciudad, á esta tienen verdaderamente por propia patria, la qual todavía ciertos nacidos en ella, y aun de clarísima sangre, no tuvieron por patria, sino por Ciudad de ene-

1 Repartíanse de ciertos dias por suertes los cargos y oficios de aquel Colegio.

enemigos. Pero ¿para qué me canso en referir aquí aquellos hombres que incitados de sus fortunas particulares, de la comun República, y de la dulcísima libertad, se movieron á defender la salud de la patria? Ningun esclavo hoy se halla, que viva todavía debaxo de servitud tolerable, el qual no se respeluce de oir la grande osadía de estos ciudadanos perdidos, y no desee reprimirla, poniendo quanto osa y puede en beneficio de la salud comun. Por eso, si alguno de vosotros por ventura se ha conmovido á causa de lo que ha llegado á nuestros oidos, conviene á saber, que cierto alcahuete de Lentulo andaba por todas las tiendas esperando que los ánimos de los necesitados, y de los faltos de entendimiento, podrian grangearse con dádivas, sepa que se comenzó é intentó la tal via, pero que ninguno se halló jamas tan desventurado y destituto de bienes, ni tan dañado y perdido en la voluntad, el qual no desease ver siempre salvo y seguro aquel lugar de su asiento, de su oficio y de su quotidiana ganancia; demas de esto, su propio lecho, y su curso sosegado de vida. Porque la mayor parte de los tenderos, y aun (lo que se debe decir mas antes) todo este linage de hombres es amantísimo del sosiego; visto que todo su instrumento de vida, todo su trato y caudal, se sustenta con la muchedumbre y freqüencia de hombres, y se

mantiene de la quietud y reposo público; la ganancia de los quales si se disminuye cerradas sus boticas y tiendas, ¿qué es lo que se debe esperar despues que fueren quemadas? Lo qual como pasase en esta manera, Padres Conscriptos, paréceme que no os faltan los presidios del Pueblo Romano; por eso proveed y dad orden que no parezca que le falteis á él vosotros. Teneis un Consul de infinitos peligros, traiciones y asechanzas, y aun de en medio de la muerte, no para su propia vida, sino para vuestra salud reservado. Todos los estados y órdenes consienten entre sí, y conspiran en uno con el entendimiento, con la voluntad, con el deseo, con el esfuerzo, y con la palabra, para conservar la República. Vuestra patria comun, cercada de las antorchas y armas de la impia conjuracion, muy humilde os tiende las manos, y se encomienda á vosotros. Encomiéndaos la vida de todos los ciudadanos, encomiéndaos el Alcazar y el Capitolio, encomiéndaos los altares de los Dioses particulares, encomiéndaos aquel perpetuo y sempiterno fuego Vestal, encomiéndaos todos los templos y oratorios que á los inmortales Dioses son dedicados, y encomiéndaos finalmente todos los muros y las casas de la Ciudad. Ansi que en este presente dia os conviene juzgar de vuestras propias vidas, del espíritu de vuestras mugeres

é

é hijos, de todas vuestras fortunas y haciendas, de vuestras sillas y asientos, y de vuestros hogares. Teneis un Capitan para ello, que se acuerda de vosotros, y á sí mismo se olvida; la qual comodidad no cada vez se ofrece. Teneis todos los estados, todos los hombres, y todo el Pueblo Romano (lo qual en una causa civil jamas se vió hasta el presente dia) inclinados á un mismo parecer, y á una misma sentencia. Pensad con vosotros mismos, como sola una noche quasi estirpó del todo este Imperio, fundado con tan grandes trabajos; esta libertad, con tan gran virtud formada y establecida; y finalmente nuestras riquezas y bienes, acrecentados por la suma benignidad de los Dioses. Lo qual todo que de aquí adelante no solamente no se pueda meter en execucion, pero ni aun pensarse, á vosotros os toca proveer en el presente dia. Las quales cosas os he propuesto, no con ánimo de os despertar á vosotros, que quasi os me adelantais en la diligencia, sino á fin que mi voto, el qual en la República debe ser principal, pareciese que respondia al Consular cargo. Agora, pues, primero que vuelva á nuestro razonamiento, hablaré de mí un poco. Yo veo muy á la clara que he cobrado tan grande número de enemigos, quan grande es el esquadron de los conjurados, el qual veis ser demasiadamente crecido, puesto

que

que le tengo por torpe, flaco, vil y muy amenguado. Y dado que alguna vez esta muchedumbre concitada del furor y maldad de alguno, viniere á tener mas fuerza que vuestra dignidad, y que aquella de la República; todavía, Padres Conscriptos, nunca me arrepentiré jamas de mis consejos y hechos. Porque la muerte, con la qual por ventura me amenazan aquellos, á todos está aparejada; pero tan grande gloria de aquesta vida, como es la que me atribuisteis con vuestros decretos vosotros, no pienso que la haya alcanzado alguno; pues siempre á los otros hicisteis gracias de haber administrado bien la República, y á mí de la haber conservado. Séase quanto claro quisiere aquel gran Scipion, por el consejo y virtud del qual fue Anibal constreñido dexar la Italia, y volverse en Africa. Hágase mucha honra al otro Africano, que asoló dos Ciudades dañosísimas á este Imperio, conviene á saber, á Cartago y Numancia. Téngase por excelente varon aquel Lucio Paulo, al carro del qual dió en los tiempos pasados grande honra y reputacion Persés, Rey potentísimo y nobilísimo. Gócese de su eterna gloria Mario, que quitó dos veces el cerco á Italia, y la libró del miedo de servidumbre. Prefiérase á todos Pompeyo, cuyas virtudes y hazañas se extienden por las mismas regiones y términos que el curso del Sol; que á lo me-

nos

nos entre las alabanzas de todos estos se hallará por cierto algun lugar á mi gloria; salvo si no se tiene por mas señalada hazaña descubrirnos otras nuevas Provincias, á las quales podamos salir; que procurar y dar órden que los ausentes tengan á do volver victoriosos, aunque la suerte y condicion de la externa victoria en una manera es mejor que aquella de la doméstica; por quanto los enemigos forasteros, ó sirven al vencedor oprimidos, ó si son admitidos en amistad, paréceles que quedan en grandísima obligacion por razon del tal beneficio; mas los ciudadanos que depravados de alguna locura, comenzaron una vez á hacer guerra contra la patria, puesto que sean rechazados del daño extremo que procuraban á la República, no pueden ser jamas ni reprimidos por fuerza, ni aplacados con beneficios: Por donde veo que he tomado una sempiterna guerra con los ciudadanos perdidos; de la qual espero nos libraremos facilmente yo y los mios, con la ayuda vuestra y de todos los buenos, y con la memoria de tan grandes peligros; la qual creo permanecerá para siempre, no solamente en este Pueblo Romano que conservamos, pero tambien en los lenguages y entendimientos de todas las gentes. Porque no se podrá hallar una fuerza tan grande, que baste á romper y desbaratar la conjuncion que hay entre vosotros y los caba-

ba-

balleros Romanos, y juntamente una tal conspiracion de todos los buenos. Las quales cosas pasando ansi como tengo dicho, Padres Conscriptos, por el Imperio, por el exército, por la Provincia que rehusé, por el triunfo, y por las otras insignias de gloria, que por la conservacion de esta Ciudad y de vuestra salud, fueron de mí repudiadas; por los hospedages y por las feligresas, que en la Provincia me eran ya deputadas [1], las quales todavía no con menor trabajo son de mí defendidas á costa de mi hacienda, que adquiridas ó grangeadas; como digo por todas aquestas cosas, por el singular cuidado que de serviros tengo, y por esta diligencia, que (segun veis) pongo en conservar la República, solamente os demando la memoria de aqueste tiempo y de todo mi Consulado; la qual mientras estuviere en vuestros ánimos fixa, me parecerá que estoy sin falta cercado de un fortísimo muro é impugnable. Pero en caso que la fuerza de los malvados me venciere y derribare de esta esperanza, encomiendoos mi tierno hijito; el qual tendrá no pequeño presidio en vosotros, no solamente para conservar su salud, pero tambien para alcanzar dignidad, si os acordáredes que es

1 Entiendese por la Provincia, Sicilia, la qual fue á Ciceron ofrecida.

es hijo de aquel que solo por su persona y con su peligro conservó todas estas cosas. Ea, pues, Padres Conscriptos, decretad segun propusisteis de hacerlo, y juzgad diligentemente y como fuertes varones de vuestra suma salud, y de la del Pueblo Romano, de vuestras mugeres é hijos, de las aras y hogares, de los oratorios y templos, de todas las casas de la Ciudad, del Imperio y de la pública libertad, de la salud de toda la Italia, y finalmente de toda nuestra República; porque teneis un Consul que pondrá sobre su cabeza todos vuestros decretos; y mientras gozare de aquesta luz, defenderá todo quanto ordenáredes, y por sí mismo lo podrá poner en execucion.

T IN-

INDICE

DE LOS ASUNTOS CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CATALOGO DE LOS LIBROS que se hallan en la Librería de Manuel del Cerro calle de Cedaceros, y en su puesto calle de Alcalá.

En quarto.

Comentarios de la guerra de España, é Historia de su Rey Felipe V el Animoso, por Don Vicente Vacallar y Sanna, Marqués de San Felipe, quatro tomos, en pergamino 50 rs. y en pasta 60.

Salustio en castellano, traducido por Manuel Sueyro, á la rústica 14, y en pasta 18.

Obras de Cayo Veleyo Patérculo, traduccion del mismo, á la rústica 10, y en pasta 14.

El Panegírico de Plinio en castellano, traducido por Don Francisco de Barreda, á la rústica 14, y en pasta 18.

Tratado de epidemias malignas y enfermedades particulares de los exércitos, en pergamino 8.

Coleccion de las mejores comedias nuevas que se han representado en los Teatros de esta Corte, siete tomos, que comprehenden las representadas en el año de 1789, 90, 91, 92, 93, 94 y 95, en pasta cada uno á 20, en pergamino 16, y á la rústica 15.

Venegasi Poesias Líricas y Jocoserias, en pergam. 10.

Des-

Destierro de ignorancias, y aviso de penitentes, 1 y 2ª parte, en pergamino 10.

Historia geográfica, civil y política de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico, en pasta 18.

El Por qué de las ceremonias de la Iglesia, en pasta 18, y en pergamino 15.

Historia natural, ó demostracion de las causas naturales, y sus efectos mas prodigiosos, con otras observaciones sobre los signos y constelaciones celestes, á la rústica 6.

Demostracion y discurso sobre el fomento de la industria popular en la Ciudad de Salamanca, con los planes que manifiestan su estado, cuerpos políticos, hacendados, fábricas y oficios, á la rústica 6.

Ciceron de Oficios en Castellano, en pergamino 14, y en pasta 18.

Arte de Cantollano de Romero, en pergamino 14, y en pasta 18.

En octavo.

Coleccion de Novelas escogidas compuestas por los mejores autores Españoles, ocho tomos, en pasta cada uno á 10, en pergamino 8, y á la rústica 7.

Juguetes de la niñez, y travesuras del ingenio, de Don Francisco de Quevedo, obras de mucha diversion y de instruccion, en pergamino 6, y en pasta 8.

